

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA
SANTA MARÍA DE LOS BUENOS AIRES
Facultad de Teología

Pbro. Jorge Ignacio García Cuerva

**La Iglesia en Buenos Aires durante
la epidemia de fiebre amarilla de 1871**
Según el *Diario de la epidemia* de Mardoqueo Navarro

Tesis de Licenciatura
Director: Pbro. Lic. Ernesto Salvia
Buenos Aires, diciembre 2002

Indice

Siglas	4
Abreviaturas	4
Norma de transcripción de documentos	4
Introducción	5
PRIMERA PARTE	8
Panorama General	8
1. La ciudad de Buenos Aires hacia 1870	8
1.1. Breve reseña histórica de la ciudad hasta mediados del siglo XIX	8
1.1.1. 1536-1776	8
1.1.2. 1776-1856	9
1856-1870	10
1.2. Buenos Aires en 1871	12
1.2.1. Situación sanitaria de la ciudad de Buenos Aires en 1871	18
1.3. Reseña sobre la situación política de la ciudad de Buenos Aires en 1871	24
2. Situación social y política argentina hacia 1870	26
2.1. Presidencia de Domingo Faustino Sarmiento (1868-1874)	27
2.1.1. Panorama político general de la República en 1868	27
2.1.2. Actos de gobierno y acontecimientos más importantes durante la presidencia	28
SEGUNDA PARTE	39
1. La fiebre amarilla	39
1.1. Características de la enfermedad	39
1.2. Antecedentes de la epidemia	43
1.3. Primeros casos en Buenos Aires en 1871	48
1.3.1. Controversias sobre el diagnóstico de la enfermedad	52
1.3.2. Tratamientos y métodos curativos	54
2. El avance de la enfermedad y la organización de la defensa	58
2.1. Marzo de 1871: Se enferma Buenos Aires	58
2.1.1. La organización médica de la ciudad	60
2.1.2. La actitud del Presidente Sarmiento	62
2.2. La Comisión Popular de Salubridad	65
2.2.1. La iniciativa de la prensa	65
2.2.2. Organización interna de la Comisión. Integrantes. Su relación con la masonería	67
2.2.3. Su accionar durante la epidemia	75
2.2.4. Abril de 1871: El terror y la desolación	80
El problema de los entierros y los cementerios	82
2.2.5. El problema de los médicos, farmacéuticos y enfermeros	86
2.2.6. Buenos Aires se despuebla	89
2.2.7. Víctimas ilustres	93
3. La declinación de la epidemia	95
3.1. Mayo de 1871: Disminución del número de víctimas	95
3.2. Fin de la Comisión Popular	96
Junio de 1871: Buenos Aires se normaliza	101
3.3. Junio de 1871: Consecuencias del flagelo	105

TERCERA PARTE	110
1. Mardoqueo Navarro	110
1.1. Su vida	110
1.2. Su obra	112
2. El Diario de la epidemia de 1871	115
2.1. Descripción bibliográfica	115
2.2. Contenido	116
2.3. Valoración como fuente histórica	118
CUARTA PARTE	121
1. La Iglesia en Buenos Aires hacia 1870	121
1.1. Antecedentes históricos	121
1.2. La Iglesia en Buenos Aires en los años inmediatamente anteriores a la epidemia de fiebre amarilla de 1871	125
1.3. Las nuevas congregaciones religiosas	127
1.4. La masonería	132
1.4.1. El Presidente Sarmiento y la Iglesia	138
2. Labor de la Iglesia al comienzo de la epidemia: febrero-marzo de 1871	140
2.1. Primeras disposiciones	140
2.2. El Padre Fahy: Primer religioso víctima de la epidemia	146
2.3. Participación eclesial en la Comisión Popular: Presbíteros José Domingo César y Patricio José Dillon	151
2.4. Diversas prácticas religiosas contra la peste: oraciones, novenas y misas	158
2.4.1. Devoción a San Roque de Montpellier	160
3. Protagonismo de la Iglesia contra la fiebre amarilla: abril-mayo de 1871	162
3.1. Semana Santa en 1871	162
3.2. Acción del clero durante la fiebre amarilla	166
3.2.1. Notas biográficas de miembros del clero diocesano	168
3.3. Las congregaciones religiosas durante la epidemia	177
3.4. Labor de asociaciones laicales contra la fiebre amarilla	191
3.4.1. La Sociedad de Beneficencia	191
3.4.2. La Sociedad de San Vicente de Paul	195
3.4.3. La Tercera Orden de San Francisco	198
4. La Iglesia después de la epidemia: junio-julio de 1871	200
4.1. El Te Deum y el funeral municipal	200
4.2. Una controversia religiosa	204
4.3. Un reconocimiento oficial	206
Conclusión	208
APENDICE	211
BIBLIOGRAFÍA	243

Siglas

AAVV	Autores varios
ACV	Archivo de las Conferencias Vicentinas
AGN	Archivo General de la Nación
AHCBA	Archivo Histórico de la Ciudad de Buenos Aires
AHMSH	Archivo de la Casa Provincial de las Hijas de María Santísima del Huerto
ANH	Academia Nacional de la Historia
APHC	Archivo Provincial de las Hijas de la Caridad
APJA	Archivo de la Provincia Jesuítica en Argentina
APPB	Archivo Provincial de los Padres Bayoneses
DH	Denzinger, Heinrich y Hünermann, Peter, <i>El Magisterio de la Iglesia</i>
DMN	Mardoqueo Navarro, <i>Diario de la epidemia</i>
EN	Diario El Nacional
LD	Diario La Discusión
LN	Diario La Nación
LP	Diario La Prensa
LR	Diario La República
LT	Diario La Tribuna

Abreviaturas

Cfr.	Confrontar
m/c	moneda corriente
Op. Cit.	Obra citada
p.	página
pp.	páginas
s/f	sin fecha de edición
ss.	siguientes
T.	Tomo
vol.	Volumen

Norma de transcripción de documentos

Tanto en las citas parciales como en la transcripción total de documentos se respeta la ortografía y redacción originales.

Introducción

La epidemia de fiebre amarilla en Buenos Aires durante el primer semestre de 1871 fue uno de los acontecimientos más dramáticos que sufrió la ciudad desde su fundación.

La peste arrasó con familias enteras llegando a morir alrededor de 14.000 personas. En una ciudad donde el índice normal de fallecimientos diarios no superaba a veinte, hubo días en el mes de abril en que murieron más de 500. Se colmaron todos los hospitales y lazaretos habilitados, se desarticulaban las diversas instituciones nacionales, provinciales y municipales establecidas en la capital, emigraron la mayoría de los porteños y la situación se tornó absolutamente caótica.

Sin embargo, hubo muchos que optaron por quedarse en la ciudad, enfrentar la situación y ayudar a los miles de enfermos que caían diariamente víctimas de la fiebre.

A mediados de 1871 se conformó la Comisión Popular de Salubridad Pública, un organismo integrado por las personalidades más influyentes de la sociedad porteña. La mayoría de ellos eran activos masones contrarios a la Iglesia. Su labor en contra de la fiebre amarilla fue importante, y revalorizada históricamente en los distintos estudios que se hicieron sobre el tema.

Pero hubo otra institución que asumió el desafío de atender a las víctimas de la enfermedad, el reto de dar respuesta al dolor y al desconcierto que vivía Buenos Aires en ese momento. Ella fue la Iglesia; sus sacerdotes, sus religiosas y religiosos y sus laicos comprometidos, permanecieron en la ciudad y lucharon cotidianamente poniéndose al servicio de sus semejantes y encarnando el amor al prójimo.

Sin embargo, la historia pareció haberse olvidado de ellos. Ya desde esos días de 1871 existió un silencio sorprendente en los periódicos y publicaciones sobre el accionar de la Iglesia. Sólo se registraron críticas infundadas y consideraciones aisladas sobre el proceder de algunos sacerdotes en particular. No se realizó, salvo excepciones, ningún análisis más completo y objetivo ajeno a las ideas anticlericales sustentadas por la masonería y mayoritarias en ese momento.

Ese es el objetivo de esta tesis: rescatar del olvido y demostrar que, además de la labor de la Comisión Popular, la Iglesia de Buenos Aires estuvo a la altura de las circunstancias luchando denodadamente contra la peste.

La principal fuente utilizada es una obra contemporánea a la epidemia de fiebre amarilla de 1871, el *Diario de la epidemia* de Mardoqueo Navarro. El autor registró diariamente, con frases cortas y hasta lapidarias, los distintos hechos que se sucedieron entre el 27 de enero y el 22 de junio de aquel año en la asolada ciudad de Buenos Aires. La obra fue publicada por la imprenta del diario *La República* y salió a la luz en los primeros días del mes de julio, es decir recién finalizada la tragedia.

Como el objetivo de Navarro fue el de resaltar los acontecimientos más relevantes de manera sintética, su obra requirió ser completada por los datos y las informaciones de otras fuentes. Por eso se recurrió a los diarios de la época, a pesar de que la mayoría de ellos estaban imbuidos de ideas masonas muy críticas de la Iglesia.

El acceso a los archivos de las diversas congregaciones religiosas que actuaron contra la epidemia permitió también sacar a la luz su accionar en ese momento histórico de Buenos Aires.

Junto a estas fuentes fueron consultadas otras publicaciones sobre la fiebre amarilla editadas en 1871 y 1872. La mayoría de las obras forman parte de la bibliografía de la historia de la medicina en Buenos Aires, por lo cual fue importante acceder a revistas especializadas, tesis médicas doctorales, y archivos de la Facultad de Medicina y de la Academia Nacional de Medicina.

El método utilizado en este trabajo fue partir de los enunciados de Navarro en su obra y adentrarse en la investigación y el estudio de los hechos accediendo a las fuentes antes mencionadas, a diversas publicaciones sobre el tema y a los distintos archivos históricos. No fue una tarea fácil. Dada la situación caótica que se generó durante la epidemia no son muchos los documentos que se conservaron, algunos archivos no tienen información abundante sobre esos meses de 1871, y además se encuentran datos aislados que luego es difícil corroborarlos con otras fuentes. Por otro lado, las obras escritas sobre la epidemia durante el siglo XX no citan detalladamente sus fuentes, ni presentan un elenco bibliográfico ordenado.

Sin embargo, la tarea de investigación resultó apasionante, ya que cada dato, cada nombre o una pequeña mención, animaba a continuar la búsqueda hasta donde se pudiese.

Se partió de una descripción de la ciudad de Buenos Aires en 1871, sus características, sus condiciones sanitarias, el modo de vida de sus pobladores, y su situación política, dado que la capital es el escenario en el que se desarrolló la epidemia.

Cuando se realizó la investigación sobre los hechos acaecidos en ese semestre trágico, se presentó en primer lugar toda la labor de la Comisión Popular y de los organismos oficiales, y posteriormente lo que hace al objeto de este estudio, el accionar de la Iglesia durante la peste de fiebre amarilla, la tarea desinteresada de sus hombres y mujeres, sus víctimas, y todo lo referido a demostrar su protagonismo durante la peste, a pesar del silencio histórico sobre el tema.

Primera Parte

Panorama General

1. La ciudad de Buenos Aires hacia 1870

El escenario en el que se produce la terrible epidemia de fiebre amarilla durante el primer semestre de 1871 es la ciudad de Buenos Aires, ciudad que desde su fundación había cambiado mucho en su fisonomía y en su población, en sus dimensiones y en sus costumbres.

Por otro lado y como consecuencia de la epidemia, entre otras causas determinantes, Buenos Aires se fue abriendo, hacia finales del siglo XIX, a su configuración de moderna metrópoli.

Resulta importante, entonces, realizar un análisis de la realidad panorámica de la ciudad en 1871 para comprender mejor aún la peste que la asoló.

1.1 Breve reseña histórica de la ciudad hasta mediados del siglo XIX

1.1.1 1536-1776

Luego de la fundación de 1536 por Pedro de Mendoza, el primer Buenos Aires desapareció como consecuencia de la hostilidad de los indios y el hambre de la población que obligó al abandono de la precaria base y el traslado río arriba, buscando seguridad y mejores condiciones de vida. De aquella primera fundación sólo perduraron el área elegida y el nombre.¹

Años más tarde, en 1580, Don Juan de Garay, al frente de una expedición de no más de sesenta hombres, partió desde Asunción y se estableció unos pocos kilómetros al norte de la fundación originaria. La superficie de la ciudad era de 235 ha., menos de 2,5 km²; actualmente corresponde a la zona que rodean las calles Viamonte (al norte), Salta-Libertad (al oeste), Independencia (al sur), y Paseo Colón-Leandro N. Alem (al este).² La plaza Mayor

¹ Cfr. SCOBIE, James R., *Buenos Aires del centro a los barrios, 1870-1910*, Buenos Aires, 1977, p. 18

² Cfr. LAHITOU, Luis Alberto, *El plan pastoral de Monseñor Mariano Antonio Espinoza*, Tesis, Buenos Aires, 1996, p. 12

era el asiento de los edificios de gobierno y de la Iglesia Matriz, la que se construyó en el extremo noroeste. Al otro lado de esta plaza se destinó una fracción de tierra para la cárcel y el Cabildo.

Desde el comienzo la modesta fundación de Garay fue un centro comercial y administrativo de importancia. Buenos Aires permaneció bajo la jurisdicción del real gobierno de Asunción hasta 1618 en que se convirtió en sede de una gobernación con autoridad sobre una vasta región de la costa argentina y de la actual costa uruguaya, que incluía las ciudades de Santa Fe y Corrientes.³

Así fue como Buenos Aires sobrevivió y creció sobre la base de una agricultura de subsistencia, sus funciones administrativas, el comercio de cueros y sebo y un contrabando en constante aumento. La población de la ciudad creció proporcionalmente: de una estimación de 300 personas en 1580, a 1000 en 1620 y 7500 en el año 1700. En 1725 Buenos Aires ya ocupaba 246 manzanas.⁴

1.1.2 1776-1856

“Los que hoy viven en Buenos Aires, escribía el doctor José María Gutiérrez en 1860, y transitan por sus cómodas aceras, no se imaginan cómo eran sus calles en el siglo XVIII. A mediados de él, en 1757, y a consecuencia de una lluvia continuada de 35 días, quedó el vecindario confinado en sus casas, alimentándose de viandas secas, como en una plaza sitiada. Formáronse tales pantanos y tan profundas hondonadas que necesitaron poner centinelas en una de las cuadras de la calle de las Torres (hoy Rivadavia) de las cercanas de la plaza principal, para evitar que se hundieran y ahogaran los transeúntes, principalmente los de caballo.”⁵

La transformación de la ciudad está ligada a los cambios políticos y económicos que se fueron produciendo. Hasta mediados del siglo XVIII no hubo grandes reformas; hasta que Buenos Aires se convirtió en capital del virreinato del Río de la Plata, todo el sistema en el

³ Cfr. SCOBIE, James R., Op. Cit., p. 19

⁴ Cfr. BESIO MORENO, Nicolás, *Buenos Aires, puerto del Río de la Plata, capital de la Argentina; estudio crítico de su población, 1536-1936*, Buenos Aires, 1939, p. 380

⁵ BUCICH ESCOBAR, Ismael, *Buenos Aires ciudad*, Buenos Aires, 1931, p. 52.

cual se hallaba insertada registró pocas variaciones: su plano no cambia, su población registra un incremento mínimo, *es casi un tiempo sin historia*.⁶

Con la creación del virreinato del Río de la Plata en 1776 se inicia una nueva etapa. La humilde aldea marginal del siglo XVI fue adquiriendo una fuerza política y económica desbordante, especialmente a partir del comercio y de la concentración de mercancías para exportar, con un puerto sin buenas condiciones geográficas: la boca del estuario carecía de bahías abrigadas y elevaciones del terreno que brindaran protección. El vasto sistema fluvial que se volcaba en el estuario del Plata arrastraba gran cantidad de sedimentos que habían formado un banco de barro y arena frente a la ciudad. Pese a esta desventaja, Buenos Aires había adquirido importancia comercial porque fue la primera población sobre el estuario. La navegación era sumamente riesgosa para las embarcaciones de vela, por ser un enorme espejo de agua sometido a fuertes vientos, especialmente del sudeste (sudestada), o del sudoeste (pampero). La creciente anual del Paraná aumentaba el arrastre de sedimentos que fueron causando la conformación de las islas del delta. A esto hay que agregarle las mareas que aumentaban imprevistamente el caudal de agua. Por todo esto, es en esta época en que comienza a verse la necesidad de sostener mejoras portuarias que recién comenzaron a concretarse hacia 1870.

La estructura edilicia de la ciudad también había ido cambiando con el paso del tiempo teniendo siempre como centro la plaza y el puerto. Fue especialmente el virrey Vértiz quien puso en marcha un conjunto de ordenanzas progresistas para embellecer la ciudad que luego continuaron otros con diversas medidas de gobierno. Hacia 1810 Buenos Aires contaba ya con alrededor de 40.000 habitantes, cifra que se duplicó hasta la caída de Rosas en 1852.

1.1.3 1856-1870

El mayor crecimiento de la ciudad de Buenos Aires comenzó a registrarse proporcionalmente al aumento de la población como consecuencia de la inmigración, especialmente, a partir de 1855.

⁶ Cfr. DIFRIERI, Horacio, *Buenos Aires, Geohistoria de una metrópoli*, Buenos Aires, 1981, p. 117

El testimonio directo de distintas personalidades que visitaron Buenos Aires en aquellos años, permite tener una idea de cómo era la ciudad. Así Xavier Marmier queda muy impresionado por su estructura regular:

“Carlsruhe, Darmstadt, Berlín, San Petersburgo y muchas ciudades de los Estados Unidos son de una extraordinaria uniformidad; pero no conozco nada parecido a la de Buenos Aires, Cortada en líneas rectas y dividida en “manzanas”, iguales de 150 metros por lado. Cuando se averiguan las señas de alguna persona, aquí se responde siempre: vive a dos o tres cuadras y media; y ya tenéis, metro más, metro menos, la medida exacta. El mismo espíritu de uniformidad que ha inspirado el ancho de las calles preside la construcción de las casas.”⁷

Algunos años después, Walter Hadfield da una imagen de la ciudad y también su dimensión:

“Buenos Aires es prácticamente un tablero de ajedrez, como lo demuestra su plano. Tiene más o menos 4 millas cuadradas y se supone que su población está cerca de los 100000.”⁸

Hacia 1869 había aumentado notablemente el número de calles, algunas pavimentadas con granito proveniente de la isla Martín García. Se extendían 30 calles paralelas al río y 36 perpendiculares a las primeras⁹; de las 1080 cuadras sólo 600 están edificadas con casas bajas con varios patios.

En esta etapa es que se da uno de los cambios más importantes de la ciudad: la construcción del primer ferrocarril que unía la Estación del Parque, actualmente emplazamiento del teatro Colón, y la estación Floresta, inaugurado el 29 de agosto de 1857. El trayecto era de alrededor de diez kilómetros que se recorrían en treinta y cinco minutos. Las primeras dos locomotoras fueron encargadas por la “Sociedad del Ferrocarril de Buenos Aires al Oeste” en 1856 a la empresa que se encontraba a la cabecera de los ferrocarriles

⁷ MARMIER, Xavier, *Buenos Aires y Montevideo en 1850*, Buenos Aires, 1948, en DIFRIERI, Horacio, Op. Cit., p.133.

⁸ HADFIELD, Walter, *El Brasil, el Río de la Plata y el Paraguay*, Buenos Aires, 1943, en DIFRIERI, Op. Cit., p. 133.

⁹ Cfr. ARMAIGNAC, H., *Viaje por las Pampas de la República Argentina*, Paris, 1883, p. 134

mecánicos, la Railways Foundry Leeds. Las dos locomotoras recibieron los nombres de “La Porteña” y “La Argentina”, respectivamente.¹⁰

Así la ciudad comenzó a abrirse a la Pampa, y ya no sólo hacia el río a través del puerto que cada vez cobraba mayor importancia.

Las tres primeras líneas férreas que entraron en la ciudad siguieron las huellas de las tropas de las carretas y mulas, y su construcción respondía fundamentalmente a las necesidades del transporte de cueros, lanas y granos.

En febrero de 1866 se habilitó la primera línea de tranvías entre la estación del Sud y la plaza de Monserrat y en julio otro que llegaba hasta la estación Retiro del Ferrocarril Norte.

La ciudad pronto contó con una vasta red tranviaria a cargo de diversos concesionarios: Federico y Julio Lacroze, Teófilo y Julio Méndez y Mariano Billingham. Las líneas de este último llegaron el 25 de mayo de 1870 a la Recoleta y en 1871 hasta San José de Flores. La Boca tuvo tranvías desde 1870 mientras que Belgrano debió esperar hasta 1872.¹¹

La inauguración de la Compañía de Gas Argentina en 1869 posibilita la instalación de una red de alumbrado en las calles de Buenos Aires.

1.2 Buenos Aires en 1871

“Quien se detuviera en el centro de la Buenos Aires de 1870, tendría como impresión fundamental la de haber entrado a una ciudad grande y pacífica. Una febril actividad se desarrollaba en la zona de los muelles y en algunas calles comerciales adyacentes, pero el resto de la ciudad se extendía en calles tranquilas; parecía reposar dentro de los patios y detrás de las paredes de ladrillos revocados de sus casas de una sola planta. Esta era la ciudad más populosa y el puerto más importante de la Argentina, el centro administrativo del gobierno nacional y la capital de la provincia más grande y más rica del país. No obstante, la vida transcurría con ritmo pausado.”¹²

¹⁰ Cfr. DIFRIERI, Horacio A., Op. Cit., p. 142

¹¹ Cfr. MOLINARI, Ricardo Luis, *Buenos Aires 4 siglos*, Buenos Aires, s/f, p. 105

¹² SCOBIE, James R., Op. Cit., p.57.

El perímetro de la ciudad abarcaba una superficie de 4.000 ha. Encerradas entre el río de la Plata por el este, la actual calle Medrano y su prolongación por el oeste y el Riachuelo por el sur.¹³

En 1869, de acuerdo con el primer censo nacional, Buenos Aires poseía 177.787 habitantes¹⁴, dentro de un total de 1.830.214 almas repartidas en toda la extensión de la República.¹⁵ Otras cifras interesantes que arrojaba el censo permiten saber que la ciudad poseía 20.838 casas, de las que 18.507 eran de un piso, apenas 2.078 de dos y tan sólo 253 de tres.¹⁶

El aspecto general de la ciudad, acercándose al muelle, era francamente chato, emergían aquí y allá los campanarios de las iglesias como dedos señalando a Dios. El muelle de pasajeros aparecía densamente poblado de marinos, contrabandistas, vendedores, etc. En las orillas del río las lavanderas hacían su trabajo golpeando la ropa retorcida contra las piedras, mientras los pescadores recogían sus redes con la esperanza de una abundante pesca que garantice su trabajo. También aquí era donde se lavaban los caballos que eran utilizados para el transporte. Lo sorprendente era que a escasos metros del panorama recién descrito, los aguateros recogían el agua que luego repartían en las casas y que era utilizada, entre otras cosas, para beber.¹⁷

Frente a este panorama de la ribera se hallaba la Aduana Nueva y más allá la Casa de Gobierno. A metros de ésta se levantaba la Estación Central, de donde partían los trenes del Ferrocarril del Norte, flamante estación inaugurada en 1868.

La histórica plaza estaba dividida en dos por la Recova, edificio de estilo morisco que poseía en el medio una amplia arcada con torre que hacía las veces de arco de triunfo, comunicando ambas plazas linderas.¹⁸ A los costados las arcadas menores circunscribían las galerías que albergaban un compacto mercado de intensa actividad. Albergaba a la Corte Suprema, al Concejo Municipal y al cuartel general de policía con una cárcel con capacidad para alrededor de 200 reclusos.

¹³ Cfr. BUCICH ESCOBAR, Ismael, *Bajo el horror de la epidemia*, Buenos Aires, 1932, p. 10.

¹⁴ El Dr. Rawson calculaba la población de Buenos Aires en 1871 en 195.262 habitantes; en RUIZ MORENO, Leandro, *La peste histórica de 1871*, Paraná, 1949, p. 119.

¹⁵ Cfr. SCENNA, Miguel Angel, *Cuando murió Buenos Aires 1871*, Buenos Aires, 1974, p.17

¹⁶ Cfr. *Ibid.*, p.21

¹⁷ Cfr. SCENNA, Miguel Angel, *Op. Cit.*, p. 148 y RUIZ MORENO, Leandro, *Op. Cit.*, p. 79-80

¹⁸ Ver Apéndice [p. 226](#)

Es importante esta detallada descripción de ambas plazas, recién unidas en 1884, porque fueron escenario de todos los acontecimientos importantes de la época: desfiles y celebraciones, revoluciones, proclamas y demostraciones.¹⁹

Desde el centro, y como consecuencia de la introducción de las líneas ferroviarias durante las décadas de 1850 y 1860, la ciudad había empezado a estimular su crecimiento en tres ejes de dirección y edificación: oeste, sur y norte.

Hacia el oeste, las líneas férreas siguieron las huellas de las antiguas carreteras de bueyes y mulas que entraban y salían de la ciudad. El centro de este eje era la Plaza Once que había servido desde antaño como mercado de ventas al por mayor, en especial de granos, lanas y cueros. Su importancia comercial aumentó aún más cuando se convirtió en la terminal del primer ferrocarril, el Oeste, inaugurado en 1857. Esta línea corría en un principio hasta Flores, localidad de 2300 habitantes, que en 1870 todavía permanecía fuera del ejido urbano de Buenos Aires, pero que ya contaba con un importante templo, matadero propio y un cementerio ya casi colmado.

El crecimiento demográfico de Flores se debió, en buena medida, al aporte inmigratorio. También influyó en el aumento de habitantes las repetidas epidemias que azotaban a Buenos Aires, especialmente las de fiebre amarilla y cólera. Al asomar un brote epidémico, un buen número de personas huía a Flores, y de ellas siempre un porcentaje se quedaba definitivamente radicado en la zona.²⁰

Antes de llegar a Flores, desde Once, se bordeaba la amplia quinta de los Lezica (hoy Parque Rivadavia) y la de los Segurola (hoy Parque Chacabuco). Inmediatamente después de la quinta de los Lezica había una pulpería que sirvió de núcleo poblador en la actual esquina de Emilio Mitre, y cuya insignia sirvió de nombre al futuro barrio de Caballito.

Hacia el Sur, desde la plaza de Mayo por la calle Bolívar, se encuentra la famosa “Manzana de las Luces”, levantada en la década de 1820. En esta manzana está la Iglesia de San Ignacio, parroquia de la Catedral al Sur; frente a ella estaba el café de Marcos, renombrado desde principios del siglo XIX por la suntuosidad de sus instalaciones y de sus dos billares. San Ignacio linda con el Colegio Nacional Buenos Aires, fundado por el presidente Mitre sobre la herencia del viejo Colegio Real de San Carlos creado por el Virrey Vértiz. El Colegio Nacional desempeñó un papel particularmente importante como instituto

¹⁹Precisamente en estas plazas se reunió por primera vez la Comisión Popular, organismo que se conformó para enfrentar abnegadamente el flagelo de la epidemia de fiebre amarilla en marzo de 1871.

²⁰ Cfr. SCENNA, Miguel Angel, Op. Cit., p. 49

de preparación para muchos de los futuros dirigentes políticos e intelectuales de la Argentina. Varios centenares de estudiantes vivían en las casas de sus padres o parientes, pero alrededor de 190 muchachos, de 12 a 19 años, muchos de ellos provincianos, estaban como pupilos en el colegio donde anudaban amistades y establecían vínculos para toda la vida.²¹

Paul Groussac narra sus años de amistad con varias personalidades argentinas, relaciones que comenzaron precisamente en el Colegio Nacional Buenos Aires:

“Pero con sólo saber que a principios de dicho año entré a enseñar matemáticas en el Colegio nacional de Buenos Aires, pocos meses después de dejar él la cátedra de filosofía, pasando a ser alumnos míos del curso superior los mismos que acababan de serlos suyos, colegirá el lector cuántos ecos de su simpática voz recogería yo en los claustros sonoros, entre esos grupos juveniles que conservaban tan fresca la memoria del joven maestro, entonces avivada por la fama creciente del escritor.”²²

“Conocí personalmente a José Manuel Estrada el año 70, en el Colegio nacional de Buenos Aires.(...) A principios de 1870 fui designado para dictar dos clases de matemáticas en el Colegio nacional, en reemplazo del profesor titular que se ausentaba a Europa. A los pocos días de haber dado principio a mis tareas, una mañana de marzo, al penetrar en el amplio despacho del rector Cosson, donde los profesores solían echar un párrafo, antes y después de clase, me encontré con mi orador de marras, leyendo un diario, repantigado en el ancho sofá que ocupaba el fondo de la pieza. Presentación, apretón de manos, cambio de cigarrillos.”²³

El viejo edificio colonial del Colegio fue reemplazado por el actual en 1938.

Doblando por la calle Moreno, se abrían las oficinas del diario *La Prensa*, fundado por José C. Paz en 1869. La legislatura de la provincia de Buenos Aires, la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires fundada por Rivadavia en 1821, la Biblioteca Nacional, el Departamento de Salud Pública, el Museo, el Departamento de Educación y Topografía y los tribunales comerciales, completaban la famosa “Manzana de las Luces”.

Toda esta zona fue testigo de una actividad política sólo superada por la de la Plaza de Mayo. Mientras no fue resuelta la cuestión de la Capital Federal, las autoridades provinciales y nacionales utilizaron la ciudad como sede del gobierno. En la legislatura provincial y

²¹ Cfr. SCOBIE, James, Op. Cit., p. 61

²² GROUSSAC, Paul, *Los que pasaban*, Buenos Aires, 1939, p. 77

²³ *Ibid.*, pp. 25-26

tribunales de esta manzana y en los despachos del gobernador provincial y sus ministros, ubicados del otro lado de la calle hacia el Sur, se llevaban a cabo negociaciones y arreglos que afectaban a la ciudad casi tanto como los del gobierno nacional.²⁴

A una cuadra de la “Manzana de las Luces”, hacia el lado del río estaba la calle Defensa, acceso principal de la ciudad desde el sur, calle por la que se destacaban residencias de familias importantes e iglesias.

La expansión territorial hacia el sur fue causa de la existencia de numerosas iglesias en la zona: sobre la calle Bolívar la iglesia parroquial de San Ignacio, antes convento jesuita, servía a un área de cuarenta manzanas al sur de la Plaza de Mayo. Sobre Defensa, dos cuadras al sur de la plaza, se llegaba a la “Manzana de las Iglesias”: allí estaban la de San Roque, la de San Francisco con su monasterio fundado en el siglo XVII y el convento de San Ignacio. Cruzando la calle, se encontraba una de las instituciones de la caridad más antiguas de la ciudad, la Casa de Niños Expósitos. Allí vivían cinco hermanas de caridad que supervisaban el trabajo de once amas de cría, seis sirvientas, tres costureras, una cocinera y un portero, todos ellos dedicados a treinta niños menores de diez años. Una cuadra más al sur estaba la Iglesia de Santo Domingo.²⁵

Detrás de este centro de poder político e intelectual se hallaba el Mercado Central, en la plaza Constitución, centro comercial de mucha actividad durante el día y de “malevaje” durante las noches, convirtiéndolo en un lugar peligroso e inseguro.

La calle Brasil señalaba el límite sur del Buenos Aires edificado en 1870. La plaza Constitución también servía como terminal del ferrocarril Sud, hoy General roca, inaugurado en 1865.

Mas allá de dicha plaza, al oeste, se hallaba el Matadero más grande de la ciudad y cercano a éste el cementerio del Sud, clausurado definitivamente después de la epidemia de fiebre amarilla de 1871.

Hacia el sur, la Boca y Barracas, aunque dentro de los límites municipales en 1870, aún constituían localidades separadas.

En la Boca se habían instalado mayoritariamente familias genovesas que construyeron sus casas sobre pilotes para hacer frente a las periódicas crecidas del río.

²⁴ Cfr. SCOBIE, James R., Op. Cit., p. 62

²⁵ Cfr. Ibid., pp.71-72

El Riachuelo dividía, en su último tramo, Barracas al Norte de Barracas al Sur. Era una zona de pulperías y cafés con casas de trabajadores entre los que se destacaban los cuarteadores. Eran muy abundantes los saladeros y mataderos. Los animales eran sacrificados a orillas del Riachuelo, sus entrañas y la sangre terminaban en el agua que de ese modo se convertía en un lugar de infección y putrefacción que atraía enorme cantidad de moscas y mosquitos. Cuando el viento soplaba del sur, un potente hedor llegaba al centro de la ciudad que quedaba a más de treinta cuadras al norte. Muchos eran los reclamos pidiendo la clausura de los saladeros, señalados como focos de infección y de contagio por las famosas *miasmas* pero ninguna autoridad se hacía eco de estas protestas.²⁶

“Parece que el lecho del Riachuelo es una inmensa capa de materias en putrefacción. Su corriente no tiene ni el color del agua. Unas veces sangrienta, otras verde y espesa, parece un torrente de pus que escapa a raudales de la herida abierta al seno gangrenado de la tierra. Un foco tal de infección puede ser la causa de todos los flagelos, el cólera y la fiebre. ¡Hasta cuando respiraremos el aliento y beberemos la podredumbre de ese gran cadáver tendido a espaldas de nuestra ciudad!”²⁷

Hacia el norte, el Ferrocarril del Norte, había establecido su terminal en Retiro en 1866, a un kilómetro y medio de Plaza de Mayo. En 1870 el tren conectaba la ciudad de Buenos Aires con varias pequeñas poblaciones como Belgrano, con 1200 habitantes, San Isidro, con cerca de 1000, y San Fernando, con 3200.²⁸

Desde el centro hacia el norte se iba por la calle San Martín, calle de financistas: allí estaban los bancos de la Provincia de Buenos Aires y pegado a él el Banco Argentino. En los alrededores se encontraban los bancos Mauá y el de Londres y Río de la Plata. También abundaban las casas de cambio y las armerías. Entre Cangallo y Cuyo (Sarmiento) funcionaba la Bolsa de Comercio; a su lado el hotel Universal, de gran categoría porque ofrecía baños públicos a su selecta clientela.

Donde está actualmente el museo que lleva su nombre vivía el general Mitre. En aquella casa se abrirían en 1870 las oficinas del diario *La Nación*.

²⁶ Ver Apéndice, [p. 227](#)

²⁷ Diario LA NACIÓN, en adelante LN, 15 de febrero de 1871.

²⁸ Cfr. SCOBIE, James R., Op. Cit, p. 60.

Sobre la calle Reconquista se encuentra aún la iglesia de la Merced, y más allá el Colegio de Huérfanos y el templo de los Ingleses. En Reconquista y Cangallo, hoy calle Presidente Perón, estuvo hasta 1873 el Coliseo, la vieja Casa de Comedias del virrey Vértiz.

La calle Florida ya dejaba entrever su futura pujanza comercial con almacenes mayoristas, depósitos, agencias, escribanías, joyerías, casas de artículos para vestir, etc.

Camino a Retiro se cruzaba un puente de madera sobre el Zanjón de Matorras, un caudal de turbias aguas, criadero de miasmas y muy peligroso en época de creciente.

Desde las barrancas de Retiro son visibles, al noroeste, los bosques de la Recoleta, donde se levanta el cementerio del Norte, rodeado, en aquellos años, de grandes quintas. En esa misma dirección se llega a Palermo, donde se hallaba la que fue la casa de Juan Manuel de Rosas y donde funcionó desde julio de 1870 el Colegio Militar de la Nación hasta finales del siglo XIX que el edificio fue demolido.

El pueblo de Belgrano coronaba hacia el norte el camino de la ciudad. Su origen se remonta a la existencia de La Calera que explotaron los franciscanos en la época de Rosas y de algunas quintas y la pulpería *La Blanqueada*.²⁹

1.2.1 Situación sanitaria de la ciudad de Buenos Aires en 1871

“No por azar la fiebre amarilla azotó a Buenos Aires en 1871. Factores complejos decretaron la muerte temporaria de la Gran Aldea: obras de salubridad inexistentes, viviendas precarias, escaso control sanitario y flagrante despreocupación oficial por el bienestar poblacional.”³⁰

Hacia 1870 la ciudad no estaba preocupada todavía por su estado de higiene, adelanto sanitario, urbanístico, o por las medidas que se debían tomar para evitar las anormalidades que se cometían en el medio ambiente. Entre 1850 y 1870 Buenos Aires se había expandido geográficamente, pero el crecimiento material no era acorde al demográfico. La población había aumentado notablemente³¹, pero no la planta urbana, de modo que el crecimiento fue en densidad. En síntesis, Buenos Aires, no estaba preparada estructuralmente para tantos

²⁹ Cfr. SCENNA, Miguel Angel, Op. Cit., pp. 29-41.

³⁰ GUERRINO, Antonio Alberto, 1871. *Muerte y resurrección en la Gran Aldea*, en *Medical Mag*, 15, Buenos Aires, 1981, p. 22

³¹ Ut supra, p. 14

habitantes. Esta fue la causa principal de que el estado sanitario de la ciudad fuese en 1871 deficiente. Esto puede llamar la atención por el contraste que la ciudad tenía como centro económico y comercial.³²

La mayoría de los historiadores que describen esta época hacen notar precisamente este fuerte contraste entre la pujante metrópoli y su situación sanitaria:

“La Gran Aldea es una ciudad americana de la época que se levanta con pujanza y que ya ha llamado a su sede las vanguardias de las principales corrientes inmigratorias, que arriban ansiosas de trabajo y de paz.(...) Nuevas casas se agregaban a las otras, se abrían calles nuevas para las que sobraban nombres heroicos, se mejoraba la edificación del gobierno lo mismo que la privada, y aquello que se hacía era mejor, a tono con el franco progreso de la ciudad y la civilización de sus cultos habitantes. (...) Es cierto que esta aspiración de progreso, en algunos casos no era razonada. La ciudad carecía de aguas corrientes. De servicios de cloacas. No tenía desagües. Sus calles se habían nivelado sobre la base de los residuos y las inmundicias que fermentaban bajo el mal empedrado de las arterias.(...) La ciudad imprevisora solo observaba que crecía, que había trabajo y abundancia (...)”³³

Para describir más acabadamente toda la situación sanitaria conviene tomar algunos aspectos del tema y describirlos de manera detallada.

a) Aguas corrientes y cloacas: En 1862 las autoridades municipales estudiaron la posibilidad de establecer un servicio de aguas corrientes en la ciudad y se llamó a licitación.³⁴ El asunto quedó archivado hasta 1867 en el que gobernador Adolfo Alsina lo exhumó con su ministro Nicolás Avellaneda acuciados por algunas epidemias que sufrió la ciudad como el cólera en 1867 que duraría hasta principios de 1868, la fiebre tifoidea en 1869 y además, todos esos años enfermedades eruptivas, anginas malignas o difteria, etc.

Fue contratado el ingeniero Coghlan que efectuó un relevamiento altimétrico de la ciudad que le ocupó dos años. A principios de 1869 Buenos Aires inauguró orgullosamente su primer tramo de aguas corrientes: apenas 20.000 metros de caños, con filtros en la Recoleta. Recién en 1888 toda la ciudad tuvo su servicio de aguas corrientes y cloacas, a partir de un

³² Bucich Escobar en su obra *Bajo el horror de la epidemia*, p. 30, transcribe el informe que el médico de la sanidad brasilera, Dr. Luis Álvarez de los Santos, envía a su país que confirma el diagnóstico sanitario de la ciudad de Buenos Aires.

³³ RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., pp. 116-117.

³⁴ SCENNA, Miguel Angel, Op. Cit., p. 147.

proyecto del ingeniero Bateman que comenzó a concretarse en 1874.³⁵ Hasta aquel momento la provisión de agua se realizaba a través de los aguateros que la recogían en el río en toneles o barriles.

Además el agua contenía residuos de los mataderos, saladeros o desperdicios de los barcos; las deyecciones de los caballos y la suciedad y la espuma jabonosa de la ropa que llevaban a lavar a la orilla las lavanderas. Para poder beberla, el agua debía ser decantada y filtrada intentando hacerla bebible sin peligro. Algunas casas tenían aljibes, pozo de paredes impermeables donde se recogía el agua de lluvia. En el interior del pozo se introducían tortugas que, alimentándose de larvas y bichos, hacían supuestamente más limpia el agua.

El modo más peligroso de obtener agua era a través de los pozos de la primera napa, cavados en la vecindad de los pozos negros que era a través de la porosidad de la tierra y el paso de los años posibilitaba el paso de las aguas fecales que contaminaban el agua para consumo.

En 1861 las autoridades municipales habían dictado una ordenanza prohibiendo cavar pozos de letrinas a menos de 8 metros de los destinados a agua para beber. Sin embargo, muchos pozos quedaron en el mismo estado durante muchos años más.³⁶

Las pesadas lluvias hacia finales de 1870 habían inundado las áreas bajas de la ciudad; las letrinas habían rebalsado y las materias fecales habían llegado a las casas, patios y calles. A medida que avanzaba el verano, los enjambres de mosquitos se convirtieron en una verdadera plaga que ocasionaría la temible fiebre amarilla. Un periódico acotó que la propagación de la fiebre amarilla parecía seguir el curso de las cloacas y observó que los peores estragos ocurrían en las calles que servían como drenajes de la ciudad.³⁷

b) La limpieza de la ciudad y la recolección de residuos: Hacia 1870 la recolección de basuras se realizaba sólo en la zona céntrica de la ciudad según disposiciones de 1856. La manera de hacerla era muy primitiva: carros abiertos pasaban a recoger los residuos después de estar algunos días amontonados y en estado de putrefacción; como los carros tenían capacidad limitada pronto desbordaban, dejando al paso un reguero de residuos que ya nadie volvía a levantar.

³⁵ Cfr. BARELA, Liliana y VILLAGRÁN PADILLA, Julio, *Notas sobre la epidemia de fiebre amarilla*, separata del Instituto Histórico de la Organización Nacional, Buenos Aires, 1980, p. 127

³⁶ Cfr. Ibid, p. 149 y ss.

³⁷ Cfr. Diario LA PRENSA, en adelante LP, 18 de marzo de 1871.

Los habitantes de los barrios periféricos arrojaban los desperdicios en baldíos que se convirtieron en enormes basurales.

Esta situación se vio agravada cuando se comenzaron a pavimentar algunas calles³⁸, con el empedrado a bola realizándose primero la nivelación con basuras que despedían en días de calor un olor nauseabundo.

c) Los centros de asistencia y hospitales: Los distintos historiadores no se ponen de acuerdo sobre la asistencia médica en la ciudad, específicamente si eran suficientes o no los centros asistenciales.

Conviene hacer una lista de los servicios hospitalarios para tener una idea más real y completa sobre los hospitales y lazaretos en la ciudad de Buenos Aires en 1871.

El hospital San Martín estuvo destinado desde su fundación en 1580, a los militares en presidio. Recién en 1745 se transformó en hospital general atendido por los padres Bethlemitas, quienes lo establecieron en el lugar que luego ocupara la Casa de la Moneda.

El hospital general de hombres, situado en San Juan y Balcarce, en pleno barrio de San Telmo, recibió enfermos de peste durante 1838, de fiebre amarilla durante 1858, y en 1871. El hospital general de mujeres estaba situado en las calles Esmeralda y Cangallo y prestó amplia colaboración durante la epidemia de 1871.

La necesidad de alojar y tratar a los dementes separados de los enfermos generales indujo a la creación del Hospicio de las Mercedes en 1859, fundado con escasa diferencia del Hospital de alienadas y con el cual formaba un todo para el tratamiento de enfermedades mentales.³⁹

Las diversas colectividades también tenían sus propios centros hospitalarios, así el hospital irlandés fundado por el Pbro. Fahy en 1848 en la calle Tucumán, el hospital británico fundado por Barton Lodge en 1844, que durante la epidemia de fiebre amarilla recibió un donativo de 5.000 libras de Frank Parish, uno de los iniciadores del ferrocarril del Sud.

El hospital francés, que gracias al Cónsul General de Francia, señor Mendeville, se había iniciado como Sociedad Filantrópica en setiembre de 1832, brindó sus servicios durante

³⁸ “Se puso en práctica el macadam, asfalto, adoquinado y también el basurero, que en general todo a decir de diferentes autores, era un gran foco de infección depósito de inmundicias que al llegar la época veraniega debía provocar un hedor insoportable. Además sería el paraíso de moscas y roedores.” BARELA, Liliana y VILLAGRÁN PADILLA, José, Op. Cit., pp. 126-127.

³⁹ Cfr. Ibid.

la epidemia. La colectividad italiana había inaugurado, poco antes del ataque de la fiebre amarilla, un hospital en las calles Bolívar y Caseros.

El hospital alemán surgió de una iniciativa de 1867, pero la guerra del Paraguay y la epidemia que diezmó a muchos de los que formaban el comité organizativo, impidió que se llevara a cabo su construcción hasta 1878. Sin embargo, los médicos de su comisión ayudaron a sus connacionales en los meses trágicos de 1871. De igual manera, el hospital español fue terminado en 1877, pero brindó asistencia durante la epidemia. El Lazareto de San Roque fue levantado en una quinta situada en las calles 24 de noviembre, Méjico, Caridad y Venezuela. Se atendieron más de 3000 enfermos, teniendo un mobiliario muy precario y dependiendo de la asistencia del gobierno y donaciones particulares.

Inaugurado por el virrey Vértiz en 1779, la casa y hospital de niños expósitos fue clausurada durante el gobierno de Rosas, dándose como razón la falta de recursos para su mantenimiento, permaneciendo cerrada hasta 1852. Desde ese año se hizo cargo la Sociedad de Beneficencia, siendo su benefactora la socia doña María Sánchez de Mendeville. Durante la epidemia trabajó allí el doctor don Guillermo Zapiola que falleció víctima de la fiebre.

Primero en Retiro como hospital de sangre, después en la actual avenida Montes de Oca, funcionaba desde octubre de 1865 el hospital militar, cuya creación fue urgida por los heridos de la guerra del Paraguay.⁴⁰

Tal es la lista de los servicios hospitalarios. En este sentido, es verdad que el número de centros de salud era más o menos proporcionado al número de habitantes. Pero en cuanto a la atención en sí, la situación cambiaba: el estado de estos hospitales no era bueno, salas carentes de ventilación, sin baños, letrinas insuficientes, falta de salas de aislamiento con el peligro de que las enfermedades infecto contagiosas se expandieran como un reguero, todos los enfermos en salas generales, sin separarlos por sus dolencias, etc.

d) Los cementerios: Desde su fundación Buenos Aires contó con un camposanto, luego cementerio, en el barrio de la Recoleta. En 1732 se inauguró allí, por una promesa del capitán Simón Valdez a la Virgen del Pilar, una iglesia para venerarla. En los terrenos

⁴⁰ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., pp. 89 y ss

adyacentes al templo se transformó su camposanto en cementerio público el 17 de noviembre de 1822.⁴¹

“A las diez de la mañana el deán de la Catedral, Mariano Zavaleta, bendijo el cementerio, pues si bien es cierto que éste sería público, no perdía su condición de católico. Acompañaban al Padre Zavaleta varios sacerdotes, cantores y música. Se levantaron cinco cruces de madera: la mayor en el medio y las otras cuatro menores en los extremos. Delante de cada cruz se pusieron tres velas y una estaca que simbolizaba a un difunto que de esta manera debía ser enterrado bajo el amparo de la cruz, y que vive por la fe de la Santísima Trinidad. Se rezaron las letanías y se recorrió el cementerio rociándolo con agua bendita.”⁴²

En el año 1821, los protestantes residentes en Buenos Aires, consiguieron la autorización del Superior Gobierno para contar con su propio enterratorio que varió de ubicación en varias oportunidades. Este cementerio fue clausurado al poco tiempo de haberseles concedido a sus encargados un sector extenso de tierra en el cementerio de la Chacarita.⁴³ Con excepción de este último, el cementerio de la Recoleta fue el único de la ciudad hasta fines de 1866.

Las costumbres fúnebres hasta más allá de la mitad del siglo XIX resultan hoy por lo menos sorprendentes: se buscaba al muerto en un carro con ataúd fijo dentro del cual se ponía el cadáver; al llegar al cementerio sólo con una mortaja se lo introducía en una de las tantas fosas superficiales, a pocos centímetros del exterior; los cuerpos se descomponían casi a la intemperie, sin el menor resguardo sanitario.⁴⁴

Aparte de lo anterior, el cementerio del Norte ofrecía un laberinto de tumbas de ladrillos de modesta apariencia.

“ Buenos Aires carecía de un verdadero cementerio. El de la Recoleta era estrecho todavía; en su interior imperaba el caos, el abandono más absoluto. Los sepulcros se abrían desordenadamente, en cualquier parte, sin observar línea alguna de edificación, formando un verdadero laberinto de tétricas construcciones de ladrillo. En los 47 años que llevaba de

⁴¹ Cfr. BARELA, Liliana y VILLAGRÁN PADILLA, Julio, Op. Cit., pp. 129-130. Leandro Ruiz Moreno indica otra fecha para la inauguración del cementerio: 18 de julio de 1822. Ver Op. Cit., p. 110

⁴² AAVV, *Recoleta, cofre de historias*, en *Buenos Aires nos cuenta*, 5, 1983, p. 9

⁴³ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 110

⁴⁴ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., pp. 152-153

existencia, su funcionamiento no había sido reglamentado, resultando aquello un verdadero desquicio.⁴⁵

Como la población porteña comenzó a crecer aceleradamente y la ciudad era arreciada periódicamente por epidemias que subían el índice de mortalidad, se inauguró el cementerio de Sud, sobre la actual avenida Caseros, donde se halla el Parque Ameghino. Con respecto a la fecha de su fundación los autores difieren.⁴⁶

Varias fueron las desventajas de este enterratorio: estaba muy cerca de la ciudad, en una zona de quintas que seguramente se poblaría en poco tiempo, era de superficie pequeña, aunque el doctor Roque Pérez sugirió su ampliación con la compra de la manzana contigua en \$ 105.000.⁴⁷

Fue muy fuerte el rechazo de los vecinos de este cementerio. El doctor Navarro Viola asumió el liderazgo de los perjudicados al iniciar un pleito contra la comuna:

“ (...) terreno pequeño, como para ser cementerio de poco tiempo, tierra arcillosa como para obstar la descomposición cadavérica y producir la saponificación; rodeado aún de terrenos todos más altos, incrustado en medio de edificios y de pozos, de los que dista pocas varas y de algunos totalmente pulgadas, pues se encuentra pared de por medio con la casa de altos del señor Granada (...)”⁴⁸

1.3 Reseña sobre la situación política de la ciudad de Buenos Aires en 1871.

En mayo de 1853, el Congreso General Constituyente reunido en Santa Fe, con la sola ausencia de los diputados de Buenos Aires, sancionó la Constitución Nacional, sin establecer sistema alguno de gobierno municipal. Dejaba librado a los respectivos gobiernos de provincia la aplicación de una constitución cuyas bases debían contener el establecimiento del régimen municipal.⁴⁹ Pero demostraron prisa por resolver la cuestión Capital de la República. Así el artículo 3 establecía: “Las autoridades que ejercen el gobierno federal residen en la

⁴⁵ BUCICH ESCOBAR, Ismael, *Visiones de la Gran Aldea. Buenos Aires hace sesenta años*, Buenos Aires, 1932, p. 175. Transcribe palabras del doctor José Roque Pérez, sin citar la fuente.

⁴⁶ Luis F. Nuñez da como fecha inaugural el 24 de diciembre de 1867, Leandro Ruiz Moreno el 24 de diciembre de 1866, Miguel Ángel Scenna dice que fue hacia finales de 1866.

⁴⁷ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 110

⁴⁸ NAVARRO VIOLA, Miguel, *El cementerio del Sud*, en *La revista de Buenos Aires*, 24, 1871.

⁴⁹ Cfr. BUCICH ESCOBAR, Ismael, *Buenos Aires ciudad*, Buenos Aires, 1937, pp. 88-89

ciudad de Buenos Aires que se declara capital de la Confederación por una ley especial.” El espíritu con el que se lo incorporó a la Carta Magna es el que emana de estas consideraciones expuestas por el miembro informante del glorioso cuerpo: “La residencia de las autoridades nacionales debe ser aquella en donde con mayor decoro y respetabilidad se presenten ante el extranjero; allí donde estén más en contacto con las potencias amigas; en donde sea más fácil compulsar los archivos y antecedentes diplomáticos, ilustrar la opinión gubernativa, y disponer de los elementos que la calidad de capital de hecho de la República ha dado a Buenos Aires desde la época más remota del régimen colonial.”⁵⁰

Pocos días después de sancionar la Carta Magna, el mismo Congreso Constituyente, dictó la ley declarando a la ciudad de Buenos Aires capital de la Confederación Argentina, con su reglamentación orgánica. Pero Buenos Aires ni siquiera había enviado representantes al Congreso reunido en Santa Fe y por lo tanto desconocía todo lo que surgiese de aquél cuerpo colegiado. Fracasada la revolución encabezada por el general Hilario Lagos contra las autoridades de la ciudad de Buenos Aires y rechazada por éstas la Constitución Nacional, como se explicó anteriormente, la Sala de Representantes asumió facultades constituyentes y, previa renovación de la mitad de sus miembros, inició la discusión de un proyecto de Constitución en que Buenos Aires declaraba su soberanía interior y exterior; fijaba sus límites; se otorgaba la facultad de legislar sobre nacionalidad; mencionaba, sin precisar, el régimen municipal y la administración de justicia; establecía el sistema bicamarista para el poder legislativo: y hacía una declaración de derechos y garantías mas o menos acorde con las constituciones de 1819 y 1826. Sólo los diputados Bartolomé Mitre y José María Paz se opusieron al carácter constituyente de la Sala de Representantes y a la declaración de soberanía interior y exterior. Esta constitución fue dictada en abril de 1854.⁵¹

A partir de aquí no podía esperarse una paz duradera ya que no había sido resuelto el tema básico de la unidad nacional. La Confederación por un lado y el Estado de Buenos Aires por el otro como entidades políticas independientes significaban una flagrante divergencia con la tradición histórica argentina y entrañaba un atentado a los intereses económicos del país. Durante los años siguientes estas dos entidades políticas se pusieron frente a frente en busca

⁵⁰ Cfr. Ibid. p. 89

⁵¹ Cfr. SAGARNA, Antonio, *La organización nacional. La Constitución de 1853*, en ANH, *Historia de la Nación Argentina*, Tomo VIII, Buenos Aires, 1946, pp. 263-264

del predominio político en todo el país, incluso los actos de una configuraron y hasta determinaron la de la otra.⁵²

Un momento decisivo en esta tensa relación fue la batalla de Cepeda el 23 de octubre de 1859 en la que triunfaron las fuerzas de la Confederación encabezadas por el general Urquiza. El 11 de noviembre se firmó el Pacto de San José de Flores mediante el cual Buenos Aires se reintegró a la Confederación y verificó su incorporación por la aceptación y juramento de la Constitución Nacional, aunque sin resolver aún el tema de la capital o federalización de Buenos Aires. Precisamente el 7 de junio de 1862, Mitre como gobernador de Buenos Aires y encargado del Poder Ejecutivo Nacional, remitió un proyecto sobre capital de la República que fue rechazado por la Legislatura. Ésta contestó proponiendo las bases para que las autoridades nacionales pudiesen coexistir con las provinciales en la ciudad de Buenos Aires. Habiendo pasado a consideración del Congreso, este dictó el 1 de octubre la ley de compromiso que el día 7 fue sancionada como ley de la provincia. Por esa ley, la ciudad de Buenos Aires era declarada residencia provisoria de las autoridades nacionales.⁵³

Así se llega al año 1871. Bien dice Miguel Ángel Scenna que era una capital *sui generis*, a título transitorio, por negarse la provincia a entregar su principal ciudad a la Nación.⁵⁴

En 1871, Domingo Faustino Sarmiento presidía el gobierno nacional y Emilio Castro era el gobernador de la provincia de Buenos Aires, ambos con sede y autoridad en la ciudad. Completaban el elenco oficial, la Municipalidad con sus once concejales, uno por cada parroquia, y el Consejo de Higiene Pública bajo la presidencia del doctor Luis María Drago.⁵⁵

2. Situación social y política argentina hacia 1870

Así como se realizó un análisis panorámico de la ciudad de Buenos Aires, escenario de la peste de fiebre amarilla en 1871, es importante también hacer un estudio respecto a la

⁵² Cfr. BARBA, Enrique M. y HERAS, Carlos, *Relaciones entre la Confederación y el Estado de Buenos Aires*, en ANH, *Historia de la Nación Argentina*, Tomo VIII, Buenos Aires, 1946, pp. 269-292

⁵³ Cfr. SALVADORES, Antonino, *Buenos Aires, 1829-1862*, en ANH, *Historia de la Nación Argentina*, Tomo IX, Buenos Aires, 1941, pp. 128-132

⁵⁴ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, *Op. Cit.*, p. 20

⁵⁵ Cfr. MARONI, José Juan, *El alto de San Pedro. Parroquias de la Concepción y San Telmo*, en *Cuadernos de Buenos Aires*, XXXIX, Buenos Aires, 1971, p. 84

realidad socio política del país en aquellos años; esto permitirá comprender mejor aún las conductas de quienes fueron los protagonistas de los funestos acontecimientos de la epidemia.

2.1 Presidencia de Domingo Faustino Sarmiento (1868- 1874)

2.1.1 Panorama político general de la República en 1868

En Buenos Aires, principal centro de acción del liberalismo, la herencia de los federalistas fue recogida por los llamados autonomistas. Las luchas de liberales y autonomistas agitaron el ambiente político de Buenos Aires desde los días iniciales de la presidencia de Bartolomé Mitre.

Los autonomistas o “crudos” contaron con *La Tribuna* como periódico difusor de sus ideas; los liberales dispusieron de *La Nación Argentina*, periódico dirigido por Mitre.

En 1866 el autonomismo triunfó en Buenos Aires e impuso a Adolfo Alsina, su jefe, como gobernador.

En el litoral, Entre Ríos era el centro político de los federalistas dirigidos por Justo José de Urquiza. Desde aquí se irradió hacia Corrientes y Santa Fe.

La región del norte (Santiago del Estero, Tucumán y Jujuy) permaneció insensible ante este movimiento general de resurrección federalista y compuso un insólito bloque de provincias adictas al liberalismo. El centro de acción de este núcleo fue Santiago del Estero con los hermanos Taboada.

Las provincias de la región de Cuyo formaron después de la batalla de Pavón un bloque de apoyo al liberalismo, que se enfrentó sólo en 1866 a la acción de los federalistas con la insurrección de Varela.

Córdoba, de haber apoyado al liberalismo, con el paso de los años, se fue convirtiendo en un fuerte centro federalista. Salta, La Rioja y Catamarca eran focos de permanente acción federalista.

A la vez, se advertían frecuentemente en todo el país sublevaciones de batallones militares, pleitos políticos resueltos por medios violentos, levantamientos, etc.⁵⁶

Esta hostilidad de sectores importantes en algunas provincias y la guerra del Paraguay hacían que la situación política interna del país fuese muy tensa. Al aproximarse el término legal de la presidencia de Mitre, se agitaron los interesados en la sucesión con sus respectivas

⁵⁶ Cfr. CAMPOBASSI, José S., *Sarmiento y su época*, Tomo II, 1863-1888, Buenos Aires, 1975, pp. 81 y ss

fórmulas. Aparecieron como candidatos Guillermo Rawson, Rufino de Elizalde y algunos mencionaron el nombre de Juan Bautista Alberdi; Adolfo Alsina tenía a su favor la gran popularidad de que disfrutaba como jefe del porteñismo autonomista; también se propuso el nombre de Urquiza en Salta y Entre Ríos.

Se le ocurrió a Lucio V. Mansilla lanzar el nombre de Sarmiento, ausente en los EEUU y hombre sin partido.⁵⁷ A principios de 1868 Sarmiento es sostenido por el Partido liberal de seis provincias y cuenta con el apoyo del ejército que por medio del General Arredondo trabaja activamente por su candidatura en Santiago del Estero y La Rioja. La precandidatura de Sarmiento fue muy atacada por sus posibles rivales, pero se fue imponiendo fuertemente en la opinión pública. En Buenos Aires apoyaron la candidatura del maestro sanjuanino hombres influyentes como Manuel Ocampo, Rufino Varela, Martín Piñero, etc. Finalmente la fórmula presidencial fue encabezada por Sarmiento seguido por Adolfo Alsina, el hombre fuerte de Buenos Aires, como vicepresidente.

Las elecciones se realizaron el 12 de abril de 1868 y el 16 de agosto se realizó en el Congreso el escrutinio que arrojó el siguiente resultado: sobre 156 electores votaron 131. Sarmiento recibió 79 votos para presidente y Alsina 82 para vice; por Urquiza votaron Santa Fe, Entre Ríos y Salta, en total 26 votos; por Elizalde, 22 de Catamarca y Santiago del Estero; para la vicepresidencia, el más votado después de Alsina fue el General Paunero que obtuvo 46 votos.⁵⁸

El presidente electo se enterará del resultado al pasar por Río de Janeiro en viaje a Buenos Aires. Desde el día siguiente a su llegada, Sarmiento delineó en discursos y artículos periodísticos, su programa de gobierno.

2.1.2 Actos de gobierno y acontecimientos más importantes durante su presidencia

“No me arredran las dificultades de la tarea; aunque no me es desconocido cuánto están destinados a sufrir en su honor y en su reposo los que son llamados a desempeñar las arduas tareas del gobierno. Es necesario resignarse a esta suerte, porque nuestra patria no está organizada aún para dar siquiera goces reales a los favorecidos de la fortuna. Pero me abruma, sí, la confianza y las esperanzas que se han depositado en mí. Nuestra historia revela

⁵⁷ Cfr. ABAD DE SANTILLÁN, Diego, *Historia Argentina*, Tomo 3, Buenos Aires, 1981, p. 185

⁵⁸ Cfr. CAMPOBASSI, José S., Op. Cit, p. 96

que tenemos más alta conciencia del bien, que paciencia y capacidad para realizarlo. Muchos de los que antes lo intentaron murieron en la demanda o el ostracismo, y sólo la generación venidera reivindicó la memoria de los fieles servidores que no supieron ser populares, porque querían ser dignamente estimados. Una mayoría me ha traído al poder, sin que lo haya yo solicitado, y tengo por lo tanto derecho para pedirle, al sentarme en la dura silla que me ha deparado, que se mantenga unida, y que no eche en adelante sobre mí sólo las responsabilidades de su propio gobierno. (...) Teniendo por guía la Constitución Nacional, y como auxiliar la fuerza que ella pone en mis manos, alcanzaré a realizar algunas de las esperanzas que he bosquejado, entregando al que me suceda en este puesto, íntegra la República, prósperas las rentas, un mayor número de hombres felices y educados, la ley respetada, y acaso, aunque no lo espero, bendecido el gobierno.”⁵⁹

a. Primer censo argentino:

“Se ha levantado el primer censo de la República Argentina dando por cifra total 1.736.701 habitantes. Me es grato anunciaros que esta operación, por tantos años diferida, se ha ejecutado con una perfección y exactitud mayores tal vez, que la que han obtenido otros Estados en sus primeros ensayos. Los funcionarios encargados de levantarlo, los gobiernos de las Provincias y los vecindarios en general, han contribuido al buen resultado de tal manera que, todo concurre a hacer creer que con poca diferencia en más, las cifras son exactas. Los resultados generales han sido ya publicados por el Director del Censo, que ha mostrado competencia y actividad en el desempeño de su tarea.”⁶⁰

Desde el 15 al 17 de setiembre de 1869 se llevó a cabo el censo nacional prescripto por la Constitución y dispuesto por una ley especial del gobierno de Bartolomé Mitre. La operación fue dirigida por el doctor Diego T. De la Fuente.

La población ascendía a 1.830.214 habitantes, incluidos 93.138 indios que habitaban las regiones chaqueña, patagónica, fueguina y misionera. La distribución de esa cifra era la siguiente: Buenos Aires, 495.107; Córdoba, 210.508; Entre Ríos, 134.271; Santiago del Estero, 132.898; Corrientes, 129.023; Tucumán, 108.953; Santa Fe, 89.117; Salta, 88.933; Catamarca, 79.962; Mendoza, 65.413; San Juan, 60.319; San Luis, 53.294; La Rioja, 48.746; Jujuy, 40.379; y los territorios nacionales, 93.291. La población urbana estaba formada por

⁵⁹ SARMIENTO, Domingo F., en *Obras completas*, XXI, Buenos Aires, 1899, pp. 272 y 273

⁶⁰ *Ibid.*, L, 1902, p. 365

600.670 habitantes, y la rural por 1.136.406. Eran argentinos, 1.526.784 pobladores, y extranjeros, 210.292. El 71 por ciento de las personas mayores de 6 años eran analfabetas. La ciudad de Buenos Aires tenía 177.787 habitantes. Otras ciudades importantes eran Córdoba, Rosario, San Miguel de Tucumán, etc.⁶¹

Las cifras demostraron un rápido ascenso después de Caseros que no se detendrá hasta la crisis de 1930. También se comprobó que Argentina tenía menos de un habitante por kilómetro cuadrado. El país era un extenso territorio semidesierto. Lo que también se reveló fue el crecimiento de la ciudad de Buenos Aires. Horacio C. Rivarola comentó en 1910 las cifras del censo: “La ciudad cabeza aumenta, crece desmesuradamente, y da motivo a la afirmación tantas veces traída y llevada del peligro e inconveniente de la cabeza enorme con cuerpo pequeño.”⁶²

b. La guerra del Paraguay:

“La guerra del Paraguay a que fuimos arrastrados por la desacordada ambición de un frenético, es el abismo que venía de siglos para sepultar con estrépito, lo que quedaba en América del gobierno dado por Felipe II a las Españas, e injertado en el Paraguay sobre la tradición indígena. Os ha tocado a vosotros presenciar los más grandes horrores de la guerra. De siglos acá no se habían medido dos civilizaciones distintas: el despotismo antiguo y la libertad moderna. Dios no nos ha de pedir cuenta de la sangre derramada en la más legítima defensa. La historia no ha de echar de menos tampoco, la cadena que quería detener el progreso humano en las bocas del río Paraguay y destrozaron los aliados.”⁶³

Esta se inició en 1865. Los orígenes del conflicto son variados y se vinculan con situaciones políticas y económicas de vieja data. La situación mediterránea del Paraguay lo llevó a complicadas maniobras diplomáticas con el Brasil, Uruguay y Argentina con el fin manifiesto de mantener un equilibrio político que lo favoreciera. Se sucedieron así a lo largo de los años, alianzas y contra alianzas manejadas discrecionalmente, primero por Carlos Antonio López, y a su muerte por su hijo, Francisco Solano López, ambos presidentes vitalicios del país vecino, una de las cuales fue causa inmediata de la guerra.

⁶¹ Cfr. CAMPOBASSI, José S., Op. Cit., pp. 147-148

⁶² Cfr. ABAD DE SANTILLÁN, Diego, Op. Cit., p. 190

⁶³ SARMIENTO, Domingo F. Op. Cit., XXI, 1899, p. 292

En 1864, el general uruguayo y dirigente del partido colorado, Venancio Flores, invadió su país con el objeto de derrocar al presidente en ejercicio, miembro del partido blanco. El hecho de contar el general Flores con fuertes simpatías en la Argentina donde había luchado a favor de los liberales, dio lugar a sospechas sobre la real neutralidad del gobierno nacional en el episodio y motivó un pedido de explicaciones de varios países entre los que se encontraba Paraguay; el pedido fue considerado por Mitre como un agravio nacional y no se cursó respuesta alguna. Al mismo tiempo el Brasil estacionaba tropas en la frontera con el Uruguay y después lo invadía en apoyo a Flores.⁶⁴

En ese punto de los acontecimientos, Francisco Solano López, aliado a los blancos uruguayos, consideró esta situación como atentatoria contra el equilibrio de los estados del Plata. Con el fin de enfrentar a los brasileños, López pidió autorización al gobierno argentino para atravesar el territorio de Corrientes con sus ejércitos. Mitre se la negó y así el Paraguay declaró la guerra el 5 de marzo de 1865.

Dos meses más tarde se firmó el Tratado de la Triple alianza entre Argentina, Brasil y el Uruguay, en manos coloradas, por el que se acordó una alianza ofensiva contra el Paraguay. El general Mitre fue designado general en jefe de los ejércitos, mientras que Brasil proporcionaría su escuadra.

El entusiasmo popular ante la guerra fue escaso; de todos modos se procedió a organizar la movilización con las tropas disponibles en la ciudad de Buenos Aires, las que fueron puestas bajo las órdenes del general Paunero. El general Mitre, por su parte, delegó la presidencia en el doctor Marcos Paz y marchó hacia Concordia, entre Ríos, para asumir la jefatura de las fuerzas aliadas.⁶⁵

Luego de diversos enfrentamientos que en general demostraron la superioridad de las fuerzas aliadas, y con la muerte de Solano López en Cerro Corá el 1 de marzo de 1870, se puso fin a la guerra con la firma de un Protocolo el 20 de junio de 1870.⁶⁶

A lo largo del desarrollo de la terrible contienda hubo sangrientos y feroces combates, asaltos temerarios, locas y furiosas arremetidas y gestos de audacia, que dejaron enormes saldos de miles de muertos, heridos inutilizados y mutilados. Para todos los beligerantes fue costosa, porque exigió grandes esfuerzos, fatigas y gastos. Para la Argentina fue un escollo

⁶⁴ Cfr. GOROSTIEGUI DE TORRES, Haydée, *La Organización Nacional*, en AAVV, *Historia Argentina*, Tomo II, Buenos Aires, 1998, pp. 487 y ss

⁶⁵ *Ibid.*

⁶⁶ Cfr. BEVERINA, Juan, *La guerra del Paraguay (1865-1870). Resumen histórico*, Buenos Aires, 1943.

tremendo puesto en el camino de sus progresos institucionales, económicos, políticos, sociales y educativos.⁶⁷ Incluso, la guerra tuvo sus consecuencias durante los meses de la epidemia de fiebre amarilla en Buenos Aires. La contienda había exigido a la Gran Aldea una crecida contribución de sangre, de recursos y especialmente de elementos hospitalarios destinados a los establecimientos militares de aislamiento, para los heridos y enfermos, en las fronteras del país. Cuando al año siguiente se desatara la peste, Buenos Aires contaba con escasos recursos sanitarios en proporción a su población y a la gravedad del flagelo.⁶⁸

c. Creciente inmigración:

“Estamos llamados por la Providencia, a ser en todo un nuevo Mundo, un teatro nuevo, fecundo, vasto, para representar las escenas maravillosas, que sólo en sueños y en medio de las aflicciones de la pesadilla, han podido entrever los pueblos del continente antiguo. Hablamos de la idea de acelerar por medio de la introducción de extranjeros el acrecimiento de la población y el desenvolvimiento de la riqueza territorial. Es la hora de hacer caridad a los hombres que ofrecen sudor, arados perfeccionados y hábitos de trabajo y moralidad en cambio de un pedazo de terreno donde establecer sus familias y sus hogares.”⁶⁹

Después de la caída de Rosas se consideró la inmigración como fuerte palanca de progreso, tal como lo demostraba el caso de Estados Unidos, y así se abrieron las puertas a las masas europeas y al cabo de unos años un verdadero alud humano vivía en Buenos Aires.

Tanto la provincia de Buenos Aires como la Confederación habían coincidido en fomentar la inmigración, ofreciendo tierras y auxilios, política que mantuvo el gobierno de la república una vez constituida definitivamente con la Comisión protectora de la inmigración en 1869. Con el censo de 1869 se confirmó el creciente número de extranjeros, en su mayoría provenientes de la península itálica, que incluso llegó a desatar una campaña anti italiana que se haría más fuerte en 1871, acusando a esta colectividad del avance de la fiebre amarilla.⁷⁰

Se culpó por la epidemia a los inmigrantes italianos. Se los expulsó de sus empleos. Recorrían las calles sin trabajo, ni hogar; algunos incluso murieron en el pavimento, donde

⁶⁷ Cfr. CAMPOBASSI, José J., Op. Cit., p. 212

⁶⁸ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit, P. 71

⁶⁹ SARMIENTO, Domingo F., Op. Cit., IX, 1896, p. 317

⁷⁰ Cfr. ABAD DE SANTILLÁN, Diego, Op. Cit.. p. 190

sus cadáveres quedaban con frecuencia sin recoger durante horas. Había un gran pedido de pasajes para Europa. La Compañía Genovesa vendió 5200 en quince días.⁷¹

La acción gubernativa de Sarmiento impulsó la inmigración. En 1868 entraron al país unos 30.000 inmigrantes y en 1874 sumaron alrededor de 70.000, siendo la cifra más elevada la de 1873, con 76.332 personas. En los seis años de su presidencia ingresaron al país alrededor de 280.000 inmigrantes, la mayoría italianos, españoles y franceses.⁷²

d. Ideas y planes educativos:

“La empresa gloriosa de nuestro siglo es la de difundir en toda la masa de habitantes de un país, cierto grado de instrucción, para que cada uno pueda abrirse honorable acceso a la participación de las ventajas sociales y tomar parte en el Gobierno de todos para todos. No hay república sino bajo esta condición y la palabra democracia es una burla, donde el gobierno que en ella se funda, pospone o descuida formar al ciudadano moral e inteligente.”

“¿Cuál sería el porvenir de repúblicas como la nuestra, donde poblaciones enteras están en condiciones intelectuales peores que los esclavos de los Estados del Sud en la Unión Americana, si no extirpamos con mano firme la ignorancia prevalente?”⁷³

Bajo la inspiración de Sarmiento y de su ministro, doctor Nicolás Avellaneda, la instrucción pública adquiere durante el período 1868-1874 un impulso vigoroso. Esto queda demostrado con algunas de las medidas que tomó y que se citan a continuación:

Por decreto del 13 de noviembre de 1868 se ordena franquear al público las bibliotecas de los colegios nacionales sosteniendo la idea de que no debía fomentarse la carencia de libros por parte de la población. Ese mismo año se autoriza el funcionamiento de cursos nocturnos en el Colegio Nacional de Salta para obreros y trabajadores.

Se crea en el Colegio Nacional de Buenos Aires la cátedra de historia argentina y se nombra titular de ella a don José Manuel Estrada. El flamante profesor tenía por entonces 26 años y acababa de publicar su obra *Lecciones de Historia Argentina*.

Y así se fueron fundando colegios nacionales en las distintas ciudades del interior del país, como en Santiago del Estero, Corrientes, La Rioja, etc.⁷⁴

⁷¹ Cfr. BUNKLEY, Allison William, *Vida de Sarmiento*, Buenos Aires, 1966, p. 114

⁷² Cfr. CAMPOBASSI, José J., Op. Cit. p.140

⁷³ SARMIENTO, Domingo F., Op. Cit., L, 1902, pp.368-370

Muchas casas de estudios ampliaron sus cátedras teniendo en cuenta las necesidades de la región. Así, se crea el 18 de marzo de 1869 una cátedra de mineralogía en los colegios nacionales de San Juan y Catamarca. El 27 de abril se manda dotar con un gabinete de Física a la Universidad de Córdoba y a los colegios nacionales establecidos en Mendoza, San Juan, Catamarca, Tucumán y Salta. Se adquirió maquinaria agrícola para los establecimientos de enseñanza secundaria de Rosario, San Luis, Tucumán y otros donde funcionaban departamentos de agronomía.

Sarmiento se preocupó fuertemente por la formación de los maestros por lo que se planteó la necesidad al Congreso Nacional de implantar en Argentina la enseñanza normal. El primer centro del normalismo argentino fue la ciudad de Concepción del Uruguay, capital en ese entonces de la provincia de Entre Ríos, y gobernada por Urquiza que apoyaba fuertemente la iniciativa. También en esa ciudad fue la primera escuela normal para mujeres.

Los esfuerzos del gobierno nacional fueron secundados rápidamente por las provincias, tan interesadas como aquél en obtener maestros y maestras capacitados en el arte y la ciencia de instruir y educar bien a los niños. Así es como nacieron en 1874, dos escuelas normales en Buenos Aires, otra en San Luis, Mendoza y Córdoba en 1872.⁷⁵

Se dotó a las escuelas secundarias de museos de ciencias naturales, física y química, muebles, materiales didácticos, etc.

Sarmiento contrató profesores europeos para que atendieran las cátedras dedicadas a la enseñanza de las ciencias.

El plan de estudios de los colegios de enseñanza media que entró en vigencia duraba seis años sobre la base de ciencias e idioma latín, francés, inglés y alemán. Además se decidió que tres años de estudios secundarios habilitaban para las actividades del comercio, y cuatro, para el ejercicio de la agrimensura.⁷⁶

Sarmiento mejoró las dos universidades ya existentes y fundó la facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires, con la cual se iniciaron los estudios de ingeniería, y creó el Observatorio Astronómico de la ciudad de Córdoba en diciembre de 1869.

A la vez dedicó grandes esfuerzos a la creación, sostenimiento y desarrollo de bibliotecas populares y especializadas.⁷⁷

⁸⁵ Cfr. REBOLLO PAZ, León, *Sarmiento Presidente*, Buenos Aires, 1968, p. 82

⁷⁵ Cfr. CAMPOBASSI, José J., Op. Cit., pp. 168 y ss

⁷⁶ Cfr. Ibid.

⁷⁷ Cfr. Ibid. pp.171 y ss

e. Fomento de la producción económica, agropecuaria, minera e industrial:

En el discurso inaugural de la Exposición de Córdoba, el 15 de octubre de 1871, el presidente Sarmiento, afirmaba entre otras cosas:

“He aquí por donde pudiera ser esta exposición de nuestra industria, el comienzo de una regeneración social, que muestre a la presente y a la próxima generación, el camino por donde hemos venido extraviados, a fin de que lo eviten cuidadosamente.”⁷⁸

Sarmiento adoptó medidas para alentar el desarrollo de las actividades agrícolas y ganaderas, fuentes principales de la riqueza argentina, aconsejó que se plantaran nuevas especies vegetales útiles y se introdujeran diversos ejemplares arbóreos.

Hizo realizar estudios sobre las carnes frescas; fomentó el establecimiento del gusano de seda y el desarrollo de la piscicultura; reglamentó la exportación del ganado a pie; dictó disposiciones para la explotación del guano de la Patagonia; estimuló el desarrollo de la vitivinicultura; alentó la producción de lanas y celebró que el país ocupara el primer puesto en el mercado mundial, etc.

En julio de 1871 creó el Departamento de Agricultura al cual dotó de un museo, de una biblioteca especializada, un jardín de aclimatación, y un periódico destinado a promover el fomento del cultivo del suelo. Recomendó y fomentó el cultivo del maíz y del trigo. De este último cereal se efectuó la primera exportación. A la vez se intentó atraer hacia nuestro país agricultores europeos.

Una de sus grandes preocupaciones fue la implantación de la reforma agraria, con el fin de dividir los latifundios y dar acceso a la propiedad y al uso del suelo a las masas campesinas. En este proyecto se debió enfrentar a los poderosos propietarios de grandes extensiones de tierra dedicados casi exclusivamente a la cría de ganado, quienes se opusieron firmemente a un proyecto que el presidente envió al Congreso en julio de 1873. Este establecía la donación de tierras, a título gratuito, a las primeras familias que se establecieran en los territorios nacionales. Las restantes parcelas de suelo debían venderse a largos plazos y precios bajos, siempre que se las habitara y cultivara.

⁷⁸ SARMIENTO, Domingo F., Op. Cit., XXI, 1899, p.273

Sarmiento también fomentó la exploración y explotación mineras mediante disposiciones legales, estudios técnicos y franquicias fiscales, encomendando a ingenieros especialistas estas tareas.

“Algunas compañías europeas han dado principio a la explotación de minas y se esperan resultados importantes. El Gobierno ha reunido y publicado datos a este respecto, y se propone utilizar la ciencia de hombres competentes para hacer estudiar el suelo argentino en lo relativo a su formación, productos minerales, y adaptabilidad a la agricultura.”⁷⁹

En 1872 se promulgó una ley sobre extracción de minerales de hierro; se reglamentó la explotación de las canteras de la isla Martín García; se realizaron estudios para la extracción del carbón mineral; y por otra ley, sancionada el 10 de octubre de 1870, se destinó premios en dinero para quien descubriera filones de minerales, especialmente de carbón, de explotación económica.⁸⁰

Sarmiento sostenía que era fundamental la industrialización del país, sosteniendo que la colonización de estas tierras por parte de los españoles no ayudó al crecimiento económico, al contrario de lo que sucedió en América del Norte.

“La industria ha hecho una gran transformación y veinte años han bastado en aquél extremo de la América; que se haga lo que en tres siglos no fue parte a realizar la colonización sin artes industriales en el resto del continente que fue español.”⁸¹

f. Comunicaciones y transportes:

“En un país como el país como el nuestro que reconoce por causa principal de su atraso relativo, las grandes distancias que separan a las poblaciones entre sí y el aislamiento de los hombres, es buen sistema de gobierno el que consiste en destruir estas causas, facilitando la comunicación rápida de cosas y personas. A esta vital necesidad responde el anhelo con que los gobiernos han trabajado por dotar al país de vías de comunicación, y el actual no ha hecho sino seguir en este propósito desarrollando la viabilidad de la República. Se han terminado y

⁷⁹ SARMIENTO, Domingo F., Op. Cit., L, 1902, p. 363

⁸⁰ Cfr. CAMPOBASSI, José J., Op. Cit., pp. 139 y ss

⁸¹ SARMIENTO, Domingo F., Op. Cit., XXI,

prestan ya sus servicios al público varios de los caminos contratados el año anterior y otros muchos se hallan en ejecución.”⁸²

La obra iniciada por Mitre, no obstante los inconvenientes originados por la guerra con el Paraguay, recibió vigoroso impulso durante la presidencia de Sarmiento. El Presidente dio mucha importancia a la construcción de líneas férreas. Los 573 kilómetros construidos durante la presidencia de Mitre se convirtieron en 1331 en 1874 al traspasar el mando a Avellaneda. Se terminó la línea que unía Rosario con Córdoba, se comenzó la construcción del ramal de Córdoba a Tucumán y el de Buenos Aires a Campana. También se construyó una línea férrea desde la ciudad de Córdoba al pueblo de La Calera, el ferrocarril del este, que unía Concordia con la ciudad de Mercedes en Corrientes, y el ramal ferroviario de Río Cuarto a Villa María en Córdoba.⁸³

“Es digno de notarse que los ferrocarriles establecidos en la República Argentina son más productivos que los de otras naciones, hecho que demuestra la riqueza de nuestro país y que una vez plenamente conocido estimulará los capitales para venir a emplearse en nuevas construcciones. 458 millas de ferrocarriles abiertas al servicio público, 60 en construcción, 210 contratadas y 400 en estudio forman nuestro total de ferrocarriles.”⁸⁴

Durante los seis años de la administración federal de Sarmiento se trazaron los planes para la construcción de muchos caminos, entre ellos todos los que se dirigían a las capitales de provincia, y numerosos puentes también fueron construidos en ese período o terminados.

“Se han hecho puentes, sobre nuestros ríos y puedo decir que la fisonomía topográfica de la República habrá cambiado totalmente en poco tiempo.”⁸⁵

Un hombre de empresa, Federico Lacroze, pidió en 1868 la concesión de una línea de tranvías de un total de 60 cuadras.⁸⁶ Debió enfrentar las protestas de numerosos vecinos que alegaban serios peligros para la población una vez que los vehículos comenzaran a recorrer

⁸² Ibid., LI, 1902, p.142

⁸³ Cfr. CAMPOBASSI, José J., Op. Cit., pp. 145 y ss

⁸⁴ SARMIENTO, Domingo F., Op. Cit., L, 1902, p. 361

⁸⁵ Ibid., LI, p.142

⁸⁶ Ut supra, p.13

las calles. Sin embargo, en 1869 obtuvo la concesión, y ese mismo año obtuvo otra para unir Once con La Boca pasando por la plaza de Mayo. Este fue el inicio de toda una red de tranvías que recorrería la ciudad, llegando en 1909 a 528 kilómetros.⁸⁷

Sarmiento alentó a tirar el cable telegráfico transoceánico, que fue inaugurado en agosto de 1874. También hizo extender el kilometraje de las líneas telegráficas nacionales. A la vez, nacionalizó los correos y telégrafos provinciales; las distintas medidas que tomó en esta área permitieron un extraordinario desarrollo de las comunicaciones postales. Si en 1868 el correo transportó cuatro millones de piezas postales, en 1873 esa cifra se elevó a 7.787.400.⁸⁸

El Presidente trató de realizar la vieja aspiración porteña y nacional de hacer un gran puerto en la ciudad de Buenos Aires. Hizo muelles y almacenes de aduana en Rosario. Acordó franquicias a los buques mercantes y postales. Fomentó el tránsito de navíos de cabotaje en la cuenca del Plata. Habilitó y mejoró varios puertos interiores y canalizó varios ríos. En 1874, cuando Sarmiento finalizó su mandato, ingresaban diecinueve buques por mes al país desde Europa; en el comienzo de su gobierno sólo lo hacían cuatro.⁸⁹

⁸⁷ Cfr. ABAD DE SANTILLÁN, Diego, Op. Cit., p.200

⁸⁸ Cfr. CAMPOBASSI, José J., Op. Cit., p.146-147

⁸⁹ Ibid., p.146

Segunda Parte

1. La fiebre amarilla

1.1 Características de la enfermedad

La epidemia de 1871 tuvo su iniciación un poco enmascarada por el desconocimiento clínico de la enfermedad, lo que hizo establecer errores de diagnóstico que, al perder un tiempo precioso, permitieron a la epidemia tomar un incremento realmente desproporcionado.

El diagnóstico clínico de la fiebre amarilla es difícil, especialmente por la necesidad de diferenciar este proceso de otras enfermedades tropicales que pueden presentar un cuadro clínico análogo, entre ellas el dengue, la fiebre recurrente transmitida por garrapatas, la fiebre biliosa hemoglobínica, la viruela, etc.⁹⁰

La fiebre amarilla es una enfermedad epidémica, contagiosa, endémica en ciertos países costeros, en ciertos estados de la costa de Sudamérica y Centro América, pero que, en realidad se encuentra aún establecida en todos los países tropicales.⁹¹ Se caracteriza por una degeneración adiposa del hígado y la congestión de la mucosa gástrica e intestinal. Es ocasionada por un virus que produce un quebrantamiento del estado general seguido de ictericia e inflamación hepática. Generalmente finaliza en una oliguria que produce una insuficiencia renal aguda.⁹² El agente vector transmisor del virus es la hembra de un mosquito llamado *Stegomyia fasciata* o *Aedes aegypti*, insecto de pequeño tamaño en comparación con otras especies de mosquitos. La temperatura óptima para su reproducción se encuentra por encima de los 25°, aunque vive en regiones con temperaturas medias más bajas. Prefiere vivir dentro de las habitaciones de las casas. Deposita sus larvas en cualquier lugar donde haya unos centímetros cúbicos de agua, siempre dentro de las casas, en baldes o latas olvidadas, en los charcos de los jardines, o en botellas abandonadas. Es un insecto casero, que se instala cómodamente en esos ambientes permanentemente caldeados. Este detalle tuvo enorme

⁹⁰ Cfr. ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD, *Informe del Comité de expertos en fiebre amarilla*, Ginebra, 1971, pp. 26 y ss

⁹¹ Cfr. FONSO GANDOLFO, Carlos, *La epidemia de fiebre amarilla de 1871*, en *Publicaciones de la Cátedra de Historia de la Medicina*, Tomo III, Buenos Aires, 1940, p. 282

⁹² Cfr. LA FEMINA ALTIERI, Alfonso A., *1871: Fiebre amarilla en la Argentina*, en *La Prensa Médica Argentina*, vol. 69, n° especial, Buenos Aires, 1982, p. 37

importancia en la gran epidemia de 1871, ya que permitió al mosquito sobrevivir e infectar con temperaturas exteriores notablemente bajas.⁹³

La fiebre amarilla se inicia después de un período de incubación que dura generalmente de dos a cuatro días; en breve lapso el paciente pasa a tener un temperatura de 40°, acompañada de escalofríos, quebrantamiento general e intenso dolor de cabeza, vómitos, ligeras diarreas, cefalalgias violentísimas, dolores musculares, afectando también el sistema nervioso, que juntamente con el aparato digestivo, el aparato circulatorio y el hígado, participan activamente de este estado infeccioso; se establece una insuficiencia hepática y renal.⁹⁴ Al cabo de este período el enfermo parece recuperarse. Remiten los síntomas, desaparecen los dolores, calman los vómitos. Este intervalo puede durar hasta 48 horas. Luego aparece el tercer momento de la enfermedad, el cuadro se torna grave, el enfermo cae presa del delirio, la temperatura desciende por debajo de lo normal, la respiración es lenta, el pulso acelerado, vuelven los vómitos cada vez más oscuros hasta llegar al color de la brea o alquitrán, con nauseabundo olor, (lo vomitado es sangre digerida a su paso por el estómago). Por eso a la fiebre amarilla también se la conoce como “vómito negro”. También aparecen diarreas de color oscuro por la misma razón.⁹⁵ Así el sujeto muere dentro de los ocho a diez días. Los pacientes que no siguen esta evolución sino que, por el contrario comienzan a mejorar, lo hacen lenta y progresivamente.

La fiebre amarilla puede cursar con ictericia o sin ella. La ictericia es una coloración amarillenta de la piel, de las mucosas, la orina y las secreciones corporales, por el paso de la bilirrubina a la sangre y a los tejidos.⁹⁶

Formas ictéricas: En las formas graves de fiebre amarilla la ictericia no aparece hasta el comienzo de la tercera fase, es decir una vez pasado el episodio febril inicial y el período de calma intermedio. Comienza con un tinte amarillento de la esclerótica y gradualmente se extiende e intensifica. A veces sólo se manifiesta claramente después de la muerte o durante la convalecencia.

Formas sin ictericia: Son mucho más frecuentes que las anteriores. Durante los dos o tres primeros días los síntomas son inespecíficos: dolor de cabeza, lumbalgias repentinas,

⁹³ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, *Cuando murió Buenos Aires, 1871*, Buenos Aires, 1974, pp. 120 y ss

⁹⁴ Cfr. FONSO GANDOLFO, Carlos, Op. Cit., pp 283-284

⁹⁵ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit, pp. 121-122

⁹⁶ Enciclopedia *Clarín*, Tomo XIII, Buenos Aires, 1999

náuseas y, a veces, epistaxis. La aparición de una temperatura alta con pulso lento resulta más sospechosa.⁹⁷

Esta segunda forma es la que se dio con mayor frecuencia durante 1871 en Buenos Aires, por eso al comienzo la epidemia pasó casi inadvertida diseminándose con rapidez.

Es importante tener en cuenta que hacia 1870 no se conocía realmente el elemento de contagio de la enfermedad, ni sus causas determinantes. Esto dificultó enormemente la posibilidad de frenar la epidemia, de lograr la cura de los enfermos y de organizar mejor la atención médica.

“(…) una visión panorámica del horrible aspecto de Buenos Aires, diezmada por un siniestro e invisible enemigo. No se conocía la etiología de la infección y la inoperancia terapéutica colmaba los límites razonables; solamente paliativos y curas sintomáticas existían para los pestilentes, a quienes se suministraba quinina en altas dosis, diaforéticos, revulsivos cutáneos, tónicos amargos y hemostáticos.”⁹⁸

Se consideraba que el agente que transmitía la fiebre amarilla era un miasma o efluvio producido por la descomposición de las sustancias animales o vegetales en descomposición.

“La combinación del calor con la humedad favorece la descomposición de las sustancias animales o vegetales, que exhaladas y puestas en tales o cuales condiciones, favorecidas por las variaciones de la atmósfera y los desequilibrios eléctricos, alteran el aire atmosférico y lo hacen nocivo para la salud. La generalidad de los autores están acordes en admitir a estos miasmas pútridos como causas del tífus icterodes. La naturaleza de las causas productoras de la enfermedad y su forma remitente, con intermitencias a veces muy marcadas, hacen que se considere la fiebre amarilla como un envenenamiento miasmático que obra sobre la sangre y los centros nerviosos.”⁹⁹

⁹⁷ Cfr. ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD, Op. Cit., p. 27

⁹⁸ GUERRINO, Antonio Alberto, 1871, *Muerte y resurrección en la gran aldea*, en *Medical Mag*, año II, 15, junio de 1981, pp. 22-23

⁹⁹ ECHEGARAY, Miguel S., *Fiebre amarilla del año 1871*. Tesis. Buenos Aires, 1871, pp. 9-10

Distinguían tres clases de miasmas o partículas causantes del contagio: los efluvios o exhalaciones de los pantanos, los miasmas nacidos del cuerpo del hombre enfermo y las emanaciones pútridas producidas por la descomposición de las sustancias animales.¹⁰⁰

Las observaciones que hacían los médicos de cómo se presentaba la enfermedad les permitió distinguir una forma leve y otra grave, según la intensidad de los síntomas; cada una de estas formas con dos períodos muy distintos, el período pirético y el apirético, caracterizados como lo indica la denominación, el primero por la presencia y el segundo por la ausencia del movimiento febril.¹⁰¹

Todos los estudios médicos de la época coinciden en destacar como hecho más llamativo y curioso la anuria o supresión de orina. Las tesis doctorales de aquel año sobre la fiebre amarilla dedican muchas páginas a este fenómeno que observan en los enfermos y al que califican como “síntoma fatal”.

“ La supresión de orina ha sido siempre fatal. Cuando se ha suspendido la orina y han pasado veinticuatro o treinta y seis horas, siempre es este un presagio funesto, no habiendo encontrado nada que la restableciera.”¹⁰²

“ Mucho se ha discutido sobre la causa de esta anuria. Mientras unos sospechan, que sea el resultado de un estancamiento de la albúmina; creen otros, que resulta de una inflamación de los conductos uriníferos.”¹⁰³

“ Poco o nada hemos hallado en los libros respecto a la supresión de orina, que complica con mucha frecuencia las dos mas graves enfermedades que en distintas épocas y bajo forma epidémica ha sufrido la ciudad de Buenos Aires.

(...) Desgraciadamente hemos hallado en blanco la página sobre tan grave complicación.”¹⁰⁴

¹⁰⁰ Cfr. ALMEYRA, José Juan, *Breve memoria sobre la epidemia de la fiebre amarilla que ha visitado a la ciudad de Buenos Aires el año de 1871*, Buenos Aires, 1871, p. 6

¹⁰¹ Cfr. SCHERRER, Jacobo, *Estudios sobre la fiebre amarilla del año 1871*. Tesis. Buenos Aires, 1872, p. 17

¹⁰² ECHEGARAY, Miguel S., Op. Cit., pp. 18-19

¹⁰³ SCHERRER, Jacobo, Op. Cit., p. 23

¹⁰⁴ DONCEL, Salvador, *La fiebre amarilla de 1871 observada en el Lazareto Municipal de San Roque*. Tesis. Buenos Aires, 1873, p. 35

Los distintos estudios médicos de la época, especialmente las tesis doctorales y los informes elaborados a pedido de las autoridades, manifiestan un desconocimiento profundo sobre la fiebre amarilla y una franca confesión de impotencia sobre su tratamiento curativo.

1.2 Antecedentes de la epidemia

“Desde el pueblecillo, aislado del mundo, hasta la gran urbe humana de hoy, que la coloca en el grupo de las primeras del globo, Buenos Aires fue acompañada por incesantes epidemias, de las que a veces tenemos escasas referencias documentales y en otras acabado conocimiento integral.”¹⁰⁵

Las tierras en donde se emplazaría la ciudad de Buenos Aires no podían dar origen a epidemia ni endemia de clase alguna, de modo que fueron las poblaciones inmigrantes las que sembraron entre los habitantes las pestes continuas que asolaron la ciudad. Las primeras víctimas resultaron ser los escasos indígenas vecinos de ella y los negros importados, por lo que puede creerse que las pestes fueron de origen blanco, e introducidas en los navíos europeos.¹⁰⁶

En Buenos Aires, las pestes debieron iniciarse el mismo año de la repoblación, 1580, o muy poco después, por cuanto ya en 1600 se recordaban las muchas pestes que habían asolado la ciudad. Fiebre tifoidea, tuberculosis, viruela, eran enfermedades comunes en el siglo XVI y XVII que asolaban a la población.

“ La epidemia de birgüelas y tabardillo (tifus) que comienza entre los negros, pasa a los indios y luego a los jóvenes y niños...y de veinte días a esta parte ha sido muy grande el daño que ha hecho pues han muerto en esta ciudad de todo género de personas más de 700.”

¹⁰⁷

En aquella época Buenos Aires tenía cinco templos: la Catedral, Santo Domingo, San Francisco, la Merced y San Ignacio. En ellos se encontraban los fieles en sus rogativas, iban

¹⁰⁵ BESIO MORENO, Nicolás, *Historia de las epidemias en Buenos Aires. Estudio demográfico estadístico*, en *Publicaciones de la Cátedra de Historia de la Medicina*, Tomo III, Buenos Aires, 1940, p. 84

¹⁰⁶ Cfr. *Ibid*, p. 86

¹⁰⁷ PRADO, Matías, *Información a la Corte española en julio de 1621*, en BESIO MORENO, Op. Cit., p. 94

de uno a otro, muy próximos todos, y por doquier llevaban los gérmenes de los males hasta que el invierno con sus mejores rigores los fue bloqueando y sofocando. Así fue que el 25 de mayo de 1621 se resolvió hacer una procesión *pidiendo al Señor aplaque dichas enfermedades*.¹⁰⁸

Hacia 1680 hubo un fuerte brote epidémico con un aumento de la mortalidad en la ciudad, pero no hay indicios que permitan sospechar que la enfermedad fuese fiebre amarilla.

Al terminar el siglo XVII las pestes en Buenos Aires declinaron. Disminuyó la morbilidad y la mortalidad; las epidemias eran cada vez menos frecuentes y menos mortíferas, aunque la ciudad, ya de 120 años de edad, conservaba en sus pozos ciegos los residuos de aguas negras de las generaciones que pasaban, acumulando gérmenes y detritus en las proximidades de los pozos de agua.

La población bebía agua del río de la Plata y de vertientes de la segunda napa que se hallaban a una profundidad aproximada de 30 metros. En Buenos Aires no hubo aljibes hasta 1770.¹⁰⁹

En 1717 se inició otra epidemia en Buenos Aires. Algunos autores señalaban que fue una grave epidemia y la atribuyen a escorbuto, fiebre amarilla, tifus y viruela.¹¹⁰ La peste asoló la ciudad hasta 1719 y atacaba todas las castas sociales e imponía largas convalecencias. Besio Moreno se inclina a pensar que no había sido ésta una epidemia de fiebre amarilla dado que para esa época la enfermedad se extendía en La Habana y las Antillas con las cuales Buenos Aires no tenía casi contacto; además los viajes eran larguísimos por mar como para traer muchos mosquitos transmisores de la enfermedad; finalmente la epidemia se mantuvo un invierno íntegro, y como en tales tiempos Buenos Aires no conocía la calefacción, y la temperatura debió descender mucho, es evidente que la fiebre amarilla no hubiese podido subsistir.¹¹¹

Donde sí la enfermedad se había extendido era en el Caribe y América Central.

“Resulta, por tanto que en las grandes Antillas, al invadirlas los europeos, se engendró la pestilencia cuyo estudio nos ocupa; que allí brota espontáneamente el mal; que aquel clima, que aquellas costas y desembocaduras de ríos, que aquel suelo, que aquel conjunto de

¹⁰⁸ Cfr. Ibid, p. 101

¹⁰⁹ Cfr. Ibid., pp. 102 y ss

¹¹⁰ Cfr. CANTON, Eliseo, *Historia de la medicina en el Río de la Plata desde su descubrimiento hasta nuestros días*, Tomo I, Madrid, 1928, pp. 376-377

¹¹¹ Cfr. BESIO MORENO, Nicolás, Op. Cit., p. 106

condiciones y circunstancias, encierran los necesarios elementos para darle ser cuando hay europeos u otras gentes no aclimatadas que se expongan a la acción de aquellas causas.

Algo es tener ya bien reconocido que tiene la fiebre amarilla indisputable origen en el archipiélago americano, por lo menos en alguna de las muchas islas que en línea curva se extienden desde la entrada del golfo de Méjico hasta el de Maracaibo.”¹¹²

Hacia 1742 otra epidemia arrojó 965 víctimas, casi el triple de las que ocurrían anualmente. Cantón vuelve a sostener que esta epidemia era fiebre amarilla.¹¹³

El 8 de febrero de 1790 se detectó un caso de fiebre amarilla en Buenos Aires. Fue certificado por el doctor Miguel Gorman, protomédico general, alcalde mayor, presidente del Tribunal del Real Protomedicato y socio de la Real Academia de Medicina. La víctima se llamaba José Valle, fallecido en su casa junto al convento de las monjas catalinas.¹¹⁴

En 1801, durante el virreinato de Joaquín del Pino, se tuvo noticia de la existencia de otro caso, pero es probable que fuese un diagnóstico equivocado, pues no se citaron nuevos casos.¹¹⁵

En 1821 el General San Martín y el Ejército Libertador del Perú sufrieron la epidemia de fiebre amarilla; la peste se arraigó en las concentraciones de tropas, y los campamentos de Huaura se transformaron rápidamente en lazaretos y hospitales. La fiebre también arremetió contra los realistas españoles que se diezmaron.¹¹⁶

En 1842 la fiebre amarilla se lanza por el Pacífico e invade Guayaquil y Lima; en 1849 se presenta en las costas atlánticas de la América meridional y llega a Bahía y Río de Janeiro, ciudades en las cuales 20.000 personas son víctimas del mal.

“Cerca de dos siglos ha estado limitada esta enfermedad a las Antillas y los golfos inmediatos, ¿no hubiera sido un poco cuerdo adoptar en ese tiempo precauciones respecto a los países americanos donde no reinaba?”¹¹⁷

¹¹² Países donde habitualmente reina la fiebre amarilla, en *Revista Médico Quirúrgica*, 1, 8 de abril de 1871, pp. 6 y 7

¹¹³ Cfr. CANTÓN, Eliseo, Op. Cit., pp. 384-386

¹¹⁴ Cfr. MEYER ARANA, Alberto, *La caridad en Buenos Aires*, Tomo I, Buenos Aires, 1911, pp. 351-352

¹¹⁵ Cfr. BERRUTI, Rafael, *La epidemia de fiebre amarilla de 1871*, en *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, vol. 49, 2º semestre de 1971, Buenos Aires, pp. 543-544

¹¹⁶ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, *La peste histórica de 1871*, Buenos Aires, 1949, pp. 72-73

¹¹⁷ Cfr. Op. Cit., en *Revista Médico Quirúrgica*, año 8, 1, 8 de abril de 1871, p. 12

El 22 de febrero de 1857 se declaró el primer caso de fiebre amarilla en Montevideo. Se contagió la tercera parte de la población y fallecieron 888 personas, según el Dr. Jacobo Z. Berra.¹¹⁸ La epidemia encontró en los barrios más abandonados por la higiene las mejores condiciones para prosperar, y en esa ocasión eligió la dársena norte donde se apiñaba una población formada por marineros, pescadores, curtidores, etc., la cual se alojaba en casillas de madera edificadas sobre terrenos inundados y próximos al mar, donde la humedad era elevadísima. La enfermedad había llegado a Montevideo desde Río de Janeiro en el “brick” danés *Le Courrier* que había perdido en su viaje al piloto y al carpintero, y que tenía aún tres enfermos al entrar al puerto.¹¹⁹

El Dr. Remigio Díaz, médico de sanidad del puerto de Buenos Aires en 1857, señaló la existencia de tres enfermos en el vapor inglés *Prince*, procedente de los puertos brasileños.¹²⁰

Al año siguiente la fiebre amarilla invadió la ciudad porteña, siendo esta la primera epidemia de la enfermedad. Hasta aquel año sólo se habían registrado casos aislados. La peste llegó en barcos procedentes de Brasil. El primer caso tuvo lugar el 16 de marzo en una mujer que hacía muchos años que residía en Buenos Aires, en la calle Balcarce n° 242.; murió el día 19 y transmitió su mal a una hija de 2 años la cual sanó. El 25, un primo de la enferma, que se alojaba en un cuarto de la misma casa, fue igualmente atacado y falleció el 28.¹²¹

Hasta mediados del mes de abril la epidemia se mantuvo circunscripta a la zona sur de la ciudad; luego comenzó a extenderse por otros puntos, pero sin causar un número considerable de víctimas, ya que la peste terminó completamente en el mes de mayo dando lugar a unos 250 enfermos con 150 defunciones.¹²² La población de entonces estaba calculada en 120.000 habitantes.¹²³

Entre los hechos que llamaron la atención en esta epidemia, y que se reproduciría en la de 1871, es el hecho de que los enfermos de fiebre amarilla que salían de Buenos Aires para ir a curarse o a morir en los pueblos vecinos de la campaña, como Belgrano o Flores, no reproducían la enfermedad, agotándose en ellos la infección.

¹¹⁸ Bessio Moreno da estas mismas cifras sin citar la fuente; el Dr. José Penna afirma que los fallecidos fueron entre 1200 y 1500. Cfr. PENNA, José, *Estudio sobre las epidemias de fiebre amarilla en el Río de la Plata*, en *Anales del Departamento Nacional de Higiene*, volumen especial semestral, Buenos Aires, 1895, p. 4

¹¹⁹ Cfr. PENNA, José, Op. Cit., p. 3

¹²⁰ Cfr. BERRUTI, Rafael, Op. Cit., pp 543-544

¹²¹ Ibid., p. 13

¹²² Ibid., p. 14

¹²³ Ut supra pp. 11-12

En 1870, entre febrero y junio, se produjo una pequeña epidemia que fue la antesala de la terrible de 1871. Fue importada de Río de Janeiro y el foco principal se radicó en cuatro manzanas pertenecientes a los barrios de Catedral al Norte y de San Miguel. Cundió la alarma entre los habitantes de la ciudad, pero el gobierno reaccionó rápidamente.¹²⁴

“Buenos Aires, 10 de mayo de 1870.

El Facultativo Don Antonio Roncero domiciliado en esta sección ha dado cuenta que en la calle Méjico 159, Don Pedro García, español 47 años, casado, carpintero, se encuentra atacado de fiebre amarilla. Se le hace presente a los demás habitantes de la casa la conveniencia de mudarse, y se les ordena el uso de desinfectantes.”¹²⁵

Se declaró oficialmente el fin de la epidemia el 21 de junio.¹²⁶

El doctor Eduardo Wilde, protagonista en la lucha contra el flagelo de 1871, registra tres epidemias antes de esta:

“Tres veces ha invadido la fiebre amarilla a esta ciudad y las tres veces se ha limitado a un barrio, alejándose el mal elemento en poco tiempo y sin grandes esfuerzos de nuestra perezosa población.”¹²⁷

Así se llega a 1871. Ese año la fiebre amarilla reinaba epidémicamente en algunos puertos de Brasil; de estos focos llegó a la capital del Paraguay y de allí a la provincia de Corrientes, donde la situación fue de características catastróficas. Hubo acefalía del gobierno provincial y sólo quedó como gobernador don Pedro Igarzábal junto al ministro de Hacienda. Esta epidemia causó, de los 11.000 habitantes, 2.000 muertos, de los cuales cuatro eran médicos, los doctores José Ramón Vidal, Javier Puig de Maza, Carlos Fosati y José María Mendía y dos practicantes Carlos Harvey y Luis Baibiene. Al fallecer Igarzábal, un decidido vecino, Gregorio Zeballo, se hizo cargo del poder hasta que las tropas que regresaban del Paraguay se pusieron al servicio de la población.¹²⁸ Corrientes enfrentó prácticamente sola la

¹²⁴ Una planilla del Cementerio del Sud correspondiente al 26 de mayo de 1870, registra 23 difuntos a causa de la fiebre amarilla entre el 31 de marzo y el 23 de mayo de aquel año. Archivo General de la Nación, en adelante AGN, sala X, 32, 6-7.

¹²⁵, AGN, sala X, 32, 6-7, *Nota al Departamento de Policía*.

¹²⁶ BERRUTI, Rafael, Op. Cit., p. 544

¹²⁷ WILDE, Eduardo, *Controversias sobre la epidemia de 1871*, en *Tiempo Perdido*, Tomo I, Buenos Aires, 1878, p. 297

¹²⁸ Cfr. LA FEMINA ALTIERI, Alfonso, Op. Cit., p. 37

lucha contra el flagelo ya que en ese momento la ciudad de Buenos Aires se encontraba sumergida en el mismo drama. Algunos autores destacan la obra cumplida por los frailes de los conventos de la Merced y de San Francisco, especialmente del primero cuya jurisdicción comprendía los barrios del oeste, donde la epidemia hizo gran cantidad de víctimas.¹²⁹

1. 3 Primeros casos en Buenos Aires en 1871.

“Vivíamos con una indiferencia a toda prueba encima de un volcán terrible, rodeado de charcos pestilenciales, envueltos en todas las emanaciones hediondas producidas por la incuria nuestra, erguíamos nuestros palacios en capas de inmundicias, que en el seno de la tierra destilaban lenta, pero seguramente, el veneno que debía transformar nuestras alcatifas en sudarios horribos.

Veíamos imposibles cambiarse nuestras calles en ríos fangosos, que bajo las caricias demasiado ardientes de un sol incansable, en lugar de arterias de la vida, se hacían vehículos de la muerte.

Y todos estos vapores mefíticos, acusadores elocuentes e implacables de la negligencia pública y privada, se hacinaban en columnas verdaderamente infernales, capaces de transformar el éter más puro en exhalaciones del valle de Upa!

Apenas faltaba una chispa fatal para provocar la explosión...y esta chispa aún debe salir de nuestra incuria, de nuestra indiferencia homicida.

El horrible azote de la fiebre amarilla, diezmaba las poblaciones de la Asunción y de Corrientes, y le dejamos puerta franca, y entró completándose en los elementos propicios que le habíamos amontonado...

La muerte ya extendía sus brazos descarnados hacia nosotros, aún nos divertíamos locamente en las delicias carnavalescas, y siquiera teníamos lazaretos, ni corporaciones capaces de atacar y combatir el mal, ni la conciencia de este mismo mal (...)¹³⁰

Las primeras víctimas de la fiebre amarilla de 1871 tuvieron lugar en dos manzanas del barrio de San Telmo limitadas por las calles Cochabamba, Bolívar, San Juan y Defensa, y

¹²⁹ Cfr. CONI, Emilio, *La provincia de Corrientes, Descripción general, Higienización, Saneamiento, Profilaxis práctica, Climatología médica, Epidemiología, Demografía y Estadísticas sanitarias, Asistencia pública y Beneficencia*, Buenos Aires, 1898, p. 457 y RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 373

¹³⁰ *Recuerdos 1871 y Esperanzas 1872*, en *El Plata Ilustrado, Semanario de Literatura, Artes, Modas y Ciencias*, 13, 7 de enero de 1872.

por las calles Cochabamba, Perú, San Juan y Bolívar la otra. Las viviendas situadas en las calles Bolívar 392 y Cochabamba 113 fueron los primeros focos de infección.¹³¹ El 21 de enero murieron allí todos los integrantes de la familia Bignollo. A pesar de que el Dr. Juan Antonio Argerich, firmó un certificado de defunción que especificaba que las causas de los fallecimientos eran gastroenteritis e inflamación de los pulmones, una carta del comisario de la sección 14, Filemón Naón al Jefe de Policía Enrique O' Gorman, expresa que eran casos de fiebre amarilla.¹³² Seguramente el médico reservó la información por precaución, para no generar un pánico general en la población.

Sin embargo, los doctores Eduardo Wilde y Pedro Mallo afirmaban que los primeros casos de la fiebre son anteriores:

“Según la prensa, los primeros casos de fiebre amarilla tuvieron lugar en Buenos Aires el seis de Enero; estos casos fueron vistos y denunciados por los doctores Argerich y Gallarani, pero la enfermedad no adquirió un carácter invasor hasta mediados de Febrero.”¹³³

El primer caso de fiebre amarilla oficialmente registrado se denunció el 27 de enero, día en que fallecieron tres personas.¹³⁴ La Comisión Municipal presidida por Narciso Martínez de Hoz, designó a los doctores Luis Tamini, Santiago Larrosa y Leopoldo Montes de Oca, para que informara de la veracidad de denuncias circulantes de existencia de fiebre amarilla. Los citados consejeros se expidieron afirmativamente. No obstante la seriedad del informe, las autoridades del Consejo de Higiene Pública demoraron inexplicablemente la toma de conciencia y la adopción de medidas tendientes a neutralizar la propagación del terrible flagelo.¹³⁵

Hacia fines de enero y comienzos de febrero, las noticias sobre fiebre amarilla comenzaron a multiplicarse tímidamente en distintos medios escritos. Como ejemplo:

¹³¹ Cfr. BERRUTI, Rafael, Op. Cit., p. 554

¹³² Cfr. AGN, Sala X, 32-6-7, *Nota del comisario Filemón Naón a Enrique O'Gorman*, 25 de enero de 1871

¹³³ WILDE, Eduardo y MALLO, Pedro, *Memoria de la Junta de Sanidad del Puerto Central*, 1871. El texto se halla reproducido en forma completa en RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., pp. 140 y ss

¹³⁴ Ver Apéndice, [p. 228](#)

¹³⁵ Cfr. BUCICH ESCOBAR, Leandro, *Bajo el horror de la epidemia*, Buenos Aires, 1932, p. 17

“Fiebre amarilla: Un amigo, doctor en medicina, nos ha participado tristes nuevas respecto a la fiebre amarilla. Asiste a dos personas que la sufren: una en la calle Cochabamba n° 82 y la otra en la esquina de Bolívar y Garay.”¹³⁶

Todo empezó en San Telmo; los conventillos atestados albergaron los primeros casos de la enfermedad y los primeros fallecimientos.

Toda aglomeración humana, sobre todo las urbanas, constituye un flanco abierto al ataque de enfermedades masivas. Buenos Aires tenía conventillos hacía ya varios años como consecuencia de la creciente inmigración. Aquellos viejos caserones donde vivía holgadamente una familia pasaron a albergar verdaderas multitudes. Los dueños de estas casas antiguas subdividían las habitaciones para tener mayor capacidad para alquilar, sin baño privado y con cocinas compartidas. Las familias extranjeras que se instalaban en la ciudad, la mayoría de ellas italianas, vivían así en la mayor promiscuidad, sin ventilación, sin privacidad, en condiciones higiénicas deplorables. No existía ninguna reglamentación municipal que controlara estos verdaderos focos de infección y de condiciones indignas de vida. En Buenos Aires llegaron a existir más de doscientos conventillos.¹³⁷

El doctor Eduardo Wilde, que había nacido el 15 de junio de 1844 en Bolivia donde sus padres estaban emigrados, describió los conventillos responsabilizándolos de la fiebre amarilla:

“Yo por mi profesión me veo obligado muchísimas veces a penetrar y tener ocasión de observar lo que allí pasa. Un cuarto de conventillo como se llaman esas casas ómnibus que albergan desde el pordiosero hasta el pequeño industrial, tiene una puerta al patio y una ventana, cuanto mas es una pieza cuadrada de cuatro varas por costado y sirve para todo lo siguiente: es la alcoba del marido, de la mujer y de la cría como dicen ellos en su lenguaje expresivo, la cría son cinco o seis chicos debidamente sucios, es el comedor, cocina y despensa, patio para que jueguen los niños, sitio donde se depositan los excrementos a lo menos temporalmente, depósito de basura, almacén de ropa sucia y limpia si la hay, morada del perro y del gato, depósito de agua, almacén de comestibles, sitio donde arde de noche un candil, una vela o una lámpara, en fin, cada cuarto de estos es un pandemonium donde respiran

¹³⁶ Diario LA DISCUSIÓN, en adelante LD, 1 de febrero de 1871

¹³⁷ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., pp. 132 y ss.

contra todas las prescripciones higiénicas, contra las leyes del sentido común y del buen gusto y hasta contra las exigencias del organismo mismo cuatro, cinco o más personas.”¹³⁸

Hasta principios de febrero, San Telmo era la única parroquia que registraba casos de fiebre amarilla. El 11 de ese mes la Municipalidad informó a los diarios que hasta ese momento y desde el 27 de enero, en que se registró el primer caso, el número de estos ascendía a treinta y dos.¹³⁹

La difusión de la enfermedad se desarrolló en dos etapas. La primera desde mediados de enero hasta el 9 de febrero, saliendo de su foco primitivo, Bolívar 392 y Cochabamba 113, y propagándose por las calles Brasil, Perú, San Juan, Humberto 1º, Estados Unidos, Chacabuco, Defensa y Garay. La segunda etapa, a partir del 9 de febrero, donde la epidemia continuó desarrollándose en San Telmo, pero además se difundió en otros barrios parroquiales del norte y del sur de la ciudad.¹⁴⁰

La Municipalidad y el Consejo de Higiene Pública se abocaron a la solución del problema, tratando de que la enfermedad no se propagase por toda la ciudad.¹⁴¹ Las comisiones parroquiales, ante la creciente gravedad de la situación, fueron organizando los servicios médicos, con aprobación de la Comisión Municipal. Las parroquias eran colocadas sanitariamente en manos de un médico encargado de la atención gratuita de los indigentes. Así se encontraban avisos como este en los periódicos:

“ A los vecinos de San Telmo: La Comisión de Higiene de la Parroquia avisa a todos los vecinos que requieran auxilios, en caso de hallarse afectados por la fiebre amarilla, que ha nombrado al doctor Eduardo Wilde, para atender a todas las horas, los llamados que se le hagan, a efecto de acudir a la asistencia de los enfermos. Puede concurrirse a la Botica de San Telmo o al Hospital General de Hombres, donde ha fijado su residencia, para el objeto anunciado.”¹⁴²

¹³⁸ WILDE, Eduardo, *Arrendamiento de las obras de salubridad de la Capital*, Buenos Aires, 1887, p.67

¹³⁹ Cfr. BUCICH ESCOBAR, Ismael, Op. Cit., p. 26

¹⁴⁰ Cfr. BERRUTI, Rafael, Op. Cit., pp. 556-557

¹⁴¹ Es interesante señalar el rastreo de los orígenes de la epidemia de 1871 que realizó el Dr. Penna un cuarto de siglo después de los hechos, casa por casa de acuerdo a la antigua numeración de las calles porteñas. Ver PENNA, José, Op. Cit., pp. 29 y ss

¹⁴² LP, viernes 3 de febrero de 1871.

1.3.1 Controversias sobre el diagnóstico de la enfermedad

“ Ir al teatro es cosa muy divertida, pero es más divertido oír hablar de medicina a los que se empeñan en negar las evidencias o no saben lo que se pescan.”¹⁴³

Desde los primeros días algunos periodistas, ilustres ciudadanos e incluso médicos, discutían si la epidemia era o no fiebre amarilla. Es verdad, que los escasos conocimientos que se tenían de la enfermedad pudiesen dar lugar a confusiones o diagnósticos equivocados, pero lo sorprendente aquí era que se negaba la existencia de la fiebre sin siquiera haber estado en contacto con un enfermo.

Uno de los más importantes polemistas fue el periodista Manuel Bilbao, director del diario *La República*, quien directamente negaba en sus columnas de opinión la existencia de la enfermedad.¹⁴⁴ Wilde se vio en el compromiso de responder estas afirmaciones que le resultaban antojadizas e irresponsables ya que esa obstinación sin fundamento podía traer graves perjuicios a la población.¹⁴⁵

“Da lástima verdaderamente ver a *La República*, un diario tan serio y tan popular, empeñada en extraviar el juicio público, respecto del barrio de San Telmo, admitiendo en sus columnas, las ideas más raras e increíbles que se pueden emitir sobre puntos de medicina.”¹⁴⁶

También terciaron en la polémica médicos extranjeros que no habían visto un solo enfermo en Buenos Aires y que desautorizaban sistemáticamente a sus colegas porteños. Entre ellos, un médico uruguayo, el doctor Garbiso, profesional adscripto a la sanidad portuaria de Montevideo; el doctor Wels también desde Uruguay; y un homeópata a quien el diario de Bilbao daba mucho espacio.

Wilde, cada vez más comprometido, igual que otros médicos, con los enfermos de la ciudad, volvió a tomar la pluma y les respondió:

“Yo me comprometo a mostrar al señor Garbiso, al señor Wels y a cuantos duden, casos típicos de fiebre amarilla, caracterizados por todos los síntomas, desde el comienzo de la

¹⁴³ WILDE, Eduardo, *Controversia sobre la epidemia de 1871*, en *Tiempo Perdido*, Tomo I, Buenos Aires, 1878, p. 299

¹⁴⁴ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit. pp. 212 y ss

¹⁴⁵ Ver Apéndice, p. 230

¹⁴⁶ WILDE, Eduardo, Op. Cit., p. 294

enfermedad hasta la muerte y a poner delante de sus ojos, hasta las alteraciones cadavéricas propias y exclusivas de los individuos muertos de fiebre amarilla.”¹⁴⁷

A la vez, en Buenos Aires, muchos afirmaban que la enfermedad era fiebre amarilla pero que no presentaba las características de epidemia, es decir, que no había que alarmarse ni generar pánico. Así el doctor Golfarini, médico de San Telmo junto a Wilde, sostenía que la fiebre amarilla se había detenido provisoriamente en la ciudad y que desaparecería en cuanto baje la temperatura y disminuyan las lluvias. En una carta al presidente de la Comisión de Higiene de la parroquia de San Telmo, doctor Tomás Peña, fechada el 18 de febrero de 1871, Golfarini decía:

“(…) Ciertamente no vale tanta bulla, que las defunciones registradas no exceden actualmente con notabilidad a la de otros años en la misma fecha y en las mismas condiciones de estación. (...) No sólo significa que es demasiada la bulla y por consiguiente no hay que alarmar a los espíritus en tal grado, pues no debe olvidarse, que hay gente que se enferma y se muere de susto y nada más que de susto.”¹⁴⁸

Algunos periódicos opinaban igual que Golfarini y lo llegaban a expresar varias veces en el mismo número, e incluso en la misma página:

“Mucha alarma, grandes preparativos, para salvarse de una epidemia que aún no se ha iniciado con carácter epidémico.”

“(…) Podemos garantizar al pueblo que la fiebre amarilla no tiene el carácter alarmante que se le atribuye, por algunos espíritus medrosos.”

“Lo que sucede hoy con la fiebre amarilla en la parroquia de San Telmo no tiene el carácter de antes, pues los casos de hoy son raros y de carácter esporádicos.”¹⁴⁹

¹⁴⁷ Ibid., pp. 310-311

¹⁴⁸ Carta transcripta por RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., pp. 134-135

¹⁴⁹ Las tres notas corresponden al diario LA DISCUSIÓN del 7 de febrero de 1871.

Es interesante observar cómo desde los medios se influenciaba en la opinión de la ciudadanía que vivía despreocupada, sólo interesada en el carnaval. Se ha recriminado a la Comisión Municipal acusándola de ocultar la verdad para no deslucir los inminentes festejos del carnaval, que entonces era algo muy importante, celebrándose ruidosamente y a lo grande. Lo cierto es que el pueblo porteño dejó de lado los temores y se divirtió de lo lindo entre bailes, corsos y comparsas.¹⁵⁰

“Carnaval: Ya no hay duda de que este será espléndido en el presente año. La cosa se ha formalizado! Hay un buen espíritu y se llevará a cabo, como no se ha visto hasta ahora en Buenos Aires. Será un carnaval, de no te muevas. Aprontarse.”¹⁵¹

En enero habían fallecido oficialmente seis personas de vómito negro. Febrero se llevaría 288 víctimas del flagelo, sin embargo todavía se leían noticias como esta:

“A estar a los últimos datos oficiales sobre la fiebre amarilla, esta va disminuyendo notablemente en los puntos donde se había extendido. No es poco el susto que nos había dado”¹⁵²

1.3.2 Tratamientos y métodos curativos:

Es importante realizar un relevamiento en documentos de la época para observar cómo se hacía frente a la fiebre amarilla, intentando varios tratamientos, algunos apoyados por los organismos oficiales y otros propuestos por particulares y de más dudoso éxito.

El restringido campo del conocimiento médico no ayudaba a que se encontrara un método infalible que hiciese frente a la enfermedad. Esta es la causa principal de que quienes enfermaban terminasen casi siempre en la muerte.

La *Revista Médico Quirúrgica*, órgano de la Asociación Médica Bonaerense, proponía el siguiente tratamiento:

¹⁵⁰ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, *Diario de la gran epidemia*, en *Todo es Historia*, año I, 8, diciembre 1967, p. 13

¹⁵¹ LD, 30 de enero de 1871.

¹⁵² Ibid., 9 de febrero de 1871.

“El tratamiento que más ha sido empleado y con algún suceso por muchos facultativos, ha sido durante el primer período: evacuantes suaves, quinina en altas dosis en lavativas, algunos diaforéticos, frío a la cabeza, bebidas gaseosas y revulsivos cutáneos. En el segundo período continuación de las bebidas gaseosas alcalinas, y si el estómago se manifiesta muy susceptible, revulsivos al epigastrio. En el tercer período los tónicos amargos y los hemostáticos contra las hemorragias, combatiendo al mismo tiempo las complicaciones.”¹⁵³

En cuanto a las medidas preventivas, todas las opiniones coinciden en la utilidad de las cuarentenas para los buques procedentes de zonas infectadas, que las personas se alejen de los lugares afectados por la fiebre, y que quienes no puedan hacerlo, hagan una dieta moderada, evitando alimentos de difícil digestión y bebidas alcohólicas en demasía. Además se recomienda el uso diario de una preparación de quina o quinina, medicamento que parecía fortalecer al organismo contra la enfermedad.¹⁵⁴ La mayoría de los tratamientos se basaban en la ingestión de purgantes y vomitivos, creyendo que de ese modo se liberaría la toxina que había en el organismo.¹⁵⁵ En realidad esto no hacía más que profundizar el estado de debilidad de la persona.

El Consejo de Higiene Pública difundió entre la población un tratamiento de emergencia que debía aplicarse cuando apareciesen los primeros síntomas de la fiebre hasta que arribara el médico. Dicho tratamiento fue enviado en forma de cartilla a los juzgados de paz y a los médicos de policía para su posterior difusión entre la población. Consistía en meterse de inmediato en cama, abrigarse bien y tratar de sudar copiosamente, con la ingestión de bebidas calientes. En caso de haber comido antes de los primeros síntomas, tomar un vomitivo (30 gramos de ipecacauna disueltos en dos cucharaditas de agua). A las dos horas ingerir un purgante, aceite de ricino o limonada Rogé. Aplicar sobre el estómago y la espalda paños mojados en aguarrás o alcohol alcanforado.¹⁵⁶

Esta orfandad de la medicina dio pie para que muchos hicieran un buen negocio con el ofrecimiento de terapéuticas “infalibles” que sólo se aprovechaban de la necesidad y la desesperación de la población. Se publicaban pequeños cuadernillos que estaban a la venta, muchas veces apoyados por las editoriales de los periódicos más importantes de la ciudad.

¹⁵³ REVISTA MÉDICO QUIRÚRGICA, 3, 8 de mayo de 1871, p.7

¹⁵⁴ Cfr. SCHERRER, Jacobo, Op. Cit., pp. 25 y ss

¹⁵⁵ ECHEGARAY, Miguel, Op. Cit., pp. 30 y ss

¹⁵⁶ Cfr. RIVERO, Pedro E., *Historia de la medicina en el San Isidro del siglo XIX*, Buenos Aires, 1999, p. 90. Ver Apéndice, [p. 239](#)

“El que quede bien penetrado por el contenido de este Folleto, no temerá a la fiebre amarilla. (...) He escrito este librito para los pobres, y con un fin de humanidad. Es ese mismo fin que me determinó un día a curar a los enfermos, durante la última epidemia, cuando algunos médicos huían ante el peligro. (Poseían la ciencia pero no el coraje).”¹⁵⁷

Los tratamientos de este tipo fueron innumerables. Sobresale, entre otros, el de José Gorris, que aseguraba tener la fórmula mágica basada en enemas, para la cura del mal. Daría a conocer la fórmula de su medicina a cambio de que el gobierno asegurase su porvenir y el de sus hijos.¹⁵⁸ Este canje fue muy criticado por los diarios *La Nación* y *La Prensa*. En este último se criticó a Gorris a través de un poema anónimo:

“Sistema curativo de José Gorris:

Si te sientes abatido,
Con dolor en la cintura,
Con el vientre descompuesto
Y en la frente calentura (...)

¡Ay! Por Dios no tengas miedo
Es sólo fiebre amarilla
Y aunque mata a medio mundo,
Es fiebre sencilla. (...)

Bello, enérgico sistema
De curación decisiva
Que puede llevar por lema
“Purga, friega y lavativa.” (...)¹⁵⁹

¹⁵⁷ MARTÍN, Ernesto, *Fiebre amarilla, curación, síntomas de supresión de orina, contagio, vómito negro, etc. Modo sencillo para curarse uno mismo*, Buenos Aires, 1871, pp. 3 y 4. Este folleto estaba dedicado al redactor en Jefe del periódico *Courrier de la Plata*, señor Walls.

¹⁵⁸ Cfr. LA FEMINA ALTIERI, Alfonso A., Op. Cit., p. 40

¹⁵⁹ LP, 28 de abril de 1871.

Tampoco se hicieron esperar las reacciones desde el ámbito médico. Eduardo Wilde contestó duramente:

“Un público que se deja curar por Gorris (tapicero) y por otros que no son más Gorris, pero que valen lo mismo, ni el derecho tienen de inspirarnos compasión. Un individuo que se muere asistido por esa gente, ha merecido morir, está bien muerto, no tiene más que lo que se buscó. Cada uno es autor de su suerte.

Cuando se nos cuenta que algún enfermo es asistido por cualquier charlatán venido de las Antillas o de Matto Grosso (siempre vienen de países raros esas gentes), nosotros nos contentamos con decir: He ahí un enfermo que se está haciendo justicia a sí mismo, se está castigando por el pecado de dejarse embaucar.”¹⁶⁰

La lectura de los diarios de los tristes meses de 1871 permiten descubrir una gran cantidad de estos oportunistas que ofrecían curaciones prácticamente mágicas. Cuando se organizó la defensa de la ciudad por parte de los organismos del Estado y la Comisión Popular, estos curanderos tendieron a desaparecer. En el límite del asombro al presentar sus recetas también publicaban testimonios de personas salvados por ellos:

“Buenos Aires, Abril 2 de 1871.

Señor Martín: Hallándome en muy buena convalecencia me apresuro en dirigirle mil agradecimientos por los cuidados que me ha prodigado durante la epidemia. Crea Vd., Señor, que recordaré siempre su asiduidad a la cabecera de mi lecho.

Sírvase Vd., etc.

S. Bruno.”¹⁶¹

Recién varios años después, un médico cubano, Carlos Juan Finlay, descubrió el origen de la transmisión de la enfermedad observando la abundancia de mosquitos en los lugares donde había enfermos de fiebre amarilla. En 1881 presentó a la Academia de Ciencias de La Habana un trabajo en el que consideraba al mosquito como agente trasmisor de un virus que él mismo adquiría picando a una persona enferma.¹⁶² Al principio no tuvo apoyo de sus colegas hasta que, queriendo experimentar fuera de las zonas endo-epidémicas, los jesuitas le

¹⁶⁰ WILDE, Eduardo, Op. Cit., p. 323

¹⁶¹ MARTÍN, Ernesto, Op. Cit., p. 20

¹⁶² Cfr. LA FEMINA ALTIERI, Alfonso A., Op. Cit., pp. 41-42

cedieron una propiedad que tenían en San José, en los Quemados de Maranaos, donde nunca había aparecido un caso de fiebre amarilla. Allí viajó Finlay con mosquitos infectados que propagaron la fiebre en aquella zona virgen.¹⁶³ Al tiempo, eran muchas personas las que padecían el mal. Así comenzó a ser reconocido este gran médico y a resolverse el drama de la fiebre amarilla al descubrirse el vector que trasmite el virus.

A partir de sus estudios, los investigadores han ido identificando a los cuatro responsables de la tragedia de 1871 en Buenos Aires: el virus amarílico, "Charon evagatus"; la hembra del mosquito *Aedes Aegypti* que extrae e inyecta el virus; el hombre, víctima de la enfermedad; y una temperatura ambiente no menor de 18°.¹⁶⁴

La importancia del descubrimiento de Finlay fue tal que en el congreso Panamericano de Dallas, Texas, en 1933, se acordó fijar el 3 de diciembre, día de su nacimiento, como el día de la medicina americana, o como comúnmente se conoce, el día del médico. Finlay había fallecido el 20 de agosto de 1915.¹⁶⁵

2. El avance de la enfermedad y la organización de la defensa

2.1 Marzo de 1871: Se enferma Buenos Aires.

Con el correr de los días la situación se fue agravando. Las voces que habían insistido con que la peste no era de fiebre amarilla se fueron silenciando. Quienes habían opinado que no había motivo para alarmarse pues eran pocos los casos, dejaron de hablar y escribir ese tipo de comentarios en los periódicos.¹⁶⁶ El 3 de marzo el gobierno dispuso la postergación del inicio de las clases debido a la gravedad de la epidemia.

El número de enfermos aumentó notablemente y esto provocó que los hospitales no tuvieran más capacidad. El 12 de marzo la Comisión Municipal ordenó al administrador del Hospital de Hombres que sólo se admitieran enfermos graves, debido al elevado número de pacientes ya internados.¹⁶⁷

¹⁶³ Ibid.

¹⁶⁴ Cfr. VACAREZZA, Oscar, *Recordación de los médicos y practicantes caídos durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871*, en *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, vol. 49, 2º semestre, 1971, Buenos Aires, p. 607

¹⁶⁵ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., p. 489

¹⁶⁶ Uno de los casos más claros fue el de Manuel Bilbao, que el 9 de marzo, abandonando sus disquisiciones médicas, encabezó la edición de su diario *La República*, con una sola palabra: TERROR.

¹⁶⁷ Cfr. LN, 12 de marzo de 1871.

Desde los primeros días de marzo, las cifras de víctimas a causa de fiebre amarilla comenzaron a ser desproporcionadamente más altas que la de los muertos por otras causas. A modo de ejemplo:¹⁶⁸

Marzo 6.....	91 a causa de fiebre amarilla.....	30 por otras causas.
Marzo 11.....	139 a causa de fiebre amarilla.....	27 por otras causas.
Marzo 15.....	170 a causa de fiebre amarilla.....	21 por otras causas.

Una tercera parte de la población de Buenos Aires, huyó despavorida cuando tuvo la certeza de que la peste en la mayoría de los casos era de carácter mortal y arreciaba en su ataque. Las familias pudientes fueron las primeras que partieron hacia los pueblos vecinos de Flores, Belgrano, San Isidro, etc. Paul Groussac, testigo ocular, escribía:

“Gradualmente, desde mediados de marzo, el cuadro fue cobrando cada vez tintes más sombríos. La mortalidad crecía al paso que la ciudad se despoblaba. El éxodo se hizo general cuando se comprobó que, al contrario del cólera reciente, la fiebre no se alejaba de la costa, quedando indemnes las regiones mediterráneas.”¹⁶⁹

Los carreteros explotaban a las familias que se ausentaban al campo, cobrándoles hasta \$2.000 por la mudanza. Por su parte en el buque Italo Platense emigraron 600 italianos, en su mayoría de los inquilinatos desalojados.¹⁷⁰

El 9 de marzo el Consejo de Higiene Pública emitió oficialmente las instrucciones a la población de la ciudad de Buenos Aires designando comisionados de manzana, alentando la formación de comisiones parroquiales y pidiéndole a los médicos que denuncien los casos de fiebre amarilla y presenten informes diarios.

Las medidas que se tomaron fueron la desinfección con cal de los sanitarios de las casas de Buenos Aires, blanqueo general de las viviendas, hervido del agua utilizada para la alimentación, limpieza general en las causas, reducción de las horas de velatorio para los fallecidos, señalamiento de los hogares en que hubo víctimas de la epidemia, quema

¹⁶⁸ Todos estos datos, y los que sigan, corresponden a los brindados por Mardoqueo Navarro en su *Diario de la epidemia*. Fueron cotejados con las cifras brindadas por el Dr. José Penna en *Estudio sobre las epidemias de fiebre amarilla en el Río de la Plata*, nº1, año V, noviembre de 1895; y con los datos brindados por la *Revista Médico Quirúrgica*, mayo a septiembre, 1871.

¹⁶⁹ GROUSSAC, Paul, *Los que pasaban*, Buenos Aires, 1939, pp. 51 y 52

¹⁷⁰ Cfr. BERRUTI, Rafael, Op. Cit., p.561

inmediata de las ropas y útiles de cama de los enfermos, etc.¹⁷¹ Las comisiones de higiene parroquiales intensificaron las inspecciones domiciliarias y a los mercados, a efectos de que se cumplieran todas estas disposiciones que indudablemente repercutieron en bien de la salud de los pobladores, sorprendidos del terror que se multiplicaba en toda la ciudad.

Entre las medidas que se tomaron y luego fueron suspendidas porque no servían, estuvo la del quemado de alquitrán en grandes recipientes en las calles de la ciudad:

“La brea no pertenece a la categoría de los medios desinfectantes y por lo tanto no es empleada en ninguna parte para desinfecciones del aire. Su uso como actualmente aquí se verifica derramándola por las calles, no producirá ni puede producir el efecto deseado de purificar el aire, librándole del miasma.(...) Empleada la brea por todos sus constituyentes no se obtendrá otro efecto sino el de saturar el aire con vapores que nucleen y cubran el miasma sin atacarle y destruirle. (...)”¹⁷²

Los diferentes inspectores en distintos puntos de la ciudad denunciaron la falta de higiene de varias casas, cafés, boticas, fondines, etc.

Los diarios, desde sus columnas, instaban a la limpieza y desinfección de los hogares porteños:

“Sobre el flagelo: Para que se vea cuanto contribuye para la salud el aseo de las personas y la ventilación y limpieza en las viviendas, conviene hacer notar que la mayor parte de los que han muerto de la fiebre, son gente que por lo regular, ya sea por pobreza o economía o abandono vive en medio de la más completa miseria y suciedad.”¹⁷³

2.1.1 La organización médica de la ciudad

Los primeros y discutidos casos fueron atendidos por médicos de familia, o simplemente no recibieron asistencia médica debido a una inexplicable resistencia de los inmigrantes italianos que atestaban los inquilinatos y que nada querían saber de facultativos, sospechando en su ignorancia que eran capaces de envenenarlos con los remedios.¹⁷⁴

¹⁷¹Cfr. BESIO MORENO, Nicolás, Op. Cit., p. 162

¹⁷² Archivo Histórico de la ciudad de Buenos Aires, en adelante A.H.C.B.A., caja 13, leg. 00008, WEISS, B., *Proyecto sobre el uso de brea como desinfectante*.

¹⁷³ LP, 10 de febrero de 1871.

¹⁷⁴ Cfr. VACAREZZA, Oscar, Op. Cit., p. 608

Desde el mes de febrero las comisiones parroquiales, ante la creciente gravedad de la situación, fueron organizando los servicios médicos, con aprobación de la Comisión Municipal. Las parroquias, división de la ciudad de Buenos Aires, quedaban sanitariamente a cargo de un médico designado, al principio, por la Municipalidad.

Las pocas camas disponibles en el Hospital General de Hombres y el de Mujeres se colmaron rápidamente y se habilitaron más camas en las barracas del primitivo lazareto San Roque, precursor del actual hospital Ramos Mejía, ocupando con enfermos hasta las habitaciones de practicantes y enfermeros. Por su parte, la Sociedad de Beneficencia convocó a las damas de la Comisión Directiva que se hallaban en la ciudad y en un gesto decidido instala un lazareto de mujeres con 25 camas, alquilando la quinta del Dr. Juan Leslie, y bajo la dirección sanitaria del Dr. Adolfo Señorans.¹⁷⁵

Como al poco tiempo se produjeron desintelencias en algunas de las comisiones parroquiales, especialmente en la de San Telmo con el Dr. Wilde, terció el gobernador Castro asesorado por el Consejo de Higiene Pública, y por decreto del 13 de marzo, dispuso que los médicos parroquiales dependieran directamente del Consejo de Higiene Pública. La Comisión Municipal cuestionó el decreto y el 21 de marzo se dispuso otra cosa: que los médicos quedaran subordinados a las comisiones de higiene parroquiales, excepto el cuerpo médico de San Telmo, que dependería directamente de la Comisión Municipal.

Todo este problema sobre la organización médica de la ciudad se debía, por un lado, a la inexperiencia sobre cómo enfrentar una epidemia tan fuerte, pero también a intereses y luchas de poder entre la municipalidad, la provincia, y desde mediados de marzo, la Comisión Popular.¹⁷⁶

La reorganización por decreto del gobierno provincial del 21 de marzo de 1871 fue la siguiente:¹⁷⁷

Parroquia de San Telmo: doctor Larrosa, y mientras duró su convalecencia, el doctor Tamini.

Catedral al Sud: doctor Riva, nombrado por la Comisión Municipal.

Catedral al Norte: doctor Schinelli, nombrado también por la Comisión Municipal.

San Miguel: doctor Pedro Díaz de Vivar.

Monserrat: doctor Eduardo Wilde.

¹⁷⁵ Ibid, p. 610

¹⁷⁶ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., pp.260 y ss

¹⁷⁷ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., pp. 267-268.

Concepción: doctor Poliliano S. Boado y doctor J. Antonio Argerich.

Socorro: los doctores Manuel Alonso López y Juan García Fernández.

San Cristóbal: doctor Joaquín Rivero.

Piedad: doctor Domingo Salvarezza.

San Nicolás: doctor Antonio J. Ballester.

Pilar: doctor Ramón del Arca.

Barracas al Norte: (Santa Lucía) doctor Federico de la Serna.

San Juan Evangelista: (La Boca) doctor Nuncio Romeo.

Esta reorganización no terminó de ser satisfactoria. Más adelante, y ya existiendo la Comisión Popular, Emilio Castro volvió a dictar otro decreto que disponía que todos los médicos de la ciudad quedaban subordinados al Consejo de Higiene Pública. Por dicho decreto, todos los médicos nombrados por el gobierno provincial, la Comisión Municipal y la Comisión Popular, pasaban a formar el “Cuerpo médico dependiente del Consejo de Higiene Pública”, con un director, cargo que recayó en el Dr. Santiago Larrosa.¹⁷⁸ Debían vivir en la casa parroquial como para ser encontrados fácilmente por las familias de la zona que requiriesen sus servicios.

El número de médicos superaba la centena y era en realidad suficiente para una población que disminuía diariamente por el éxodo hacia la campaña, originado por el pánico y fomentado por el gobierno. Sin embargo, la asistencia no se prestaba satisfactoriamente. Los esfuerzos se aniquilaban por una desordenada acción individual a lo que se agregaba, como ya se hizo notar, algún entredicho, fruto de la tensión del momento.¹⁷⁹

2.1.2 La actitud del Presidente Sarmiento

“Marzo 19. Médicos que recetan desde el estudio. El Presidente huye. Legisladores, jueces, municipales, etc., todos huyen cada día gratis.”¹⁸⁰

En efecto, el gobierno nacional encabezado por Domingo F. Sarmiento y su Vicepresidente Adolfo Alsina, junto con todos sus ministros, abandonaron Buenos Aires.

¹⁷⁸ Cfr. VACAREZZA, Oscar A., Op. Cit., p. 614

¹⁷⁹ Ibid.

¹⁸⁰ NAVARRO, Mardoqueo, *Diario de la epidemia*, Bueno Aires, 1871, en adelante DMN, en AGN, legajo 2672, Archivo y colección de Andrés Lamas (1549-1894). Esta será la fuente principal del tema central de la tesis. Más detalles sobre ella en la tercera parte.

El Presidente viajaba todos los días al pueblo de Mercedes, a cien kilómetros de la ciudad de Buenos Aires, para dormir en ese lugar y volver al día siguiente a la Casa de Gobierno.¹⁸¹ Partió con ostentación rodeado de una llamativa escolta de setenta individuos embarcados en un tren especial. Esto provocó la reacción de los diarios opositores que criticaron duramente la actitud del gobierno:

“El Presidente huyendo: Hay ciertos rasgos de cobardía que dan la medida de lo que es un magistrado y de lo que podrá dar de sí en adelante, en el alto ejercicio del cargo que le confiaron los pueblos (...).

El hombre que manda, el que por su alto carácter oficial tiene que ser el ejemplo a imitar por todos los que exponen su vida y su fortuna en holocausto al bien público, y abandona el pueblo que gobierna en el momento en que la existencia de todo ese pueblo necesita el esfuerzo común y entusiasta de los que gobiernan para salvarlo, baja hasta el mismo grado de mediocridad y de pobreza de ánimo, de aquel general que formaba su línea y cuando la metralla hace pedazos a las filas inconmovibles de sus heroicos soldados, da vuelta la espalda, aprieta las espuelas y huye víctima del terror para salvar del peligro contingente en que está colocado.(...)

A ese general no se lo juzga, se le fusila por la espalda (...)

El señor Sarmiento ha abandonado inconstitucionalmente la ciudad que es el asiento de la autoridad nacional, de la que no puede separarse un solo momento sin autorización del Congreso; la ha abandonado en momentos en que el terror y el duelo extienden su manto fúnebre sobre esta población, que arranca fuerzas hasta de su mismo martirio y ese Presidente huye a los pueblos del campo a gozar y ponerse en salvo...¿Es esta la conducta digna de un Presidente argentino?

¿Es posible que haga tanto desprecio de este pueblo noble e ilustrado, que le veamos huir repatingado y lleno de comodidades en un tren oficial? (...)

¿Por qué no toma esos setenta zánganos que forman su lujosa escolta causando gastos enormes a la Nación, y los manda como enfermeros a llenar el vacío que la caridad pública está hoy llenando? (...)”¹⁸²

La reacción también se hizo sentir en la Comisión Popular, donde quienes más pidieron una desaprobación pública de la conducta de Sarmiento fueron precisamente quienes

¹⁸¹ Cfr. CAMPOBASSI, José J., *Sarmiento y su época*, Tomo II, pp. 273 -274

¹⁸² LP, 21 de marzo de 1871.

a la vez eran partidarios del Presidente: Héctor Varela, Manuel Argerich y Carlos Guido y Spano.¹⁸³ La intervención de quien fuera presidente de esta Comisión, José Roque Pérez, evitó una condena pública del Gobierno Nacional.¹⁸⁴ A pesar de ello, la situación se volvió a tensar cuando el Gobierno resolvió poner a disposición de la Comisión Popular la *mezquina suma de 25.000 pesos* que fue inmediatamente rechazada.¹⁸⁵

A Sarmiento le molestaron las críticas de Varela, que como vicepresidente de la Comisión hablaba en su nombre, y le respondió:

“Había escrito usted gratuita y espontáneamente en un informe sobre la Comisión Popular de fiebre amarilla, que la conducta del Presidente sólo merecía el silencio del desprecio. En cuarenta años de vida pública he tenido ocasión de conocer todas las formas que la mala intención toma para enjuiciarme. Esta era una intervención de Ud. y sin duda la más punzante. La devolveré en silencio, y cuando Ud. acudió a mí en su miseria le tendí la mano auxiliar. No habría dejado malbaratar los fondos nacionales a una banda de atolondrados que hacían política con las calamidades que socorrían con dinero ajeno y eso me trajo el desprecio que tan amargamente expresó Ud.”¹⁸⁶

Quienes defendían la actuación de Sarmiento ausentándose de Buenos Aires, sostenían que el Presidente, agobiado por la incesante actividad y múltiples preocupaciones, alquiló la casa quinta del Sr. Montalena, sita en Mercedes para reponer sus energías, volviendo a la ciudad dos veces por semana para ejercer sus funciones en sus oficinas.¹⁸⁷

Paul Groussac sintetizó en pocas palabras pero contundentes la opinión general sobre la actitud del Presidente frente a la epidemia de fiebre amarilla:

“Los gobiernos nacional y provincial decretaban la feria de sus oficinas, fuera de no dar personalmente, el presidente y el gobernador, ejemplo de heroísmo.”¹⁸⁸

¹⁸³ Cfr. BELLORA, Antonio, *La Salud Pública*, Buenos Aires, 1972, p. 33

¹⁸⁴ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., pp. 283-284.

¹⁸⁵ Cfr. LN, 14 de mayo de 1871.

¹⁸⁶ SARMIENTO, Domingo F., *Obras completas*, T.LI, Buenos Aires, 1902, p. 416

¹⁸⁷ Cfr. BERRUTTI, Rafael, Op. Cit., pp. 565-566

¹⁸⁸ GROUSSAC, Paul, Op. Cit., p. 52

2.2 La Comisión Popular de Salubridad

2.2.1 La iniciativa de la prensa

“He visto con íntima satisfacción la noble actitud asumida por Ud. en la prensa ante la epidemia que flagela a nuestra bella Buenos Aires. Muy bien, Héctor: esta conducta como la de las personas que se han presentado desde luego a combatir al enemigo común, es digna de encomio y despierta la más ardiente emulación.”¹⁸⁹

A medida que el mes de marzo avanzaba, también lo hacían las víctimas de la epidemia, cosa que alarmaba cada vez más a la población de la ciudad de Buenos Aires.

Evaristo Carriego escribió en el diario *La Tribuna* una carta abierta a Héctor Varela, redactor del periódico en la que proponía la creación de una asociación humanitaria cuyo fin sea el de prestar asistencia y medios de curación a las personas indigentes atacadas por la fiebre amarilla.¹⁹⁰

La mayoría de los periodistas adhirieron a esta iniciativa y se reunieron en casa de Carriego el 10 de marzo en la calle Suipacha 59. Ellos eran: Aristóbulo del Valle, representando a *El Nacional*; José María Cantilo, representando a *La Verdad*; El canónigo Domingo César de *Intereses*; José Camilo Paz, de *La Prensa*; Emilio Onrubia, representando a *El Fénix*; Bartolomé Mitre y Vedia por *La Nación*; Manuel Bilbao por *La República*, y Héctor Varela por *La Tribuna*. También participaron de esa reunión periodistas extranjeros, que representaban a la prensa de habla no española.¹⁹¹

En esa reunión se decidió convocar un meeting en la plaza de la Victoria para que el pueblo confirmara la creación de una Comisión Popular de Salud Pública que enfrentara decididamente el flagelo que asolaba Buenos Aires. Se confeccionó una comisión provisoria encabezada por el vicepresidente de la Nación, Adolfo Alsina, e integrada entre otros por José Roque Pérez, Francisco López Torres, Bernardo de Irigoyen, Lucio V. Mansilla, Manuel Argerich, y todos los periodistas antes mencionados, quienes habían sido los propulsores de la

¹⁸⁹ GUIDO SPANO, Carlos, *Dos líneas al redactor de “La Tribuna” Héctor Varela*, en *Autobiografía y Selección de poesías*, Buenos Aires, 1954, p. 111

¹⁹⁰ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, *Op. Cit.*, p. 232

¹⁹¹ *Ibid*

iniciativa.¹⁹² Cabe destacar el espíritu de servicio y el compromiso con que todos encararon este proyecto al servicio de una población cada vez más perpleja por el avance de la fiebre.

“No haya espera. Nada de mezquindades. Nada de contemplaciones, sea con quien fuere. El deber nos impone responsabilidades severas: sepamos pues cumplirlo.”¹⁹³

Mardoqueo Navarro reflejó estos importantes momentos de la historia de la epidemia de la siguiente manera:

“Día 10: *La República* propone un poder popular y consulta sobre celebrar un meeting. El Senado ni ve ni siente.

Día 11: *La República* pide meeting. *La Nación* grita Revolución.(...)

Día 12 : Diaristas reúnen el 11 en la redacción de *La República* y acuerdan el meeting. (...)

Día 13: ¡¡GRAN MEETING DEL PUEBLO!! (...)”¹⁹⁴

Efectivamente, el 13 de marzo a las doce del mediodía se realizó el encuentro en el atrio de la catedral, usando como tribuna una silla. Se calcula que se reunieron alrededor de ocho mil personas. Varias bombas de estruendo disparadas desde la imprenta de *La Tribuna*, situada en la calle Victoria entre Perú y Bolívar, fueron la señal de que comenzaba el meeting.¹⁹⁵

Primero habló Héctor Varela, quien expresó duramente la terrible verdad de la situación, las proporciones de la catástrofe y la necesidad de agruparse y contribuir con mucho esfuerzo a la defensa de la ciudad. Le siguieron en el uso de la palabra, el doctor Manuel Argerich, Carlos Guido Spano y Basilio Cittadini. Se propusieron los nombres para integrar la comisión y todos fueron aceptados por aclamación, con lo cual quedó consagrada la conformación de la Comisión Popular de Salubridad Pública.¹⁹⁶

Allí mismo se conformaron dos comisiones con petitorios dirigidos al Presidente de la República y al gobernador Emilio Castro respectivamente. Al primero se le solicitaba que

¹⁹² Cfr. FARINI, Juan Ángel, *La Comisión Popular*, en *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, vol.49, 2º semestre 1971, Buenos Aires, pp. 579-580

¹⁹³ GUIDO SPANO, Carlos, Op. Cit., p. 112

¹⁹⁴ DMN

¹⁹⁵ Cfr. BUCICH ESCOBAR, Op. Cit., p. 55

¹⁹⁶ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., p. 238

impidiese el desembarco de inmigrantes mientras durase la epidemia; al segundo, que pusiera en ejecución un proyecto del diputado Bernardo de Irigoyen que ordenaba limpiar y desinfectar el Riachuelo, y que no tenía sanción definitiva por deserción de parte de los senadores. Las dos delegaciones volvieron al seno de la asamblea con la respuesta favorable de los mandatarios, y la promesa de que aportarían fondos para el trabajo de la Comisión Popular.¹⁹⁷

El gobernador Castro, el mismo día en que se constituyó la Comisión, emitió una proclama para dar la bienvenida al organismo, pero no dejaba de hacer ver que ya existían instituciones oficiales que trabajaban con celo y dedicación en la lucha contra la fiebre amarilla. Esto se debía a que nadie podía desconocer la existencia de intereses políticos en algunos integrantes de la Comisión Popular más allá de su objetivo filantrópico.

2.2.2. Organización interna de la Comisión. Integrantes. Su relación con la masonería.

El 14 de marzo se realizó la primera reunión de la Comisión Popular en la casa de Héctor Varela, la asamblea fue presidida por Mariano Billinghamurst y la presidencia recayó en el abogado José Roque Pérez y la vicepresidencia en Héctor Varela, quien hubiera preferido a Adolfo Alsina como presidente. Este fue uno de los primeros en abandonar la ciudad por lo cual sólo obtuvo el título de presidente honorario.¹⁹⁸

Se decidió organizar la cobertura diaria con guardias de seis horas llevadas a cabo por dos de sus componentes, auxiliados por un escribiente a sueldo y varios celadores obligados a llevar por escrito el parte diario.

La sede oficial de la Comisión primero se fijó en la calle Bolívar 82 para luego trasladarse al edificio de la entonces Universidad de Buenos Aires, sito en la calle Perú. El cargo de tesorero recayó en Billinghamurst y secretarios fueron elegidos Matías Behety y Emilio Onrubia. Constituida la mesa directiva, la Comisión Popular entró de lleno en funciones.

Al día siguiente podía leerse en los diarios más importantes de la ciudad una proclama dirigida a las autoridades y al pueblo en general:

¹⁹⁷ Cfr. FARINI, Juan Ángel, Op. Cit., pp. 579-580

¹⁹⁸ Cfr. LA FEMINA ALTIERI, Alfonso A., Op. Cit., p. 38

“Después de una larga y luminosa discusión acerca de las primeras medidas que debía tomar la Comisión para responder al sentimiento popular que la había instituido, en la que sucesivamente tomaron parte los señores J.C. Gómez, Argerich, Roque Pérez, Varela, Mitre y Vedia, Billingham, Bilbao, Guido y otros, se tomaron las siguientes resoluciones:

1. Comunicar a los dos gobiernos, nacional y provincial, la instalación de la Comisión y los nombramientos hechos en su seno.

2. Comunicar a la Municipalidad la disposición en que se halla la Comisión de mancomunar con ella sus trabajos para combatir la epidemia.

3. Pasar una nota igual al Jefe del Departamento de Policía.

4. Hacer saber a las comisiones parroquiales la conveniencia de que se pongan en contacto con la Comisión Popular para todo aquello que se relacione con los medios de atender a la salud del vecindario.

5. Nombrar una comisión para inspeccionar inmediatamente los barrios infestados a fin de que, conociendo su verdadero estado, la Comisión Popular pueda proceder en consecuencia.

6. Poner aviso en los diarios de la capital ofreciendo 100 pesos papel por día a toda persona que quiera servir como enfermero, ocupando también a las mujeres.

7. Publicar los nombres de los miembros de la Comisión con sus domicilios, para que los necesitados puedan concurrir a ellos por auxilios.

8. Reunirse mañana a la una para poner en marcha definitivamente los trabajos.”¹⁹⁹

La lectura de estas disposiciones, especialmente los puntos 4 y 5, muestran a las claras que la Comisión tuvo una autosobreevaluación que hizo apartarla del Consejo de Higiene y de las Comisiones Parroquiales, no teniendo en cuenta la experiencia que ya habían cosechado estos organismos, pretendiendo además que se pusiesen a su servicio. La Municipalidad se negó a reconocerle todo carácter a la Comisión Popular, ya sea por sentirse deprimida por la creación de un nuevo cuerpo al que el pueblo confiaba una misión que le competía a ella, ya sea por envidia sabiendo que los integrantes del nuevo organismo se ganarían el aprecio público.²⁰⁰

“Día 15: (...) La Comisión inicia bien sus trabajos. Las autoridades tienen celos.(...)”

¹⁹⁹ LN, 15 de marzo de 1871.

²⁰⁰ Cfr. FARINI, Juan Ángel, Op. Cit., p. 581

Día 16: La palabra de la Comisión al pueblo. Suscripciones. Acción popular-Acción gubernativa.

Día 17: La comisión propone. Las autoridades arguyen su título como el Papa. Los legisladores discuten. La comisión procede. Aliento del pueblo.”²⁰¹

Sola, desautorizada por la Municipalidad, con escasa colaboración de las comisiones parroquiales y dudosamente apoyada por los gobiernos nacional y provincial, que dispusieron se les entregara la escasa suma de 2.000.000 de pesos, la Comisión comprendió que debía emprender su humanitaria campaña en base a las fuentes populares de donde emanaba.

“(…) La acción de las autoridades no basta por desgracia para remediar los terribles males que pesan sobre nuestra sociedad, es por esto que le ofrecemos nuestros auxilios leal y desinteresadamente. Lejos de nosotros el deseo de coartar la acción de nadie ni de atribuirnos facultades que no nos pertenezcan.(…) Las comisiones parroquiales que han trabajado y trabajan con un celo digno de todo encomio para alivio de los que sufren, no consiguen todos los buenos resultados que conseguirían si tuvieran lo que nosotros venimos a traerles: brazos, medios abundantes y cuanto pueda concurrir al noble fin que se tiene en vista. Aquí estamos nosotros para llenar este vacío.

¡Habitantes de Buenos Aires!

La Comisión de Salubridad os pide vuestro óbolo para llevar a cabo nuestra obra de caridad.

Dádnoslo, y pronto, porque el tiempo urge y cada hora que pasa nos arrebatara algunos hermanos que la caridad bien dirigida habría podido salvar.

Que todos contribuyan con su poco y tendremos mucho.

No hace menos el pobre que da un peso, que el rico que da millares, y ambos tienen derecho a la gratitud de los que reciben el beneficio.

Buenos Aires, Marzo 16 de 1871.”²⁰²

Desde el momento que expresaban que venían a llenar un vacío estaba claro que se atribuían una preeminencia. En lugar de trabajar en conjunto con el Consejo de Higiene Pública, las comisiones parroquiales y los organismos oficiales, la Comisión Popular lo hizo de manera independiente y aislada. Más aún, pretendió que dichos organismos se pusieran a

²⁰¹ DMN.

²⁰² LN, 17 de marzo de 1871.

sus órdenes. Todo esto generó muchas dificultades a la hora de trabajar de manera efectiva en contra de la peste.²⁰³

Sin embargo, no puede dejar de destacarse la labor que los hombres de esta comisión realizaron en bien de la población de la ciudad de Buenos Aires, ciudad que presentaba un cuadro de desolación; la gente abandonaba la ciudad, sin recursos, en huidas de desesperación efectuadas entre el paso de los carros conduciendo pilas de cadáveres. La Comisión Popular dio ejemplo de coraje, de altruismo, luchando contra un enemigo intangible; el hecho de que un grupo de personas determinadas con una buena posición económica no abandonasen la ciudad e hiciesen frente al mal, puso un dique al pánico reinante.²⁰⁴

El punto más urgente por resolver por la Comisión Popular consistía en llevar asistencia médica a los enfermos. Gran parte de los fondos que ingresaron se emplearon en la compra de medicamentos que se repartían gratuitamente entre los pacientes pobres. El primer médico del organismo fue el doctor Antonio J. Argerich; a él se sumaron los doctores Pedro Mallo, Caupolicán Molina y el italiano Carlos Gallarini. Debido a los inconvenientes que se generaron, la Comisión Popular decidió contratar servicios médicos por su cuenta, pagados por la tesorería de la misma. Esto se debió a los problemas que se ocasionaron con los médicos de las comisiones parroquiales que no podían aceptar el bono o papeleta con que trataban de pagarle los enfermos protegidos por la Comisión Popular, ya que dichos médicos parroquiales cobraban cinco mil pesos mensuales, estándoles prohibido aceptar dinero de otras fuentes.²⁰⁵

Varios médicos más fueron contratados por la Comisión Popular, entre ellos los doctores Degroud, Pérez, Ortiz Herrera, Barbati y García Fernández, generando así una superposición de funciones con el Consejo de Higiene Pública y con las comisiones parroquiales. Incluso, para agravar el conflicto, contrató servicios de profesionales que carecían de título revalidado o autorizado: Bruzzaca, Poyet, Cádano, Gaicerán, Herrero Salas, Muzio, Hirón, Rousseau, Kolhk y Zinzani.²⁰⁶

²⁰³ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., pp. 253-256

²⁰⁴ Cfr. MEYER ARANA, Alberto, Op. Cit., pp. 356-358

²⁰⁵ Cfr. LA FEMINA ALTIERI, Alfonso A., Op. Cit., p. 39

²⁰⁶ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., pp. 124-126

Para agilizar la acción del organismo, se distribuyó a sus miembros en subcomisiones, con una función específica cada una. Es importante detallar la constitución de estas subcomisiones para conocer a los miembros de la Comisión Popular de Salubridad Pública:²⁰⁷

Comisión de Higiene: Presidente, Juan Carlos Gómez. Vocales, Manuel Bilbao y Basilio Cittadini. Le correspondía controlar la estricta observancia de las disposiciones sanitarias en lo referente a medidas de salubridad, limpieza, desinfección, desalojos, etc. debiendo denunciar las infracciones.

Comisión de Hacienda: Presidente, Mariano Billingham. Vocales, León Walls y Gustavo Nessler. Se ocupaba de recaudar fondos y distribuirlos entre las otras comisiones.

Comisión de Provisiones: Presidente, Manuel Argerich. Vocales, José María Cantilo y Carlos Guido y Spano. Se encargaba de adquirir alimentos, ropa, etc. y distribuirlos entre los enfermos y necesitados.

Comisión de Servicios: Presidente, José Camilo Paz. Vocales, Antonio Gigli y José M. Lagos. Su misión era conseguir ayudantes, enfermeros y voluntarios que quisiesen colaborar en el accionar contra la epidemia.

Comisión Médica: Presidente, Bernardo de Irigoyen. Vocales, Bartolomé Mitre y Vedia y Adolfo Korn. Dirigían el cuerpo médico contratado por la Comisión Popular.

Comisión de Asistencia: Presidente, Lucio V. Mansilla. Vocales, Francisco Uzal, Emilio Ebelot, Carlos Paz, Pablo Ramella, Tomás Armstrong, Domingo D' Almonte, Aristóbulo del Valle, Francisco López Torres, Domingo César, Eduardo Mulhall y Cosme Mariño. Su función era muy amplia ocupándose de asistir a los enfermos o a sus familias, proporcionándoles médico, remedios, abrigo, desinfectantes y todo cuanto fuera necesario.²⁰⁸

En parte con el deseo de ganar representatividad y también porque algunos manifestaron su deseo de incorporarse a la Comisión Popular, se decidió aumentar el número de miembros, sumando nuevos protagonistas a los fundadores del mitin del 13 de marzo. Algunos quisieron pertenecer a la Comisión por un real afán de servicio; otros, porque buscaban obtener prestigio personal, ya sea en el campo médico o en el político. Hubo ciertas resistencias a la incorporación de nuevas personas ya que algunos sostenían que la Comisión Popular debía limitarse a los 32 miembros elegidos por aclamación popular en la plaza de la Victoria, pero finalmente triunfó la otra postura y así se integraron como titulares el canónigo

²⁰⁷ Es importante destacar que no todas las fuentes y autores coinciden respecto a los nombres de pila de los miembros de la Comisión Popular. Seguimos las fuentes periodísticas de la época.

²⁰⁸ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., p. 249

Patricio Dillon, el abogado Manuel Quintana (futuro presidente de la República), el educador francés Alberto Larroque radicado en Buenos Aires desde 1841, incansable creador de institutos y centros escolares, Pablo y Enrique Gowland, Fernando Dupont, Juan y Daniel Argenti, Francisco Meyans, José Viñas, Pablo Barbatti, Florencio Ballesteros, Félix Iturriaga y el doctor Señorans.²⁰⁹ Los dos últimos no vuelven a figurar en las listas de la Comisión Popular, por lo que se supone que declinaron la incorporación o renunciaron luego a la misma.

Otros se ofrecieron desinteresadamente en calidad de simples auxiliares como Mariano Orma, Ernesto Picard, Enrique S. Quintana y Estanislao del Campo, que colaboraron en las comisiones dispuestas por el reglamento, con la misma abnegación y el mismo espíritu de sacrificio que los miembros titulares demostraron en esas horas de lucha desigual entre el flagelo y la vida.²¹⁰

“Día 4 de abril: La comisión Popular aumenta sus médicos. (...)”

Día 5: (...) La comisión organiza su cuerpo médico. (...)”

Día 6: La Comisión se multiplica. (...)”²¹¹

Los hombres que formaban la Comisión eran en su mayoría periodistas, jurisconsultos, médicos y oradores, destacándose dos sacerdotes de prestigio, los ya nombrados Domingo César y el irlandés Patricio Dillon.

La mayoría de los miembros eran activos masones. La masonería, instalada oficialmente en Argentina desde 1856 con la *Logia Unión del Plata*, y sobre todo desde 1858 con la instalación del Supremo Consejo Argentino, por la carta que le concediera el cuerpo similar uruguayo el 11 de diciembre de 1857,²¹² predominaba en las esferas del gobierno y también en la cátedra, en la prensa, y en los círculos intelectuales y científicos, ejerciendo una influencia creciente en el quehacer nacional que habría de alcanzar su apogeo en la década del 80 con la sanción de la legislación laicista. Desde 1870 era su gran maestro el Dr. Nicanor Albarellos, importante médico de Buenos Aires y vice gran maestro Don Mariano Billinghamurst, el acaudalado comerciante que fue nombrado tesorero de la Comisión Popular.

²⁰⁹ Cfr. FARINI, Juan Ángel, Op. Cit., p. 582

²¹⁰ Cfr. Ibid.

²¹¹ DMN

²¹² Cfr. ROTTJER, Aníbal A., *La masonería en la Argentina y en el mundo*, Buenos Aires, 1983, p. 289

El periodista masón Héctor Varela fue quien propuso la constitución de dicha comisión y su vicepresidente.²¹³

Desde febrero de 1871 todos estos hombres se reunían en los altos del Teatro Colón, donde tenía su sede la *Gran Logia de la Argentina*, frente a la actual Plaza de Mayo. Como primera medida, la masonería aportó la suma de \$ 32.000, recolectando a los pocos días entre las logias otros \$ 16.400. Posteriormente el 18 de marzo el Supremo Consejo donó \$ 10.000; el 10 de mayo las logias aportaron otros \$ 10.000; y finalmente el 22 de mayo en una reunión general de delegados se constituyó, con la presencia del Hermano Federico Guillermo Moore un fondo especial llamado “Socorro Víctimas de la epidemia”, destinado a la ayuda de los familiares de las víctimas, ya que muchas familias habían sido devastadas por la epidemia.²¹⁴

Varios masones de muy buena posición económica hicieron importantes donativos personales de \$ 5.000 a \$ 7.000 cada uno, suscribiéndose además con una cuota mensual de \$ 1.000 por el tiempo que durase la epidemia. Entre ellos se destacaron José Roque Pérez, Bernardo de Irigoyen, Anacarsis Lanús, Tomás Armstrong, José Marcelino Lagos, y los ya mencionados integrantes de la comisión directiva de la Comisión Popular.²¹⁵

José Roque Pérez, presidente de la Comisión Popular, había nacido en la ciudad de Córdoba en 1815. Fue defensor de pobres y menores, censor de la Academia de Jurisprudencia, y a instancias del ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas, fue nombrado oficial de dicho Ministerio. Después de Caseros fue confirmado en el cargo y luego nombrado por Urquiza encargado de dicho Ministerio.

En 1869 acompañó al Paraguay a José María da Silva Paranhos, gran maestro de la masonería brasileña. Allí, conmovido por los desastres provocados por la guerra, se ocupó de movilizar a sus amigos militares y civiles de las fuerzas aliadas que se encontraban en Asunción y a sus hermanos masones de Rosario y Buenos Aires solicitando de todos ellos recursos en dinero, ropas, y alimentos y todo aquello que pudiera contribuir a aliviar la penosa situación de la población paraguaya.²¹⁶

Junto con Sarmiento fundó en 1856, la logia madre *Unión del Plata*, y fue el primer gran maestro de la masonería argentina desde 1857 a 1861, reelegido para el período 1864-

²¹³ Cfr. CHAPARRO, Félix A., *José Roque Pérez*, Rosario, 1951, p. 185

²¹⁴ Cfr. LAPPAS, Alcibíades, *A cien años de la epidemia de fiebre amarilla*, en *Símbolo*, 75-76, Buenos Aires, 1971, pp. 326 y ss

²¹⁵ Cfr. *Ibid.*

²¹⁶ Cfr. CHAPARRO, Félix A., *Op. Cit.*, pp. 163-164

1867, y desde ese año a 1870, como vice gran maestro. Fue además el primer gran comendador, al constituirse el Supremo Consejo grado 33° para Argentina en 1858.²¹⁷

Durante el desempeño de sus funciones apoyó una serie de iniciativas similares a las realizadas en Paraguay y promovió la fundación de numerosas logias en el país y en el exterior, como la *Logia Unión Paraguaya N° 30*, de Asunción.²¹⁸

Roque Pérez falleció víctima de la epidemia de fiebre amarilla el domingo 26 de marzo de aquel triste 1871. Dado lo importante que era su persona en los círculos masónicos e intelectuales de la ciudad de Buenos Aires, los diarios de aquellos días reflejaron la triste noticia:

“ (...) Desde que el doctor Pérez cayó postrado en cama, se le ha visto con un desprendimiento digno de aplauso, luchar contra la enfermedad por arrebatarse su presa, sin omitir desvelos ni cuidados de todo género.

Un sentimiento de justicia nos induce a dar a publicidad rasgos de abnegación y heroísmo tan poco comunes en épocas de una epidemia tan terrible cuyo contagio hace a cada paso olvidar hasta los deberes más sagrados de los miembros de una familia entre sí.”²¹⁹

“ El pueblo de Buenos Aires tiene que llorar una víctima más del número de aquellas que dejando un vacío en la sociedad, llevan consigo una luz, una fuerza, una esperanza que se pierde en medio de la tempestad que dolorosamente nos sacude.

El Dr. D. José Roque Pérez ya no existe. Arrebatado por el flagelo, caído en la brecha desde lo alto de la cual levantaba la bandera de la caridad, perdido para siempre, para su familia y para sus numerosos amigos, el Dr. José Roque Pérez merece a doble título que se haga repercutir su nombre sobre el rumor de la oleada que diariamente lleva centenares de cadáveres a las playas silenciosas de la muerte y del olvido.(...)

A él le ha tocado caer en su puesto, envuelto por la bandera de la caridad que en nombre de la generosidad del pueblo de Buenos Aires él había desplegado, y ha mantenido en sus manos hasta que la muerte las ha helado para siempre.

¡Paz en su tumba y honor a su memoria!”²²⁰

²¹⁷ Cfr. RAMALLO, Jorge María, *La acción de la Iglesia y la masonería durante la epidemia de fiebre amarilla en Buenos Aires*, en *Nuestra Historia*, 18, Buenos Aires, diciembre de 1976, p. 367

²¹⁸ Cfr. LAPPAS, Alcibíades, *La masonería argentina a través de sus hombres*, Buenos Aires, 1958, p. 207

²¹⁹ LP, 27 de marzo de 1871.

²²⁰ LN, 28 de marzo de 1871.

“Día 26 de marzo: Muere Roque Pérez. El pavor crece y vence al deber.”²²¹

Estos artículos periodísticos son una clara muestra de lo importante que era la figura de Roque Pérez en la ciudad de Buenos Aires de 1871. Pero también, deja ver cómo en los diarios de ese tiempo se resaltaba el accionar y la personalidad de los hombres de la Comisión Popular, muy ligados a los círculos masónicos que a la vez eran los directivos de los más importantes periódicos.

Además del Dr. Pérez, perdieron la vida durante la epidemia otros prominentes masones como el Dr. Manuel Gregorio Argerich, que sucedió a Pérez en la presidencia de la Comisión Popular de ayuda a las víctimas de la epidemia; el Dr. José Pereyra Lucena, que fue secretario y profesor de la Facultad de Medicina; el alemán Carlos Keil, creador del Asilo de Sordomudos y colaborador en la organización del Asilo de Mendigos; el periodista Francisco López Torres, director del diario *La Discusión*; José Martínez de Hoz, primer presidente de la Sociedad Rural Argentina, etc.²²²

2.2.3 Su accionar durante la epidemia.

Difícil sería detallar los trabajos de la Comisión Popular, cuando en una ciudad que alcanzaba a unos 120.000 habitantes, morían entre 300 y 600 por día; teniendo que organizarse en medio del desorden, de la confusión y de la muerte; hacía frente a las exigencias de muchas familias desamparadas suministrándoles ropas, alimentos, camas, incluso dinero. Cuando comenzaron a faltar hasta los más rudimentarios elementos para la atención de los enfermos, la Comisión dirigió un llamado a las damas porteñas:

“A las damas de Buenos Aires: La Comisión Popular de Salubridad se encuentra diariamente acechada por centenares de infelices que vienen a pedir auxilios y a quienes la terrible epidemia que asola nuestra población a colocado en la última miseria. En presencia de tanta penuria y necesidad, la Comisión apela a la reconocida generosidad de las damas de Buenos Aires a fin de pedirles sábanas, fundas, ropa blanca y cuanto a su juicio pueda servir a

²²¹ DMN.

²²² Cfr. RAMALLO, Jorge María, Op. Cit., pp. 367-368

aliviar la triste situación de los desgraciados que caen postrados por el flagelo. Las donaciones pueden remitirse a la calle Bolívar número 82. Héctor F. Varela. Vice-Presidente.”²²³

También pagaba un cuerpo médico importante y los medicamentos que resultaba difícil conseguirlos dado que muchos farmacéuticos cerraban las puertas de sus negocios y abandonaban la ciudad. La Comisión Popular decidió incautar los productos abandonados; para ello sus miembros abrieron a la fuerza las farmacias y tomaron todos los medicamentos que en ellas había.

Junto con el tema de la asistencia médica fue una preocupación recaudar fondos para solventar los crecientes gastos que superaban la capacidad económica de la Comisión. Cabe destacar que la primera donación que se recibió fue la de los franciscanos, que en una nota dirigida el 16 de marzo adjuntaban la suma de \$ 5.000 y ponían a disposición de la entidad lo recolectado en la alcancía de San Roque por el tiempo que durara la epidemia.²²⁴

“A los ricos: ¿Qué esperan? ¿Por qué no mandan sus cuotas a la Comisión Popular? Asco da ver ciertas miserias.”²²⁵

Entre otros suscriptores, el gobierno nacional donó \$ 200.000 y la misma suma entregó el gobierno provincial. Bancos, empresas, el comercio mayorista, etc. también hicieron sus donaciones. Se llegó a recaudar una cifra que rondaba los \$ 3.700.000.²²⁶

La Comisión se reunía todos los días, cada miembro debía prestar seis horas diarias de guardia, dos durante el día y cuatro por la noche. En estas guardias, serían acompañados por dos voluntarios auxiliares. Durante estos turnos, había que estar dispuesto a ser solicitado para cualquier situación que se presentara, incluso disponibilidad para visitar moribundos o hacer de sepulturero.²²⁷

Eran comunes los desacuerdos con las comisiones parroquiales; algunos miembros de la Popular, entre ellos Héctor Varela y Carlos Guido y Spano, sostenían que había que ayudarlas económicamente con la suma de \$10.000 a cada una, , pero otros se negaron

²²³ LN, 3 de abril de 1871. En otros diarios, *La Prensa* y *La Tribuna* entre ellos, también se publicaba diariamente esta noticia pidiendo colaboración y donaciones.

²²⁴ Cfr. LN, 17 de marzo de 1871. Ver Apéndice, [p. 234](#)

²²⁵ Diario LA TRIBUNA, en adelante LT, 12 de abril de 1871.

²²⁶ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., p. 274

²²⁷ Cfr. FARINI, Juan Ángel, Op. Cit., p. 583

sistemáticamente. Con el paso del tiempo, recrudecieron los enfrentamientos entre la Comisión Médica y el Consejo de Higiene por un lado y la Comisión Popular por el otro. Esta última acusaba de incapaces a las primeras y se arrogaba el derecho de dirigir los servicios sanitarios y mantener el control médico de la lucha contra la peste en la ciudad.

Así, a principios de abril, se llegó a una cierta ruptura cuando la Comisión Popular ordenó a sus médicos que no obedecieran las disposiciones del Consejo de Higiene Pública, limitándose a seguir sólo las instrucciones que ella emitiera. También entraron en conflicto cuando pretendió que a los médicos extranjeros sin título revalidado se los pusiera al frente de comisiones parroquiales y no se los considerase como simples practicantes, resolución ésta de la Comisión Médica.²²⁸

“Día 2 de abril: La Comisión pide el incendio de los conventillos. Setenta y dos muertos en uno. La epidemia desocupa los conventillos, que respeta la autoridad.”²²⁹

La Comisión Popular y la opinión pública en general habían verificado que los focos de infección estaban en estrecha relación con los lugares donde existían aglomeraciones humanas. Un artículo del diario *La Nación*, del 5 de marzo de 1871 lo expresa así:

“(…) A esta multitud de focos miasmáticos se une hoy por desgracia la aglomeración en locales estrechos de centenares de personas, principalmente inmigrantes, que viven en el más repugnante desaseo.

Un solo hecho vamos a citar para que se toque la influencia de la inmundicia sobre el desarrollo de las pestes.

Es sabido que la fiebre amarilla, estableciendo su cuartel general en la parroquia de San Telmo ha dado verdaderos asaltos a otros puntos de la ciudad. Todos ellos han tenido lugar uniformemente. La fiebre ha buscado el punto de la mayor aglomeración y desaseo y lo ha atacado sin piedad. Inmediatamente que se han hecho cesar las causas de la propagación, la peste ha desaparecido encerrándose en su guarida primera.

Sabido es que un nuevo foco de peste se había anunciado en la calle Paraguay, entre Artes y Cerrito. Averiguando el hecho, resultó que el local atacado teniendo apenas capacidad para cincuenta personas, alojaba trescientos veinte!

Pero había algo peor, si es que algo peor puede darse.

²²⁸ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit, pp. 299 y ss

²²⁹ Cfr. DMN.

Con un objeto que no es fácil adivinar, el locador o dueño de esa casa no consentía en que se sacasen las basuras que se hacían diariamente en ella, que no serían pocas ni de buena calidad. Ibalas amontonando en el fondo de la casa donde hacía diez meses se estacionaban, por manera que, cuando se sacaron, fue necesario ocupar diez grandes carros de los que hacen el servicio municipal.

(...) Entonces fue que acudió la autoridad. Los habitantes de la casa aterrados, la desampararon, una parte espontáneamente, otra parte inducidos a ello.

Limpia y desalojada la casa, desapareció la fiebre amarilla de aquel barrio. (...)”²³⁰

Este hecho concreto denunciado por el periodismo, verificado por las autoridades y de pleno conocimiento público, dio la pauta del procedimiento a seguirse y del rigor con que debía efectuarse si se quería resguardar la salud de la población porteña.²³¹

Fue así que en un acuerdo entre las autoridades municipales y la Comisión Popular, se dispuso proceder al inmediato desalojo de todos los conventillos de la ciudad en el término de cinco días, y bajo pena de que pasado ese tiempo y no obedecida la ordenanza, se emplearía la fuerza pública. Esta tarea fue asignada a los miembros de la Comisión Popular, doctores Juan Carlos Gómez y Manuel Argerich, don León Walls y el canónigo Domingo César. A veces eran acompañados por miembros del Consejo de Higiene y siempre eran escoltados por un piquete policial con orden de actuar cuando surgieran dificultades.²³²

Se obligaba a los habitantes de los conventillos, en su mayoría italianos, a abandonar el inmueble, se les incendiaban todas sus pertenencias y eran literalmente abandonados en la calle. No se les daba ningún refugio a cambio; no se proveía para ellos alojamiento, quedaban sin techo, sin alimentación y sin asistencia. La Comisión Popular trató duramente a los inmigrantes acusándolos prácticamente de ser los culpables de la epidemia.

Los desposeídos de sus viviendas muchas veces volvieron a ocupar casas y conventillos desalojados y cerrados. El Gobierno respondió juzgando y enviando a la cárcel de Deudores, sin tener en cuenta que algunos detenidos allí estaban contagiados de fiebre amarilla y que en ese lugar ya había 150 personas.²³³

²³⁰ Artículo de LN, *La Peste. La mortalidad y sus causas*, 5 de marzo de 1871, en *La Revista de Buenos Aires*, Tomo 24, 1871, pp. 422-424

²³¹ Ut Supra, pp. 53

²³² Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 270

²³³ Cfr. BARELA, Liliana y VILLAGRÁN PADILLA, Julio, Op. Cit., p. 145

Sin embargo hubo algunos que se ocuparon de los desalojados. Muchos sacerdotes acogieron en sus templos a las familias que deambulaban por las calles. Entre ellos, Domingo César, quien a diferencia de sus compañeros de la Comisión Popular, se ocupó de contactarse con familias pudientes y de profunda raíz cristiana para que den alojamiento a las víctimas de la ordenanza que estaba en vigencia desde el 9 de abril.²³⁴

El general Mitre, ante la situación planteada, propuso a la Comisión Municipal organizar campamentos en las afueras, donde se diera alojamiento, abrigo y comida a los desamparados. En esos días llegó un gran cargamento desde Río de Janeiro con camas y mantas, que se destinaron a los alojamientos de emergencia construidos a instancia de Mitre.²³⁵

Algunos plantearon otro tema muy relacionado con el del desalojo de los conventillos: estos representaban un capital de ingreso para sus propietarios, ¿había derecho para privar a sus dueños de una parte de su renta sin indemnizarlos? Respondieron que constitucionalmente no.

“Toda privación forzosa por causa de utilidad pública, como toda enajenación de un bien particular, constituye una expropiación, solo facultada por la ley previa indemnización.

Nos colocamos en este terreno porque no somos partidarios, ni aun bajo los furores de una inmensa desgracia, de que las garantías acordadas por la ley a la vida y a la propiedad de los habitantes se conviertan en bienes ilusorios.(...)

De seguro la mayor parte de esas casas de inquilinato pertenecerán a extranjeros, probablemente a muchos de los que habiendo sido primero inquilino de ellas, conociendo el negocio se hicieron luego empresarios.

Siendo extranjeros, cualquier perjuicio en sus intereses podría dar lugar para en adelante a un reclamo diplomático.”²³⁶

Por el terrible avance de la enfermedad en la primera quincena de abril, la ordenanza de desalojar todos los conventillos se cumplió parcialmente, dado que hubo que centrar toda la atención en los enfermos y moribundos.

La labor de la Comisión Popular se continuó durante el mes de abril y la primera quincena de mayo hasta que se dispuso su disolución el 20 de mayo de 1871.²³⁷

²³⁴ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., pp.321-323

²³⁵ Ibid.

²³⁶ LP, 10 de abril de 1871.

“Día 20: Cesa la Comisión Popular. Tuvo entradas por 3.774.343 \$ y salidas por 3.654.304\$.”²³⁸

2.3 Abril de 1871: El terror y la desolación.

“La alarma cunde. Los espíritus fuertes, sin desfallecer en su tarea ardiente, han llegado sin embargo a convenir en que es necesario que Buenos Aires se despueble. Tarde, desgraciadamente, hemos venido a una conclusión tan dolorosa.

Todos los cálculos han resultado fallidos.

Los que hemos escrito sobre higiene hemos poetizado, los que hemos creído que el flagelo disminuía hemos soñado.”²³⁹

En la primera quincena de abril, el terror epidémico había penetrado en los hogares de la ciudad de Buenos Aires. El abandono de las casas y la huida de las dos terceras partes de la población, en la cual se contaban legisladores, funcionarios de gobierno, miembros de la Corte Suprema de Justicia y profesionales diversos, constituyeron la prueba fehaciente de la excesiva mortalidad. Desde el 30 de marzo hasta el 13 de abril, fueron inhumadas 5.377 víctimas del flagelo.²⁴⁰

En ciertos días el índice de mortalidad disminuía, se alentaba alguna esperanza, pero luego los fallecimientos aumentaban enormemente como si todo fuese una broma macabra.

Los muertos a consecuencia de fiebre amarilla superaban enormemente a los muertos por otras afecciones. La diferencia, verdaderamente aterradora, salta a la vista al comparar los números.²⁴¹ Como ejemplo:

	Muertos por fiebre amarilla	Por otras causas
Abril 1	258	6
Abril 2	318	17
Abril 3	345	21

²³⁷ Más detalles sobre este momento de la Comisión Popular serán brindados en el capítulo Declinación de la epidemia.

²³⁸ DMN.

²³⁹ LP, 11 de abril de 1871.

²⁴⁰ Cfr. BERRUTI, Rafael, Op.Cit., p. 566

²⁴¹ Cfr. LP, 12 de abril de 1871.

Abril 4	400	20
Abril 5	314	16
Abril 6	324	20
Abril 7	380	16
Abril 8	340	10
Abril 9	501	23
Abril 10	563	17

El clima tampoco ayudaba. Con el comienzo del mes de abril las lluvias se intensificaron al punto de inundar las calles porteñas y de formar grandes charcos de agua muy propicios para la reproducción del mosquito trasmisor de la fiebre amarilla. Paul Groussac, cumpliendo sus tareas en una de las comisiones parroquiales, registró esos momentos:

“Durante una semana, las lluvias diluvianas acrecentaron las escenas del horror: los “terceros” del sur, torrentes callejero, nos enseñaban brutalmente las miserias de los suburbios inundados, arrastrando en su carrera airada por los barrios centrales, maderajes, muebles, detritos de toda clase, hasta cadáveres. De esto he sido testigo en la cárcava que entonces formaba la calle Méjico, por la altura de Piedras.”²⁴²

Como consecuencia de los grandes aguaceros, en los últimos días de marzo la temperatura descendió notablemente, incluso llegó a hacer frío.

Los mosquitos mueren a causa de las bajas temperaturas. El *aedes aegypti* requiere para vivir de una temperatura no menor a los 15°. Entonces, ¿qué sucedió que el número de infectados aumentó durante esos días invernales? Tan pronto como la temperatura descendió los porteños se defendieron del frío con braseros que instalaban dentro de las casas. Las familias permanecían encerradas en las habitaciones durante casi todo el día; allí también se resguardaban del frío los mosquitos que, de esta manera, tenían más cerca a sus víctimas.²⁴³

²⁴² GROUSSAC, Paul, Op. Cit., pp. 52-53

²⁴³ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., pp. 330 y ss

2.3.1 El problema de los entierros y los cementerios.

“Abril 7: El cementerio del Sur rebosa. Entierros por abreviatura. Todos amarillos, de fiebre los muertos, de miedo los vivos.”²⁴⁴

La cantidad de muertos causados por la fiebre amarilla afectó seriamente la capacidad de los enterratorios. El cementerio del Sur fue el que tuvo mayores problemas. Cuando mayor era el número de defunciones diarias, se dispuso, después de largas discusiones entre el Gobierno, la Comisión de Higiene, la comisión de vecinos del cementerio del Sur, y las opiniones del Ministro de Gobierno, doctor Malaver, y de Bartolomé Mitre, la construcción de fosas comunes.

Las discusiones se debían a que las opiniones sobre qué hacer con este cementerio no eran todas coincidentes.

El general Mitre, integrante de la Comisión de Higiene de la Municipalidad, apoyado por la Comisión Popular, propuso levantar nichos que aprovecharían la superficie del terreno. Expresó su opinión en el diario *La Tribuna* del día 24 de marzo de 1871:

“Que los nichos abovedados deben construirse en un sitio conveniente, tanto por su topografía, como por su extensión; y que su construcción se haga agrupándolos uno sobre otro y en orden como para formar una especie de pirámide; que a más de llenar todos los objetos que se buscan, serían como un monumento fúnebre que recordaría en lo futuro la época calamitosa que atravesamos.”²⁴⁵

Este proyecto fue criticado por la Comisión vecinal del cementerio del Sur, encabezada por Miguel Navarro Viola. En una extensa nota, se expresa en contra de la existencia de este cementerio y, lógicamente, de la construcción de nichos en el lugar.²⁴⁶

“Por hermético que pueda considerarse el cierre de los cajones de plomo como para poder justificar el sistema de nichos, no sólo no se obtendría esa perfección durante una epidemia, no solo no habría suficiente número, ni podrían ser costeados por todos, sino que es imposible impedir escapes más o menos tarde, cuando no ya desde el principio, y aun la

²⁴⁴ DMN.

²⁴⁵ LT, 24 de marzo de 1871.

²⁴⁶ Ut supra, pp. 24-25

explosión de algún ataúd; lo cual sería suficiente hasta para poder convertirse en foco de una nueva epidemia.”²⁴⁷

El establecimiento de las fosas comunes fue la mejor solución que se encontró para un cementerio ya colmado y otro, el de la Chacarita de los Colegiales, todavía no habilitado. Las fosas comunes se abrían en una extensión necesaria al número de ataúdes, con una profundidad de dos metros, poniéndose los cajones casi en contacto entre ellos, en el fondo de la fosa. Una vez depositados, se los cubría con una espesa capa de cal, que era preparada en el mismo cementerio en grandes cantidades, y luego se los tapaba con tierra que era apisonada por los sepultureros. Existe el documento por el que se dispone el establecimiento de fosas comunes en este cementerio. Con fecha 16 de marzo de 1871 los miembros de la Comisión creada para inspeccionar las inhumaciones explican al presidente de la misma el nuevo método en estos términos:

“ En virtud del poco terreno disponible hemos ordenado igualmente que la colocación de los ataúdes se haga por camada de a 10, colocando entre una y otra camada un pie de espesor de cal y otra de tierra, quedando el todo cubierto cuando menos de dos varas de tierra, conteniendo cada una de estas fosas 60 cadáveres. De estas fosas podrán hacerse a ese costado veintidós que servirían para un total de 1320 cadáveres, que unidos a los 1140 en fosas separadas hacen un total de 2460. Las inhumaciones en el día de ayer fueron 192, y si por desgracia sigue en esta proporción (esto es si sigue en aumento) es evidente que el terreno disponible apenas alcanzará para unos días más (...). Es indispensable activar cuanto sea posible la apertura del servicio al nuevo cementerio decretado, pues considerando que las sepulturas separadas apenas podrán alcanzar para seis o siete días más, y si por desgracia llegase este caso posible, muchos se han de oponer a que sus deudos vayan a la fosa común.”

248

²⁴⁷ NAVARRO VIOLA, Miguel, *El cementerio del Sud*, en *La Revista de Buenos Aires*, t. 24, 1871, p. 475

²⁴⁸ I.H.C.B.A., caja 12, leg. 00006.

Generada esta situación con el cementerio del Sur, la provincia de Buenos Aires compró siete hectáreas en el partido de Belgrano, en el lugar conocido como Chacarita de los Colegiales, con el fin de convertirlas en enterratorio.²⁴⁹

“Día 27 de marzo: Chacarita. El Gobierno gestiona la apertura de este cementerio. Las cifras hablan y el pánico se pronuncia.”²⁵⁰

Como quedaba apartado de la ciudad, se venían tendiendo a toda prisa los rieles de un ramal del Ferrocarril Oeste, con punto de partida en la intersección de las actuales avenida Corrientes y Pueyrredón y trayecto similar al que hoy tiene el subte B. Para esto el gobierno había dispuesto de la suma de 2.220.000 pesos de moneda corriente. A cuatro días de que la epidemia marcara su índice más alto de defunciones, fue inaugurado este ramal ferroviario que insumió poco más de treinta días en ser ejecutado por el ingeniero Augusto Ringuelet.²⁵¹

En la estación inicial se construyó un galpón para depósito de cadáveres que quedaban a la espera de la salida del convoy fúnebre que efectuaba dos viajes por día rumbo al nuevo cementerio de la Chacarita, donde hoy está el Parque de los Andes, frente al actual enterratorio sobre la calle Corrientes. El viejo cementerio de la Chacarita fue clausurado el 9 de diciembre de 1886.

El día de la inauguración de los servicios de este tren fue el 14 de abril de 1871, fecha que se transportaron cerca de trescientos cuarenta y cinco féretros. En el galpón donde se dejaban los cajones por varias horas a la espera del tren, había un olor nauseabundo producto de las emanaciones de los cadáveres depositados en ataúdes contruidos a las apuradas y de muy baja calidad.²⁵²

La locomotora que arrastraba los vagones que transportaban los cadáveres era “La Porteña”, máquina que hacía ya algunos años que no funcionaba. Para dirigir el tren se designó al ingeniero mecánico Juan Allan, el mismo que en 1857 había armado la locomotora

²⁴⁹ El texto completo de la ordenanza por el que el gobierno provincial dispone la habilitación del Cementerio General de la Ciudad de Buenos Aires en terrenos de la Chacarita se encuentra en el diario *La Prensa* del 13 de marzo de 1871.

²⁵⁰ DMN.

²⁵¹ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, *Diario de la gran epidemia*, en *Todo es Historia*, 8, 1967, Buenos Aires, p. 19

²⁵² Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 318

y la había conducido por primera vez sobre tierra argentina. A los pocos días de comenzar con su lúgubre trabajo, Allan contrajo fiebre amarilla muriendo al poco tiempo.²⁵³

Buenos Aires disponía de unos cuarenta coches fúnebres que, por el aumento de los fallecimientos durante la epidemia, no dieron abasto. Los deudos se veían obligados a contratar los servicios de los llamados coches de plaza en cuya parte trasera se colocaba el féretro. Hacia mediados de abril ya se trasladaban los ataúdes en cualquier tipo de carro. También faltaban cocheros porque huían de la ciudad o tenían miedo de entrar en contacto con cadáveres (recordemos que se creía que el momento de mayor contagio de la fiebre era en el inmediatamente anterior y posterior a la muerte del enfermo).

Al disminuir las posibilidades de transporte individual de cajones, los ataúdes debieron ser apilados en la calle, a la espera de los coches que las recorrían regularmente, recogiendo la macabra carga y llevándola colectivamente al cementerio. Cuando se acabaron los cajones o llegaron a costar fortunas, los cadáveres eran envueltos directamente en una sábana que servía de mortaja y se los apilaba en los peores días de abril en carros de basura para su último traslado.

Desde mediados del mes de marzo, Mardoqueo Navarro hace notar sobre este grave problema:

“Marzo 20: (...) La Comisión trabaja. Antes: 40 coches para un muerto; ahora: un solo carro para muchos muertos.”²⁵⁴

Las comisarías fueron las encargadas del reparto de féretros, así como de proveer auxilios y medicamentos a los necesitados, y a ese respecto el jefe de policía Enrique O’Gorman dispuso que las mismas permanecieran abiertas día y noche con guardias permanentes para atender reclamos. Algunos escritos de la época reflejan la labor de la policía durante la epidemia:

“Han sido sacadas todas las ropas pertenecientes a los cadáveres arriba explicados y conducidos al quemadero y mandadas fumigar las piezas de los fallecidos.”

“Relación de los trabajos habidos en esta comisaría a consecuencia de la epidemia del presente año:

²⁵³ Cfr. BUCICH ESCOBAR, Ismael, Op. Cit., p. 100

²⁵⁴ Cfr. DMN.

Cadáveres 101 (40 italianos)
Certificados de defunciones expedidos 129
Casas desinfectadas 103
Cajones suministrados 99
Enfermos remitidos al Lazareto 47
Certificados expedidos para el Lazareto 56.

Comisaría 1°. 23 de julio de 1871.”²⁵⁵

2.3.2 El problema de los médicos, farmacéuticos y enfermeros

La situación general tan difícil también afectó a los profesionales de la salud que resultaron insuficientes por la cantidad de enfermos, pero también porque algunos decidieron abandonar la ciudad y desatender su misión.

Carlos Murray, Presidente de la Sociedad de Farmacia de la época, describió así esta realidad:

“Hemos estado en la ciudad durante toda la enfermedad, día y noche. No nos hemos ido a ningún pueblo de campo para venir durante dos o tres horas del día, como han hecho no sólo algunos de nuestros colegas, sino también muchos de la Facultad Médica, pues de 80 recibidos de esta última clase, sólo quedaron día y noche en la ciudad hasta el número de treinta y de estos han muerto quince, es decir, un cincuenta por ciento, de los verdaderos apóstoles de la ciencia; que bien merecen y tanto como ellos los farmacéuticos que quedaron con sus establecimientos, un premio.

Los médicos y los farmacéuticos que se olvidaron de su sagrada misión y de su juramento deberían ser puestos en la picota de la opinión pública.”²⁵⁶

Tanto las autoridades como la Comisión Popular buscaron alguna solución para obligar a los médicos ausentes a regresar a la ciudad, pero no la encontraron. Todos los medios utilizados para convencerlos de la necesidad de su presencia en Buenos Aires fueron en vano. Incluso, el doctor Vicente Ruiz Moreno, a cargo de la parroquia de Balvanera,

²⁵⁵ AGN, Sala X, 32-6-7, *Defunciones fiebre amarilla*.

²⁵⁶ MURRAY, Carlos, *Informe sobre la epidemia de fiebre amarilla*, transcrito por FONSO GANDOLFO, Carlos, en *La epidemia de fiebre amarilla de 1871*, en *Publicaciones de la cátedra de la Historia de la Medicina*, tomo III, Buenos Aires, 1940, p. 305

propuso al Presidente Sarmiento, que implantara una suerte de estado militar para los profesionales, declarando desertores a los ausentes y obligándolos a reincorporarse a sus tareas, caso contrario serían fusilados.²⁵⁷

Hay que reconocer que ante un panorama tan aterrador, donde no se conocía el medio de contagio de la enfermedad, ni medicina que certeramente acabara con ella, la labor de médicos y enfermeros estaba imbuida de miedo e inseguridad, de ahí que muchos decidían partir hacia las afueras de la ciudad.

La falta de médicos provocó inmediatamente una desatención de los enfermos que aumentaban día a día en número.

“Una gran parte de nuestros comprofesores, aterrados por la epidemia, se han ausentado a la campaña; los que más serenos han hecho frente a esta lucha gigantesca son insuficientes para llenar todas las necesidades de la actualidad, pues apenas alcanzan a atender la mitad de los llamados que diariamente le hacen.

El trabajo excesivo y la fatiga, en medio de las exhalaciones miasmáticas de los enfermos, ha inutilizado ya a muchos médicos, que, enfermos o convalecientes, no pueden prestar su concurso...Las familias de los médicos son con frecuencia víctimas de los insultos torpes y groseros de personas mal educadas que quieren que el médico se duplique o triplique para atender a todo el que lo llama.(...)”²⁵⁸

Además del problema con el número de médicos que no superaban los 120, la asistencia tampoco se prestaba satisfactoriamente. Se calcula que el 70 % de los enfermos no recibieron atención médica. Los esfuerzos se aniquilaban por una desordenada acción individual a lo que se agregaba algún entredicho, fruto de la tensión del momento, por ello el gobernador Castro elaboró un decreto por el que todos los médicos nombrados por el gobierno provincial, la Comisión Municipal y la Comisión Popular, pasaban a formar el “Cuerpo médico dependiente del Consejo de Higiene Pública”, con un director, cargo que recayó en el Dr. Santiago Larrosa. De esta manera se consigue ordenar y mejorar la asistencia

²⁵⁷ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., p. 295

²⁵⁸ *Revista Médico Quirúrgica*, 1, 8 de abril de 1871, p. 21

de los atacados, que se hacía especialmente a domicilio.²⁵⁹ Pero la demanda siempre era mayor que el servicio que se prestaba:

“Dos ni tres médicos, dígame lo que quiera, no bastan ni para San Telmo ni para la Concepción, donde hay trescientos o cuatrocientos enfermos diariamente. La fiebre no es una enfermedad tan liviana que el enfermo no deba ser visitado sino una vez cada veinticuatro horas. Hay casos en que es necesario visitar a un enfermo dos o tres veces, hacer consultas con otros, etcétera.”²⁶⁰

Los médicos fallecidos durante la epidemia fueron catorce; ellos eran los doctores Buenaventura Bosch y For, José Pereyra de Lucena, Francisco Xavier Thomas de la Concepción Muñiz, Francisco Riva, Adolfo Señorans, Adolfo Argerich, Caupolicán Molina, Sinforoso Amoedo, Gil José Méndez, Guillermo Gavino Zapiola, Vicente Ruiz Moreno, el doctor y farmacéutico Aureliano French y los practicantes Darío Alvariño y Parides Pietranera.²⁶¹

Los farmacéuticos muertos fueron Zenón del Arca, Emilio Furque, Aurelio French, Luis Guien, Hermenegildo Pina, Tomás Pina y el socio titular de la Sociedad de Farmacia Félix Ramallo.²⁶²

Los farmacéuticos que abandonaron la ciudad habían cerrado sus negocios. Cuando los medicamentos comenzaron a escasear, la Comisión Popular decidió incautar los productos abandonados. Para esto, sus miembros ingresaron a la fuerza en las farmacias abandonadas y retiraron los remedios que podrían ser útiles para enfrentar la peste.

En las comisiones parroquiales y en la Comisión Popular se comenzaron a recibir quejas contra los médicos y farmacéuticos que permanecían en la ciudad porque no atendían a todos los enfermos como era de desear; en realidad, quienes hacían estas denuncias no tenían en cuenta que muchos facultativos habían abandonado Buenos Aires, y que el número de enfermos iba en aumento. A la vez, muchas de las críticas hacia los médicos se debían a suposiciones y fantasías de muchos que sostenían que los médicos los envenenaban con los

²⁵⁹ Cfr. VACAREZZA, Oscar A., *Recordación de los médicos y practicantes caídos durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871*, en *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, vol.49, 2º semestre 1971, Buenos Aires, pp. 611-614

²⁶⁰ LP, 5 de abril de 1871.

²⁶¹ Cfr. VACAREZZA, Oscar A., Op. Cit., pp. 614 y ss

²⁶² Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 309

medicamentos que daban a sus pacientes. Esto provocó una reacción violenta contra los profesionales de la salud, a tal punto que el Jefe de Policía O´Gormann puso a su entera disposición las fuerzas públicas de la ciudad.²⁶³

2.3.3 Buenos Aires se despuebla

“¡Escapar! ¡Escapar! Se vende o se alquila una gran casa quinta, en uno de los pueblos de campaña que toca el ferrocarril del Oeste. Para tratar, a toda hora. Confitería de Rivadavia y Libertad.”²⁶⁴

Casi dos tercios de la población de Buenos Aires, constituida por 195.000 habitantes, abandonó la ciudad especialmente durante la primera quincena de abril, debido al creciente número de víctimas de la fiebre amarilla. La gente cuya posición era pudiente fue la que primero inició el éxodo, buscando por todos los medios posibles salir cuanto antes de la ciudad, trasladándose a los pueblos vecinos de Flores, Belgrano, Morón, Los Olivos y San Isidro.

El 9 de abril, la Comisión Popular, en un gesto de profunda resignación, toma la resolución extrema de aconsejar la evacuación total de la ciudad.

“Huir de la ciudad, es el consejo que la Comisión Popular acaba de dar al pueblo.

¿Pero adónde huir?

Los pueblos de campaña están llenos, y los alrededores de la ciudad ocupados.

Huyendo de la ciudad en desorden se lleva a los demás la alarma y el espanto a las poblaciones de afuera. Son otros tantos haces infirmados que se lanzan a la campaña desde esta grande hoguera que se llama Buenos Aires.(...)

La mayor parte de la gente que aun puede salir de Buenos Aires es gente pobre y trabajadora. La gente acomodada a salido ya toda.”²⁶⁵

²⁶³ Cfr. LP, 13 de marzo de 1871, artículo *Persecución a los médicos*.

²⁶⁴ Diario EL NACIONAL, en adelante EN, 24 y 27 de marzo de 1871.

²⁶⁵ LP, 11 de abril de 1871.

El 10 de abril tanto el Gobierno Nacional como el Provincial decretaron feriado hasta fin de mes. Todos los ministerios y oficinas públicas fueron cerrados, el Consejo de Higiene Pública también aconsejó el abandono de la ciudad.

Algunas familias adineradas tenían casas de veraneo en Belgrano o Flores, donde escapaban del calor húmedo de las calles porteñas. Durante los meses de la epidemia de fiebre amarilla esta inicial tendencia hacia las afueras de la ciudad y hacia el norte recibió un fuerte impulso. Los precios de las casas y terrenos en estas zonas aumentaron notablemente, así como los avisos en los diarios.²⁶⁶

“Lomas de Zamora-Fiebre amarilla: Los que quieran librarse de este flagelo ocurran a comprar dos lindas casas en el alegre e higiénico pueblo de las lomas de Zamora, situadas a cuadra y media al oeste de la estación. Para tratar: San Martín 138.”²⁶⁷

El éxodo de la mayor parte de los pobladores hacia las afueras de Buenos Aires generó otro problema: el posible traslado de la enfermedad fuera de los límites de la ciudad.

“Actualmente los pueblos vecinos se están plagando de enfermos que salen de Buenos Aires para ir a sucumbir allí, sin médicos, sin hospitales sin lazaretos y sin auxilios.

Ya existen enfermos en todos los pueblos del Norte, en San Isidro, en San Fernando y en el Tigre; y la muerte no hace pocas víctimas.

Las Municipalidades de los partidos vecinos no tienen ni medios de evitar la propagación del flagelo desde que no pueden cerrar la puerta a la comunicación diaria con la ciudad.

El remedio es tan terrible como la enfermedad misma.(...)”²⁶⁸

Los comercios, las escuelas y las iglesias cerraron sus puertas. Tampoco atendieron los bancos. Comenzaron a faltar de los negocios los artículos de primera necesidad. A la vez las ventas cayeron y esto generó una debacle económica generalizada. Se dispuso el cierre del puerto. La ciudad presentaba el aspecto de un lugar presa de la desgracia y de la muerte, casas cerradas, calles desiertas, gente de negro vistiendo el riguroso luto que se usaba en la época expresaba el dolor por la muerte de seres queridos víctimas de la terrible epidemia.

²⁶⁶ Cfr. SCOBIE, James R, *Buenos Aires del centro a los barrios 1870-1910*, Buenos Aires, 1977, pp. 156 y 159

²⁶⁷ LP, 10 de febrero de 1871.

²⁶⁸ LP, 11 de abril de 1871.

Son muchos los testimonios de la época que reflejan la triste realidad de Buenos Aires en abril de 1871; todos ellos señalan el aspecto de desolación y abandono de la otrora populosa ciudad.

“El año de 1871, será siempre memorable en los anales de Buenos Aires, pues en aquel fatal año apareció la Fiebre Amarilla con una fuerza espantosa, la peste más mortífera que ha visitado las playas del Plata, y que en menos de cuatro meses arrastró más de 20.000 habitantes a su última morada. Nada podía exceder la tristeza y desolación que reinaba en la ciudad: las calles estaban abandonadas y silenciosas: todo tráfico enteramente suspendido: en el apogeo de la fiebre no se sentía otro movimiento que los cortejos fúnebres marchando al cementerio. Crespones negros, pendientes en las puertas, señalaban las moradas de la muerte en la mayor parte de las casas con sus ventanas desiertas. Por donde quiera que se extendía la vista se encontraba un cuadro de desolación. Era el silencio de la muerte.”²⁶⁹

“Día 8 de Abril: La Comisión aconseja dejar la ciudad. (...)”

Día 9: Negocios cerrados. Calles desiertas. Faltan médicos. Muertos sin asistencia. Huye el que puede. Heroísmo de la Comisión Popular.

Día 10: 563 defunciones. Terror. Feria. Fuga.”²⁷⁰

“Por el consumo de la población, se deduce que, a fines de dicho mes, ésta no alcanzaba a sesenta mil almas; solamente en abril, pasaron de ocho mil las defunciones: cerca del 14 por ciento. Como un gran cuerpo herido que va perdiendo por partes el calor vital, en la ciudad enferma, uno por uno, los órganos vitales rehusaban el servicio. Después de los sospechosos saladeros, que de orden superior interrumpieron sus faenas, fueron cerrando sus puertas, por falta de elementos, las principales fábricas. Cada día señalaba un nuevo paro. Siguiendo a las industrias, se paralizaron las instituciones. En abril, habían dejado de funcionar sucesivamente: las escuelas y colegios, los bancos, la bolsa, los teatros, los tribunales, la aduana, etc. Los gobiernos nacional y provincial decretaban la feria de sus oficinas, fuera de no dar personalmente, el presidente ni el gobernador, ejemplo de heroísmo. Los pocos periódicos que pudieron subsistir salían por tanda. Las casas de negocio se

²⁶⁹ SCRIVINER, Juan, *Apuntes sobre la fiebre amarilla desde el descubrimiento de la América del Sud hasta la época presente*, Buenos Aires, 1872. Scriviner tuvo una entrevista con el gobernador Emilio Castro en julio de 1871 quien le pidió la conformación de una “Comisión oficial Gratuita” con el objeto de obtener en Europa las mejores obras sobre la fiebre amarilla, información sobre las medidas sanitarias que se habían empleado, etc. El fruto de este trabajo es la obra citada.

²⁷⁰ DMN.

entreabrían algunas horas; ciertas provisiones escaseaban en los mercados; y la población entera hubiera sufrido el hambre, a no sobreponerse a todo la otra *sacra fames* superior al terror de la muerte.”²⁷¹

El abandono de la ciudad fue aprovechado por algunos que literalmente saquearon las casas que habían sido cerradas, llevándose hasta los muebles en carros de mudanza. Incluso se perpetraron asaltos a mano armada en las calles más céntricas. La policía, cuyo personal colaboró decididamente con las autoridades, se vio desbordada por la situación. Por ellos se tomaron algunas medidas, entre ellas el prohibir el traslado de objetos y mobiliario de un lugar a otro de la ciudad durante la noche y sin un permiso expedido por la policía de la ciudad. Muchos delincuentes fueron apresados, llegando a la cifra de 670 durante el mes de abril.²⁷²

No faltaron profesionales que aprovecharon la situación y se hicieron de dinero a costa de los enfermos: escribanos falsos que se ofrecían en los diarios para hacer testamentos, enfermeros falsos que robaban las pertenencias de los infectados, etc. Se destacó la figura del músico Juan Pablo Esnaola que lucraba con una serie de conventillos, que por más que los reconocía como focos de infección, no quiso cerrarlos ni acondicionarlos, ni higienizarlos.²⁷³

Durante esos días se repitieron escenas de verdadero terror que eran un signo más de la situación desesperante que vivía Buenos Aires a consecuencia de la epidemia:

“Un cadáver: Ayer a las cuatro y media de la tarde estaba en la calle de Méjico entre las de Santiago del Estero y San José un cadáver colocado en el carro de basura. Acababa de ser sacado en un cajón de la casa donde lo había abandonado su familia. Varias personas consiguieron evitar ese triste espectáculo, dando aviso a la Comisión de Higiene respectiva.”²⁷⁴

“Infeliz: Ayer a las 4 de la tarde dos vigilantes conducían del brazo a una mujer que iba dando desafortunados gritos y a la que difícilmente podían contener sus conductores.

²⁷¹ GROUSSAC, Paul, Op. Cit., p. 52

²⁷² Cfr. LP, 2 de mayo de 1871.

²⁷³ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, *Diario de la Gran epidemia*, p. 17-19, RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., pp. 293 y 294, y BUCICH ESCOBAR, Ismael, Op. Cit., pp. 103-105

²⁷⁴ LP, 23 de marzo de 1871.

Según decían algunos transeúntes, la desgraciada acababa de perder la razón al sucumbir el último de sus cuatro hijos, víctimas todos de la fiebre. ¡Infeliz!”²⁷⁵

Dada la desorganización general, eran los periódicos los que reflejaban toda la realidad, publicando en sus páginas desde documentos oficiales hasta avisos de particulares, pasando por cartas pastorales del obispo, anécdotas curiosas de esos días y datos de cómo avanzaba el flagelo de la peste en la ciudad. De allí su importancia como fuente de la época de la epidemia.

2.3.4 Víctimas ilustres

“Por Dios que es preciso tener un gran temple de alma y una resignación estoica para escribir cada día el nombre de uno de los amigos queridos, que en estas olas inmensas de la muerte, nos va arrebatando el azote que nos enluta.”²⁷⁶

A lo largo de los meses que duró la epidemia de fiebre amarilla hubo entre los muertos personalidades destacadas del quehacer nacional. La peste no hizo acepción de personas, no se detuvo ni siquiera ante hombres y mujeres protagonistas de la historia argentina del siglo XIX.

Entre ellas cabe mencionar a Juan Agustín García, ex diputado ferviente partidario de Bartolomé Mitre y padre del escritor autor de *La ciudad indiana*. Atendiendo a su familia, contrajo la enfermedad el doctor Buenaventura Bosch, quien había sido médico personal de Juan Manuel de Rosas.²⁷⁷ Al momento de su muerte, el doctor Bosch contaba 57 años. En esos días también murió a consecuencia de la fiebre, el doctor Luis J. de la Peña, ex ministro de Justo José de Urquiza, inspector de escuelas municipales y uno de los grandes docentes de la época.²⁷⁸

El 23 de marzo de 1871 dejó de aparecer el diario *La Discusión*; el motivo fue la muerte de su director, Francisco López Torres, periodista, poeta y político, miembro de la

²⁷⁵ EN, 30 de marzo de 1871.

²⁷⁶ LT, 13 de abril de 1871.

²⁷⁷ Cfr. Libro de defunciones Parroquia de la Catedral de San Isidro, 1871.

²⁷⁸ Cfr. BUCICH ESCOBAR, Ismael, Op. Cit., p. 24 y ss

Comisión Popular. Unos días antes habían fallecido su padre, dos hermanas y un hermano menor, todos víctimas de fiebre amarilla.²⁷⁹

“En medio del dolor que causa una calamidad pública, la sociedad gime ya en silencio al sentirse desgarrada a cada instante.(...)”

Inteligencia elevada, alma recta y austera, corazón sano y generoso, su muerte es el más alto tributo que la prensa de Buenos Aires ha pagado a la epidemia que nos destroza.(...)

La solemnidad de esta muerte es completa. No la turba ni la oración de los que quedan: la familia de López Torres le ha precedido en el camino de la eternidad.”²⁸⁰

El 26 de marzo falleció el doctor José Roque Pérez, brillante jurisconsulto y protagonista en la guerra del Paraguay.²⁸¹

Otros ilustres fallecidos víctimas de la epidemia fueron el General Lucio Mansilla; Florencio Ballesteros, miembro de la Comisión Popular; el pintor Don Benjamín Franklin Rawson; Don León Ortiz de Rosas, integrante de la Comisión de Higiene y sobrino de Juan Manuel de Rosas; Amalia Rubio de Mármol, segunda esposa del poeta José Mármol a quien consagró su célebre novela “Amalia”; el escribano mayor del Gobierno de Buenos Aires, don Alejandro Araujo; y otros.²⁸² También falleció Luisa Díaz Vélez de Lamadrid, esposa del General don Gregorio Araoz de Lamadrid, sepultada por Guido Spano, quien en su obra *Autobiografía*, relata de una manera conmovedora, los momentos finales de la mujer del héroe de la independencia.²⁸³

Cuando la epidemia parecía terminar hacia fines de mayo, murió el doctor Manuel Argerich, médico y abogado, con sobresaliente actuación en la batalla de Cepeda y de Pavón, legislador provincial y nacional y miembro de la Comisión Popular.²⁸⁴ Todos los diarios de la época se hicieron eco de su fallecimiento, probando la relevancia de su persona para el quehacer nacional.

²⁷⁹ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 197-198

²⁸⁰ LN, 24 de marzo de 1871.

²⁸¹ Ut Supra, p. 78

²⁸² Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p.181 y ss

²⁸³ Cfr. SPANO, Carlos Guido, *Autobiografía*, pp. 74-76. Alberto Meyer Arana, *La Caridad en Buenos Aires*, p. 358, Ismael Bucich Escobar, *Bajo el horror de la epidemia*, p. 97, Miguel Ángel Scenna, *Cuando murió Buenos Aires, 1871*, p. 360, GONZALEZ ARRILI, Bernardo, *Historia Argentina*, Tomo 5, Buenos Aires, 1966, pp. 1517-1519, y otros autores, transcriben este episodio que le tocó vivir a Spano.

²⁸⁴ Cfr. RUIZ MORENO, Op. Cit., p. 184 y LA FEMINA ALTIERI, Alfonso, Op. Cit., p. 40

“En el gran día de la Patria Argentina, uno de los hijos más modestos, pero a la vez una de sus esperanzas risueñas, acaba de dejar la prosa de este mundo para volar con su alma a la mansión desconocida. Este hombre sentido por todos, era el joven abogado Manuel G. Argerich.”²⁸⁵

El diario *La Tribuna* del día 27 de mayo vistió de negro todas las columnas que diagramaban sus páginas como signo de duelo. El diario *El Pueblo* de Asunción del Paraguay lamentó también la muerte de Argerich:

“La redacción del Pueblo se une sinceramente a ese coro de duelo que entona la prensa argentina por la muerte de una de sus más claras inteligencias.”²⁸⁶

La lista de fallecidos es muy extensa. La fiebre amarilla se llevaba a los testigos de la historia.

3. La declinación de la epidemia

3.1 Mayo de 1871: Disminución del número de víctimas

“En vistas de la mortalidad de estos días creemos que nos es dado ya abrir nuestro corazón a la esperanza.”²⁸⁷

A partir de la segunda quincena de abril la epidemia comenzó a declinar paulatinamente; las cifras de muertos a partir de esa fecha lo demuestran claramente.

Mardoqueo Navarro en su diario anota el número de víctimas día por día. En el registro que lleva, las cifras disminuyen desde el 13 de abril con 293 muertos, el 14 con 276 y el 15 con 263, manteniéndose en los días sucesivos la disminución. El 19 de abril la cifra de fallecidos es 171, dos días después 105, y el 23 de abril 89.²⁸⁸ Parecía que la enfermedad se esfumaba y en consecuencia comenzó el regreso de los que se fueron de la ciudad en busca de

²⁸⁵ LP, 26 de mayo de 1871.

²⁸⁶ Cfr. LT, 22 de junio de 1871.

²⁸⁷ Ibid, 10 de mayo de 1871.

²⁸⁸ Cfr. DMN.

seguridad. El regreso resultó imprudente, ya que la epidemia recrudeció hacia fines del mes de abril. El 26 mueren 130 personas, el 27, 153 y el 28, 161.²⁸⁹

“Abril 26: (...) Las familias regresan. La fiebre aumenta.”²⁹⁰

A pesar de este aumento del número de víctimas, comenzado el mes de mayo la fiebre amarilla entró en una pendiente hasta llegar al 14 de junio en que ya no se registraron muertos a consecuencia de la enfermedad.

“Junio 14: (...) Ningún caso de fiebre. La *Revista Médica* da la noticia de que ¡¡¡la fiebre tiende a desaparecer!!!”²⁹¹

3.2 Fin de la Comisión Popular

“Había llegado realmente el momento en que la Comisión Popular, organizada con un objeto especial y transitorio, debía cesar en sus funciones, rindiendo cuenta al pueblo de quien ha sido favorecido con su confianza, y con el importante óbolo de la caridad, del gran tesoro administrado con tan noble objeto.”²⁹²

Simultáneamente con la declinación de la epidemia, se puso de manifiesto una serie de graves disidencias entre los miembros de la Comisión Popular.

Todo comenzó cuando falleció, a fines de marzo, el presidente del organismo, el Dr. Roque Pérez. Lo sucedió en el cargo Héctor Varela, director del diario *La Tribuna* y conocido popularmente como *Orión*. Así como se destacaba por su profesionalismo periodístico y su oratoria, también llamaba la atención por su personalidad; era intolerante y agresivo, e impuso una verdadera dictadura en la Comisión, con lo cual generó un profundo malestar en varios de sus miembros.²⁹³ Bajo su conducción, la Comisión Popular entró en conflicto con otras instituciones oficiales que luchaban contra la epidemia.

²⁸⁹ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, *Diario de la Gran Epidemia*, en *Todo es historia*, 8, 1967, p. 24

²⁹⁰ DMN.

²⁹¹ Ibid.

²⁹² LP, 20 de mayo de 1871.

²⁹³ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, *Cuando murió Buenos Aires. 1871*, pp. 393 y ss

Pero los conflictos también se presentaron hacia el interior de la Comisión: el 10 de abril fueron expulsados del cuerpo los miembros Manuel Quintana y Gustavo Nessler por faltar a más de tres reuniones. Lo mismo sucedió días después con Basilio Cittadini. Indudablemente Varela aplicaba estrictamente el reglamento que la misma Comisión se había dado a sí misma, pero detrás de estas medidas había intereses políticos.

“ (...) Censuramos a aquellos que disfrazados con la túnica de San Vicente de Paula no son otra cosa que ambiciosos políticos que buscan por ese medio hacerse de prosélitos.

Sabemos de antemano que la obra de los hombres es imperfecta, pero cuando en momentos tan solemnes como estos, hay tiempo para distraerse en combinaciones de otro orden, los que así proceden no son, pues los obreros abnegados de la caridad simplemente, son sólo hombres resueltos y audaces que van a su fin hasta por encima de las desgracias públicas.

(...) Las exoneraciones hechas hasta hoy no respondían tal vez a un pensamiento de justicia.

(...) Es por esto que la exoneración de algunos ha servido de tema para comentarios políticos; lo ocurrido en la sesión del sábado viene por desgracia a justificar los referidos comentarios y las sospechas que se abrigaron al principio.”²⁹⁴

Héctor Varela era adversario político del gobernador Emilio Castro y proponía a Manuel Quintana para sucederlo, reservándose para él el cargo de presidente de la municipalidad porteña. Este proyecto no avanzó dado que Quintana no se prestó a los planes de Varela. Cuando el coronel Lucio Mansilla llevó al seno de la Comisión Popular al doctor Quintana, el director de *La Tribuna* se propuso expulsarlo en la primera oportunidad que se le presentase. Así lo hizo y el enfrentamiento con Mansilla no se hizo esperar. Discusiones acaloradas por motivos políticos y personales resquebrajaron definitivamente la Comisión. Algunos miembros, Billinghamurst y Bilbao entre ellos, presentaron su renuncia indeclinable.²⁹⁵

“Contrasta, sin embargo, con el buen espíritu conservado durante la época de prueba, el número de renuncias que han tenido lugar en estos días en los miembros más asiduos de la referida comisión.

Ante tal suceso, el pueblo observador se pregunta con interés: ¿Es que los hombres serios son incapaces de terminar unidos la obra que tienen en sus manos?

²⁹⁴ LP, 17 de abril de 1871.

²⁹⁵ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., pp. 320 y ss

No es posible dar una respuesta afirmativa a semejante objeción, y sin embargo el hecho existe: la duda es justa.

Varios de los miembros como el señor Mariño, el Dr. Bilbao y el Dr. Del Valle dan por razón de sus renunciaciones, resoluciones de la comisión con las cuales no están de acuerdo, satisfacciones personales, debilidades, etc.

Otros como el Dr. Quintana, Mitre y Vedia, Onrubia y Behety protestan ocupaciones particulares y razones que francamente no son tales en momentos en que la comisión va a concluir con sus trabajos, como ya tiene fijado día.

(...) Estas renunciaciones últimas, fundadas unas en motivos oscuramente expresados y otras en razones inconsistentes para el público, dan a nuestro juicio, la mejor idea de que en el seno de una comisión tan respetable existe un algo que no se identifica con el noble y santo propósito que dio vida a esa misma comisión.”²⁹⁶

A la vez, se habían generado varios choques por el tema de las colectas recibidas, y por un malentendido con médicos brasileros que el embajador Paunero quiso enviar desde el país hermano; estos profesionales habían sido contratados por sumas de dinero extremadamente superiores a las de los médicos de la Comisión Popular, por lo cual se produjo una gran protesta que terminó con los brasileros anclados en el puerto de Buenos Aires y luego regresados a su país.²⁹⁷

El 11 de mayo la Comisión Popular convocó a una asamblea general para promover su propia disolución. El 20 se reunieron por última vez en la Universidad bajo la presidencia de Héctor Varela y con la ausencia del Dr. Manuel Argerich enfermo de fiebre amarilla.²⁹⁸

Los periódicos de esos días dedicaron grandes espacios a los acontecimientos referidos a la disolución de la Comisión Popular, una muestra más de que el cuerpo contaba con el apoyo de la prensa porteña en desmedro de los otros organismos que trabajaron también de manera incansable durante la epidemia como fueron la Comisión Médica, el Consejo de Higiene Pública, las comisiones parroquiales, etc. En este sentido, la Iglesia también se vio perjudicada, dado que es muy difícil encontrar notas donde se resalte o tan sólo se mencione su labor.

²⁹⁶ LP, 20 de mayo de 1871.

²⁹⁷ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., p. 408

²⁹⁸ Cfr. LA FEMINA ALTIERI, Alfonso, Op. Cit., p. 39

El 20 de mayo se publicó en la mayoría de los diarios, en primera página, el manifiesto final de la Comisión Popular y su balance económico, que dejan ver cuáles eran sus ideales y cuál era su actividad concreta en la lucha contra la fiebre amarilla:

“He aquí la ardiente palabra con que la Comisión Popular de Salubridad se dirige al pueblo despidiéndose modestamente del mandato que le había conferido:

La Comisión Popular al pueblo:

La Comisión Popular, que inició su cruzada humanitaria bajo el imperio sombrío del dolor que abatía a Buenos Aires, la termina hoy bajo los auspicios risueños de la esperanza que desciende del trono de Dios, como un consuelo para los corazones enlutados en las horas de amargura que han cruzado sobre su frente! (...)

No había poder judicial ni legislativo y el gobierno nacional estaba mudo y quebrantado.

El único poder que estaba firme era el Poder Ejecutivo de la provincia, los empleados de la Municipalidad y de policía. Pero el esfuerzo de estos tres poderes no era uniforme ni suficiente. Unos y otros querían apagar con su gota de agua un incendio voraz y terrible.(...)

Hermanos todos!

Nuestra misión está concluida!

Al replugar nuestra bandera vestida con el crespón del dolor, por las pérdidas que lloramos, por la ausencia de los compañeros que han quedado a lo largo del camino, y salpicada con las lágrimas de los millares de huérfanos y de viudas que han buscado su sombra, sólo nos resta pedir al pueblo, y a los que han podido seguir nuestra marcha, no un aplauso vano al que jamás aspiraremos, pero sí la justicia a que, si no tiene derecho la magnitud de una obra que no deslumbra por sus pompas, pero que conmueve por sus efectos, la tiene por la sinceridad de las intenciones con que nos hemos conducido en esta dolorosa campaña. Mayo 19, 1871. (Firman todos).

Entradas:

Buenos Aires	\$ 917.428
Campaña idem	1.096.806
Gobierno de la Provincia	300.000
Idem de la Nación	100.000
Municipalidad de Buenos Aires	100.000
Provincias Argentinas	379.763
Montevideo	802.525

Paraguay	<u>36.250</u>	\$ 3.732.772
----------	---------------	--------------

Salidas:

Por socorrer a los pobres y enfermos	1.282.845	
Por galleta	13.990	
Por catres	186.382	
Por colchones	76.600	
Por sábanas	25.692	
Por camisas y frazadas	191.710	
Por enfermeros y empleados	833.045	
Por empleados	46.506	
Por médicos y boticas	608.863	
Por comisiones parroquiales y auxilios	57.000	
Por raciones	70.061	
Por cajones y coches fúnebres	102.570	
Por gastos generales	40.823	
Por carruajes y caballos	85.217	
Por vinos para los enfermos	<u>8.050</u>	
		\$ 3.629.354

Resumen

Entrada general	3.732.772	
Salida general	<u>3.629.354</u>	
Saldo en caja	\$ 103.418 ²⁹⁹	

Durante algunos meses más, se siguieron recibiendo donaciones para la ex Comisión, que Héctor Varela, junto a Tomás Armstrong y el tesorero León Walls, depositaban en manos de las señoras de la Sociedad de Beneficencia para que ellas distribuyeran entre las diversas instituciones de caridad que había en Buenos Aires, ya sean nacionales o extranjeras. Desde el

²⁹⁹ LT, 20 de mayo de 1871.

Las cifras difieren sensiblemente de las brindadas por Mardoqueo Navarro en su diario. Ut Supra p. 84

20 de mayo hasta el 26 de junio de 1871 la Comisión ya disuelta entregó medio millón de pesos papel para los más necesitados.³⁰⁰

Varela informaba diariamente en su diario sobre las donaciones recibidas, la mayoría de ellas de países limítrofes, y sobre el destino que se le daba al dinero.

Indudablemente la labor de la Comisión Popular fue muy positiva, a pesar de las rencillas internas y de los intereses mezquinos de algunos de sus miembros. Supo contener a la población en un momento de terrible pánico; permitió que algunos ciudadanos canalizaran sus deseos de colaborar y ser solidarios; trabajó con la misma intensidad que los organismos oficiales, aunque no coordinadamente; y mostró una clase dirigente comprometida y a la altura de las circunstancias. La influencia de la masonería y el periodismo resaltaron a tal extremo la actividad de dicha comisión que se desdibujó todo lo realizado contra la epidemia por parte de otros organismos y sectores de la sociedad porteña de 1871.

3.3 Junio de 1871: Buenos Aires se normaliza

El 6 de junio la disuelta Comisión Popular convocó a una asamblea pública para expresar su homenaje a las repúblicas de Uruguay, Chile y Paraguay y al imperio del Brasil por la ayuda prestada a Buenos Aires durante la epidemia. También habían hecho llegar sus auxilios los Estados Unidos e Inglaterra.

El 28 de junio el Consejo de Higiene Pública, a través de los doctores Luis María Drago y Leopoldo Montes de Oca, comunicó oficialmente al Ministro de Gobierno doctor Antonio Malaver que la epidemia de fiebre amarilla había desaparecido en la ciudad de Buenos Aires y que sólo se presentaban casos aislados.³⁰¹

El 1 de julio, por decreto del gobernador Castro, se dieron por terminados los servicios médicos parroquiales, se suspendió la entrega gratuita de medicamentos a los pobres afectados de la fiebre y se dejaron sin efecto los decretos del gobierno del 13 y 20 de marzo de ese año.³⁰²

Por iniciativa de algunos ex miembros de la Comisión Popular se realizó un solemne Tedeum en acción de gracias por la finalización de la epidemia, el cual se realizó el 11 de

³⁰⁰ Cfr. LT, 27 de junio de 1871.

³⁰¹ Cfr. Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires, 1871, p. 380

³⁰² Cfr. Ibid, p. 384

junio de 1871 en la Plaza de la Victoria. Fue oficiado por el Arzobispo Monseñor Federico Aneiros.³⁰³

Durante esos días eran muchos los funerales que se realizaban por las víctimas de la epidemia. Ante el riesgo de que la aglomeración de gente en los templos provocara un nuevo brote de la fiebre, la Municipalidad convocó a un funeral colectivo para el día 18.

Las críticas no se hicieron esperar; los opositores del gobernador Castro y de la Municipalidad criticaron con dureza la convocatoria a un funeral por parte de los supuestos responsables de tan grande desgracia. El diario *La Tribuna* encabezó los ataques a las autoridades provinciales y municipales a través de distintos artículos. Indudablemente estas críticas estaban teñidas de fuertes intereses partidistas y parcializaban la verdad, ya que los documentos oficiales de la época reflejaban la intensa actividad que desarrollaron la gobernación y el municipio en bien de la lucha contra la epidemia.

Por ley del 18 de marzo de 1871, se asignaron diez millones de pesos para gastos originados por la fiebre amarilla. El decreto que autorizaba al gobernador Castro utilizar esta suma había sido avalado por la legislatura bonaerense con la firma de su vicepresidente segundo, Juan M. Cantilo el 17 de marzo.³⁰⁴

En un acuerdo del 1º de junio de aquel año, el gobierno informaba que llevaba gastados \$ 8.430.597 a través de un prolijo balance, pero también advertía:

“A esta cantidad se tendrá que agregar el costo del ferrocarril a la Chacarita, el haber de los médicos en los meses de Abril y Mayo, los gastos del Asilo de Huérfanos, los pasajes a empleados en los ferrocarriles, y por consiguiente excederá la suma de 10 millones de pesos que asigna la citada ley para estas atenciones.

Benjamín Villegas.”³⁰⁵

Otras muestras de la preocupación del gobierno de Emilio Castro por atender las distintas necesidades que generaba la peste, fueron las respuestas favorables que dió a las distintas municipalidades y pueblos de la campaña que solicitaban ayuda económica frente al flagelo. Las municipalidades de Buenos Aires, de San Martín, de Morón, de San Isidro, de Exaltación de la Cruz, etc. fueron algunas de las tantas beneficiadas con los subsidios

³⁰³ Cfr. BUCICH ESCOBAR, Ismael, Op. Cit., p. 151. Ut infra pp. 208 y ss

³⁰⁴ Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires, 1871, p. 175

³⁰⁵ Ibid., p.360

provinciales.³⁰⁶ Incluso, algunas de ellas volvían a pedir dinero y lo recibían, tal cual quedó expresado en los documentos oficiales de aquellos meses de 1871.

“Al Sr. Ministro de Gobierno:

Mayo 4 de 1871.

Por encargo de la Comisión que presido, tengo el honor de dirigirme a V. S. Poniendo en su conocimiento, que los fondos últimamente para atender a las necesidades creadas por la epidemia, se encuentran completamente agotados.

En esta virtud, sírvase V. S. Recabar la autorización necesaria, afin de que sea puesta a la orden de esta Comisión, la suma de 1 millón de pesos al objeto indicado.

Dios guarde a V. S.

N. Martínez de Hoz-V. Fernández.

Mayo 5 de 1871.

Pase al Ministerio de Hacienda para la entrega a la Comisión Municipal de la ciudad, de un millón de pesos m/c, debiendo imputarse a esa cuenta, avítese en respuesta y publíquese.

E. Castro-Antonio E. Malaver.”³⁰⁷

También se ocuparon de ayudar al nuevo Asilo de Huérfanos y a las damas de la Sociedad de Beneficencia.³⁰⁸

Toda esta documentación oficial es un signo del trabajo y dedicación que puso el gobierno provincial y la municipalidad durante la epidemia a pesar que siempre se reconoció sólo el accionar de la Comisión Popular. El final de la epidemia había permitido volver a los enfrentamientos políticos que falseaban la realidad según su conveniencia.

Hacia fines del mes de mayo el gobernador pide opinión al Presidente del Consejo de Higiene respecto a si era conveniente el reinicio de clases procediendo a la apertura de colegios y casas de educación. Luis M. Drago respondió afirmativamente, pero dejando en claro que el peligro existía aún y que no era imposible que la acumulación de personas sirviera de poderosa causa para el recrudecimiento de la epidemia. El 3 de junio Castro, considerando este informe, decretó recomenzar las clases el 15 de junio.³⁰⁹

³⁰⁶ Ibid., pp. 173 y ss

³⁰⁷ Ibid., pp. 323

³⁰⁸ Ibid., pp. 165-166 y pp. 202 y ss

³⁰⁹ Ibid., pp. 365-366

Se decidió crear una orden de caballería con los que fueron componentes de la desaparecida Comisión Popular y entregarles una Cruz de Hierro y un diploma donde constase el título honorífico de “Caballeros de la Orden”. Así fue que el 29 de julio una comisión de vecinos recorrió uno a uno los domicilios de los ex integrantes de la Comisión Popular y los condecoraron. Sin lugar a dudas también debían hacerse merecedores a tan gran homenaje otros hombres y mujeres que lucharon denodadamente contra la fiebre, pero no se los incluyó en la nómina.³¹⁰

También la Municipalidad de Buenos Aires acordó entregar medallas a los ciudadanos que hubieran prestado servicios destacados durante la epidemia: los miembros del Consejo de Higiene Pública, de la Comisión Popular, los médicos, los enfermeros, el Jefe de Policía Enrique O’ Gorman, etc. Las medallas eran de oro, plata y bronce y tenían 27 mm de diámetro. En el anverso presentaban el escudo de la ciudad bordeado por la leyenda *La Municipalidad de Buenos Aires*, y en el reverso, entrelazado con una corona de laureles, *A los servidores de la Humanidad*.³¹¹

Por ley también se dispuso que los familiares de los caídos en el cumplimiento del deber durante la epidemia recibieran pensiones mensuales desde \$ 1.500 hasta algunas de más de \$ 5.000.

Además de los homenajes, de los funerales, del luto general, de la disgregación de las familias, de las internas políticas y de la desorganización general, el período pos endémico se caracterizó por un violento estallido de pleitos y litigios de todo orden. El principal motivo se debió a la aparición de testamentos sospechosos, que generaban profundas discordias entre los posibles herederos de los muertos por la fiebre. Esto se debió a que durante los peores meses de la epidemia muchos escribanos y abogados de dudoso profesionalismo se ofrecían para hacer testamentos en forma fraudulenta y buscando su beneficio económico a costa de la enfermedad terminal de sus clientes temporarios.³¹²

“Junio 22: La epidemia: olvidada. El campo de los muertos de ayer, es el escenario de los cuervos hoy: Testamentos y concursos, edictos y remates son el asunto. ¡¡¡Ay de ti Jeruzalem!!!”³¹³

³¹⁰ Cfr. BUCICH ESCOBAR, Ismael, Op. Cit., pp155-156

³¹¹ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, p. 307

³¹² Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., pp. 25 y 26

³¹³ DMN.

En este proceso de recuperación del ritmo habitual de la ciudad, todavía Buenos Aires debía estar dispuesta al asombro: el 21 de julio el diario *La Tribuna* informó que dos días antes, a altas horas de la noche, un grupo de individuos había ingresado en el cementerio de la Chacarita, y después de realizar una profunda excavación, extrajo el féretro del Dr. Adolfo Señorans. Algunas personas residentes en las cercanías del cementerio atestiguaron que, al atardecer de ese día, varios sujetos emponchados merodeaban por esa zona y, que en un carruaje conducido por cuatro caballos y escoltado por varios jinetes, se llevaron el ataúd hasta el cementerio de la Recoleta, donde subrepticamente fue depositado en la bóveda del suegro de Señorans, José Migoni.³¹⁴ Actualmente, sus restos descansan en el cementerio de San Isidro, en la bóveda de Andrés Rolón.³¹⁵

Según consignaban los diarios de la época, el caso del Dr. Señorans no había sido el primer caso de profanación. Varios se habían cometido anteriormente debido a que las familias querían tener los cuerpos de sus seres queridos en un cementerio más cercano como era el del Norte o Recoleta, y no en un camposanto recién inaugurado que se presentaba como una zona desolada, con bañados y dificultades para llegar desde la ciudad.

“Se ha querido dar a esto hechos el carácter de leyenda. Nada de eso. Se explican muy sencillamente. El afecto de los deudos y su veneración por aquellos cuerpos lo han arrastrado a cometer estas sustracciones, altamente punibles ante la salud pública, pero hasta cierto punto disculpables ante el corazón.”³¹⁶

3.4 Julio de 1871: Consecuencias del flagelo

Comenzado el mes de julio todas las instituciones del Estado se pusieron en marcha. Parecía que Buenos Aires resurgía desde el dolor y la tristeza que embargaba a las familias porteñas. Los comercios reabrían definitivamente sus puertas; incluso algunos bares y restaurantes publicitaban sus servicios en los diarios recordando que durante la epidemia no habían cerrado sus puertas y que tampoco se habían registrado víctimas en su interior.

³¹⁴ Cfr. BERRUTI, Rafael, *La epidemia de fiebre amarilla de 1871*, p. 570

³¹⁵ Cfr. Archivo del cementerio de San Isidro, *libro de inhumaciones 1925*

³¹⁶ LP, 23 de julio de 1871.

El presidente Sarmiento abrió las sesiones del Congreso Nacional en los primeros días de julio con estas palabras:

“Honorables Senadores y Diputados:

La postergación inevitable que vuestra reunión ha experimentado, tiene por origen una calamidad pública cuyas víctimas han sido Buenos Aires y Corrientes.

La epidemia que acaba de desolar estos centros de población ha adquirido, por la intensidad de sus estragos y acaso por las consecuencias que traería su posible reaparición, la importancia de un hecho histórico. Hay ciertas obras públicas que hoy constituyen, por decirlo así, el organismo de las ciudades, y cuya falta puede exponerlas a las más serias catástrofes. Las nuestras han venido, entre tanto, acumulando su población, merced al impulso vivificador del comercio, sin que se pensara en la ejecución de aquéllas y se advirtiera el peligro. La lección ha sido severa y debemos aprovecharla.”³¹⁷

El 10 de julio de 1871 el gobernador Castro convocó a la Asamblea General Legislativa provincial. Comenzó su discurso diciendo:

“La afligente situación por que acaba de pasar esta ciudad con motivo de la aparición y desarrollo de la fiebre amarilla, impidió que os reunieseis en la época marcada por la Constitución de la Provincia para dar principio a vuestras tareas y ha demorado por consiguiente, el cumplimiento del deber que la misma Constitución, impone al Poder Ejecutivo de informaros del estado político y administrativo de aquella.”³¹⁸

Durante mucho tiempo se siguieron leyendo en los diarios avisos de casas de ropa que ofrecían prendas y artículos de luto, teniendo en cuenta que casi todas las familias porteñas habían perdido algún ser querido durante la epidemia:

“Baratillo permanente de Daniel Lauro y Hermano. Belgrano 338 y 340.

³¹⁷ SARMIENTO, Domingo F., *Mensaje al Congreso en el Período Legislativo de 1871*, Imprenta La Tribuna, Buenos Aires, 1871, p. 3

³¹⁸ Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires, 1871, p. 394

Gran especialidad en paños merinos y artículos de luto, 25 % de rebaja. Ricos paños negros franceses, a 50, 45, 40 y 30 \$. Ricas muselinas negras, trama azul y negra a 15, 14, 13, 12 y 8 \$, y una infinidad de artículos de luto a precios como se ve muy buenos.”³¹⁹

Otro signo que reflejaba las consecuencias del flagelo, era la cantidad de avisos fúnebres que invitaban a los funerales de víctimas de la fiebre en los diarios de la ciudad, aún varios meses después de su finalización.

“Da. Gregoria Paso de Saez. Falleció el 9 de abril de 1871. Don Eduardo Saez. Q. E. P. D. La familia de Saez y demás deudos, invitan a sus relaciones al funeral que por el descanso de dichos finados se celebrará en el templo de San Ignacio, el viernes 18 del corriente a las 10 y media de la mañana, favor a que quedarán eternamente agradecidos.

Los Sres. Sacerdotes que quieran aplicar la misa, recibirán el estipendio de costumbre.”³²⁰

Por miedo a un nuevo brote de la enfermedad, el gobernador Emilio Castro conformó una “Comisión oficial gratuita” con el objetivo de obtener en Europa las mejores obras escritas sobre la fiebre amarilla, las medidas sanitarias a emplear, etc. Esta comisión la encabezó Juan Scrivener.³²¹

Desde fines de abril se habían comenzado a conocer cifras de la epidemia. El primer cálculo lo publicó el desaparecido diario inglés *The Standard*, que dio las siguientes cifras, evidentemente exageradas: 26. 600 muertos de enero a abril de 1871.

“Abril 30: (...) El Standart mata de un soplo 26.600 personas.”³²²

En mayo se leía en *El Nacional*:

“Un estudiante de medicina que se ha dedicado a observar la marcha de la epidemia desde su principio, nos ha suministrado los siguientes datos: La fiebre amarilla ha producido

³¹⁹ EN, todos los días desde el 15 de mayo de 1871.

³²⁰ Ibid, 17 de agosto de 1871.

³²¹ Cfr. SCRIVENER, Juan, Op. Cit., pp 2 y ss

³²² DMN.

entre nosotros $\frac{1}{4}$ de mortalidad; este cálculo se acerca mucho a la exactitud y más tarde lo veremos comprobado con las estadísticas. Ha habido 16.000 muertos.”³²³

“Relación de las defunciones de fiebre amarilla ocurridas desde el 27 de enero en que apareció hasta la fecha.: Total: 13.428 personas.”³²⁴

La *Revista Médico Quirúrgica*, vocero de la Asociación Médica Bonaerense, daba para el lapso comprendido entre el 27 de enero y el 31 de mayo la cifra de 13.763 muertos.³²⁵

Mardoqueo Navarro, en su *Diario sobre la epidemia*, calcula que hubo 13.614 víctimas, distribuidas de la siguiente manera: Enero, 6; Febrero, 298; Marzo, 4.895; Abril, 7.535; Mayo, 842; Junio, 38.³²⁶

El doctor José Penna hacia finales del siglo XIX, recurrió a los libros de inhumaciones de los cementerios del Sud y de la Chacarita para obtener datos de los muertos a consecuencia de la fiebre amarilla. Los datos difieren un poco con los de Navarro: en el cementerio del Sud, 11.044 muertos de fiebre amarilla; en el cementerio de la Chacarita, 3.423. La cifra total es de 14.467. En su informe, Penna dice:

“Es posible que mi estimación contenga también errores, explicables quizá porque muchos fallecidos por enfermedades comunes fueron anotados a continuación de los febricitantes sin establecer el verdadero diagnóstico; pero aún así se ve que la mortalidad absoluta producida por la epidemia osciló alrededor de los 14.000.”³²⁷

En cuanto a las cifras de mortalidad, la mayoría de los autores ha utilizado la pirámide de datos de la obra de Mardoqueo Navarro. Estas cifras son difíciles de corroborar con documentación oficial, ya que el desorden generalizado de la ciudad en esos meses hizo imposible que se hicieran registros exactos sobre los contagiados y los muertos. La propia Municipalidad de Buenos Aires se preocupó por determinar en su tiempo la cantidad de

³²³ EN, 11 de mayo de 1871.

³²⁴ Ibid, 12 de mayo de 1871.

³²⁵ Cfr. *Revista Médico Quirúrgica*, año 8, 3, 8 de junio de 1871, p. 4

³²⁶ Cfr. DMN

³²⁷ PENNA, José, *Estudio sobre las epidemias de fiebre amarilla en el Río de la Plata*, en *Anales del Departamento General de Higiene*, volumen semestral especial, Buenos Aires, 1895, pp. 63 y ss

fallecimientos ocurridos, labor que luego no se realizó por las dificultades que traía aparejada la tarea.³²⁸

Lo que sí se realizó en 1889 fue un monumento a la memoria de los caídos durante la epidemia de 1871. Su autor fue el escultor uruguayo Juan Ferrari. La obra está construida en mármol blanco de Carrara, en el centro del Parque Ameghino en la Avenida Caseros, frente al hospital Muñiz.³²⁹ En el mismo lugar estuvo antaño el edificio de la administración del cementerio del Sud. Distintas figuras esculpidas y placas alrededor del monumento hacen presente el homenaje a quienes se entregaron en bien de los enfermos durante el flagelo. En las distintas caras que componen el citado monumento, bajo la figura que lo corona y bastante borradas, se leen con dificultad los nombres de miembros de la Comisión Popular, doctores en medicina, practicantes, Hermanas de Caridad, sacerdotes y religiosos, clero regular, farmacéuticos, empleados de la Comisión de Higiene y miembros de la Comisión de Higiene víctimas de la fiebre amarilla. Todo esto está coronado por una inscripción que dice: *El sacrificio del hombre por la humanidad es un deber y una virtud que los pueblos cultos estiman y agradecen.*³³⁰

³²⁸ Cfr. BARELA, Liliana y VILLAGRÁN PADILLA, Julio, *Notas sobre la epidemia de fiebre amarilla*, separata del Instituto Histórico de la Organización Nacional, Buenos Aires, 1980, p. 159

³²⁹ Ver Apéndice, [pp. 241 y 242](#)

³³⁰ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., pp. 54-57 y SEVERINO, Domingo y SEVERINO, Rodolfo, *La fiebre amarilla de 1871. Acción del sacerdocio en un discurso de Rawson*, en *La Prensa Médica Argentina*, vol. 70, 12, Buenos Aires, 1983, p. 521

Tercera parte

1. Mardoqueo Navarro

1.1 Su vida

Nacido en la ciudad de Catamarca, fue bautizado el 16 de abril de 1824. Era hijo de Ramón Gil Navarro y de doña Rosa Ortiz de Ocampo. En 1843, a raíz de la persecución política de la que fuera víctima su padre durante la dictadura de Juan Manuel de Rosas, se trasladó a Copiapó, Chile, junto a su hermano Samuel, periodista y funcionario, algunos años mayor que Mardoqueo.³³¹

Regresó de Chile cuando el general Justo José de Urquiza lo mandó llamar al adquirir en 1859 el saladero denominado “Once de Setiembre” en Rosario de Santa Fe. Le prometió hacerlo socio y pagarle cien patacones mensuales. Mardoqueo Navarro viajó y formó sociedad con él y con los señores Francisco Taruel y Miguel Rueda. Fue sorprendente esta convocatoria de Urquiza dado que no se conocían personalmente; años después Navarro explicará el orgullo que sentía por tan grande propuesta dado que la mayoría de los argentinos residentes en Chile, consideraban a Urquiza un prócer de la talla de George Washington.³³²

El fracaso de los negocios arruinó la empresa; sin embargo, Navarro permaneció como encargado de negocios de Urquiza. En 1864 el entrerriano le encomendó la misión de realizar las gestiones pertinentes con el fin de que la sociedad “El Porvenir de las Familias” de Chile se estableciera en Buenos Aires bajo la denominación de “La Bienhechora del Plata”, la que se instaló de inmediato. Pero la relación con Urquiza se resquebrajó por diferencias económicas entre ambos y promesas incumplidas a tal punto que en 1872 Navarro escribió un libro en su contra donde narró detalladamente los hechos que lo llevaron a renunciar.

“Mis derechos fueron agraviados por él, con la retención despótica que hizo del precio condigno con mi trabajo.”³³³

Luego de su enfrentamiento con Urquiza, en 1864 Mardoqueo Navarro viajó a Buenos Aires para hacer negocios con Don José Gregorio Lezama.³³⁴

³³¹ Cfr. CUTOLO, Vicente Osvaldo, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*, Tomo V, Buenos Aires, 1978, p. 26

³³² Cfr. NAVARRO, Mardoqueo, *El General Don Justo José de Urquiza y el ciudadano Mardoqueo Navarro; Protector y protegido o sea explotador y explotado*, Buenos Aires, 1872, p. 9

³³³ *Ibid*, p. 5

El 16 de noviembre de 1865, Navarro se presentó en Rosario al gobernador Nicasio Oroño junto con otros, para solicitar que se les concedieran gratuitamente unos terrenos con el propósito de fundar una colonia agrícola en la provincia, en la margen derecha del río Paraná, en la desembocadura del arroyo “El Rey”. El contrato que se firmó establecía el número de 2.000 personas para poblarla, la forma de posesión, entrega de títulos, etc. A fines de junio de 1866 Navarro acampó en el lugar y decidió poblar la zona con colonos norteamericanos para lo cual expresó su deseo de viajar a Estados Unidos, viaje que no se sabe si llegó a concretar.³³⁵

Posteriormente se instaló en la ciudad de Buenos Aires donde se dedicó al periodismo y entabló amistad con las personalidades políticas más importantes de la época, entre ellos el presidente Sarmiento. Durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871 permaneció en la ciudad y escribió un diario sobre lo que iba sucediendo, editado por el diario *La República* de Manuel Bilbao.³³⁶

En 1877, el Gobierno Nacional encomendó a su hermano Samuel la misión de inspeccionar las Aduanas y Receptorías del Alto Uruguay; Mardoqueo lo acompañó y esta nueva experiencia será motivo de otro libro también en tono polémico.

“Deseando cooperar a los trabajos de la Comisión confiada por el Exmo. Gobierno Nacional a mi hermano en el carácter de Inspector de Aduanas del Alto Uruguay en 1877, partí en su compañía hasta la Concepción del Uruguay, donde emprendí la recopilación de los documentos y antecedentes relativos a la extinguida provincia de Misiones.”³³⁷

Mardoqueo Navarro falleció en Buenos Aires el 9 de noviembre de 1882, soltero. Fue un empleado honesto de la administración pública y un escritor prolífico, dado que además de sus obras se dedicó también a la correspondencia.

Un familiar conocido fue su hermano Ramón Gil Navarro, nacido el 17 de febrero de 1828, discípulo de Fray Mamerto Esquiú. Se dedicó al periodismo en Valparaíso, Chile, siendo redactor de *El Mercurio*. Fue diputado nacional en varias ocasiones por las provincias

³³⁴ Cfr. NAVARRO, Mardoqueo, Op. Cit., p. 163

³³⁵ Cfr. CUTOLO, Vicente O., Op. Cit., p. 26

³³⁶ Ibid.

³³⁷ NAVARRO, Mardoqueo, *El Territorio Nacional de Misiones*, Buenos Aires, 1881, p. 5

de La Rioja, Catamarca y Córdoba, respectivamente. En Córdoba fundó en 1877 el periódico *El Progreso*. Falleció en 1883.³³⁸

Mardoqueo Navarro fue un hombre de personalidad inquieta, dedicado a varias actividades y en diversos lugares del país y del exterior. Se autodefinía como un hombre honesto, crecido y formado fuera del país; de carácter poco maleable, exigente, rígido e impulsivo:

“(…) mis reacciones las más eran las de la pólvora, que al más suave roce, al menor calor, arde y hace explosión.”³³⁹

“Si el hombre fue creado o no a la imagen y semejanza del Criador, es cosa que yo no sé. No conocí a Dios personalmente, y confieso el hecho, sin negar por eso, verdad de tanto volumen. Pero si Dios es inmutable, juzgo que nos parecemos a él en este respecto, al menos creo que somos como fuimos, y que seremos como somos, que nos parecemos siempre a nosotros mismos, mientras existimos; somos inmutables por el carácter.”³⁴⁰

1.2 Su obra

Durante el tiempo que permaneció como encargado de los negocios de Urquiza, Mardoqueo Navarro redactó y despachó una impresionante correspondencia.

Cuando se radicó en la ciudad de Buenos Aires en 1870 se dedicó al periodismo. Publicó algunos artículos en *La Revista de Buenos Aires*, entre ellos: *La ciudad de la Rioja*. *Documentos históricos*; la introducción a un artículo de Guillermo Dávila, *La Rioja en la campaña de los Andes*; y a otro de Miguel Otero, *Esclarecimientos históricos. Junín y Ayacucho. San Martín en el Perú*.³⁴¹

En 1871 escribió el *Diario de la epidemia*, el que será analizado por separado, y en 1872 publicó su obra *El General Don Justo José de Urquiza y el ciudadano Mardoqueo Navarro; Protector y protegido o sea explotador y explotado*, trabajo confeccionado para

³³⁸ Cfr. PICCIRILLI, Ricardo, ROMAY, Francisco L. y GIANELLO, Leoncio, *Diccionario histórico argentino*, vol. 5, Buenos Aires, 1954, pp. 398-399

³³⁹ NAVARRO, Mardoqueo, *El General Don Justo José de Urquiza y el ciudadano Mardoqueo Navarro; Protector y protegido o sea explotador y explotado*, Buenos Aires, 1872, p. 141.

³⁴⁰ *Ibid.* P. 140

³⁴¹ Cfr. CUTOLO, Vicente O., *Op. Cit.*, p. 26

solicitar a los descendientes de Urquiza el cobro de sus haberes como administrador, no hechos efectivos en vida de aquél.

“Este libro contiene en el fondo una serie de notas relativas a los negocios del Sr. General D. Justo José de Urquiza, administrados un tiempo por D. Vicente Montero, examinados y liquidados desde marzo de 1859 por mí, que tuve respecto de ellos el cargo de Interventor durante la liquidación, y el de Administrador en seguida; uno y otro bajo la superintendencia de su propietario, hasta marzo de 1862 inclusive.”³⁴²

Las primeras palabras son en francés: *Les antécédents d' une vie sont d' un grand poids dans la balance de la justice.*³⁴³ Así el autor querrá lograr que los hechos del pasado de la vida de Urquiza sean juzgados por considerarlos corruptos y engañosos.

Navarro narra que residía en Chile cuando el General Urquiza, al que no conocía personalmente, lo mandó llamar proponiéndole organizar y presentar el estado general demostrativo de la administración de sus intereses comerciales. En el país trasandino Mardoqueo Navarro había perdido dos veces su fortuna personal³⁴⁴; Urquiza lo llama porque dice saber incidentalmente de su problema económico.³⁴⁵

“Ya el protector me había inducido a trepar los Andes y atravesar la Pampa, seducido por sus palabras de protección inesperada: el General Urquiza me arrastraba en esta vez, hacia el Uruguay a donde me dejé llevar, orgulloso de haber merecido por el ejercicio del trabajo sin treguas, en confianza personal para el desempeño de una misión, verdaderamente delicada y excesivamente laboriosa.”³⁴⁶

En la obra Navarro divide su trabajo con Urquiza en tres períodos: empleado a sueldo impago pero rotulado “socio”; liquidador; e interventor.

En un comienzo el libro se llamó *Privado de Mardoqueo Navarro*, pero luego le cambió el nombre para que el caso pudiese ser llevado ante los tribunales, dado que se

³⁴² NAVARRO, Mardoqueo, Op. Cit., p.5

³⁴³ Ibid., *Los antecedentes de una vida son de un gran peso en la balanza de la justicia.*, p. 2.

³⁴⁴ Ibid., p. 140

³⁴⁵ Ibid., p. 9

³⁴⁶ Ibid., p. 11

encontraba en litigio con los herederos de Urquiza varios años después de los hechos que narra:

“La causa porque he demorado diez años la gestión de mis derechos ultrajados, es la misma, exactamente la misma que ha determinado igual abstención de parte de tantos otros agraviados por el absolutismo del antiguo soberano de Entre Ríos, delante de cuya omnipotencia la ley carecía de eficacia y el juez de garantías.”³⁴⁷

Otro trabajo de mérito de Mardoqueo Navarro fue su obra *El Territorio Nacional de Misiones*, editada en 1881. Consiste en una recopilación de documentos, datos y antecedentes relativos a esta provincia mandado a hacer por el Ministro del Interior, Dr. Antonio del Viso.³⁴⁸

La obra consta de dos partes: una es el conjunto de documentos sobre el territorio de Misiones, su historia desde las misiones de los jesuitas, su rol durante el período de la independencia, su primera constitución, los problemas con el gobierno de Corrientes, etc. La otra es la recopilación de artículos polémicos entre el Inspector de Aduanas Samuel Navarro, hermano de Mardoqueo, y el Ministro de Gobierno de Corrientes Severo Fernández, el cual acusa al primero de haber tenido una prédica anárquica y separatista, fomentando el desmembramiento territorial de Misiones.

Mardoqueo Navarro va desarrollando con prolijidad toda la problemática, fundamentado en todo momento en documentos oficiales, intentando demostrar que no son justas las pretensiones correntinas de considerar al territorio misionero como un departamento de la provincia.

“La antigua Provincia de Misiones, tan especialmente próspera un tiempo, como desgraciada fue después; debiendo uno y otro extremos a la especialidad de su origen y composición, se halla en el caso de este estudio, por los derechos que sobre su territorio cree tener la Provincia de Corrientes, apoyada en el decreto directorial que la elevó al rango de tal. El examen ordenado de los documentos y antecedentes que hemos podido acumular, en relación a esta pretensión de Corrientes, es el propósito único de estos apuntes, ajenos por lo

³⁴⁷ Ibid., p. 6

³⁴⁸ Cfr. NAVARRO, Mardoqueo, *El Territorio Nacional de Misiones*, Buenos Aires, 1881, p. 3

demás a todo impulso egoísta o de partido, pues ningún vínculo, que no sea el de argentino, nos liga a esta cuestión.”³⁴⁹

2. El Diario de la epidemia de 1871

En 1871 Mardoqueo Navarro, que vivía en la ciudad de Buenos Aires y decidió permanecer en ella durante la epidemia de fiebre amarilla, escribió un diario narrando los hechos sobresalientes que se produjeron mientras duró el flagelo. Este diario lo publicó la imprenta del diario *La República*, cuyo director era el periodista chileno Manuel Bilbao. Salió a la luz el 5 de julio de 1871 y su precio era de 5 \$m/c. A los pocos días, debido a la demanda, se comenzó a vender en todas las librerías de la ciudad.³⁵⁰

2.1 Descripción bibliográfica

Mardoqueo Navarro, *El Diario de la epidemia de 1871*, Buenos Aires, Imprenta y fundición de tipos de la Sociedad Anónima del diario *La República*, calle Belgrano 126, 1871¹, formato de 66 cm de ancho x 85 cm de largo.

En el centro de la hoja principal hay una pirámide de 53 cm; en su base, del lado izquierdo, se encuentran las cifras de víctimas de la epidemia desde el 27 de enero, día en que oficialmente comienza la epidemia. A medida que se sube desde esta base, se avanza día a día hasta llegar a la cúspide de la pirámide el 10 de abril, día en que se registró el mayor número de víctimas: 563 defunciones. Desde la cima se comienza a descender por el otro lado hasta llegar a la base derecha donde está anotado el día 22 de junio, en el cual no se registraron muertos por la fiebre.

Esta pirámide está acompañada de un cuadro ilustrativo de las cifras de mortalidad por mes y por nacionalidades.

La letra utilizada es muy pequeña, hay partes impresas en negrita, en cursiva o en mayúscula, recursos que Navarro utilizó para resaltar algunos datos.

³⁴⁹ Ibid., p. 3

³⁵⁰ Cfr. Diario LA REPÚBLICA, en adelante LR, 3 y 4 de julio de 1871.

Un ejemplar del mismo año 1871 del *Diario de la epidemia* se halla en el Archivo General de la Nación, en el Archivo y colección de Andrés Lamas (1549-1894), legajo 2672.

Los *Anales del Departamento de Higiene* en su número 15, año IV, de abril de 1894, publicó la obra de Navarro, y así la rescató del olvido, pues, ya en 1872 era una pieza difícil de conseguir.³⁵¹

2.2 Contenido

“Tuve por objeto, al emprender este trabajo, no difícil pero prolijo y minucioso, conocer por estudio propio “en lo posible” la extensión y faces de una gran calamidad, a cuyo desarrollo asistí por elección.”³⁵²

A través de frases breves, cortantes y lapidarias, Mardoqueo Navarro va describiendo, día a día, los distintos acontecimientos relacionados con la epidemia de fiebre amarilla. Son anotaciones que el autor fue haciendo desde el comienzo de la peste y que luego ordenó para su publicación.

El mismo Navarro explica que no es un trabajo estadístico, aunque transcribiera las cifras de mortalidad, sino un *índice efemeridográfico- epidémico- bonaerense*, en el que va enunciando los sucesos acaecidos. Por propia voluntad, no quiso que sus exposiciones diarias fuesen de más de una línea, por eso seleccionó sólo los hechos que le resultaron más relevantes.

“Investigué cuanto me vino a mano, preferí lo que estimé más digno de recuerdo, consigné aquello que cupo apurando el laconismo, hice en fin lo que pude en cosa que emprendí así porque así lo quise.”³⁵³

A través de la lectura del diario se descubre al pueblo en los primeros días, incauto y despreocupado, atendiendo tan sólo a los próximos carnavales; los primeros debates sobre el

³⁵¹ En el Apéndice se encuentra una copia de la edición de 1894, ya que el ejemplar de 1871 que se encuentra en el AGN, está en mal estado. Ver Apéndice [pp. 212 y ss](#)

³⁵² NAVARRO, Mardoqueo, *El Diario de la epidemia de 1871*, Buenos Aires, 1871, página central.

³⁵³ Ibid.

diagnóstico de la enfermedad; las primeras víctimas; y los primeros pasos en la organización de la defensa.

Posteriormente, Navarro describe cómo se formó la Comisión Popular y cuál fue su labor. No deja de criticar duramente a la Iglesia y al Gobierno por lo que él cree son paliativos ineficaces frente a la epidemia que se viene. No por eso deja de resaltar la tarea desinteresada de algunos miembros, tanto de las comisiones que dependían del gobierno como de congregaciones religiosas, sacerdotes y laicos, dedicados a la ayuda de los enfermos y sus familias.

Con palabras sueltas, el autor expresa la terrible situación de los días de Semana Santa, en que llegaron a morir más de 500 diariamente.

Y así, con un estilo tan particular, avanza día tras día presentando la realidad de Buenos Aires en el primer semestre de 1871 hasta llegar al mes de junio en que, ya finalizada la fiebre, describe las consecuencias y la restauración general de la ciudad.

Para las cifras de fallecidos adoptó las listas municipales que el diario *La República* recibía y registraba puntualmente. Navarro quiso publicar datos creíbles, ajenos a la exageración e imaginación de algunos.

“Ante tales títulos habría sido poco serio posponer estas anotaciones oficiales a las aseveraciones bachillerescas de las comadres, al dicho inconsciente de un sepulturero, cuyos cálculos no podían ser sino la expresión de su cansancio en el oficio, y aún el de cualquier Reverendo, que, con serlo no llevó sobre sí la misión oficial diaria, instantánea, que cumplía a los empleados públicos, y sólo asistió al cementerio allá por la muerte de un inglés.”³⁵⁴

Sin embargo, no cree que las listas de la Municipalidad sean exactas; sabe del desorden administrativo de los primeros días de abril en que el número de muertos fue mayor, quizás no todos fielmente registrados. Por eso corrige algunas cifras y toma otras del diario *La Nación*.³⁵⁵

Mardoqueo Navarro termina su diario proponiendo que el lector no se quede tan sólo con lo que él escribió, sino que sea capaz de descubrir más profundamente una compleja realidad expresada con pocas palabras, recurriendo a otras fuentes.

³⁵⁴ Ibid.

³⁵⁵ Cfr. Ibid.

“Allí se ve...Allí se ve lo que se ve...Leed, que hay allí más de lo que la exigüidad del espacio me permite apuntar en esta reseña.”³⁵⁶

2.3 Valoración como fuente histórica

“El testimonio argentino más fidedigno que quedó de este horror fue el diario que día a día llevó Mardoqueo Navarro escrito en forma veraz y lacónica.”³⁵⁷

La bibliografía específica sobre la epidemia de fiebre amarilla se inicia en el mismo año 1871 con el *Diario de la epidemia* de Mardoqueo Navarro; de ahí su importancia como fuente para el estudio de esta etapa de la historia argentina.

El que el autor haya sido testigo presencial de los hechos trabajando de periodista en un diario, le permitió acceder a datos veraces sobre la epidemia que la Municipalidad entregaba a los periódicos.

Indudablemente, Navarro también dejó notar sus posturas ideológicas al relatar los sucesos de aquellos meses: su fuerte compromiso con la Comisión Popular y sus miembros, recordando que el diario en el que él trabajaba era de Manuel Bilbao, uno de los principales propulsores de la conformación de la mencionada comisión; su postura crítica frente a la labor de la Iglesia; su actitud opositora frente a los gobiernos provincial y municipal, etc. Todo esto no lo cegó ni le hizo parcializar la narración de los acontecimientos, dado que con la misma libertad con que señalaba los errores de alguien podía resaltar lo positivo.

Hacia 1872, el trabajo de Mardoqueo Navarro era difícil de conseguir por lo cual se supone que el tiraje de la edición fue corto. Recién en abril de 1894 se volvió a publicar en los *Anales del Departamento Nacional de Higiene*, número 15, año IV, el diario de Navarro con el título *Fiebre amarilla, 10 de abril de 1871*. La mayoría de los autores que posteriormente consultaron la obra, lo hicieron a través del ejemplar publicado por los *Anales* en 1894.

Pasaron cincuenta años hasta que alguien utilizó el diario de Navarro como fuente para su investigación; fue el doctor Carlos Fonso Gandolfo, profesor de enfermedades infecciosas en la Facultad de Medicina de Buenos Aires quien desarrolló una conferencia titulada *La*

³⁵⁶ Ibid.

³⁵⁷ LA FEMINA ALTIERI, Alfonso A., 1871: *Fiebre amarilla en la Argentina*, en *La Prensa Médica Argentina*, vol. 69, número especial, 1982, p. 41

epidemia de fiebre amarilla de 1871, incluida en las páginas de las *Publicaciones de la Cátedra de Historia de la Medicina*, tomo III, año 1940. La dificultad de su trabajo es que tomó como fuente la publicación de 1894, suponiendo que la introducción era del mismo Mardoqueo Navarro, cosa en sí imposible, dado que Navarro había fallecido varios años antes, en 1882.³⁵⁸

El ingeniero Nicolás Besio Moreno en su trabajo *Historia de las epidemias de Buenos Aires. Estudio demográfico estadístico*, también cita el *Diario de la epidemia*.³⁵⁹

En 1949 Leandro Ruiz Moreno publicó su obra *La Peste Histórica de 1871*, uno de los trabajos más completos sobre la epidemia. En la bibliografía incluyó el diario de Mardoqueo Navarro, del que sólo tomó algunas referencias circunstanciales.

Miguel Ángel Scenna es el historiador que más recurrió al diario de Navarro; lo hizo en un trabajo publicado en *Todo es Historia*, año I, 8, de diciembre de 1967, con el título *Diario de la Gran Epidemia. Fiebre amarilla en Buenos Aires*, y en su obra de 1974, *Cuando murió Buenos Aires. 1871*.

Además de las obras mencionadas, el diario fue mencionado en algunas publicaciones de órganos especializados de escasa difusión y circulación obligadamente limitada por su carácter, y casi siempre recurriendo al ejemplar publicado en 1894, donde toda la primera parte no es de Mardoqueo Navarro, sino de un tal *T. S.*

Como fuente histórica de la epidemia es una obra de gran valor, que con sus frases cortas y lapidarias, incentiva a la investigación, anima a adentrarse en cada una de sus afirmaciones e investigar los distintos acontecimientos allí mencionados. Lógicamente por su extensión es una fuente que requiere ser complementada con otras, como testimonios, documentos oficiales y periódicos de los primeros meses de 1871.

Respecto a la tarea de la Iglesia durante la epidemia, el trabajo de Navarro, permite descubrir diversas cosas; algunas de las más importantes son: en primer lugar la importancia del accionar eclesial, ya sea para elogiarlo o para criticarlo; segundo, la relevancia de algunos hombres y mujeres de la Iglesia, (inclusive sus nombres son escritos en negrita para resaltarlos); tercero, el trabajo con los huérfanos y la Sociedad de Beneficencia. Cada mención que Navarro hace sobre la Iglesia es estímulo para buscar otras fuentes, recurrir a los

³⁵⁸ Cfr. FONSO GANDOLFO, Carlos, *La epidemia de fiebre amarilla de 1871*, en *Publicaciones de la Cátedra de Historia de la Medicina*, tomo III, 1940, Buenos Aires, pp. 294 y 295.

³⁵⁹ Cfr. BESIO MORENO, Nicolás, *Historia de las epidemias en Buenos Aires. Estudio demográfico estadístico*, en *Publicaciones de la cátedra de Historia de la Medicina*, Tomo III, 1940, p. 63

archivos religiosos, buscar en los diarios de la época, y así sacar a la luz la gran labor eclesial durante los meses de la fiebre, tema que, por controversias y diferencias ideológicas con la masonería y el liberalismo de la época, se desconoce.

Cuarta Parte

1. La Iglesia en Buenos Aires hacia 1870

1.1 Antecedentes históricos

El puerto de Santa María de los Buenos Aires fue fundado por Don Pedro de Mendoza el 2 de febrero de 1536 en la zona aledaña a la antigua desembocadura del llamado Riachuelo de los Navíos.³⁶⁰ Establecida la incipiente población anexa al puerto fundado por Mendoza se construyeron cuatro ermitas o templos precarios que por las inclemencias del tiempo, especialmente inundaciones, y los ataques indios fueron destruidos.³⁶¹

En 1580, Don Juan de Garay estableció en Buenos Aires el lugar asignado para la edificación del templo, puesto bajo la advocación de la Santísima Trinidad. Buenos Aires era parte de la rica y extensa provincia del Paraguay. Las grandes distancias que la separaban de Asunción, sede desde 1547 de la diócesis del Río de la Plata, y el desarrollo de la ciudad, llevan a la creación del obispado en 1620.³⁶²

En la sesión de Ayuntamiento del 27 de enero de 1620, el licenciado Gabriel Sánchez de Ojeda, alcalde ordinario, había propuesto que se gestionara ante el Papa la creación de una diócesis con prelado propio en Buenos Aires. El entonces gobernador Don Diego de Góngora apoyó tal propuesta y el rey Felipe III elevó la súplica al Sumo Pontífice Paulo V, quien atendió el pedido y erigió la nueva diócesis el 6 de abril de 1620.³⁶³ Se designó como primer obispo de Buenos Aires a Fray Pedro Carranza, carmelita.

Hasta 1769 toda la ciudad y pueblos vecinos fueron una sola y única parroquia con cabecera en la Catedral, funcionando las otras iglesias como “ayudas de parroquia”. Las necesidades de la población y lo extenso de las zonas, fueron las causas de la creación de las dos primeras ayudantías o iglesias filiales. La primera de estas fue la iglesia del Santísimo Sacramento, que funcionó en el Real Hospital San Martín y estuvo emplazada en la manzana que correspondía a la Casa de la Moneda, y la segunda fue la iglesia San Juan Bautista en las calles Alsina y Piedras.

³⁶⁰ Cfr. MOLINARI, Ricardo, *Buenos Aires cuatro siglos*, Buenos Aires, s/f, pp.18-19

³⁶¹ Cfr. DIFRIERI, Horacio A., Op. Cit., pp. 80-82

³⁶² Cfr. LAHITOU, Luis Alberto, Op. Cit., p. 32

³⁶³ Cfr. CARBIA, Rómulo D., *Monseñor Aneiros, segundo arzobispo de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1905, p.

La ayudantía de la iglesia del Santísimo Sacramento fue habilitada en el año 1737, y cuando llegaron al virreinato los padres Bethlemitas para hacerse cargo del Hospital San Martín, la ayuda parroquial se trasladó a la iglesia de la Pura y Limpia Concepción del Alto de San Pedro, que fue hecha parroquia el 3 de noviembre de 1769 siendo obispo Manuel A. de la Torre.

La iglesia de San Juan Bautista, la otra ayuda de la parroquia de la Catedral, continuó ejerciendo sus funciones hasta el arribo de las monjas capuchinas.³⁶⁴

Las parroquias erigidas en 1769 fueron cuatro: la ya mencionada iglesia de la Pura y Limpia Concepción del alto de San Pedro; Nuestra Señora de la Piedad, cuya acta de erección dice que tiene derecho a asilo y que su verdadero nombre es Nuestra Señora de las Angustias y Piedades;³⁶⁵ la parroquia Nuestra Señora de Monserrat, cuyo origen se remonta a la devoción de un vasco, Pedro Juan Sierra, próspero dueño de una chacra a principios del siglo XVIII que le construyó una modesta capilla a Nuestra Señora de Monserrat, que fue recibida con beneplácito por la vecindad de vascos y catalanes. El templo se construyó en 1750 y pronto dio nombre al barrio, que también alcanzó fama por las corridas de toros que se realizaban en la zona;³⁶⁶ y la parroquia San Nicolás de Bari, sobre cuyo campanario ondeó por primera vez la bandera argentina en Buenos Aires. Su templo fue posteriormente demolido.³⁶⁷

El 25 de marzo de 1783 se declaró parroquia Nuestra Señora del Socorro a un templo de origen humilde surgido a mediados del siglo XVIII en la zona norte de la ciudad, en Retiro. Allí se veneraba la imagen del Señor de los Milagros. El obispo que la creó fue Fray Sebastián Malvar y Pinto quien durante su obispado realizó una visita apostólica a través de su diócesis, llegando a las zonas más alejadas. Su labor es también conocida por las constantes controversias con el virrey Vértiz.³⁶⁸

En 1806 fueron erigidas las parroquias de San José de Flores, de San Telmo y de San Benito; esta última tomando parte de la jurisdicción de la de San Nicolás y de la Piedad. Estas tres parroquias de la ciudad surgieron durante el episcopado de Monseñor Benito de Lué y

³⁶⁴ Cfr. RUIZ MORENO, Op. Cit., pp. 113 y ss

³⁶⁵ Ibid, p. 114

³⁶⁶ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., p. 74

³⁶⁷ La referencia documental más antigua de esta primera división parroquial proviene del plano comentado por ACTIS, Francisco C., *Un plano eclesiástico de Buenos Aires*, en *Archivum*, Tomo 1, pp. 226-227, en el que reproduce y comenta un plano de 1775.

³⁶⁸ CARBIA, Rómulo D., Op. Cit., pp. 48 y ss

Riega (1803-1812) quien demostró su profundo celo pastoral al recorrer grandes distancias de su diócesis; el 30 de abril de 1803 escribía a todos los párrocos de su vasta diócesis:

“Es mi determinación recorrer por mí mismo la grey encomendada y presentarme pronto y benéfico al alivio y espiritual consuelo de todos mis diocesanos y especialmente de aquellos cuan innumerables que jamás tal vez habrán visto al propio prelado en sus países y menos oído la voz de su obispo.”³⁶⁹

A la muerte de Monseñor Lué y Riega en 1812 el Cabildo eclesiástico de Buenos Aires, considerando que la sede vacante había de ser dilatada por los acontecimientos políticos de esos años, nombró un Provisor, en principio por el término de un año. Resultó electo Diego Estanislao Zavaleta quien finalmente ocupó el cargo hasta enero de 1815. Con él se abría un período en la Iglesia de Buenos Aires de sucesivos provisores designados por el Cabildo eclesiástico.

Entre los provisores más destacados por su labor se encuentra Domingo Victorio de Achega, quien impulsó varias reformas litúrgicas a fin de fomentar el entusiasmo patriótico, sacando oraciones y festividades que nombraban y pedían por el rey de España. En 1821 le sucedió Juan Dámaso Fonseca quien renunció en momentos en que se iniciaba la reforma rivadaviana. Luego ocupó el cargo Valentín Gómez, quien le reconoció al gobierno amplios poderes para arreglar los asuntos eclesiásticos.³⁷⁰

El 3 de junio de 1822 el Cabildo eligió para el cargo de Provisor al párroco de La Piedad, Dr. Mariano Medrano y Cabrera. Las medidas referidas a la Iglesia tomadas por Bernardino Rivadavia enfrentaron a Medrano con el gobierno:

“Hoy es llegado el momento propio para que el Diocesano denuncie ante el Santuario augusto de la justicia los abusos del Poder Ejecutivo sobre la jurisdicción eclesiástica, la usurpación que ha hecho del Poder Legislativo que exclusivamente corresponde a aquella y forma su esencialidad: el rigor de las órdenes que a este efecto ha dado y con el que se han ejecutado: la impunidad con que se extravía la opinión y se escandaliza la piedad del pueblo: la indiferencia e insensibilidad con que se ven los funestos amagos y aún positivas hostilidades que se hacen ya a la Religión del Estado, unas veces induciendo ideas de libertinaje y

³⁶⁹ LUÉ Y RIEGA, Obispo Benito, *Carta a los párrocos*, en GARCÍA DE LOYDI, Ludovico, *El obispo Lue y Riega, Estudio crítico de su actuación*, Buenos Aires, 1969, p. 16

³⁷⁰ Cfr. ZURETTI, Juan Carlos, *Nueva Historia Eclesiástica Argentina*, Buenos Aires, 1972, p. 203

doctrinas contrarias al dogma católico por medio de la prensa y el franco uso de libros perniciosos y corruptores: otras burlándose públicamente de las costumbres piadosas que la sabiduría de la Iglesia ha establecido o permite para fijar la devoción y avivar la fe (...)”³⁷¹

Finalmente Medrano fue destituido por un Cabildo Eclesiástico obsecuente al gobierno y reemplazado por el Dr. Mariano Zavaleta quien cooperó con las reformas de Rivadavia. El último provisor en sede vacante fue José María Terrero.

Por un breve del 7 de octubre de 1829 Pío VIII nombró obispo *in partibus* de Aulón y Vicario apostólico de Buenos Aires al Delegado apostólico Mariano Medrano.³⁷²

El 2 de julio de 1832 el Papa Gregorio XVI elevó a Medrano a obispo de Buenos Aires y en la misma fecha nombró obispo de Aulón al Dr. Mariano José de Escalada. Así se restauraba la jerarquía eclesiástica en la diócesis de Buenos Aires.³⁷³

Durante esos años se erigieron en la ciudad de Buenos Aires las siguientes parroquias: Nuestra Señora del Pilar, cuyo radio parroquial abarcaba hasta el arroyo Maldonado, lindando con Belgrano; el templo se había comenzado a levantar en 1766; San Miguel Arcángel, el 10 de marzo de 1830. La calle Rivadavia, el 16 de marzo de 1830, dio origen a las parroquias Catedral al Norte o Nuestra Señora de la Merced, de la Catedral al Sur o San Ignacio. El 16 de mayo de 1833 se erigió la parroquia Nuestra Señora de Balvanera.³⁷⁴ A Monseñor Medrano le tocó vivir una época políticamente muy agitada, muy acorralado y determinado por el paternalismo de Rosas.³⁷⁵

El Dr. Escalada, nacido en 1799, fue obispo auxiliar de Buenos Aires desde 1832, último obispo titular desde 1854 (fallecido monseñor Medrano), y el primer arzobispo desde 1866. Fue el Papa Pío IX quien dispuso que la ciudad de Buenos Aires fuese erigida en metrópoli con las diócesis de Córdoba, Salta, San Juan de Cuyo, Paraná y Asunción por sufragáneas.³⁷⁶ Durante su episcopado se fundó el Seminario Conciliar de Buenos Aires cuya dirección pasó a manos de los jesuitas en 1873 y se erigieron varias parroquias en el territorio bonaerense, Ranchos, Chivilcoy, Rojas, e incluso en la isla Martín García (parroquia Nuestra Señora del Carmen, el 20 de mayo de 1859). En la ciudad de Buenos Aires se destaca la

³⁷¹ MEDRANO, Mariano, *Exposición a las Cámaras Legislativas*, en CARBIA, Rómulo D., Op. Cit., pp. 66-67

³⁷² Cfr. CARBIA, Rómulo D., Op. Cit., p. 70

³⁷³ Cfr. ZURETTI, Juan Carlos, Op. Cit., pp. 239 y ss

³⁷⁴ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., pp. 70 y ss

³⁷⁵ Cfr. BRUNO, Cayetano, *Historia de la Iglesia en la Argentina*, X, Buenos Aires, 1975, p. 163

³⁷⁶ Cfr. CARBIA, Rómulo D., Op. Cit., pp. 84 y ss

erección de la parroquia Inmaculada Concepción de Belgrano, cuyos primeros libros parroquiales comienzan en enero de 1859. En abril de 1865 el obispo Escalada bendijo la piedra fundamental del actual templo, *la redonda de Belgrano*.³⁷⁷

1.2. La Iglesia en Buenos Aires en los años inmediatamente anteriores a la epidemia de fiebre amarilla de 1871

Cuando se vio la necesidad de crear los Juzgados de Paz en la ciudad de Buenos Aires, el gobierno acudió al obispo Escalada proponiéndole que coincidieran sus límites con los de las parroquias. Fue así que el Prelado y el Poder Ejecutivo elaboraron un proyecto de ley en forma de decreto para presentar en la Legislatura:

“Su Señoría Ilustrísima y Reverendísima se ha prestado acordar con el gobierno una nueva y completa subdivisión del municipio de esta ciudad en Juzgados de Paz y Parroquias con unos mismos límites (...); igualmente la elección de dos Juzgados de Paz y Parroquias más, que, a causa del incremento de población se han hecho indispensables para el servicio del culto como para la administración de la justicia.”³⁷⁸

Se señalaron trece secciones parroquiales y se crearon dos nuevas parroquias, que fueron la de Santa Lucía en La Boca y la de San Cristóbal.³⁷⁹ El proyecto recibió el carácter de ley el 28 de junio de 1869. Durante la fiebre amarilla se preparó la lucha contra la epidemia considerando las divisiones establecidas por las parroquias, siendo las siguientes: Nuestra Señora de la Merced (catedral norte), San Ignacio (catedral sur), San Nicolás de Bari, Nuestra Señora del Socorro, San Miguel Arcángel, Nuestra Señora de Monserrat, Inmaculada Concepción, San Telmo, Nuestra Señora de la Piedad, Nuestra Señora de Balvanera, Nuestra Señora del Pilar, San Juan Evangelista, San Cristóbal y Santa Lucía en Barracas.³⁸⁰

³⁷⁷ Cfr. BRUNO, Cayetano, Op. Cit., X, pp. 281 y ss

³⁷⁸ Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires, 1869, p. 301

³⁷⁹ El terreno de la parroquia San Cristóbal fue donado por el Coronel Juan Antonio Garretón en la calle San Juan esquina Matheu. En 1870 se construyó una capilla, siendo su primer sacerdote don Natalio Arellano. El templo parroquial se comenzó a construir en 1884, siendo su primer párroco el presbítero doctor Zoilo Caraballo. Ver RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 115

³⁸⁰ Cfr. RUIZ MORENO, *La peste histórica de 1871*, pp.114-115

Desde aquel momento quedó definida la división de la ciudad por parroquias, estructura que durante la epidemia fue la base de la organización sanitaria. Así es que se leía en los diarios de la época:

“Reuniones parroquiales: Se han convocado por los Jueces de Paz, a invitación de la municipalidad con el objeto de arbitrar medidas higiénicas que precaven las parroquias de la invasión de la fiebre amarilla.

La medida es tanto más útil, cuanto que son ya varias las parroquias atacadas. En nuestra esfera, apoyaremos decididamente las medidas higiénicas que dicten esas útiles comisiones.”³⁸¹

“De las doce del día sábado hasta igual hora del domingo, sólo en la parroquia de San Telmo han fallecido de la fiebre 36 personas.”³⁸²

“Comisión de Higiene de la parroquia de La Piedad: Esta comisión suplica a todos los vecinos de la parroquia se sirvan dirigir sus avisos o denuncias de los focos de infección que conozcan a la calle de Solís, n° 18 para tomar inmediatamente las medidas que sean necesarias.”³⁸³

El 26 de setiembre de 1869 Monseñor Escalada partió a Roma a formar parte del Concilio Vaticano I, falleciendo allí el 28 de julio de 1870.

“Otros dirán la historia del santo anciano, cuya muerte acaba de acongojar a este pueblo. Aquí sólo procuraremos interpretar un sentimiento propio de los hombres de nuestra generación. Todos le llamábamos *el Obispo*. Era para nuestro sentido estético el tipo y la encarnación precisa del Pontífice. Él revestía esa grave majestad antes que la vejez le coronara de canas, antes que el tiempo acentuara en su fisonomía la expresión de la fortaleza y de la santidad.(...)

³⁸¹ LR, 7 de febrero de 1871.

³⁸² LN, 7 de marzo de 1871.

³⁸³ Ibid.

Ha muerto. La tierra sorda y opaca nos lo roba. Los que le admiramos siendo niños, hemos perdido al que fue para nosotros el más venerable y el más directo Ministro del Altísimo.”³⁸⁴

Conocida en Buenos Aires la noticia de su muerte en setiembre de ese año, el Cabildo Eclesiástico favoreció en el escrutinio a Monseñor Federico Aneiros para ocupar el cargo de Vicario Capitalar,³⁸⁵ recibiendo la consagración episcopal de manos de Monseñor Fray José Wenceslao Achaval, obispo de Cuyo, el 23 de octubre de aquél año. Sintiéndose Aneiros agobiado por la excesiva carga solicitó al Cabildo un provisor, siendo designado el maestrescuela Ángel Brid, y para la secretaría el canónigo de merced José Domingo César quien luego integró la Comisión Popular.³⁸⁶

Entre 1868 y 1874, a raíz de la revolución española que arrojó del trono a Isabel de Borbón, unos doscientos sacerdotes españoles aportaron a la Argentina, pero pocos de entre ellos eran varones piadosos, cultos y laboriosos. Sin embargo, engrosaron las filas de un número escaso de sacerdotes del clero secular, que en Buenos Aires no eran más de treinta y cinco.³⁸⁷ Indudablemente esta era una de las grandes dificultades de la Iglesia en la ciudad, sacerdotes muy poco formados debido a que la existencia del Seminario Eclesiástico de Buenos Aires fue entre 1810 y 1850 más nominal que real.³⁸⁸

1.3 Las nuevas congregaciones religiosas

“Fue un acontecimiento de singular trascendencia para el catolicismo de todo el país la llegada de institutos religiosos con finalidad educativa y pastoral, a despecho de la oposición, en parte del gobierno, y sobre todo de la prensa hostil y sectaria.”³⁸⁹

Con el crecimiento de la ciudad de Buenos Aires, se produjo el establecimiento de diversas órdenes y congregaciones religiosas: desde 1580 están instalados los franciscanos,

³⁸⁴ ESTRADA, José Manuel, *El Arzobispo Escalada*, en *Revista Argentina*, IX, Buenos Aires, 1870, pp. 39 y 42

³⁸⁵ Cfr. BRUNO, Cayetano, Op. Cit., X, pp. 76 y ss

³⁸⁶ Cfr. Ibid

³⁸⁷ Cfr. FURLONG, Guillermo, *El catolicismo argentino entre 1860 y 1930*, en ANH, *Historia Argentina contemporánea*, Buenos Aires, 1964, pp. 251-252

³⁸⁸ Ibid.

³⁸⁹ BRUNO, Cayetano, Op. Cit., X, p. 294

desde 1601 los mercedarios, los dominicos desde 1602, en 1607 los jesuitas. En cuanto a las congregaciones femeninas en 1738 se comenzó a edificar el monasterio de clausura que en 1745 ocuparían las monjas dominicas, llamadas popularmente catalinas; las clarisas vienen a la ciudad en 1749 (en 1753 se instalan junto a la iglesia de San Juan Bautista), las Hijas del Salvador en 1795 y las Carmelitas de la Tercera Orden desde 1812.³⁹⁰

El 24 de febrero de 1856 llegan a Buenos Aires desde Irlanda las Hermanas de la Misericordia, *Sisters of Mercy*, una comunidad de ocho religiosas, que abren una escuela de niñas, se hacen cargo del hospital irlandés, del hospital de mujeres, y en el año 1858 con ocasión de las epidemias, también del Lazareto. Estas religiosas durante casi dos años, 1856 y 1857, apoyadas por el Padre Antonio Fahy, dominico irlandés (1805-1871), frente a una virulenta campaña antirreligiosa, sostenían ante las autoridades del estado, poder ejecutivo y cámaras legislativas, una tenaz gestión pública hasta conseguir que se les reconozca el derecho de establecerse en Argentina.³⁹¹ Habían sido tratadas de monjas exóticas, extemporáneas a la modernidad e infractoras de las leyes del Estado para ingresar al país. Fue el doctor Vélez Sársfield quien se hizo cargo del problema y resolvió a través de un dictamen la situación de las hermanas: se definió que conformarían una asociación religiosa bajo los estatutos que se dieran voluntariamente, sujetándose a la autoridad del prelado de la Iglesia. De esta manera la ley civil distingue entre estas asociaciones y los conventos. Vélez aclaró que el problema había surgido porque el gobierno había entendido que las recurrentes pedían licencia para la fundación de un convento de monjas, es decir de una entidad jurídica en que las personas profesarían por votos solemnes la vida conventual, y que para esto se requería de la aprobación expresa del gobierno y de las cámaras legislativas, a quienes debían presentar sus constituciones.³⁹²

Este dictamen de Vélez Sarsfield fue de gran importancia ya que a partir de él, muchas congregaciones religiosas pudieron entrar al país como inmigrantes, dedicándose a las actividades de sus institutos, organizándose como asociaciones civiles para fines lícitos y reconocidas por la autoridad civil como personas jurídicas. Este reconocimiento no convertía sus casas en conventos, ni sus institutos en órdenes, ni a sus miembros en religiosos, en el

³⁹⁰ Cfr. EL INDICADOR ARGENTINO, *Guía general de servicios de Buenos Aires y plano de la ciudad (1870-1871)*, Buenos Aires, 1871.

³⁹¹ Cfr. USSHER, Mons. Santiago M., *Las Hermanas de la Misericordia*, Buenos Aires, 1955, p. 35

³⁹² Cfr. *Ibid.*, pp. 37 y ss

sentido de las leyes civiles de la Nación o de las provincias. Así se abrió la puerta para las demás comunidades que luego se radicaron aquí.

El 4 de noviembre de 1856, procedentes de Bayona, Francia, desembarcaron ocho religiosos de la Congregación del Sagrado Corazón. Eran cinco sacerdotes: Diego Barbé, Juan B. Harbustan, Simón Guimón, Luis Larrouy y Pedro Sardoy, un clérigo estudiante Juan Magendie y dos hermanos coadjutores. Fundaron enseguida su histórico Colegio San José y les fue encomendada la atención espiritual de la colectividad vasca. Poco antes de su llegada, el Padre Fahy escribía desde Buenos Aires:

“Estamos esperando la llegada de seis misioneros que envía el obispo de Bayona (...)La noticia de que vienen al país hombres de esa clase causa una gran satisfacción. Tendrán a su cargo una hermosa raza de gente, que desgraciadamente ha sido descuidada durante muchos años. Están mejor instruidos en su religión los vascos que nuestro pueblo.”³⁹³

Actuaron al principio en las Iglesias de la Merced y San José de Flores. En setiembre de 1862 tomaron la Iglesia de San Juan Bautista, que pasó a ser un lugar de cita y encuentro de vascos y franceses en Buenos Aires y foco de intensa espiritualidad. La obra más importante de los padres Bayonenses fue el Colegio de San José, fundado el 19 de marzo de 1858, próximo a la parroquia de Balvanera. Eligieron ese lugar por estar cerca de la plaza Miserere, donde los vascos que llegaban de San José de Flores, descargaban sus tarros de leche. Fue el primer centro docente fundado después del gobierno de Rosas y anterior a todos los colegios Nacionales, que recién comenzaron a abrirse en 1863.³⁹⁴ Los textos escolares que publicaron revolucionaron los métodos didácticos vigentes.

El instituto de las Hermanas del Huerto fue fundado por San Antonio María Gianelli, en Chiavari, Italia, en 1829, con el nombre de Hermanas de Caridad Hijas de María Santísima del Huerto.³⁹⁵ Su ingreso al país lo gestionó la Sociedad de Beneficencia en 1858 a través de su Presidenta, la señora Josefa del Pino y de un grupo de laicos comprometidos encabezados por Juan Ramón Gómez, Presidente de la Comisión de Caridad del Hospital de Montevideo.

³⁹³ USSHER, Mons. Santiago M., *Biografía de Antonio Domingo Fahy, o.p.*, Buenos Aires, 1952, p. 133

³⁹⁴ Cfr. SARTHOU, Bernardo, *Historia centenaria del Colegio San José de Buenos Aires, 1858-1958*, Buenos Aires, pp. 29-55

³⁹⁵ Importa retener el matiz “Hermanas de Caridad” para discernir en los documentos de la época si las referencias o alusiones van dirigidas a éstas o a las Hijas de la Caridad, llamadas también a veces Hermanas de la Caridad.

El obispo de Buenos Aires, Monseñor Escalada, escribe a la Madre María Catalina Podestá, el 18 de marzo de 1858:

“Estoy satisfecho con la venida de las Hijas de María porque, con sus virtudes, ayudarán a edificar el pueblo de Buenos Aires. Alimento grandes esperanzas en la concreción de este evento. También las señoras de la Sociedad de Beneficencia están empeñadas a conseguir fondos para este fin y yo mismo ayudaré con gusto. No dude V.R. de mi disposición para servir a todo lo que pertenece a este Santo Instituto como también de dar exacto cumplimiento a cuanto fue prometido, en el documento enviado por la Sociedad de Beneficencia, creo que ya lo tiene en sus manos, pues estoy convencido de las ventajas que las Hijas de María proporcionarán a mi Diócesis.”³⁹⁶

Llegaron al año siguiente y comenzaron por tomar a su cargo el Hospital de mujeres; en 1860 un segundo grupo de hermanas se hicieron cargo de los 298 niños de la Casa de Niños Expósitos y otras del Hospital de Dementes de la Convalecencia. Con ocasión de la batalla de Pavón en setiembre de 1861, el Instituto del Huerto ofreció su colaboración para atender a los heridos. Aceptado su ofrecimiento por el ministro de Gobierno Pastor Obligado, las hermanas trabajaron arduamente en San Nicolás de los Arroyos atendiendo las ambulancias y hospitales de campaña.³⁹⁷

El 13 de setiembre de 1859, a pedido de las autoridades municipales de la ciudad de Buenos Aires, para encargarse del Hospital de Hombres, al lado de la iglesia de San Telmo, llegaron desde Francia, once Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul. Vinieron acompañadas por dos sacerdotes de la Congregación de la Misión, lazaristas franceses, padres Antonio Laderriere y Luis María Mallevall, quienes fundaron aquí su instituto.³⁹⁸ El viaje se había realizado en virtud de un convenio firmado por el Superior General de la Congregación de la Misión, Padre Juan Bautista Etiènne, la Hermana Augustina Devos, Superiora General de las Hijas de la Caridad, y el encargado de negocios en París del estado de Buenos Aires, Mariano Balcarce, quien por resolución de las autoridades municipales, gestionó su traslado. El convenio constaba de 17 artículos en los que se exponen y detallan las condiciones que han

³⁹⁶ ESCALADA, Mons. Mariano José, *Carta a la Madre Clara Podestá*, Archivo Casa Provincial de la Congregación Hijas de María del Huerto, en adelante A.P.H.M.H

³⁹⁷ Cfr. BRUNO, Cayetano, Op. Cit., X, pp. 304-305

³⁹⁸ Cfr. USSHER, Santiago M., *Las Hermanas de la Misericordia*, Buenos Aires, 1955, p.20

de acompañar los preparativos, el viaje, la estadía y desenvolvimiento de la doble familia de San Vicente de Paul en Buenos Aires. Los primeros artículos expresan el espíritu con el que vendrán, los últimos definen cuál será su trabajo apostólico específico, todo en comunión profunda con el obispo Escalada, representado por Balcarce en la firma del convenio.

“Artículo III: La Congregación de la Misión como la Compañía de las Hijas de la Caridad en Buenos Aires se colocan bajo el patrocinio del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Obispo de Buenos Aires, y su Excelencia Reverendísima que les ofrece con tanta benevolencia su alta protección, promete ejercerla en todos los puntos a los que se extiende su autoridad.”

399

Obra enteramente independiente de la anterior fueron las llamadas Conferencias Vicentinas, establecidas también en Buenos Aires en 1859, y cuyo fin era la santificación de sus miembros por medio de la visita a los pobres. Los iniciadores de esta tan modesta pero trascendental obra fueron doce caballeros (cuatro sacerdotes y ocho laicos) de la ciudad, a cuyo frente se hallaba don Felipe Llavallol.⁴⁰⁰ A los pocos meses figuraron en su registro más de cincuenta católicos de las familias porteñas más conocidas.

A la vez, en estos años la provincia argentina de la orden dominica, disuelta por las disposiciones arbitrarias de la llamada reforma rivadaviana, se reconstituye bajo el impulso de Fray Olegario Correa y activa colaboración del Padre Fahy. Para participar en esta reorganización arriban desde Europa dos religiosos franceses. Años más tarde Fray Olegario fue preconizado obispo de San Juan de Cuyo. Simultáneamente en la orden franciscana ocurre un movimiento activo similar inspirado por dos religiosos, luego obispos diocesanos de San Juan y Salta., Fray Nicolás Aldazor y Buenaventura Risso Patrón respectivamente.⁴⁰¹

En 1860 el presidente Derqui escribió al Papa Pío IX y al General de la Compañía de Jesús, solicitándoles el envío de Jesuitas a fin de que se hagan cargo de la conversión de los indios y de la educación de los jóvenes, para lo cual abrieron en 1862 el Colegio de la Inmaculada en la ciudad de Santa Fe, y en 1868, el Colegio del Salvador en Buenos Aires.⁴⁰² Los sacerdotes que más contribuyeron a la fundación de este importante colegio de la ciudad

³⁹⁹ Archivo Provincial de las Hijas de la Caridad, en adelante A.P.H.C., *Contrato fundacional*, en el Rubro *Contrato*, Casa Central de la Argentina.

⁴⁰⁰ Cfr. FURLONG, Guillermo, Op. Cit., p. 257

⁴⁰¹ Cfr. USSHER, Santiago M., Op. Cit., pp.20 y ss

⁴⁰² Cfr. FURLONG, Guillermo, Op. Cit., p. 258

de Buenos Aires fueron el Padre José Sató y el Padre Juan Coris. Debieron enfrentar la hostilidad periodística que arremetió contra ellos cuando se supo de su regreso al país y de sus proyectos evangelizadores. Félix Frías y otros defendieron a la Compañía de Jesús de estos ataques públicos.⁴⁰³

1.4 La masonería

“Desde 1856 hasta 1878 en forma velada, pero en forma clara y palpable desde esa postrera fecha, se percibe en los acontecimientos de la historia argentina, especialmente en la de Buenos Aires, esa fuerza supergubernamental, de la que solían partir las resoluciones más trascendentales y el triunfo o el fracaso de los hombres de acción.”⁴⁰⁴

Desde la caída de Rosas existieron en el país logias masónicas; su auge y extraordinario dominio de la política argentina partió de la Magna Tenida, reunión importante de todos los miembros de las logias de Buenos Aires, del 21 de julio de 1860, realizada bajo la presidencia de Roque Pérez.

Sin embargo, aunque no con la regularidad de una asociación perfectamente constituida, la masonería dejó señales de sus prácticas durante la época de Rosas. La asociación secreta *La Joven Argentina*, o *La Joven Generación Argentina*, como se llamó en sus primeros tiempos la *Asociación de Mayo*, constituía para algunos historiadores, una logia masónica.⁴⁰⁵ Sus integrantes debieron emigrar a países vecinos desde donde continuaron enfrentando al dictador, pero, otros que permanecieron en Buenos Aires formaron la logia *Club de los Cinco*; sus integrantes eran: Carlos Tejedor, Enrique Lafuente, Jacinto Rodríguez Peña, Rafael Jorge Corvalán y Santiago R. Albarracín.⁴⁰⁶

Después de Caseros, no fueron los masones argentinos los primeros en organizarse, sino los masones franceses, los cuales fundaron la logia *Amie des Naufragues*. Por su parte, en 1853, un núcleo de caballeros ingleses fundaban la logia *Excelsior* y luego la *Estrella del Sur*.

⁴⁰³ FURLONG, Guillermo, *Historia del Colegio del Salvador*, Tomo II, Buenos Aires, 1944, pp. 9-12

⁴⁰⁴ FURLONG, Guillermo, Op. Cit., p.260

⁴⁰⁵ Cfr. CHAPARRO, Félix, Op. Cit., pp. 119 y ss

⁴⁰⁶ Ibid.

A la vez, hay indicios y referencias de que los españoles y los italianos también habían formado sus logias.⁴⁰⁷

A instancias de Sarmiento que había regresado al país en mayo de 1855, y que pertenecía en Chile a la logia *Unión Fraternal*, y del periodista y poeta Palemón Huergo, se procedió, a principios de 1856, a la apertura de una logia con integrantes argentinos llamada *Unión del Plata*. Desde ese momento comienza la segunda etapa fundacional, la del proselitismo.

El 27 de noviembre de 1856 se fundó la segunda logia porteña: *Confraternidad Argentina*. Al año siguiente se produjo un cisma masónico, por enfrentamientos entre las logias y desconocimiento, por parte de la *Confraternidad Argentina*, de su logia madre.⁴⁰⁸

Resuelto el conflicto por el Presidente del Consejo Provisorio de la logia, el doctor José Roque Pérez, se fundaron en Buenos Aires otras logias, que demuestran claramente el auge que iban cobrando en la ciudad: la *Consuelo del Infortunio*, la *Tolerancia*, la *Regeneración* y *La Constancia*.⁴⁰⁹

Sin duda, uno de los acontecimientos más importantes de la masonería argentina fue la antes mencionada Magna Tenida del 21 de julio de 1860, realizada en el local del antiguo Teatro Colón, sede de los masones, bajo la presidencia de Roque Pérez. En esa histórica reunión el Supremo Consejo de la masonería confirió el grado 33 a importantes personalidades del quehacer nacional: al Presidente de la Nación, Santiago Derqui; al gobernador del Estado de Buenos Aires, Bartolomé Mitre; al ministro de Gobierno de Buenos Aires, Domingo F. Sarmiento; al ministro de Guerra del mismo Estado, Juan Andrés Gelly y Obes; y se regularizó en el mismo grado al gobernador de Entre Ríos, Justo José de Urquiza.⁴¹⁰ La relevancia de esta reunión radica en que, según las opiniones, la masonería porteña tenía el objetivo de sellar la unidad nacional entre Urquiza, Derqui, Mitre y Sarmiento.⁴¹¹ Acontecimientos posteriores intentan explicarse desde esta reunión masónica en la que se habría realizado un compromiso, entre ellos el abandono de la batalla de Pavón por parte de Urquiza, o la renuncia de Derqui a la Presidencia.⁴¹²

⁴⁰⁷ Cfr. ROTTJER, Aníbal A., *La masonería en la Argentina y en el mundo*, Buenos Aires, 1983, p. 289

⁴⁰⁸ Cfr. CHAPARRO, Félix, Op. Cit., pp. 134-135

⁴⁰⁹ Ibid, p. 136

⁴¹⁰ Cfr. CASTRO, Antonio, *Urquiza y la masonería*, en *Historia*, 2, 1955, Buenos Aires, p. 18

⁴¹¹ Cfr. PALCOS, Alberto, *Sarmiento, la vida, la obra, las ideas, el genio*, Buenos Aires, 1929, p. 313

⁴¹² Cfr. CHAPARRO, Félix, Op. Cit., p. 146 y ss, y ROTTJER, Aníbal A., Op. Cit., pp. 292 y ss

Junto con esto, merece destacarse la labor filantrópica de la masonería en esos años. En 1857 una epidemia de fiebre amarilla azotó la ciudad de Montevideo que, durante los meses de abril y mayo cobró 300 víctimas en Buenos Aires. El presidente de la Orden, Roque Pérez convocó a todas las logias y respondieron al flagelo a través de donaciones de dinero, con la construcción de un lazareto y con el servicio de los médicos masones. El hermano doctor Salustiano Cuenca, profesor de la Facultad de Medicina, falleció por el mal adquirido por contagio en la atención de los enfermos.⁴¹³

En marzo de 1861 un terremoto destruyó la ciudad de Mendoza. Nuevamente las logias se organizaron y colaboraron con colectas y ropa para el auxilio de las víctimas.

La masonería también intervino en la ayuda al pueblo paraguayo que sufría las consecuencias de la guerra, organizando una Comisión de Beneficencia que luego conformaría la *Logia Unión Paraguaya*. Ayuda similar prestaron durante la epidemia de cólera de los años 1867 y 1868 en Buenos Aires.⁴¹⁴

Indudablemente la mayor estructura humanitaria, la masonería porteña la organizó durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871 a través de la Comisión Popular de Salubridad de Buenos Aires, en la que se reunieron, a instancias del periodismo de la ciudad, los más ilustres representantes de las diversas logias.⁴¹⁵

Durante la epidemia y posteriormente con más fuerza, se resaltó la labor de esta comisión, en detrimento del clero, de las congregaciones religiosas y de otras organizaciones como la Sociedad de Beneficencia, que también protagonizaron la lucha contra la epidemia de manera desinteresada y en contacto continuo con los enfermos, incluso corriendo riesgo la propia vida.

Ya en los meses de la epidemia se escribían loas a los masones integrantes de la Comisión Popular:

“LOS HEROES DE LA CARIDAD

Ante el dolor sin nombre y sin ejemplo

Que habita de la Patria en el santuario,

Cuando trepa gimiendo a su calvario

⁴¹³ Cfr. CHAPARRO, Félix, Op. Cit., p. 143

⁴¹⁴ Cfr. Ibid, pp. 160- 168

⁴¹⁵ Ut supra, pp. 69 y ss

La mártir de la tierra de Colón:
Entre los labios la palabra espira,
El alma olvida su viril grandeza,
I en su enlutado manto de tristeza,
Se envuelve sollozando el corazón.

Pero en medio a esta noche de agonías,
Sobre el pueblo de Mayo desplegada,
La esperanza sin hijos desolada,
Ha encontrado un asilo bienhechor:
Un grupo de valientes ciudadanos
La abrigan en sus almas toda entera,
Para esparcir sus átomos doquiera,
Que se doblen las frentes al dolor.

Como el rayo de sol que se desprende
Al través del crespón de la tormenta
I brilla en los espíritus, i alienta,
Al débil con su bálsamo de luz:
Ellos alumbran el sombrío cuadro,
Ellos consuelan al que sufre i llora,
I siguen en su marcha redentora,
La huella luminosa de Jesús.
(...)

Ah! Yo venero el nombre de los héroes
De amor i caridad: la patria mía,
En sus horas de prueba i de agonía
Los ha visto en el ara de su altar:
De la madre amorosa i angustiada
El grito de dolor no se ha perdido:
Ellos al borde de la tumba han ido
Los hijos de esa madre a rescatar.

Mas; ai! En esta lucha de gigantes,

Por tanto sacrificio consagrado,
Algunos han caído: la jornada
Sus mártires ofrece a la virtud:
Sus mártires sublimes que arrancando
A la muerte la victima elegida,
Alzaron al enfermo con su vida,
I ocuparon sonriendo su ataúd!

¡Apóstoles del bien, benditos séais!
Cuando amanezca el día del reposo,
La gratitud del pueblo generoso
Os dará el conquistado galardón:
A los vivos la gloria inmarcesible
Que el hálito del mal jamás empaña;
A los muertos el llanto con que baña
Las tumbas en que ha puesto el corazón.”⁴¹⁶

En los diarios de la época pueden leerse muchos avisos en los que las logias invitan a sus reuniones para organizar las diversas actividades en contra de la epidemia; lo insólito es que se los puede hallar inmediatamente antes o después de noticias de tipo religioso o eclesial:

“Predicadores: Durante la Cuaresma predicarán en la Iglesia de San Miguel, los domingos y días festivos el presbítero D. Luis Copelo y los viernes el de igual clase D. Gabriel Seguí.

Logias: Se reúnen esta noche las Logias masónicas Progreso, Tolerancia y Estrella del Oriente.”⁴¹⁷

“Logias: Luego a la noche deben reunirse las logias masónicas Amigos de la Verdad, Regeneración y Excelsior.

Cura: D. Nicolás Palmilleri va a ser nombrado cura de Saladillo.

⁴¹⁶ AGN, legajo 2679, CORONADO, Martín, *A los dignos ciudadanos que componen la Comisión Popular de Salubridad de Buenos Aires*, 1871, en. La ortografía corresponde al original.

⁴¹⁷ LP, 24 de febrero de 1871.

Licencias: Por la Curia eclesiástica se le ha extendido licencias para ejercer su ministerio en esta Arquidiócesis al R. P. Fray Jesús Estévez, recientemente llegado de Roma.”

418

Durante la epidemia los diarios fueron los mayores defensores de las ideas masónicas, ya sea resaltando en extremo sus actividades, ya sea reduciendo notablemente las noticias sobre la labor eclesial en esos meses o marcando duramente los errores que los sacerdotes, religiosos o laicos cometían, incluso haciendo notar hechos de escasísima relevancia pública.

“Tomá mate ché: Un cura de Belgrano en la misa de 10, como se rompió la cortinilla que cubre el Santísimo se arremangó la casulla y se trepó al altar mayor para arreglarla. La mayor parte de las señoras presentes se escandalizaron de la falta de moral de aquel prelado que olvidando el sagrado acto que ejecutaba, faltaba al mismo tiempo al decoro y decencia de las personas presentes.”⁴¹⁹

“Lo que más cuesta hoy en Buenos Aires es el morirse (...) 4500 pesos por un acompañamiento modesto, 4500 pesos que se cobran antes de efectuarse el servicio fúnebre. Encima, un capellán que estira su mano pidiendo algo, en recompensa de su deber, e interrumpiendo el silencio de dolor que reina en torno de cada tumba.”⁴²⁰

Hay que tener en cuenta la cantidad de publicaciones que había en la época: en 1867 habían aparecido 15 periódicos nuevos, en 1868 fueron 13 los que vieron la luz, en 1869, 21 y en 1870, 13 nuevas publicaciones, todas con distintas posturas frente a los gobiernos de turno, pero la mayoría coincidentes en la defensa de ideas masónicas y liberales.⁴²¹

Uno de los diarios más duros con la Iglesia y a la vez acérrimo defensor de la masonería fue el diario *La República*, dirigido por el periodista chileno Manuel Bilbao, y en cuya redacción trabajaba Mardoqueo Navarro, autor del *Diario de la epidemia*. Expresa claramente el 21 de marzo de 1871:

⁴¹⁸ Ibid, 1 de marzo de 1871.

⁴¹⁹ LR, 8 de febrero de 1871.

⁴²⁰ LN, 6 de mayo de 1871.

⁴²¹ Cfr. FURLONG, Guillermo, *El periodismo entre los años 1860 y 1930*, en ANH, *Historia Argentina Contemporánea*, tomo II, Buenos Aires, 1966, p. 195

“Somos los primeros en condenar la relajación del clero, la prostitución del sacerdocio, la hipocresía de su sistema, la degradación de su carácter.

Y cuando hemos lanzado nuestras ideas en la prensa sobre estos tópicos, créasenlos, lo hemos hecho en conocimiento de causas y efectos: a la verdad sabida y buena fe guardada.

(...) Se ha de resaltar la lista de aquellos que nada han hecho en el momento supremo por el pueblo cuya credulidad inocente explotan durante el año, desde la cuna hasta la tumba, desde *el ego te baptiso hasta el requiescat*.”⁴²²

1.4.1 El Presidente Sarmiento y la Iglesia

Con motivo de las ideas religiosas y de la filiación a la masonería que tenía Sarmiento, su elección como Presidente de la Nación generó muchos recelos y ciertos miedos en distintos sectores católicos y en la prensa religiosa.⁴²³ Es por ello que al ser electo y dos semanas antes de asumir, afirmaba frente a los masones en el banquete de la *Logia Constancia*:

“Llamado por el voto de los pueblos a desempeñar la primera magistratura de una república que es, por su mayoría, del culto católico, necesito tranquilizar a los timoratos que ven en nuestra institución una amenaza a las creencias religiosas. (...)”

“Si la masonería ha sido instituida para destruir el culto católico, desde ahora declaro que no soy masón. Declaro además que, habiendo sido elevado a los más altos grados conjuntamente con mis hermanos los generales Mitre y Urquiza, por el voto unánime de los venerables Hermanos, si tales designios se ocultan aún a los más altos grados de la masonería, esta es la ocasión de manifestar que, o hemos sido engañados miserablemente, o no existen tales designios ni tales propósitos. Y yo afirmo solemnemente que no existen, porque no han podido existir, porque los desmiente la composición misma de esta grande y universal confraternidad.”

“Hechas estas manifestaciones para que no se crea que disimulo mis creencias, tengo el deber de anunciar a mis hermanos, que desde hoy en adelante me considero desligado de toda práctica o sujeción a estas sociedades.”

⁴²² LR, 21 de marzo de 1871.

⁴²³ Cfr. FURLONG, Op.Cit., pp. 68 y ss

“Llamado a desempeñar altas funciones públicas, ningún reato personal ha de desviarme del cumplimiento de los deberes que me son impuestos; simple ciudadano, volveré un día a ayudaros en vuestras filantrópicas tareas.”⁴²⁴

Por un lado, Sarmiento pretendía tranquilizar a los católicos afirmando que la masonería no estaba en contra del catolicismo y la Iglesia; por otro, informaba a sus hermanos masones que como Presidente sostendría la religión católica tal como se lo pedía la Constitución Nacional.

El sanjuanino no veía como un problema las condenas unánimes de la Santa Sede respecto a las sociedades secretas y la masonería; sostenía que se podía no coincidir con las objeciones que la Iglesia lanzaba ya desde el siglo XVIII respecto a este tema. Así el Papa Pío IX había elaborado en 1864 un sílabo o compendio de los errores y falsas doctrinas más comunes en aquella época, entre los que incluye, calificando de *pestilencial doctrina* a la masonería.⁴²⁵

En líneas generales, Sarmiento no tuvo roces con la Iglesia. Colaboró en la creación de tres seminarios, uno de los cuales fue el de San Buenaventura en Salta, que se inauguró en mayo de 1874 y vio con buenos ojos que los jesuitas de Santa Fe abrieran una Universidad inaugurando una Facultad de Jurisprudencia, la que funcionó sin problemas durante su presidencia.⁴²⁶

Las relaciones con el arzobispo Aneiros fueron en general cordiales y correctas, a pesar de haber querido, en su momento, que fuese elegido arzobispo de Buenos Aires fray Mamerto Esquiú, quien se negó al cargo.⁴²⁷

Sarmiento consideraba mucho más valiosa la cultura norteamericana en detrimento de la tradición hispano-católica, por eso fomentó e introdujo maestras protestantes en el país, que fueron provocando la descristianización de la educación. Con el tiempo, los efectos de una educación sin principios religiosos y sin base moral se harían notar.⁴²⁸

Durante su presidencia fue recrudeciendo una lucha desigual entre los elementos antirreligiosos que disponían de casi toda la prensa en Buenos Aires, y el sector católico y sus

⁴²⁴ SARMIENTO, Domingo F., *Discurso en la Logia Constancia*, en Op. Cit., XXI, Buenos Aires, 1899, pp. 252-257

⁴²⁵ DH. 2918a

⁴²⁶ Cfr. FURLONG, Guillermo, Op. Cit., p.264

⁴²⁷ Cfr. CAMPOBASSI, José S., Op. Cit., p. 176.

⁴²⁸ Cfr. FURLONG, Guillermo, Op. Cit., p.264 y BRUNO, Cayetano, Op. Cit., p.74

obispos y sacerdotes que se fue acrecentando con los años.⁴²⁹ De parte del gobierno no se vio que se trate de frenar esta situación cada vez más tensionante.⁴³⁰

A pesar de todo, Sarmiento cumplió escrupulosamente con el mandato constitucional de sostener la religión católica, desenvolviéndose las relaciones entre la Iglesia y el Estado de manera normal y sin tropiezos, mereciendo un reconocimiento el 11 de octubre de 1874, último día de su presidencia, de parte del arzobispo Aneiros:⁴³¹

“No puedo dejar pasar este último día de su presidencia, sin presentar, sólo por los impulsos de mi conciencia, una demostración de respeto y profunda gratitud por los servicios del genio, del patriotismo y actividad que distinguen y coronan el gobierno de Vuestra Excelencia.”

“La Iglesia que represento debe también a Vuestra Excelencia consideraciones de respeto, franquicias y protección que no olvidaré, sin que haya uno solo que pueda quejarse en toda la república, de la menor desatención e injusticia.”⁴³²

2. Labor de la Iglesia al comienzo de la epidemia: febrero-marzo de 1871

2.1 Primeras disposiciones

“Mientras las comisiones parroquiales y las autoridades se preocupan por combatir los estragos de la fiebre, el clero también ha querido hacer oír su palabra. El clero no ha ofrecido ni dinero, ni servicios personales, pero ha recomendado a los incautos que hagan alguna limosna en cambio de la dispensa del ayuno.”⁴³³

⁴²⁹ Guillermo FURLONG en *El catolicismo argentino entre 1860 y 1930*, p 264, pone dos ejemplos de las consecuencias de ese resentimiento y rechazo hacia los católicos: en 1880 un obispo fue apedreado y un sacerdote asesinado.

⁴³⁰ Cfr. Op. Cit., p 74

⁴³¹ Cfr. PALCOS, Alberto, *Presidencia de Sarmiento*, en ANH, *Historia Argentina Contemporánea*, Buenos Aires, pp.140-141

⁴³² Archivo del Museo Histórico Sarmiento, *Epistolario entre Sarmiento y Posse*, tomo 2, Buenos Aires, 1946

⁴³³ LR, 9 de marzo de 1871.

La falsedad de estas palabras se demuestra claramente con los hechos históricos que se produjeron en esos días. Incluso ya la epidemia había cobrado una de sus primeras víctimas en un sacerdote preclaro, el padre Antonio Domingo Fahy, fallecido el 20 de febrero.⁴³⁴

De la misma manera que los médicos debatieron sobre si la epidemia era o no de fiebre amarilla hasta por lo menos los primeros días de marzo, y la ciudadanía en general seguía participando imprudentemente de los carnavales como si nada ocurriese, la Iglesia también fue asumiendo la gravedad del drama a medida que los días avanzaban y el número de víctimas iba en aumento.

Desde principios de febrero en algunas parroquias se organizaron novenas y se rezaron misas para pedir la desaparición de la fiebre y el buen tiempo ya que copiosas lluvias azotaban la ciudad.

“El Capellán de Santa Lucía invita a rezar para pedir la lluvia y la desaparición de la epidemia en la Parroquia de San Telmo.”⁴³⁵

Sin embargo, y aunque aún no había una organización cierta contra la peste, no faltaron las voces que criticaron duramente este accionar espiritual de la Iglesia acusándola de inerte y sosteniendo que era inútil rezar. Mardoqueo Navarro se hace eco de estas críticas afirmando:

“Día 11 de marzo: El Clero hace rogativas y la peste víctimas.”⁴³⁶

“¡Nos hemos salvado!: El clero católico está tomando medidas salvadoras a favor del pueblo. Ayer han empezado en la Catedral las Rogativas por la conclusión de la peste. Se ha dispuesto que los señores Sacerdotes digan en las misas las oraciones *pro tempore pestilentiae et mortalitatis*. Se va a dar principio a la novena de San José. La mundana grey debe admirar con estática gratitud a los representantes de Jesús en la tierra. Nos han salvado.”⁴³⁷

⁴³⁴ Cfr. MULHALL, Miguel, *El Padre Fahy*, en *Revista Argentina*, Tomo X, Buenos Aires, 1871, p. 509

⁴³⁵ LN, 12 de febrero de 1871. Este sacerdote será el futuro arzobispo de Buenos Aires, Monseñor Mariano Antonio Espinoza.

⁴³⁶ DMN.

⁴³⁷ LR, 12 de marzo de 1871.

A pesar de este clima hostil, las distintas parroquias fueron organizando sus actividades pastorales de cuaresma teniendo muy en cuenta la difícil situación que se había comenzado a vivir en la ciudad.

El 1 de marzo el obispo Aneiros dispensó del ayuno cuaresmal a quienes ofrecieran dinero para ayudar a la atención de los enfermos.⁴³⁸

Respecto a las donaciones, cabe destacar la generosa ofrenda de la Orden Tercera de San Francisco que el 16 de marzo entregó a la Comisión Popular la suma de cinco mil pesos moneda corriente y la alcancía de San Roque dándole la llave. Esto cobra más importancia aún si se comparan las sumas de dinero de distinta procedencia que la Comisión Popular recibió durante la primera quincena de marzo.⁴³⁹

En los últimos días de marzo, ya arreciaba la epidemia. Se realizaron consultas entre el gobernador Emilio Castro y representantes de la Comisión Municipal, el Consejo de Higiene Pública, la Facultad de Medicina y la Comisión Popular. Resultado de estas consultas fue el definitivo decreto sobre la organización médica que se firmó el 31 de marzo, con la aprobación de Monseñor Aneiros. Los médicos, a partir de la firma de este decreto, en su artículo 3º, residirían en las casas parroquiales, por ser lugares bien conocidos por la población y de fácil ubicación. A su vez, las Comisiones parroquiales de Higiene nombrarían una persona con la obligación de establecerse permanentemente en las iglesias junto al médico para tomar los mensajes en su ausencia o indicar el punto donde se encuentra si por la atención del servicio no se hallara en la parroquia.⁴⁴⁰

Cuando los facultativos se instalaron para atender los llamados de los enfermos en las casas parroquiales, los sacerdotes carecieron del más indispensable descanso.⁴⁴¹

Junto con todo esto, no puede dejar de mencionarse la disposición de la mayoría de los sacerdotes para visitar los enfermos y consolarlos en su agonía, llevándoles el sacramento de la Unción, y administrándoles la Eucaristía. Esto es mencionado en los diarios de la época, con un tono crítico, pero que a la vez demuestra la asistencia sacerdotal a los moribundos.

⁴³⁸ Cfr. DMN. y LP, 24 de febrero y 1 de marzo de 1871.

⁴³⁹ Cfr. UDAONDO, Enrique, *Crónica histórica de la Venerable Orden Tercera de San Francisco en la República Argentina*, Buenos Aires, 1920, pp. 105-106

⁴⁴⁰ Cfr. *Doce médicos heroicos, Recuerdos de la epidemia de la fiebre amarilla*, en Esquiú, 576, Buenos Aires, mayo de 1971.

⁴⁴¹ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 283

“La campanilla del sacramento: Se nos pide la publicación de lo siguiente: Sr. Redactor de La República, Muy Señor mío:

Dispéñeme Sr. que en las circunstancias tan críticas que atravesamos me permita llamar la atención de V. Hacia un punto que bien lo merece.

En una época tan aflictiva como la que presenciarnos, en la que todos los corazones están sobresaltados, ¿no es un abuso que cometen los señores curas al llevar el sacramento a los enfermos, de ese aparato lúgubre de que se rodean, con las hachas encendidas y los faroles mugrientos, a guisa de procesión, siendo lo que más acongoja, el tañido de la repelente campanilla?

Anoche mismo ha sido causa de ese fatal instrumento para hacer espiar una pobre enferma, sobrecogida de terror al oír que pasaba el sacramento. El terror que se apoderó de ella le causó una descomposición de tal naturaleza, que no alcanzó a durar diez minutos, y no porque su estado fuese de tanta gravedad.

En todos los países cultos una de las primeras medidas que se han tomado en épocas dolorosas de epidemias, es suprimir ese instrumento con que se sobrecoge el espíritu hasta de los que están buenos. Salga en buena hora el sacramento para todo el que lo solicite, pero suprimáse por el bien común ese aparato y ese campanilleo tan aterrante como inútil.

Sírvase Sr. Redactor apoyar esta posición tan justa y tan conforme con los progresos de la civilización. Saluda a V. Con toda consideración. Un suscriptor.”⁴⁴²

Años después, en uno de los debates de la Convención Constituyente de Buenos Aires, se puso en discusión la cuestión de la separación de la Iglesia y el Estado. En esa oportunidad, un joven parlamentario, Eugenio Cambaceres, pidió que se quitase del código constitucional el artículo que manda a la provincia sostener el culto católico, apostólico, romano. El Dr. Guillermo Rawson, respondió a esta propuesta con una famosa alocución en la que precisamente menciona el accionar sacerdotal durante la epidemia. De alguna manera, elogia lo que el diario *La República* criticaba más arriba.

“(…) Pero he visto también, señores, en altas horas de la noche, en medio de aquella pavorosa soledad, a un hombre vestido de negro, caminando por aquellas desiertas calles. Era el sacerdote, que iba a llevar la última palabra de consuelo al moribundo. Sesenta y siete sacerdotes cayeron en aquella terrible lucha; y declaro que este es un alto honor para el clero

⁴⁴² LR, 25 de marzo de 1871.

católico de Buenos Aires, y agrego, que es una prueba de que no necesita ese culto del apoyo miserable que pensamos darle con el artículo que se propone.”⁴⁴³

Mardoqueo Navarro afirma el día 25 de marzo en su diario:

“¡Cuanto cristiano muere sin confesión! ... ¡Pero así murieron los SS. Padres!”⁴⁴⁴

Desde dos posturas absolutamente diversas, como las de *La República* y la de Rawson, queda demostrado que no fue como afirma Navarro. El clero se ocupó de que llegase a todos la administración de los sacramentos; si hubo algunos que no los recibieron, esto se produjo en los días de Semana Santa por el gran aumento de enfermos, con lo cual los sacerdotes no daban abasto.

También fueron los sacerdotes los que debían, por una ordenanza municipal, expedir las licencias para sepulturas, previa presentación de los certificados médicos.⁴⁴⁵

El 22 de marzo la Municipalidad le pidió al Obispo Aneiros que se nombre otro capellán para el Cementerio del Sud, dado que el anterior estaba superado de trabajo y había caído enfermo.⁴⁴⁶

Hacia finales del mes de marzo cuando la fiebre amarilla comenzaba a atacar con más fuerza, Navarro continuó criticando, igual que otros periódicos, el accionar eclesial:

“Día 27 de marzo: Conjuros eclesiásticos contra la peste.”

El 28 de febrero dejó de aparecer el diario católico *Los Intereses Argentinos*, único periódico defensor de la Iglesia en ese momento. En su lugar, el 1º de marzo salió a la luz *Eco del Plata* que tenía el propósito de alentar a los fieles durante la epidemia y era dirigido por el sacerdote Domingo César.⁴⁴⁷ Este órgano tuvo poca vida, tan sólo duró veinte días por las dificultades que surgieron para su edición por el flagelo de la fiebre amarilla. *La República* no dejó pasar la oportunidad para expresar su satisfacción:

⁴⁴³ MARTINEZ, Alberto B., *Escritos y discursos del Doctor Guillermo Rawson*, Tomo I, Buenos Aires, 1891, p. 45

⁴⁴⁴ DMN.

⁴⁴⁵ Cfr. BARELA, Liliana y VILLAGRÁN PADILLA, Julio, Op. Cit., p. 154

⁴⁴⁶ Cfr. LR, 22 de marzo de 1871.

⁴⁴⁷ Cfr. LP, 28 de febrero de 1871. En el registro de la hemeroteca de diarios antiguos de la Biblioteca Nacional figura el diario *Eco del Plata*, pero no se lo encuentra en los depósitos.

“Muere el Eco del Plata: “Murió de amor, de amor la desdichada Elvira.”

(...) En el deseo de salir del paso, tomamos el primer epitafio que se nos viene a las mentes:

Aquí yace una doncella,
Hija de Juan Lagarto,
Fue muy candorosa y bella,
¡La pobre murió de parto!”⁴⁴⁸

El 9 de marzo Mardoqueo Navarro anota:

“Huyen Jueces y Curiales y aún Médicos.”⁴⁴⁹

Respecto a los médicos la acusación es cierta. De acuerdo al censo de 1869, Buenos Aires contaba con 160 médicos, es decir menos del uno por mil de la población. Una parte de ellos abandonaron la ciudad al empezar la epidemia. Otros se trasladaron a las afueras, pero regresaban para atender enfermos durante el día. Sólo permanecieron en la capital entre 50 y 60 médicos.⁴⁵⁰ El doctor Vicente Ruiz Moreno, a cargo de la parroquia de Balvanera, llegó a proponer el establecimiento del estado militar para los profesionales, considerando desertores a los ausentes y penando con fusilamiento a quienes no se reincorporasen a sus deberes. Esta idea no prosperó.⁴⁵¹

El diario *La República* registra el abandono de su puesto de los miembros del Superior Tribunal de Justicia y de los escribanos de Cámara, pero nada dice de la posible huida de miembros del clero,⁴⁵² dato que tampoco aparece en otras fuentes de la época, por lo cual se puede suponer que la mayoría de ellos, sino todos, permanecían en sus parroquias.

En síntesis, a partir de los documentos escritos y fuentes de esos primeros meses de la epidemia, se puede inferir que la Iglesia actuó en varios frentes: Con misas y novenas para rezar contra la peste y el buen tiempo, en la administración de los sacramentos a los enfermos, en donaciones de dinero y en la organización del cuerpo de médicos de la ciudad a partir del decreto del 31 de marzo; todo esto sin mencionar aún el trabajo de las diversas

⁴⁴⁸ LR, 22 de marzo de 1871.

⁴⁴⁹ DMN.

⁴⁵⁰ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, *Diario de la Gran Epidemia*, en *Todo es Historia*, 8, 1967, p. 14.

⁴⁵¹ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, *Cuando murió Buenos Aires. 1871*, Buenos Aires, 1974, p. 295

⁴⁵² Cfr. LR, de marzo de 1871

congregaciones en los hospitales y lazaretos y la incansable actividad de la Sociedad de Beneficencia y la Sociedad San Vicente de Paul.

2.2 El Padre Fahy: Primer religioso víctima de la epidemia

“Día 21 de febrero: El consejo declara *fiebre amarilla* a todas las fiebres. Proyecto para limpiar el Riachuelo. **Muere el Rdo. Fahy.**”⁴⁵³

El jueves 16 de febrero el Padre Fahy fue requerido desde la calle Cochabamba⁴⁵⁴ para asistir una enferma de fiebre amarilla de nacionalidad italiana. Un amigo le observó que dicha señora no debía recurrir a él, sino a un sacerdote de su nación o de su parroquia. Fahy le responde: *La caridad no conoce patria*, y parte a cumplir con su deber.⁴⁵⁵

Al día siguiente se sintió enfermo. Dos médicos calificaron los síntomas como de fiebre biliosa. A pesar de ello, continuó atendiendo a las personas que se acercaban a su casa en la calle Reconquista. Incluso tuvo una leve mejoría que fue registrada por algunos diarios:

“Nos complace poder informar que los rumores alarmantes que ayer circularon acerca de la salud del Reverendísimo Canónigo Fahy carecen, en cierta medida de fundamento. El Padre Fahy ha estado durante dos días algo indispuerto, pero no tanto como para alarmar en tal grado a sus amigos.”⁴⁵⁶

Miguel Mulhall, amigo personal del sacerdote, estuvo con él el domingo por la tarde cuando se supuso que la indisposición había pasado. Sin embargo, a las cuatro de la mañana del lunes Fahy falleció a los 65 años de edad víctima de la fiebre amarilla.⁴⁵⁷

La noticia de su muerte sumergió a la colectividad irlandesa y a la población de Buenos Aires en el más profundo dolor. Había muerto uno de los sacerdotes más relevantes de la ciudad, una de las personalidades más importantes de la época.

⁴⁵³ DMN. La negrita está en el original. Ver Apéndice, [p. 232](#)

⁴⁵⁴ Algunos autores, entre ellos Santiago USSHER en su obra *Padre Fahy*, mencionan la calle Defensa.

⁴⁵⁵ Cfr. USSHER, Santiago M., *Padre Fahy*, Buenos Aires, 1952, p. 162

⁴⁵⁶ Diario THE STANDARD, 19 de febrero de 1871.

⁴⁵⁷ Cfr. MULHALL, Miguel, Op. Cit., p. 509

Antonio Domingo Fahy había nacido en la ciudad de Loughrea del condado de Galway, Irlanda entre 1804 y 1806.⁴⁵⁸ De sus hermanos, dos fueron sacerdotes y dos religiosas. A los veintidós años entró en el convento dominico de la Orden de los Predicadores, en Athenry donde hizo su noviciado y profesó el 4 de agosto de 1829. Continuó sus estudios en el colegio San Clemente, convento de los dominicos irlandeses en Roma, y allí se ordenó de sacerdote el 19 de marzo de 1831.⁴⁵⁹

Deseando ser misionero, Fahy fue enviado a la misión de los padres dominicos en el estado de Ohio en Norteamérica. Luego de dos años, por problemas de salud, debió regresar a Irlanda, hasta que, nuevamente por su pedido, se le propuso un nuevo destino misionero.⁴⁶⁰

La colectividad irlandesa del Río de la Plata reclamaba la presencia de un capellán en Buenos Aires desde hacía algunos años. El primer capellán fue el dominico Edmundo Burke quien residió en esta ciudad entre 1820 y 1826. En 1829 el capellán designado fue el Padre Guillermo Morán, un sacerdote jesuita que murió al año siguiente. Luego vino a Buenos Aires el Padre Patricio O’Gorman; para la atención de sus compatriotas se le asignó la Iglesia de San Ignacio, donde el nuevo capellán debía celebrar misa y predicar todos los domingos a las once. En 1842 se encontraba ya muy enfermo y se veía imposibilitado de continuar en el ejercicio de su ministerio.⁴⁶¹

Para solucionar esta situación, Santiago Kiernan, presidente de la Sociedad Católica Irlandesa, contando con la aprobación del obispo de Buenos Aires, monseñor Medrano, se dirigió al arzobispo de Dublín solicitándole un sacerdote capaz de hacerse cargo de la colectividad irlandesa en Buenos Aires. El 11 de enero de 1844 fray Antonio Domingo Fahy desembarcaba en estas tierras.⁴⁶² Vino con permiso de sus superiores para residir fuera del convento, sujeto exclusivamente a la jurisdicción del prelado diocesano.⁴⁶³

Se instaló en la calle Reconquista 48 (antigua numeración). Esta casa pertenecía a Tomás Armstrong, un irlandés protestante que durante la epidemia de fiebre amarilla sería uno de los miembros de la Comisión Popular. Aunque al principio atendió a su feligresía,

⁴⁵⁸ Los autores no coinciden respecto al año de nacimiento: Cfr. MULHALL, Miguel, Op. Cit., p. 507 y GONZALEZ, Ruben, *El Padre Antonio Domingo Fahy O.P.*, en *Archivum*, XII, 1975, Buenos Aires, p. 219

⁴⁵⁹ Cfr. USSHER, Santiago M., *Los capellanes irlandeses en la colectividad hiberno argentina durante el siglo XIX*, Buenos Aires, 1954, p. 125

⁴⁶⁰ Cfr. GONZALEZ, Rubén, Op. Cit., pp. 222-223

⁴⁶¹ Cfr. GAYNOR, Juan Santos, *Antonio Domingo Fahy, 1804-1871*, Buenos Aires, 1943, p. 7

⁴⁶² Cfr. GONZALEZ, Rubén, Op. Cit., pp. 224-225

⁴⁶³ Tampoco hay coincidencias respecto a la fecha de llegada a Buenos Aires del capellán irlandés. Varios autores sostienen que la fecha de llegada es el 13 de junio de 1843. Cfr. GAYNOR, Juan Santos, Op. Cit., p. 8; BUCICH ESCOBAR, Ismael, Op. Cit., p. 34, etc.

calculada en 3500 almas, en la iglesia de San Ignacio, el centro de atención de los irlandeses fue la capilla de San Roque. Allí Fahy los reunía semanalmente en virtud de un convenio celebrado con la Tercera Orden Franciscana de cederle la capilla mediante una módica retribución, a fin de ayudar con los gastos de su mantenimiento. En 1849 Fahy dotó a esta capilla de un órgano, de escaño y un confesionario.⁴⁶⁴ Entre semana asistía a su gente en la iglesia de la Merced.

Cooperó en la fundación del Hospital Británico, siendo miembro de su primera comisión administrativa en 1844.⁴⁶⁵

Preocupado por la formación del clero, hizo que doce clérigos se formaran en Dublín para ejercer su ministerio en estas tierras, incorporándose al clero de Buenos Aires, pero atendiendo a sus connacionales.⁴⁶⁶

Entre 1847 y 1848 Irlanda fue azotada por la peste y el hambre. Muchos emigraron hacia el Río de la Plata; aquí fueron recibidos por el padre Fahy, quien para que se recuperen del viaje y de su convalecencia compró una casa y la convirtió en sanatorio, más tarde en hospital general, conocido como “Hospital Irlandés”, el cual funcionó hasta 1874.⁴⁶⁷

En 1849 Fahy intervino en un incidente diplomático: en el *Dublín Review*, importante revista católica inglesa, con fecha de abril de ese año se criticó duramente a Rosas y su gobierno. El inspirador de ese artículo había sido el general Juan O’Brien, cónsul de Uruguay en Londres.⁴⁶⁸ El Padre Fahy publicó la respuesta en *La Gaceta Mercantil*:

“No sin grande sorpresa y pesar he leído un libelo publicado en la Revista de Dublín, calumniando con todo género de falsas suposiciones la política y los actos del Excmo. Sr. Gobernador y Cap. Geral. De la Pro. de Buenos Aires, encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, Brigadier Juan Manuel de Rosas. Este recto magistrado, que extiende tanta y tan ilustrada protección a todos los habitantes de este pays que ha restablecido el imperio del orden y el esplendor de la religión católica, es vilipendiado en aquella producción con mucha injusticia y tergiversación de los sucesos ocurridos en esta República.”

⁴⁶⁹

⁴⁶⁴ Cfr. UDAONDO, Enrique, Op. Cit., p. 78

⁴⁶⁵ Cfr. GAYNOR, Juan Santos, Op. Cit., p. 10

⁴⁶⁶ Cfr. GONZÁLEZ, Rubén, Op. Cit., p. 228

⁴⁶⁷ Cfr. USSHER, Santiago M., Op. Cit., pp. 126-127

⁴⁶⁸ Cfr. GAYNOR, Juan Santos, Op. Cit., p. 11

⁴⁶⁹ Diario LA GACETA MERCANTIL, 8 de noviembre de 1849.

A mediados del año 1856, con cinco sacerdotes irlandeses venidos poco antes, los presbíteros Tomás Joyce, Eduardo Kavanagh, Roberto Mac-Cormack, Juan Cullen y Lorenzo Kirwan, el padre Fahy organizó las primeras capellanías irlandesas en la ciudad y centros rurales y envió un misionero a las islas Malvinas.⁴⁷⁰

El 24 de febrero de ese mismo año llegaron desde Irlanda las Hermanas de la Misericordia, una comunidad de ocho religiosas, que abren una escuela de niñas, se hacen cargo del hospital irlandés, del hospital municipal de mujeres y, en 1858, por la epidemia de fiebre amarilla de aquel año, del Lazareto.⁴⁷¹ Estas religiosas, apoyadas por el Padre Fahy, sostuvieron ante las distintas autoridades del estado, una tenaz gestión pública hasta conseguir que se les reconozca el derecho de establecerse en el país, después de un estudio jurídico del doctor Vélez Sársfield.⁴⁷²

Fahy fue también uno de los sacerdotes fundadores de la Sociedad de San Vicente de Paul, más conocida luego como Conferencias Vicentinas de Caballeros, en febrero de 1859.
473

El presidente Bartolomé Mitre, invocando un privilegio concedido a los reyes de España en tiempo de la colonia, firmó un decreto el 19 de mayo de 1864 por el cual lo distinguió con el título de canónigo honorario del cabildo metropolitano, a pesar de que este título estaba reservado exclusivamente a miembros del clero secular. Indudablemente la excepción tenía que ver con que el gobierno nacional quería honrarlo con un alto honor. Fahy no aceptó el nombramiento, a pesar de lo cual muchos lo llamaron canónigo, título que incluso se consignó en su lápida.⁴⁷⁴

En el año 1867 estalló en Buenos Aires una epidemia de cólera que produjo más de 1600 muertos, sobre un cálculo de más de 6000 atacados por la enfermedad. Fahy estuvo cerca de los enfermos, ayudándolos espiritual y materialmente.⁴⁷⁵

Cuando falleció, toda la ciudad de Buenos Aires sintió su pérdida. Algunos diarios dedicaron mucho espacio al comentario de la triste noticia:

⁴⁷⁰ Cfr. USSHER, Santiago M., *Padre Fahy*, Buenos Aires, 1952, p. 65

⁴⁷¹ *Ibid.*, pp. 71 y 104

⁴⁷² *Ut supra* pp. 133 y ss

⁴⁷³ Cfr. USSHER, Santiago M., *Los capellanes irlandeses en la colectividad hiberno-argentina durante el siglo XIX*, Buenos Aires, 1954, pp. 130-131

⁴⁷⁴ Cfr. GONZÁLEZ, Rubén, *Op. Cit.*, pp. 232-233

⁴⁷⁵ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, *Op. Cit.*, p. 200

“Había en Buenos Aires un sacerdote respetable que podía llamarse el patriarca de la colonia irlandesa. Su nombre es entre nosotros tan ventajosamente conocido que, al hablar así, nadie dudará que nos referimos al Padre Fahy.

(...)El canónigo Fahy era mirado, a justo título, como el padre y benefactor de la colonia irlandesa. Había consagrado a sus compatriotas todo su tiempo, toda su actividad, toda su vida, con esa abnegación, sin interés ni objeto personal que se hace más grande en su modestia. El padre Fahy era el abogado, el director, el amigo, el sacerdote y el benefactor de todos y cada uno de los irlandeses.

(...) La población irlandesa trató alguna vez de manifestar su gratitud al Padre Fahy, con valiosos presentes que nacían de sus suscripciones espontáneas. Él los rehusó constantemente y, el último de ellos, que alcanzaba a mil libras esterlinas , pidió que fuera entregado al convento irlandés.

El Padre Fahy es uno de esos raros ejemplos de la abnegación completa, activa y fecunda de la individualidad, hecha en bien de la familia humana. Era el ideal del filántropo que, yendo aún más allá del precepto evangélico, amó a su prójimo, *más que a sí mismo*, y se sacrificaba constantemente por él. Esta abnegación no se ha desmentido hasta el día de su muerte.

El Padre Fahy cae de golpe de la fiebre amarilla, por haber visitado varias veces a una infeliz atacada del flagelo, y en su foco de infección.

(...) Honrar la memoria del honorable Padre Fahy es honrar la raza humana en los grandes y generosos móviles que a veces la animan y de que él fue tan alto y digno representante.”⁴⁷⁶

El diario *The Standard* también realizó una crónica del sepelio, en el que participaron muchas personas a pesar de las disposiciones de la Municipalidad respecto a las reuniones públicas en los días de la peste.

“El lunes a las seis de la tarde, todos los alrededores de la residencia del difunto estaban atestados de carruajes y de público, que se había reunido para rendir su postrer homenaje al llorado capellán irlandés. Si hubiera habido tiempo para que la noticia circulara por la campaña, nos atrevemos a decir que habrían asistido al funeral no menos de diez mil personas...No obstante, la concurrencia fue muy numerosa, incluyendo centenares de los principales residentes británicos, católicos y protestantes y cierto número de argentinos. Entre

⁴⁷⁶ LN, de febrero de 1871. Este artículo fue atribuido al general Bartolomé Mitre.

los asistentes vimos al reverendísimo monseñor Aneiros con sacerdotes del clero secular y cuatro religiosos de la orden dominicana a que pertenecía el Padre Fahy.”⁴⁷⁷

Monseñor Aneiros declaró que de no mediar la epidemia de fiebre amarilla, el padre Fahy habría sido sepultado en la Catedral,⁴⁷⁸ pero debido a la peste, sus restos fueron inhumados en el cementerio de la Recoleta en el muro de la pared izquierda de la iglesia del Pilar, en la bóveda del clero. Años más tarde se erige cerca del Cristo central, un mausoleo con el busto de Fahy, obra de F. Erlay, escultor de Dublín, donado por los descendientes de irlandeses en Buenos Aires.⁴⁷⁹

Cuando la fiebre amarilla comenzó a declinar, los amigos de Fahy, Miguel Mulhall, Tomás Armstrong, Miguel Duggan y otros, organizaron un funeral al que pudieran asistir todos los vecinos:

“El Señor canónigo Honorario D. Antonio D. Faley (*sic*). Capellán de los irlandeses residentes en esta ciudad. Falleció el 20 de febrero de 1871.

La Comisión encargada de las exequias del dicho finado invita a todos sus amigos a asistir a los funerales por el eterno descanso de su alma que se celebrará en la Santa Iglesia Metropolitana, el jueves 20 del corriente a las 11 de la mañana y en la capilla de San Roque el viernes 21 del corriente a la misma hora.

Se previene que esta es la única invitación.

El duelo se despedirá de la puerta del templo.”⁴⁸⁰

2.3 Participación eclesial en la Comisión Popular: Presbíteros José Domingo César y Patricio José Dillon

“Día 12 de marzo: Diaristas, reúnen el 11 en *la Redacción de La República* y acuerdan el *meeting*.(...)”⁴⁸¹

⁴⁷⁷ Diario THE STANDARD, 23 de febrero de 1871.

⁴⁷⁸ Cfr. GAYNOR, Juan Santos, Op. Cit., p. 21

⁴⁷⁹ Cfr. VILLAFañE BOMBAL, Elba, *Itinerario Histórico de la Recoleta*, en *Cuadernos de Buenos Aires*, 52, Buenos Aires, 1978, p. 99

⁴⁸⁰ EN, 4 de julio de 1871.

⁴⁸¹ DMN.

Desde el 10 de marzo se sucedían las reuniones de los principales periodistas en representación de los diarios de Buenos Aires. El canónigo José Domingo César representaba al diario católico *Eco del Plata*, que había reemplazado a otro denominado *Intereses Argentinos*. Fue él el primer sacerdote que integró la Comisión Popular de Salubridad. En un organismo formado en su mayoría por jurisperitos, periodistas y oradores, casi todos ligados a la masonería, aparece la figura de un miembro de la Iglesia que tenía bajo su responsabilidad el único diario católico de la ciudad en esos meses de 1871.⁴⁸²

Domingo César había nacido en Córdoba en 1836. Inició sus estudios eclesiásticos en el convento de San Francisco de esta ciudad y cursó filosofía al lado de personalidades como José Manuel Estrada y el cura de la parroquia del Socorro, José Apolinario de Casas. Con este último siguió estudiando en el seminario conciliar de Buenos Aires.⁴⁸³

En octubre de 1870, conocida la noticia de la muerte de Monseñor Escalada, asumió el cargo de Vicario Capitular Monseñor Federico Aneiros, quien solicitó al Cabildo Eclesiástico un secretario, cargo que recayó en el presbítero César.⁴⁸⁴

Al formar parte de la Comisión Popular, Domingo César era un hombre de mucho prestigio en la ciudad, tanto en círculos eclesiásticos como en ambientes anticlericales.

“Día 2 de abril: La comisión pide el incendio de los conventillos. 72 muertos en uno. La epidemia desocupa los conventillos, que respeta la autoridad.”⁴⁸⁵

Los diarios y la Comisión Popular pedían al gobierno medidas drásticas respecto a los conventillos, centros de la epidemia por las condiciones indignas de vida.⁴⁸⁶ El problema se encaró sólo parcialmente a través de una ordenanza del 15 de abril que dispuso el desalojo total de las casas de inquilinato. Pero ya con anterioridad, los integrantes de la Comisión Popular recorrían las calles y echaban a todos los habitantes de los inmuebles donde aparecía la fiebre amarilla. Especialmente encargados de la misión fueron Juan Carlos Gómez, Manuel Argerich, León Walls y Domingo César. En algunas ocasiones eran acompañados por

⁴⁸² Ver Apéndice, [p. 233](#)

⁴⁸³ Cfr. UDAONDO, Enrique, *Diccionario Biográfico Argentino*, Buenos Aires, 1938, pp. 272 y 273

⁴⁸⁴ Cfr. BRUNO, Cayetano, *Historia de la Iglesia en la Argentina*, XI, Buenos Aires, 1976, p. 77

⁴⁸⁵ DMN.

⁴⁸⁶ Cfr. LP, 10 de abril de 1871.

miembros del Consejo de Higiene y siempre escoltados por personal policial enviado por el comisario mayor Enrique O’Gorman.⁴⁸⁷

La mayor parte de la población de los conventillos eran inmigrantes italianos, que luego del operativo de la Comisión Popular quedaban literalmente en la calle; se les quemaban sus pertenencias y no se les daba ningún refugio a cambio. Ningún organismo se hacía cargo de las consecuencias derivadas de las medidas de quemar los conventillos.

Sin embargo, hubo quienes tendieron una mano a las víctimas inocentes. En primer lugar, los sacerdotes, que acogieron a los inmigrantes y les dieron un lugar, aunque temporalmente, en los templos o casas parroquiales.⁴⁸⁸

Aunque los miembros de la Comisión Popular no resolvían el problema de los desalojados, el canónigo César intentaba atenderlos de alguna manera: pedía a familias cristianas de dinero que brindaran alojamiento a quienes habían sido echados, incentivándolas a un fuerte compromiso cristiano con los desamparados. Su labor era admirada por todos:

“El Dr. César, verdadero sacerdote de Cristo, humilde, modesto, con el corazón rebozando caridad; tan pronto se le ve al lado del lecho de un moribundo como en el centro de la Comisión. No recuerdo un solo momento en que haya estado este sacerdote en el descanso; y cómo es que tiene fuerzas para seguir cumpliendo su noble misión.”⁴⁸⁹

En algunas ocasiones fue él mismo quien, en nombre de la Comisión Popular, hacía los pedidos de fondos a los organismos del Estado y luego procedía a darles el destino correspondiente.⁴⁹⁰

César también contrajo la fiebre amarilla durante su continuo contacto con los mayores focos de infección, los conventillos. Cayó en cama el 29 de marzo⁴⁹¹, pero no permaneció allí mucho tiempo, ya que con el primer signo de mejoría volvió a sus actividades.

⁴⁸⁷ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., p. 316

⁴⁸⁸ Cfr. Ibid, p. 322

⁴⁸⁹ LN, 25 de abril de 1871.

⁴⁹⁰ Cfr. Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires, 1871, p. 218

⁴⁹¹ Cfr. EN, 30 de marzo de 1871.

El 17 de abril fue el miembro designado por la Comisión Popular para facilitar transporte a todas las familias sin recursos que deseasen abandonar la ciudad y trasladarse a San Vicente o 25 de Mayo.⁴⁹²

El 28 de mayo, una vez disuelta la Comisión Popular, se le confirió el puesto de fiscal eclesiástico por muerte del doctor Francisco Villar, acaecida el 9 de abril como consecuencia de la epidemia.⁴⁹³

“El Vicario Capitular

Buenos Aires, Mayo 25, 1871.

Al Exmo. Sr. Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública.

La terrible epidemia que aún nos aflige llevó en pos de sí al Señor doctor don Francisco Villar, Chantre de esta Iglesia Metropolitana, que a la vez desempeñaba con muy laudable contracción la Fiscalía Eclesiástica.

Para llenar este grande vacío en el Tribunal Metropolitano he creído muy indicado al laborioso e inteligente señor canónigo Don Domingo César, y para la vacante que en la secretaría deja este nombramiento al doctor Don Antonio Espinoza.

Dígnese V.E. recabar que sean reconocidos y se les acuerde la pensión señalada en el presupuesto a tales cargos del Arzobispo y Curia Eclesiástica.

Dios guarde al Señor Ministro.

Federico Aneiros.”⁴⁹⁴

El Gobierno nacional respondió enseguida a la solicitud del Vicario Capitular de Buenos Aires:

“Departamento de Culto

Buenos Aires, 27 de mayo de 1871.

Atenta la nota anterior, el Gobierno resuelve conferir el nombramiento de Fiscal eclesiástico de la Iglesia Metropolitana al Canónigo Don Domingo César y el de secretario al Dr. Don Antonio Espinoza.

Comuníquese a quienes corresponda, publíquese e insértese en el R. M. Sarmiento y N. Avellaneda.”⁴⁹⁵

⁴⁹² Cfr. LR, 17 de abril de 1871.

⁴⁹³ Cfr. CUTOLO, Vicente Osvaldo, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino(1750-1930)*, II, Buenos Aires, 1969, p. 275

⁴⁹⁴ LT, 28 de mayo de 1871.

⁴⁹⁵ Ibid.

En junio de 1871, cuando Aneiros renunció a la titularidad de la cátedra de Derecho Canónico en la Universidad de Buenos Aires, la opinión pública proponía, en líneas generales, llamar a concurso para designar a su sucesor, explicando claramente las relaciones entre la Iglesia y el Estado. El cargo recayó en Domingo César, y no faltaron las críticas:

“No trepidamos en declararlo incompetente. Por estudio, por hábito y por conveniencia el Sr. César ha de seguir el camino trasado ya por el Dr. Aneiros.”⁴⁹⁶

Años después ingresó a la Congregación de los Padres Lazaristas. Murió en Arequipa, Perú, víctima del tifus, el 24 de julio de 1881 a los 45 años. El 25 de octubre en esa ciudad se celebró un gran funeral, ceremonia que fue mandada officiar por el cura rector del templo del Socorro, José Apolinario de Casas.⁴⁹⁷ Su salud se había debilitado notablemente cuando contrajo fiebre amarilla en 1871, y esto aceleró su fallecimiento.

“Día 6 de abril: La epidemia avanza al S.O. La comisión se multiplica.(...)”⁴⁹⁸

A pesar de que Mardoqueo Navarro recién registra el aumento del número de integrantes de la Comisión Popular en los primeros días de abril, esto se había producido ya hacia fines de marzo. El 28 de marzo se incorporaron Juan y Manuel Argenti, Pascual Barbaty, Guillermo y Pedro Gowland, Ramón Viñas, Fernando Dupont y el sacerdote irlandés Patricio José Dillon.⁴⁹⁹

Dillon era de la provincia de Conaught, Irlanda, como su compatriota el Padre Fahy. Recibió su consagración sacerdotal en Dublín el 25 de octubre de 1863. Fue candidato para ser enviado al nuevo Colegio Pío Latino Americano en Roma, pero fracasaron las gestiones.⁵⁰⁰

Cuando llegó a Argentina en 1864, fue capellán en Merlo y Cañuelas, para atender a sus compatriotas irlandeses residentes allí. Al año siguiente viajó a las islas Malvinas donde vivían 200 irlandeses sin sacerdote.

⁴⁹⁶ Ibid, 23 de junio de 1871.

⁴⁹⁷ Cfr. UDAONDO, Enrique, Op. Cit., p. 273. Vicente O. CUTOLO, en su *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*, II, p. 275, dice que César murió durante una peregrinación a Jerusalén, en un convento de Palestina, donde pensaba entregarse de por vida a la oración.

⁴⁹⁸ DMN.

⁴⁹⁹ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., p. 259

⁵⁰⁰ Cfr. CUTOLO, Vicente Osvaldo, Op. Cit., p. 574

A principios de 1866, cuando el seminario conciliar fue encomendado al clero diocesano, el padre Dillon fue nombrado profesor de teología. Se desempeñó también como cancelario o prefecto de estudios, y con los presbíteros Juan Agustín Boneo y Felipe Olivera, redactó las constituciones del establecimiento.

Junto con estas actividades, Dillon también colaboraba con el Padre Fahy en la asistencia espiritual a sus connacionales en la ciudad y parroquias suburbanas de Flores, Belgrano, Morón, San Isidro, Barracas al Sur y Quilmes.⁵⁰¹

En 1869 se le adjudicó el cargo de canónigo teologal del Cabildo Eclesiástico. Al año siguiente Dillon acompañó a Roma a Monseñor Escalada como teólogo consultor del Concilio Vaticano I. Cuando falleció el obispo en julio de 1870, el canónigo Dillon regresó a Buenos Aires.

Durante la epidemia de fiebre amarilla integró la Comisión Popular y colaboró con Domingo César en la asistencia a los enfermos y sus familias⁵⁰², hasta que se contagió a fines de abril.

“Canónigo Dillon: No está bien de salud. Ayer a las 2 de la tarde lo fueron a ver el Dr. Bilbao y el Dr. Héctor Varela.

Lo va a ver el médico Dr. Dubreil, médico consultor de la Comisión Popular.”⁵⁰³

Dada la relevancia de la figura del canónigo Dillon, la noticia sobre su estado de salud a consecuencia de la fiebre amarilla, causó mucha preocupación reflejada en los diarios de esos días:

“(…) Se informó que el estado del señor canónigo Dillon no es satisfactorio. Semejante opinión emanada de una comitiva tan distinguida, presidida esta por el señor Varela, que había visitado al señor canónigo, un poco antes en compañía del señor Bilbao, no puede menos que causar una grave, y al parecer bien fundada ansiedad a sus amigos.

Felizmente es el contrario lo que opina el afamado Dr. Lauzon, quien con el Dr. Wyndale, lo ha asistido asiduamente desde el principio de su enfermedad. Están de acuerdo los dos médicos que el estado del señor canónigo, considerando la gravedad del ataque, es muy satisfactoria.

⁵⁰¹ Cfr. USSHER, Santiago M., Op. Cit., p. 115

⁵⁰² Cfr. EN, 28 de marzo de 1871.

⁵⁰³ LR, 27 de abril de 1871.

La noticia que esta noticia será sumamente agradable a los numerosos amigos del señor Dillon y al público en general, me parece bastante motivo en comunicarla.

S.S.S. Juan B. Leahy, abril 27 de 1871.”⁵⁰⁴

A principios del mes de mayo, Dillon se reincorporó a la Comisión Popular para continuar con su tarea asistencial.⁵⁰⁵

En 1873 fue designado capellán del Hospital Irlandés y luego, también de las Hermanas de la Misericordia.

Como en aquellos años en Buenos Aires no había una publicación católica, Dillon fundó el semanario irlandés *The Southern Cross*, cuyo primer número apareció el 16 de enero de 1875.⁵⁰⁶

El 19 de marzo de 1879 Dillon alcanzó en el cabildo eclesiástico el cargo de deán cuando aún no tenía treinta y ocho años; siendo tan joven y extranjero esto fue algo sin precedentes.⁵⁰⁷

Bajo la presidencia de Eduardo Casey se organizó un club político con Dillon como secretario en febrero de 1879, incentivando la participación de los irlandeses en la política argentina. Esta agrupación fue conocida con el nombre de *Club Almirante Brown*. El deán Dillon se presentó, a través de esta organización política, como candidato a diputado provincial en 1880, cargo que ocupó durante varios años. Participó activamente en la elaboración de la ley que declaró a la ciudad de Buenos Aires como Capital Federal de la Nación.⁵⁰⁸

A la vez, fue honrado por la Santa Sede con el título de monseñor.⁵⁰⁹

En 1883 fundó, para continuar las obras caritativas iniciadas por el Padre Fahy, la Asociación Católica Irlandesa.

Falleció en Dublín el 11 de junio de 1889. Había sido atacado de fiebre tifoidea en 1884 y por ello, en 1888, había regresado a su patria buscando mejorarse.⁵¹⁰

⁵⁰⁴ LN, 28 de abril de 1871. Nótese en este artículo periodístico y en el anterior la cantidad de médicos y otras personalidades que visitaron a Dillon en dos días, una prueba más de la relevancia de su persona en el ámbito de la Comisión Popular.

⁵⁰⁵ Cfr. LN, 3 de mayo de 1871.

⁵⁰⁶ Cfr. USSHER, Santiago M., Op. Cit., p. 116

⁵⁰⁷ Ibid., pp. 116-117

⁵⁰⁸ Ibid., p. 118

⁵⁰⁹ Cfr. GONZALEZ, Rubén, Op. Cit., p. 228

⁵¹⁰ Cfr. CUTOLO, Vicente Osvaldo, Op. Cit., p. 575

2.4 Diversas prácticas religiosas contra la peste: oraciones, novenas y misas

En los primeros dos meses de la epidemia la Iglesia desarrolló una gran labor espiritual, incentivando a los creyentes a la oración y a la participación en las novenas y procesiones que se organizaban.

Así, por ejemplo, el capellán de la Iglesia de Santa Lucía conjuntamente con el juez de Paz y varios vecinos de Barracas organizaron una función religiosa para implorar por la lluvia y la finalización de la peste. El acto se realizó el domingo 12 de febrero; a las 9 se ofició una misa cantada en el templo y a las 18 se llevó la imagen e la santa en solemne procesión por la calle Larga, hoy Montes de Oca.⁵¹¹

“La novena a la preciosísima Sangre del Salvador, hecha en la Iglesia de San Ignacio por la desaparición de la peste que nos aflige, terminará mañana con una misa solemne, que se celebrará a las diez del día por los mismos fines. Se invita pues, a todo el pueblo, y especialmente a nuestros parroquianos a unir sus ruegos y a ofrecer con nosotros el Santo Sacrificio por tan nobles y piadosos fines.”⁵¹²

En este texto se reflejan algunas de las prácticas que la Iglesia proponía a los fieles: por un lado el rezo de una novena, que comúnmente se hacía a la Sangre de Cristo o a San Roque, patrono contra las epidemias, y por otro la celebración de la Eucaristía mientras las autoridades y el Obispo Aneiros lo permitieron, dado que a fines de marzo se prohibieron todo tipo de reunión pública en lugares cerrados por miedo a la propagación de la fiebre, inclusive en los templos.

“Día 31 de marzo: Prohibense funciones de iglesia. (...)”⁵¹³

“Los golpes que se reciben no dejan tiempo a nadie para pensar en ceremonias; apenas es bastante para dedicarlo a recitar preces por el descanso de los numerosos amigos y deudos que nos abandonan.”⁵¹⁴

⁵¹¹ Cfr. BERRUTI, Rafael, *La epidemia de fiebre amarilla de 1871*, en *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, vol. 49, Buenos Aires, 2º semestre 1971, p. 559

⁵¹² EN, 23 de marzo de 1871.

⁵¹³ DMN.

⁵¹⁴ Diario BOLETÍN DE LA EPIDEMIA, 10 de abril de 1871.

La crítica a la Iglesia no se hizo esperar; para los círculos masones y anticlericales era inútil rezar o participar de misas pidiendo que acabe la epidemia. Reclamaban una labor de asistencia para con los enfermos, contraponiendo el actuar directo de los médicos y miembros de la Comisión Popular a la oración de la Iglesia.⁵¹⁵

“(…) Tanto el huir como el quedar, requieren que el hombre no se acuerde ni del cielo, ni del otro mundo, ni de lo que pueda acontecer a su familia si muere, ni de nada que puede abatirle el alma.

No hay que fiarse de la Virgen; el que reza no se aplica remedio alguno.(…)”⁵¹⁶

Se hicieron muy comunes las oraciones escritas que se repartían a la salida de los templos donde se invitaba a todos a rezarlas diariamente.⁵¹⁷ Eran oraciones dirigidas a la Inmaculada Virgen María, para que interceda ante Jesucristo para que detenga al ángel que diseminó la peste en la ciudad...

“Virgen inmaculada, Refugio de los pecadores, Consuelo de los afligidos, Esperanza de los atribulados, os suplicamos con todo el afecto de nuestro corazón contrito y humillado, interpongáis vuestra intercesión para con el Dios de las misericordias, que no desea la muerte, sino la conversión de nosotros miserables pecadores, para que se digne mirar con ojos de compasión y de clemencia la aflicción de su pueblo. Haced, os pedimos, que ordene al Ángel ministro de su justa indignación, que hemos nosotros provocado con nuestras muchas culpas, que vuelva a la vaina la espada fulminante que tiene desenvainada para nuestro exterminio, y que aleje de ESTA CIUDAD, devota vuestra, el azote terrible de la pestilencia, que tan de cerca le está amenazando. (...)”⁵¹⁸

A la vez, Monseñor Aneiros, Vicario Capitular de la Arquidiócesis, concedía cuarenta días de Indulgencias por las oraciones a *la Cruz* y otros cuarenta días por cada estrofa de la *Glosa* elaborada para implorar el cese de la epidemia. La oración de la Cruz decía así:

⁵¹⁵ Cfr. LR, 9 y 12 de marzo de 1871; LD, 21 de marzo de 1871 y DMN, 11 y 27 de marzo de 1871.

⁵¹⁶ LR, 8 de febrero de 1871.

⁵¹⁷ Ver Apéndice, [pp. 235-237](#)

⁵¹⁸ AGN, Archivo y colección de Andrés Lamas, legajo 2672, Buenos Aires, 1997, *Oraciones para pedir a Dios nos preserve de la peste de 1871*.

“¡Oh signo sagrado cercado de luz! En la sangre de un Dios salpicado, hoy mi pecho contrito angustiado, busca ansioso amparo en la Cruz. Suplicio contrito del alma cordial; consuelo del Cielo al débil mortal. Tesoro do adoro al dulce JESÚS. Mi culpa declaro y pido tu amparo, Santísima Cruz.”⁵¹⁹

El encabezamiento de la Glosa para que Dios preserve de la peste reza:

“Aplaca, mi Dios tu enojo,
Tu justicia y tu rigor;
Dulce Jesús de mi vida,
Misericordia Señor.”⁵²⁰

En todas las oraciones se nota una mirada religiosa donde Dios castiga a la ciudad con la epidemia por la cantidad de pecados cometidos, por lo cual sólo el pedido de perdón por las culpas y la intercesión de la Virgen y de los santos podrán aplacar la ira divina.

En los diarios de esos meses de 1871 se comenzaron a publicar cada vez mayor número de avisos fúnebres que participaban el fallecimiento de ciudadanos víctimas de la fiebre amarilla, invitando a sus familiares y amigos a rezar en la celebración del funeral o a participar del rezo de novenarios por su alma. A modo de ejemplo:

“Da. Aurelia P. De Señorans (Q.E.P.D)

Falleció el 18 de febrero de 1871.

Don Juan Señorans, esposo, sus hijos y demás deudos suplican encarecidamente a sus amigos se dignen asistir a el funeral que por dicha señora se celebrará el viernes 24 del corriente a las 11 de la mañana en el templo de Nuestra Señora de las Mercedes. Favor que agradeceremos íntimamente.”⁵²¹

2.4.1 Devoción a San Roque de Montpellier

“Esta milagrosa imagen es popular desde el tiempo del cólera en Buenos Aires.

⁵¹⁹ Ibid.

⁵²⁰ Ibid.

⁵²¹ LP, 20 de febrero de 1871.

Cuando el contagio cundía por la ciudad con la velocidad del rayo y el cielo estaba sombrío como si se hubiera cerrado a las plegarias de los hombres, la Tercera Orden de San Francisco, llena de fe en su Santo Patrono, sacó en procesión su imagen milagrosa y el terrible flagelo cesó. Desde ese día memorable, la devoción a esta histórica imagen penetró más en el corazón del pueblo de Buenos Aires.”⁵²²

La devoción de los porteños a San Roque data del siglo XVII; ya desde esa época se hacían rogativas al santo cada vez que existían brotes epidémicos. Así están registradas las oraciones y procesiones que se le hicieron en 1621, en 1640, en 1642, 1727, 1796, y ya en el siglo XIX, durante las epidemias de 1857, 1867, 1871 y 1873.⁵²³

Los hermanos de la Tercera Orden de San Francisco adquirieron un terreno para la construcción de la capilla dedicada al santo en 1727. La construcción se realizó recién en 1750.

Durante los días de la epidemia de fiebre amarilla los vecinos iban asiduamente a implorar la protección de San Roque, rezándole novenas y haciéndole promesas, a pesar de las ya comunes críticas periodísticas:

“Curioso: Actualmente se sigue una novena a San Roque en la calle de Garantías entre Tucumán y Parque para que cese la epidemia.

Pero desde el día en que empezó dicha farsa, los casos han aumentado notablemente en todo el vecindario. ¡Esto tiene afectado a los devotos!”⁵²⁴

Hasta febrero de 1871, el Padre Fahy atendió a sus connacionales en dicha capilla. En los días más tristes de la peste, los porteños rezaban, en latín, la siguiente oración a San Roque:

“Antífona: Vitam et salutem petit a te pro suis devotis, tempore contagii, Gloriosus Sanctus Rochus et tribuisti ei, Domine.

V. Ora pro nobis, beate Roche.

⁵²² UDAONDO, Enrique, *Crónica Histórica de la Venerable Orden Tercera de San Francisco en la República Argentina*, Buenos Aires, 1920, p. 15

⁵²³ Cfr. LARUMBE Y LANDER, Tomás, *Vida de San Roque de Montpellier*, Buenos Aires, 1926, pp. 96 y ss

⁵²⁴ LD, 21 de marzo de 1871. Debe recordarse que este diario era dirigido por Francisco López Torres, reconocido masón anti clerical.

R. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

Oremus: Deus, qui Sanctus Rocho, per angelum tuum, tabulam eidem afferentem, promissisti, ut, qui ipsum invocaretit, a nullo pestis cruciatu laederetur, praesta quaesumus: ut, qui ejus memoriam agimus, a mortifera peste corporis, et animae liberemur. Per Christum Dominum Nostrum. Amen.”⁵²⁵

En junio de 1924, se redactó en Buenos Aires una solicitud para remitirla a Su Santidad Pío XI, pidiéndole que autorizase la Aureolación de la imagen de San Roque existente en la capilla de la Tercera Orden. Tres razones fundamentaban dicho pedido: la antigüedad de la imagen, pues databa de 1621; la gran devoción que le tuvieron los porteños en todas las épocas, pero especialmente durante las diversas epidemias que asolaron a la ciudad; y como muestra de agradecimiento, ya que San Roque había intercedido por Buenos Aires durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871 y había librado a Buenos Aires de la misma enfermedad en 1873. El Papa Pío XI concedió el permiso de la aureolación en octubre de 1924.⁵²⁶

3. Protagonismo de la Iglesia contra la fiebre amarilla: abril-mayo de 1871

3.1 Semana Santa de 1871

Fueron los días más terribles para los habitantes de la ciudad de Buenos Aires. El número de muertos llegó a superar los 500 por día. El Domingo de Ramos fue el 2 de abril; el Viernes Santo, el 7 de abril, y el Domingo de Pascua, el 9 de ese mes.

“Día 2: La comisión pide el incendio de los conventillos. 72 muertos en uno. (...)”

“Día 7: El cementerio del Sud reboza. Entierros por abreviatura. (...) Todos amarillos: de fiebre los muertos, de miedo los vivos.”

⁵²⁵ LARUMBE Y LANDER, Tomás, Op. Cit., pp. 92-93

⁵²⁶ Ibid, p. 115-116

“Día 9: Negocios cerrados. Calles desiertas. Faltan médicos. Muertos sin asistencia. Huye el que puede. Heroísmo de la Comisión Popular.”⁵²⁷

A fines de marzo, la Comisión Popular solicitó al obispo Aneiros la suspensión de las celebraciones propias de la Semana Santa argumentando que era un gran riesgo que la gente se reúna en los templos, dado que podían transformarse en peligrosos focos de contagio.

“(…) El mismo Señor Obispo, comprendiéndolo así, y a instancias de la Comisión Popular de Salubridad, ha ordenado la suspensión de todas esas fiestas. No importa. Haremos un templo en nuestros pechos y dentro de él elevaremos nuestras preces fervientes.

Así, veneraremos al Mártir de los mártires, reforzaremos nuestro ánimo, tan necesario para continuar la gran tarea, y alcanzaremos la salvación de un pueblo sumido hoy en el dolor y el desconsuelo.”⁵²⁸

Precisamente, el 31 de marzo Monseñor Aneiros respondió a la solicitud de la Comisión Popular y redactó dos decretos dirigidos a los sacerdotes de las Iglesias de la ciudad de Buenos Aires y de la campaña respectivamente. Todas estas disposiciones fueron publicadas en los diarios más importantes para que se dieran a conocer enseguida, teniendo en cuenta que fueron redactadas el último día de marzo, y la Semana Santa comenzaba el 2 de abril.⁵²⁹

“El Vicario Capitular de Buenos Aires, Marzo 31 de 1871.

Al Señor Presidente de la Comisión Popular de Salubridad, D. Héctor F. Varela:

En virtud de la nota del Sr. Presidente, he dispuesto lo conveniente para evitar ocasiones de enfermedad en las fiestas de la Semana Mayor, y prohibido la aglomeración de gentes.

Agradeciendo las atenciones del Sr. Presidente y deseando el mayor acierto y resultado en los santos oficios de caridad que se ha impuesto esa Comisión, pide a Dios guarde por muchos años a los que la componen.

F. Aneiros.”⁵³⁰

⁵²⁷ DMN.

⁵²⁸ LT, 2 de abril de 1871.

⁵²⁹ Cfr. EN, 1 de abril de 1871; LN, 2 de abril de 1871; LR, 2 de abril de 1871; LT, 2 de abril de 1871.

⁵³⁰ LT, 2 de abril de 1871.

El decreto dirigido al clero porteño decía así:

“El Vicario Capitular, Buenos Aires, Marzo 31 de 1871.

A los señores Párrocos, Prelados Regulares y Capellanes de las Iglesias.

Doloroso es al infrascrito tener que prohibir en la Semana Mayor, la solemnidad del culto, sus funciones de concurso, maitines cantados, estaciones de concurso y sermones, pudiendo hacerse todo el oficio demás rezado y cantado.

Prohibimos la aglomeración y en las Iglesias pequeñas, reuniones de más de veinte personas. Encargando la ejecución a los señores curas, les recomendamos exhorten al pueblo que santifiquen estos días con doble empeño, aunque sea privadamente con la oración, con los sacramentos, lectura de la Pasión de Nuestro Señor y otras análogas y con obras de caridad cuando pudiesen. Aunque se tenga en veneración y depósito la Sagrada Hostia el jueves santo, será con sujeción a estas disposiciones, sin mayor adorno, y cerrándose la Iglesia a la noche. Nuevamente se recomienda el aseo y la ventilación.

F. Aneiros.

Aneiros también se dirigió a los sacerdotes de la campaña:

“El Vicario Capitular, Buenos Aires, 31 de marzo de 1871.

Sin embargo de que felizmente se hallan los pueblos libres de la epidemia, que aflige a esta capital, por lo que deben hacerse con mayor interés y reverencia los divinos oficios dando gracias al cielo y pidiendo la preservación para todos, el infrascrito recomienda a los señores curas, que procedan con prudencia en las funciones, no prolongándolas, haciendo intermedios consecuentes, siendo cortas las lecturas, breves los sermones y cantos, no teniendo procesiones de noche. Nuevamente se les recomienda el aseo y la ventilación.

F. Aneiros.”⁵³¹

Durante esos días los diarios brindaron espacios en las primeras páginas de sus ejemplares para que la Iglesia publique oraciones que los cristianos rezaban privadamente en sus hogares, dado que no podían asistir a los templos. A modo de ejemplo:

⁵³¹ Ibid.

“A Jesucristo crucificado:

Del santo madero pendiente y herido,
Te miran mis ojos con llanto y afán,
Con dos malhechores ¡mi bien! Confundido,
En tanto los hombres mil penas te dan.

¿Por qué del Calvario a la hórrida cumbre
la turba maldita feroz te arrastró?
¿Por qué como a reo la vil muchedumbre
pidiendo tu muerte en cruz te clavó?(...)

Oh! Rey de la gloria, tan viles tormentos
Callando y gustoso, sufriste por mí,
Y yo desatiendo tus dulces acentos
Y necio e ingrato la culpa seguí.

Mas yo arrepentido mi culpa deploro,
Perdona clemente mi infausta maldad,
Que humilde esas llagas amante hoy adoro,
Y de ellas espero tu inmensa piedad.(...)”⁵³²

El 6 de abril, Jueves Santo, se produjo el desembarco en el puerto de los restos de Monseñor Mariano José de Escalada, primer arzobispo de Buenos Aires, fallecido en Roma, durante las sesiones del Concilio Vaticano I, en julio de 1870.⁵³³

El féretro era acompañado desde Europa por los hermanos del obispo, don José de Escalada y doña Bárbara Escalada de Castro, junto a quien había sido su secretario, Presbítero Espinosa, y otros sacerdotes y funcionarios. Dada la terrible situación que vivía la ciudad de Buenos Aires en esos días, (ese 6 de abril la cifra de muertos ascendía a 324)⁵³⁴, el cortejo fúnebre fue muy reducido. La comitiva que recibió los restos fue encabezada por el ministro

⁵³² LT, 5 de abril de 1871.

⁵³³ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., p. 334

⁵³⁴ Cfr. DMN

de Justicia, Culto e Instrucción Pública, doctor Nicolás Avellaneda. El funeral estuvo a cargo de Monseñor Aneiros.

Los restos de Escalada fueron depositados transitoriamente en la Catedral Metropolitana, hasta que algún tiempo después, y cumpliendo un pedido expreso suyo, se llevaron a la capilla *Regina Martyrum*, a una cripta erigida por disposición de sus hermanos.⁵³⁵

Fueron los peores días para los porteños; el 9 de abril, Pascua de Resurrección, la Comisión Popular, aconsejó al pueblo abandonar la ciudad.⁵³⁶ El número de muertos por la fiebre amarilla parecía ir en progresivo aumento, hasta tocar el punto máximo el lunes de Pascua, 10 de abril, en el que se registraron 546 víctimas de la peste y tan sólo 17 de otras enfermedades.⁵³⁷

“Semana Santa: Estamos en la Semana Santa de los cristianos y a la vez en la semana más dolorosa para el pueblo de Buenos Aires.

La epidemia ha azolado la ciudad. Los templos vacíos. Las funciones de Iglesia suspensas. No tenemos más que la procesión de cadáveres, el llanto de centenares de huérfanos, la agonía de millares que luchan contra la muerte.

Para Buenos Aires esta semana puede bautizarse con el nombre de “Semana de los dolores”. Las palabras que consignábamos al recuerdo del Grande Iniciador del Cristianismo, las dejamos para consagrarlas al azote que nos diezma. (...)”⁵³⁸

3.2 Acción del clero durante la fiebre amarilla

“Día 27 de abril: Sacerdotes: 49 muertos hasta la fecha. (...)”⁵³⁹

Mardoqueo Navarro afirma que hasta el 27 de abril fallecieron como consecuencia de la fiebre amarilla cuarenta y nueve sacerdotes; seguramente sumó los diocesanos y los religiosos. Sin lugar a dudas Navarro tomó como fuente para su afirmación la noticia del diario *La República* de ese mismo día que decía:

⁵³⁵ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., pp. 302 y 303

⁵³⁶ Ut supra, p. 94

⁵³⁷ Cfr. DMN. Ver la cúspide de la pirámide que acompaña al diario.

⁵³⁸ LR, 6 de abril de 1871.

⁵³⁹ DMN.

“El clero: Durante la época de la epidemia han pagado su tributo a ella 49 sacerdotes del clero de Buenos Aires; todos han caído en el puesto de su deber.”⁵⁴⁰

Quien primero reconoció el cumplimiento del deber del clero durante la epidemia fue Guillermo Rawson, quien en una sesión del Congreso afirmó que los sacerdotes muertos fueron en total sesenta y siete.⁵⁴¹ Carlos Guido y Spano, testigo de la epidemia, sostiene que fueron sesenta.⁵⁴² Sobre doscientos noventa y dos sacerdotes aproximadamente, que actuaban entonces en Buenos Aires, habría fallecido el veintidós por ciento del total.⁵⁴³

Miguel Ángel Scenna dice que puede considerarse en no menos de medio centenar la cifra de sacerdotes muertos⁵⁴⁴.

Otros autores afirman que el número asciende tan sólo a treinta y dos.⁵⁴⁵ Esto se debe a que toman como base de estudio la lista de sacerdotes y religiosos que se encuentra en el monumento erigido por la municipalidad de Buenos Aires en memoria de los caídos en la peste de 1871, obra del escultor Juan Ferrari y erigido en el centro del Parque Ameghino de esta ciudad en 1889.

En la lista del monumento figura un primer elenco de veintiún nombres encabezados por el título “sacerdotes y religiosos”; una segunda enumeración bajo el título “clero regular” de nueve miembros; y el nombre de dos Hermanas de Caridad. Si a estas lista se le agregan los nombres del presbítero Nicolás Migilio y del seminarista de la Compañía de Jesús, Gregorio Biosca, se llega al número de treinta y dos sacerdotes y religiosos fallecidos durante la epidemia.⁵⁴⁶

Lo que es indudable es que la proporción de sacerdotes fallecidos durante el ataque del flagelo, demuestra, sean treinta y dos o el doble como afirma Rawson, (cifra por la cual nos inclinamos a partir del acceso a las fuentes y testimonios de la época), que el clero de Buenos Aires, en su mayor parte, dio cumplimiento a su deber evangélico de asistencia a los enfermos y moribundos. Se puede comparar este número con los doce médicos, los dos practicantes, los cuatro miembros de la Comisión Popular, o incluso los veintidós integrantes del Consejo de

⁵⁴⁰ LR, 27 de abril de 1871.

⁵⁴¹ Cfr. MARTINEZ, Alberto B., Op. Cit., p. 45. Ut supra p. 150

⁵⁴² Cfr. GUIDO SPANO, Carlos, *Autobiografía*, Buenos Aires, 1954, p. 73

⁵⁴³ Cfr. RAMALLO, Jorge María, Op. Cit., p. 371

⁵⁴⁴ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., p. 377

⁵⁴⁵ Cfr. ZURETTI, Juan Carlos, *Nueva Historia Eclesiástica Argentina*, Buenos Aires, 1972, p. 316, y FURLONG, Guillermo, *El catolicismo argentino entre 1860 y 1930*, en ANH, *Historia de la Nación Argentina*, vol. II, Buenos Aires, 1964, p. 261

⁵⁴⁶ Cfr. RAMALLO, Jorge, Op. Cit., pp. 370-371

Higiene Pública, que sucumbieron en la epidemia; categóricamente, el clero fue el grupo social que más víctimas tuvo en esos aciagos días de 1871.

“Vamos a dedicar hoy dos líneas en elogio de los sacerdotes que con heroísmo evangélico ejercen en estos momentos las funciones de su ministerio.

El sacerdote entra hoy al lado del enfermo, cuando ya la mano del médico le abandona, por no poderle salvar, dejándolo desde ese momento entregado a la misericordia del Creador.

Es ese el momento, en que el enfermo ofrece mayor peligro de contagiar el horrible mal que le lleva al sepulcro, y ese en el que le toma el médico del alma para ponerle bien con Dios.

Nosotros hemos admirado varios sacerdotes, llenando esa noble misión, con entereza, sin ostentación y con interés.”⁵⁴⁷

3.2.1 Notas biográficas de miembros del clero diocesano

“Cuando los templos toquen sus campanas y doblen por los que han caído para ir a ellos a rogar a Dios, por aquellos nos acordaremos mejor que hoy que esos redobles son: *por más de 60 sacerdotes que murieron en su tarea de reconciliar los hombres con su Dios.*”⁵⁴⁸

Al no tener un archivo general que reuniera las biografías de los sacerdotes fallecidos durante la epidemia, se debió rastrear sus biografías en los periódicos de la época que resaltaban su actuar, a pesar de ser diarios anticlericales, y en algunas obras editadas sobre la fiebre amarilla.

Tomamos, en primer lugar, los mencionados en la lista del monumento a los caídos por la peste de 1871:

Presbítero Esteban Aguirre o Aguerre: Era capellán de coro de la Catedral Metropolitana. No se sabe exactamente su fecha de fallecimiento durante la epidemia.⁵⁴⁹

Presbítero Juan Rossi: Se ordenó sacerdote el 12 de junio de 1845. En 1871 era auxiliar de la parroquia de San Telmo, una de las zonas porteñas más afectadas por el mal.

⁵⁴⁷ Diario BOLETÍN DE LA EPIDEMIA, 10 de abril de 1871.

⁵⁴⁸ EN, 9 de mayo de 1871.

⁵⁴⁹ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 277. Toda la información sobre el clero, le fue suministrada al autor, según él afirma en su obra, por el Director General del Archivo del Arzobispado de Buenos Aires en 1948.

Junto con el párroco, Presbítero Ramón R. García, organizó una junta de barrio para enfrentar la epidemia. En ella también participó el padre Fahy.⁵⁵⁰

Presbítero Francisco Romero: Durante la epidemia era el cura rector de la parroquia de Monserrat. Español de origen, había nacido en Galicia, hijo de José Romero y de Francisca Lema; llegó a Buenos Aires en 1849.⁵⁵¹ El 29 de abril de 1862 fue nombrado cura vicario de Morón, y el 16 de diciembre de 1869, cura de Monserrat. A fines de marzo de 1871, Romero fue acusado de no dar licencias de sepultura de manera gratuita. Él mismo se defiende en los diarios enviando una solicitada para ser publicada, en el que deja entrever su modo de vida tan exigido en esos días de la peste:

“Monserrat, Marzo 31.

Las atenciones que demandan los enfermos y la situación afligente de miembros de mi familia atacados de la epidemia, no me dieron tiempo para ocuparme de lectura de periódicos.

Más, sabedor de que estos días pasados, ha aparecido un suelto contra mi sobre negativa de licencias gratis para sepultar los indigentes víctimas de la situación; no puedo menos de pedirle un lugarcito en su diario para desmentir al calumniador gratuito, al cual dedico todo el desprecio que merece, el que, sin fundamento pretende difamar al que tiene conquistada otra reputación más digna por su desprendimiento.

El testimonio de los Sres. Comisarios, alcaldes y gran número de vecinos darán a Vd. datos para confundir a un individuo que quizás en ese momento, se mantenía con mi peculio, pero así es el mundo.

Soy de Vd. S.S.S Francisco Romero.”⁵⁵²

Falleció el 22 de abril de 1871 contagiado de fiebre amarilla. El diario *La Nación* publicó a los días un aviso fúnebre:

“El Presbítero D. Francisco Romero, ex cura de Morón y de la Parroquia de Monserrat, falleció el 22 de abril de 1871. Q.E.P.D.

La Municipalidad de Morón invita al vecindario del Partido y mas personas que quieren honrarle al funeral rezado que por el descanso eterno de dicho señor, tendrá lugar el lunes 8 de mayo a las 11 de la mañana en el templo de este pueblo.”⁵⁵³

⁵⁵⁰ Cfr. MARONI, José Juan, *El alto de San Pedro, Parroquias de la Concepción y de San Telmo*, en *Cuadernos de Buenos Aires*, XXXIX, Buenos Aires, 1971, p. 86

⁵⁵¹ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 277

⁵⁵² EN, 1 de abril de 1871.

Presbítero Francisco Villar: Se ordenó sacerdote de manos de Monseñor Mariano Medrano el 25 de marzo de 1844. El 5 de enero de 1863 fue designado cura rector de la parroquia de la Merced, cargo que ocupó desde octubre de ese año. El 17 de mayo de 1865 fue nombrado Examinador y Juez Prosinodal, y el 30 de julio de 1868 tomó posesión de la Silla de Maestrescuela del Cabildo Eclesiástico. El 20 de marzo de 1869, de la Chantre. El 30 de septiembre de 1870 fue nombrado Fiscal Eclesiástico del Arzobispado. Falleció víctima de la epidemia el 9 de abril de 1871.⁵⁵⁴ Su nombre figura en un artículo del diario *La Nación* que resalta la labor del clero en esos meses.⁵⁵⁵

Presbítero José María Velazco: Fue nombrado Canónigo Honorario de la Catedral Metropolitana el 6 de junio de 1867, y Fiscal Eclesiástico desde el 30 de mayo de 1868. Desde el 21 de septiembre de 1869 ocupó el cargo de Tesorero del Arzobispado.

Durante la epidemia trabajó denodadamente en la atención a los enfermos y también en la realización de donaciones para los más pobres.⁵⁵⁶ Falleció, víctima de la fiebre amarilla, el 23 o 28 de abril de 1871. El 4 de julio se publicó un aviso fúnebre invitando a su funeral:

“El Canónigo Dignidad D. José María Velazco. Falleció el 23 de abril de 1871.

Sus albaceas testamentarios invitan a las personas de la relación del Sr. Canónigo Dignidad, D. José María Velazco, al funeral solemne que se hará por su alma en la Sta. Iglesia Metropolitana el jueves 6 de julio a las 10 de la mañana. Es la única invitación.”⁵⁵⁷

Presbíteros Celestino Alava y Santiago Osses: En el año 1871 desempeñaban el cargo de auxiliares de la parroquia de Monserrat. Trabajaban junto al padre Francisco Romero. Fallecieron contagiados del flagelo, en abril de aquel año.⁵⁵⁸

Presbíteros Pedro Fernández y Julián Benito: Eran sacerdotes auxiliares de la parroquia Nuestra Señora del Pilar, en la Recoleta. Benito era de nacionalidad española; procedente de la diócesis de Cuenca, llegado a Buenos Aires en 1870.

Por ordenanza municipal de marzo de 1871, se dispuso que los sacerdotes no podían expedir licencias para sepulturas sin la presentación previa del certificado médico.⁵⁵⁹ Esta

⁵⁵³ LN, 7 de mayo de 1871.

⁵⁵⁴ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 278

⁵⁵⁵ Cfr. LN, 6 de mayo de 1871.

⁵⁵⁶ Cfr. LR, 4 de junio de 1871.

⁵⁵⁷ EN, 4 de julio de 1871.

⁵⁵⁸ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., pp. 278 y 282

⁵⁵⁹ Cfr. LÓPEZ, Luis, *Reseña histórica de la Policía de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1911, pp. 119-120

disposición y los gastos por el pago de dichas licencias generaron una serie de inconvenientes ya que la falta de médicos obligó a demorar muchas inhumaciones.

Así, se acusó a los curas del Pilar de negarse a otorgar licencias de sepulturas:⁵⁶⁰

“Negándose el cura del Pilar a dar la licencia para enterrar el cadáver de Rondino Santin, pobre de solemnidad, que vivía calle de Córdoba frente a la quinta de Lézica, porque no se le pagaba cien pesos de derecho; entiérrese el expresado cadáver en el cementerio de la Chacarita bajo la responsabilidad de esta Comisión. Murió de fiebre amarilla.

Buenos Aires, mayo 13 de 1871. Francisco Obarrio.”⁵⁶¹

Presbítero Luciano Torrez o Latorre: Nació en San Isidro el 5 de junio de 1819. Fue bautizado en la parroquia de ese pueblo el 21 de julio por el sacerdote de la orden de la Merced, Esteban Muñoz. Era hijo de don Matías Torrez y María Magdalena Ojeda. Fueron sus padrinos Don Miguel Blanco y doña Rufina López.⁵⁶²

Se ordenó de sacerdote el 18 de enero de 1851. Falleció durante la epidemia cuando desempeñaba el cargo de Sacristán Mayor de la Catedral Metropolitana.⁵⁶³

Presbítero Francisco Treza: De nacionalidad italiana, era sacerdote auxiliar de la parroquia de la Merced. Murió de fiebre amarilla en fecha desconocida.⁵⁶⁴

Presbítero Juan Antonio Garciarena: De origen vasco, era capellán del obispo Federico Aneiros; falleció en abril de 1871. Este sacerdote vivía en la misma casa que habitaba el arzobispo de Buenos Aires, quien también se había contagiado de fiebre amarilla.

“No debemos dejar de consignar aquí, que el Dr. Aneiros, obispo de Aulón, ha cumplido a pesar de sus muchas desgracias, como verdadero Pastor de esta enlutada Arquidiócesis, habiendo recaído dos veces del mal que nos diezma.”⁵⁶⁵

⁵⁶⁰ Por la fecha del siguiente comunicado, la acusación se refiere al presbítero Fernández, ya que Julián Benito había fallecido, contagiado de la fiebre, el 8 de abril.

⁵⁶¹ A.H.C.B.A, caja 12, leg. 00036, *Fiebre Amarilla*.

⁵⁶² Cfr. Libro de bautismos de la parroquia de San Isidro, año 1819, p. 36

⁵⁶³ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 277

⁵⁶⁴ Ibid.

⁵⁶⁵ LN, 6 de mayo de 1871.

“El Dr. Aneiros: Continúa este señor mejorando de su enfermedad y pronto debe volver a ejercer sus funciones de Obispo Aulonense.”⁵⁶⁶

Presbítero Felipe Giaconangelo: De nacionalidad italiana, había nacido en Belvedere. Hijo de Francisco Giaconangelo y de Cayetana Granata. Se ordenó de sacerdote en la Catedral de San Marcos de Bisiniano el 19 de septiembre de 1868. Al año siguiente viajó a Montevideo, Uruguay, donde permaneció seis meses. En 1870 se instaló en Buenos Aires, siendo auxiliar de la parroquia de la Concepción cuando falleció de fiebre amarilla.⁵⁶⁷

Presbítero Godofredo Pardini: Había nacido en Italia. Llegó a Buenos Aires en 1864. En 1871 desempeñaba el cargo de auxiliar de la parroquia de la Merced.⁵⁶⁸

Presbíteros Juan Padula: También de nacionalidad italiana. Llegó a Buenos Aires en 1870; el 27 de mayo de ese año fue designado cura auxiliar de la parroquia de Barracas, al poco tiempo fue trasladado a la parroquia de la Concepción, donde falleció en 1871 víctima de la fiebre amarilla.⁵⁶⁹

Presbítero Miguel Bidaurrazaga: Teniente cura de la parroquia Santa Lucía en Barracas. Falleció en los primeros días de mayo de 1871.⁵⁷⁰ Su labor sacerdotal con los enfermos de la epidemia fue resaltada en un importante artículo del diario *La Nación* titulado “Víctimas del deber”.⁵⁷¹

Presbítero Pedro Benigno Machado: Había nacido en Buenos Aires el 11 de febrero de 1835. Hijo de Juan Bautista Machado y de Fortunata Suárez. En 1853 fue admitido a la primera tonsura. En 1859 viajó a Roma para realizar sus estudios teológicos. Allí se ordenó de sacerdote, y en 1863 regresó a Buenos Aires. El 7 de mayo de 1870 fue nombrado cura párroco de la parroquia San Nicolás de Bari. Falleció víctima de la fiebre amarilla en abril de 1871.⁵⁷² Su desempeño sacerdotal también fue destacado en el artículo del diario *La Nación* antes mencionado.

Presbítero Tomás Delfino: Procedía de la diócesis de Alvenga, Italia. Llegó a Argentina en 1868. El 25 de agosto de ese año fue designado teniente cura de San Vicente en la campaña. Falleció atendiendo enfermos de la epidemia el 28 de abril de 1871 cuando era

⁵⁶⁶ LP, 14 de abril de 1871.

⁵⁶⁷ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 279

⁵⁶⁸ Ibid.

⁵⁶⁹ Ibid.

⁵⁷⁰ Cfr. RAMALLO, Jorge María, Op. Cit., p. 370

⁵⁷¹ Cfr. LN, 6 de mayo de 1871

⁵⁷² Cfr. RUIZ MORENO, Op. Cit., p. 280

sacerdote en la parroquia San Nicolás de Bari. El diario *La República* publica un aviso fúnebre donde sus deudos invitaban a sus funerales.⁵⁷³

Presbítero José Melle: De nacionalidad italiana, vino a Buenos Aires en 1867. Murió víctima de la epidemia siendo auxiliar de la parroquia de la Merced.⁵⁷⁴

Presbítero Vicente Márquez: Pertenece a la diócesis de Salta. Llegó a la ciudad de Buenos Aires a comienzos de 1871. Fue sacerdote auxiliar en la parroquia de San Telmo. Murió de fiebre amarilla en abril de 1871.⁵⁷⁵

Presbítero Domingo Ereño: Era un sacerdote vasco español, que tuvo un fuerte protagonismo en Uruguay junto al general Oribe. Trabajó muchos años en el Colegio del Uruguay como vicerrector y profesor de latín. Fue designado Cura Vicario del Uruguay y trabajó activamente en toda la provincia de Entre Ríos, teniendo, incluso, un permiso especial para conferir el sacramento de la confirmación a los fieles de la provincia. En 1860 fue designado Arcediano Honorario de la Catedral de la ciudad de Paraná.

Cuando se retiró de su trabajo en el colegio, se radicó en la ciudad de Buenos Aires donde desempeñó su ministerio atendiendo a los enfermos de fiebre amarilla. Se contagió del mal y falleció el 23 de marzo de 1871. El 20 de octubre de 1872 sus restos fueron trasladados al Uruguay.⁵⁷⁶

Otros sacerdotes que tuvieron una actuación muy destacada durante la epidemia, pero que no murieron víctimas del mal, fueron:

Presbítero Arellano: Este sacerdote, del que no se conoce su nombre, era párroco de la parroquia de San Cristóbal. Trabajó incansablemente durante la epidemia de fiebre amarilla, tal cual lo destaca el diario *La Nación* del 5 de mayo de 1871:

“La conducta observada por el Señor Arellano, cura párroco de San Cristóbal, en los días más aciagos de la epidemia, es digno del mayor encomio.

De día y de noche, a todas horas, y muchas veces lloviendo, a altas horas de la noche, se veía cruzar al cura de San Cristóbal, atravesando pantanos, constante y denodado en su misión verdaderamente evangélica.

No ha habido un solo desgraciado de los que han fallecido de la epidemia que no haya recibido los consuelos de la religión siempre que los ha solicitado del presbítero Arellano.(...)

⁵⁷³ Cfr. LR, 7 de junio de 1871.

⁵⁷⁴ Cfr.. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 282

⁵⁷⁵ Ibid.

⁵⁷⁶ Ibid, pp. 201-202

El presbítero Arellano es pobre, sólo tiene un sueldo mezquino, y sin embargo sólo cobra sus honorarios asignados en el arancel curial, al que espontáneamente quiere abonarlos; y los pobres indigentes de su parroquia tienen en él un auxilio siempre en sus necesidades.

Haciendo justicia al mérito verdadero, consignamos con placer estos hechos.”⁵⁷⁷

Presbítero Antonio Espinoza: Sacerdote de Barracas, futuro arzobispo de Buenos Aires. Varios diarios resaltan su labor durante la epidemia. La Comisión de Higiene de Barracas al Norte, teniendo en cuenta el exceso de trabajo de Espinoza, pidió al obispo Aneiros otro sacerdote para que lo ayudase.⁵⁷⁸

Presbítero Dr. José Gabriel García Zúñiga:⁵⁷⁹ Cura de la parroquia de la Concepción. Nació en Montevideo el 3 de diciembre de 1823. Estudió en la Universidad de Córdoba. Se ordenó de sacerdote el 19 de julio de 1845.

Fue capellán del ejército durante la campaña de Caseros, y desde 1865 cura de la parroquia de la Concepción. Es recordado especialmente por haber sido el propulsor de la restauración del templo.⁵⁸⁰

Para el diario *La República*, fue el más destacado en su laboriosa entrega por los demás durante la epidemia:

“(…) Pero entre todos los sacerdotes que se han entregado al auxilio de los desgraciados, el más abnegado, el más inteligente y llevado es el cura de la Concepción.

El Dr. García Zúñiga, ya conocido por una larga nomenclatura de obras pías y de verdadero discípulo de Jesu-Cristo, es el más abnegado; a pesar del terror que tiene a la fiebre, no para un momento corriendo de enfermo en enfermo, de lecho en lecho, llevándoles con los consuelos de la religión específicos y recetas que él aplicó con eficacia. Reconocemos y rendimos en nombre de la sociedad angustiada, las debidas gracias y el alto homenaje que merecen estos actos. (...)”⁵⁸¹

⁵⁷⁷ LN, 5 de mayo de 1871.

⁵⁷⁸ Cfr. LN, 6 de mayo de 1871 y EN, 9 de mayo de 1871.

⁵⁷⁹ Leandro Ruiz Moreno lo registra con el apellido de la Torre y Zúñiga. Cfr. Op. Cit, p. 283

⁵⁸⁰ Cfr. AVELLÁ CHAFER, Francisco, *Diccionario biográfico del clero secular de Buenos Aires*, Tomo I, 1580-1900, Buenos Aires, 1983, pp. 235 y 236

⁵⁸¹ LR, 21 de marzo de 1871.

En 1875 fue designado canónigo honorario y capellán de las catalinas. Falleció en 1884. Su sobrino, Luis Ignacio de la Torre y Zúñiga, también fue sacerdote y lo sucedió en el curato de la Concepción.⁵⁸²

Presbítero Cornelio Santillán o Santillás: Sacerdote tucumano nacido en 1810. Ayudó a muchos enfermos durante el flagelo de 1871.

“(…) El anciano sacerdote Sr. Santillán, a pesar de su edad, ha cumplido fielmente con su sagrado deber.”⁵⁸³

Presbítero Eduardo O’Gorman: Hijo de Adolfo O’Gorman, irlandés, y de Joaquina de Jiménez, argentina. Nació el 8 de abril de 1828 y fue ordenado sacerdote el 2 de agosto de 1849.⁵⁸⁴ Era hermano del jefe de la policía durante la epidemia, Enrique O’Gorman y de Camila, la joven ejecutada junto al sacerdote Ladislao Gutiérrez por decisión del gobierno de Rosas.

Fue párroco de Mercedes, y por un decreto del 19 de mayo de 1864 dictado por el entonces presidente Bartolomé Mitre, canónigo honorario de la Catedral de Buenos Aires junto con el Padre Fahy.⁵⁸⁵

De regreso de Europa el 26 de febrero de 1871⁵⁸⁶, fue párroco de la parroquia San Nicolás de Bari. Frente a la tragedia de la fiebre amarilla, junto a los defensores de menores Elías Sarabia y José M. González Garaño, y los señores Cayetano Cazón y Luis Frías, O’Gorman fundó el Asilo de Huérfanos para varones en una casa de la calle Riobamba 102.⁵⁸⁷

Falleció en la ciudad de Buenos Aires el 14 de marzo de 1901.⁵⁸⁸

Los diarios de la época y las obras escritas sobre la epidemia de fiebre amarilla nombran otros sacerdotes diocesanos de los que no se tienen más datos que su destacada labor durante la peste. Así cabe mencionar a los presbíteros Pedro Castro Rodríguez en Barracas; Manuel Velarde y Alejo P. Nevaes en la parroquia San Miguel; Domingo Scabini en el

⁵⁸² Cfr. *Breve reseña histórica de la Parroquia de la Inmaculada Concepción desde su fundación hasta nuestros días (1727-1900)*, Buenos Aires, 1901.

⁵⁸³ LN, 6 de mayo de 1871.

⁵⁸⁴ Cfr. USSHER, Santiago M., Op. Cit., p. 189

⁵⁸⁵ Cfr. GONZALEZ, Rubén, Op. Cit., p. 232

⁵⁸⁶ Cfr. LR, 26 de febrero de 1871.

⁵⁸⁷ Cfr. BUCICH ESCOBAR, Ismael, *Bajo el horror de la epidemia*, Buenos Aires, 1932, pp. 90 y 91. Más datos sobre el Asilo de Huérfanos se brindarán en el capítulo dedicado a la Sociedad de Beneficencia.

⁵⁸⁸ Cfr. USSHER, Santiago, Op. Cit., p. 190

pueblo de San Vicente;⁵⁸⁹ Luis de San Juan; y un tal Lozano, ya que ni siquiera se menciona su nombre o su destino pastoral.⁵⁹⁰ Cabe también mencionar al presbítero Saturnino Bavío, domiciliado en la calle Defensa 309, quien murió víctima de la fiebre amarilla el 11 de abril de 1871. No se tienen de él más datos que los que brinda su certificado de defunción.⁵⁹¹

Otro sacerdote de importancia en estos años fue el padre Diego Palma, párroco de la iglesia de San Isidro hasta 1890 en dos períodos: el primero desde el 2 de marzo de 1856 hasta el 26 de junio de 1875; el segundo desde el 5 de mayo de 1877 hasta septiembre de 1890, en que presentó la renuncia como consecuencia de su estado de salud.⁵⁹² Era un hombre de carácter serio y un tanto áspero, pero, a la vez, de una bondad sin límites. Su personalidad profundamente preocupada por los demás se destacó durante las dos epidemias que asolaron al pueblo de San Isidro en aquellos años: en 1868 se desató una epidemia de cólera que produjo 110 muertos; una cifra muy elevada para un pueblo tan chico.⁵⁹³ El Padre Palma recorría casa por casa asistiendo enfermos y consolando a los moribundos. Su labor fue reconocida cuando el vecindario le entregó una medalla de oro que tenía de un lado las armas de la República, con la inscripción *Homenaje de Gratitud, Epidemia de 1868*; en el anverso tenía grabado un cáliz con la dedicatoria: *El Pueblo de San Isidro al Señor Don Diego Palma*.⁵⁹⁴ Durante la peste de fiebre amarilla volvió a dedicarse a la atención de los enfermos, trabajando en conjunto, según lo demuestra la abundante correspondencia existente, con el Juez de Paz, Antonio Pillado, con el Presidente de la Comisión de Higiene Pública local, Felipe Otárola, y con el administrador del lazareto, Ignacio Vázquez. Este trabajo articulado permitió una mejor y eficaz atención de la comunidad de San Isidro, que como consecuencia del abandono de la capital, aumentaba diariamente el número de pobladores.⁵⁹⁵

Debe destacarse también la tarea del obispo Aneiros que tomó medidas acorde a las circunstancias, suspendiendo las celebraciones de Semana Santa y estando cerca de sus sacerdotes y su grey, en los meses más difíciles de la epidemia, incluso sufriendo en carne

⁵⁸⁹ Cfr. RUIZ MORENO, Op. Cit., p. 283

⁵⁹⁰ LN, 6 de mayo de 1871.

⁵⁹¹ Cfr. Libro de defunciones parroquia de San Telmo 1871, 14, 3, partida 1852. Ver Apéndice, [p. 240](#)

⁵⁹² Cfr. AVELLÁ-CHAFER, Francisco, Op. Cit., Buenos Aires, 1983, p. 255

⁵⁹³ Cfr. KRÖPFL, Pedro F., *La metamorfosis de San Isidro, 1580-1994*, San Isidro, 1995, p. 130

⁵⁹⁴ Cfr. BECCAR VARELA, Adrián, *San Isidro, Reseña Histórica*, Buenos Aires, 1906, pp. 127 y ss

⁵⁹⁵ Cfr. Archivo municipal de San Isidro, en adelante, A.M.S.I, Carpeta 44, 7359, *Fiebre amarilla 1871*. Ver Apéndice, [p. 238](#)

propia la enfermedad.⁵⁹⁶ Su madre, Antonia Salas de Aneiros, su hermana, María Aneiros, y su tío, Vicente Salar, fallecieron víctimas del flagelo.⁵⁹⁷

Las palabras más expresivas sobre su labor en los meses trágicos de la fiebre amarilla, quizás sean las que pronunció en 1894, durante su funeral, el Vicario Capitular de la Arquidiócesis Dr. D. Juan Agustín Boneo:

“Las calamidades públicas, las epidemias que más de una vez sumieron en la consternación y espanto a nuestro pueblo, vieron siempre a este infatigable sacerdote y celoso Obispo, en el puesto que le señalaba su honor: nosotros mismos le vimos en los lazaretos adoptando providencias para la asistencia espiritual de los enfermos, hasta caer herido del contagioso mal, cuyos estragos se empeñaba en atenuar: y le vimos junto al lecho del enfermo recogiendo su postrer suspiro, y enjugar, más tarde, las lágrimas de las viudas y de los huérfanos!”⁵⁹⁸

3.3 Las congregaciones religiosas durante la epidemia

“Día 3 de abril: (...) Surge la idea de desocupar la ciudad. Hermanas de la Caridad, ¡Santas Mujeres!”⁵⁹⁹

Mardoqueo Navarro resalta la labor de una de las congregaciones religiosas que estuvieron junto a los infectados por la fiebre; incluso lo hace utilizando el recurso de poner en negrita el elogio que les hace.⁶⁰⁰

Cuando la peste arreció las Hermanas o Hijas de la Caridad cerraron sus colegios y se volcaron a trabajar en los hospitales, especialmente en el Hospital General de Hombres y en el Hospital Francés. El contacto continuo con los enfermos que en su mayoría morían por no haber un tratamiento certero contra la fiebre, exigía una gran entrega por parte de las Hermanas, que también corrían el riesgo de contagiarse, a tal punto que alrededor de cuarenta

⁵⁹⁶ Cfr. BRUNO, Cayetano, *Historia de la Iglesia en la Argentina*, XI, Buenos Aires, 1976, p. 77

⁵⁹⁷ EN, 16 de junio de 1871.

⁵⁹⁸ BONEO, Juan Agustín, *Oración Fúnebre*, en CARBIA, Rómulo, *Monseñor León Federico Aneiros*, Buenos Aires, 1905, pp. 209-210

⁵⁹⁹ DMN.

⁶⁰⁰ Es importante volver a tener en cuenta que en esa época se llamaba indistintamente Hermanas de Caridad o de la Caridad a todas las congregaciones religiosas femeninas, con lo cual en ocasiones resulta difícil distinguir concretamente a cuál se refieren los documentos o testimonios contemporáneos a la epidemia.

experimentaron los ataques, aunque benignos, de la enfermedad; a esto se debió el arribo de algunas hermanas más a Buenos Aires en abril de 1871, provenientes de Francia:

“Día 17 de abril: (...) Llegan 4 hermanas de la caridad. (...)”⁶⁰¹

Siete de ellas fallecieron víctimas de la fiebre amarilla; ellas son:⁶⁰²

Sor María Josefina Goulart: Era la Hermana Superiora del Hospital San José y Asistentista de la Provincia. Había sido también Superiora de la fundación de la congregación en Jujuy y del Hospital San Luis de los franceses. Después de cinco días de enfermedad, falleció el 27 de marzo de 1871 a los 43 años. Era religiosa de la Caridad desde hacía 23 años. Su nombre figura, junto al de otra religiosa, en el monumento a los caídos en el cumplimiento del deber durante la epidemia que se encuentra en el parque Ameghino.

Sor Ana Dufour: Trabajaba en el Hospital San Luis de los franceses. Los testimonios de sus Hermanas religiosas afirman que se preparaba desde hacía varios meses y por una secreta inspiración de la gracia a la venida de la muerte. Sentía mucha pena al ver que se llevaban del hospital los enfermos atacados de la fiebre amarilla, porque deseaba cuidarlos ella misma. Un enfermero atacado gravemente no pudo ser transportado al lazareto y sor Dufour lo cuidó denodadamente hasta que ella misma se contagió y falleció el 28 de marzo de 1871 a los 33 años, luego de 14 años de vocación.

Sor Baptistina Pelloux: Había sido enviada con otras dos Hermanas para dirigir las ambulancias militares de San Nicolás y de Rosario en 1861. Luego actuó en el Hospital General de Hombres o de San José, como lo llamaban las Hermanas, y durante la epidemia de fiebre amarilla era Superiora en el Hospital San Luis. Asistiendo a Sor Dufour y al Padre de La Vaissière, se contagió del morbo y murió el 8 de abril a los 42 años. Hacía 20 años que había ingresado en la congregación.

Sor María Thiriet: Trabajaba en el Hospital San José. Luego de tres días de enfermedad, murió de fiebre amarilla, el 25 de abril a los 45 años. Sus primeros votos religiosos los había hecho hacía 24 años. Su nombre también figura en el monumento de parque Ameghino, pero con algunos cambios en el apellido: Chirigt.⁶⁰³

⁶⁰¹ DMN y LR, 18 de abril de 1871.

⁶⁰² Cfr. A.P.H.C, *Biografías*, 1859-1880

⁶⁰³ Las dos religiosas mencionadas en las inscripciones del monumento figuran como Hermanas de Caridad, que son las Hijas de María Santísima del Huerto, y no como eran en realidad, Hijas o Hermanas de la Caridad.

Sor Hermance Delatre: Era Hermana del Colegio de la Inmaculada Concepción. Cuando se cerró el colegio a consecuencia de la epidemia, se dedicó a la atención a los enfermos. Así se contagió y murió el 2 de mayo de 1871 a los 28 años de edad y con 10 años de vocación. Los testimonios de la época la califican como una hermana inteligente y abnegada que amaba la misión a causa de su pobreza y de los sufrimientos que en ella encontraba.⁶⁰⁴

Sor María Pajot y Sor María Doolin: Estas Hermanas padecieron fiebre amarilla, pero tuvieron una mejoría hasta que, debilitadas por la enfermedad, contrajeron tuberculosis y fallecieron en la Casa Central de la congregación, el 3 y 25 de septiembre respectivamente. Sor Pajot tenía 33 años de edad y 11 de vocación; Sor Doolin, 23 años y 5 de vocación.

Diversas publicaciones comentaron tiempo después la labor de las Hermanas durante la epidemia de 1871:

“Las Hermanas de la Caridad son dignísimas de este sublime nombre; y siguen constantes prestando sus inapreciables servicios, que en el año que termina, han sido redoblados.”⁶⁰⁵

“(…) Esa mujer, ejemplo de valor y misericordia, de virtud y abnegación, es la HERMANA DE LA CARIDAD, la hija de la caridad cristiana.

Su vida es preciosa como la estrella que brilla en medio de la oscura noche, como la humilde violeta que crece olvidada entre la maleza, difundiendo en el espacio su aroma delicado. La caridad, he ahí su misión; misión grande y generosa, llevada a cabo de un modo sublime.

Allí donde corren las lágrimas que arranca la miseria, allí donde el dolor destroza el alma y aniquila el cuerpo, allí está ella para apagar el llanto y pronunciar al oído del que sufre dulces palabras de aliento y de esperanza. Allí donde se oye la queja del moribundo, allí donde se escucha la voz del huérfano desvalido o donde se exhala la súplica del mendigo, allí está ella, mensajera de amor y caridad. (...)

Pero su caridad no se reduce a curar las desgracias presentes, a vendar las heridas abiertas ya, sino que ella precave los futuros males y las nuevas caídas de la sociedad,

⁶⁰⁴ Cfr. A.P.H.C., apartado *Las Hijas de la Caridad en las Repúblicas del Plata*, 1859-1880.

⁶⁰⁵ *Las Hermanas de la Caridad*, en *La Revista Argentina*, XIII, Buenos Aires, 1872, p. 240

consagrándose a la enseñanza de la juventud, a inculcar en su inteligencia las verdades de una religión divina y a cultivar en su corazón los más puros sentimientos.”⁶⁰⁶

Entre los sacerdotes de la Congregación de la Misión de San Vicente de Paul o Padres Lazaristas hubo dos víctimas de la fiebre amarilla, los padres Santiago Luis de La Vaissière y Ladislao Patoux.

De La Vaissière había nacido en Francia en 1829. Llegado a la Argentina, en 1864 fundó la casa vicentina en Jujuy que por distintas dificultades luego se cerró.⁶⁰⁷ De regreso a Buenos Aires se puso al servicio del Hospital Francés, que más tarde hizo erigir en Casa de la Compañía.

En 1866 abrió un colegio con miras a favorecer las vocaciones eclesiásticas, tan escasas entonces en el país. El establecimiento tuvo muchos alumnos, pero el Padre de La Vaissière debió hacer muchos gastos y se endeudó de tal manera que fue imposible continuar con el colegio cuando él falleció en 1871.⁶⁰⁸

Al declararse la fiebre amarilla, el plantel de misioneros lazaristas en Buenos Aires estaba conformado por siete sacerdotes. El Padre de La Vaissière falleció contagiado del mal el 2 de abril de 1871, cuando era director general del Colegio San Luis. El Padre Ladislao Patoux, designado para sucederle al frente del Colegio, murió también de fiebre amarilla 23 días después, el 25 de abril.⁶⁰⁹

En reemplazo de los dos sacerdotes fallecidos, fueron enviados desde Francia los Padres Jorge Enrique Révellière y Jorge María Salvaire, quienes arribaron a la ciudad de Buenos Aires el 24 de octubre de 1871.

A consecuencia de la mortandad del clero secular, a finales de 1871 el Arzobispo Aneiros ofreció a los lazaristas la atención del Santuario de Nuestra Señora de Luján, misión que aceptaron, luego de la respuesta negativa que dieron los bayoneses por carecer de personal por los muertos de esta congregación durante la fiebre amarilla.⁶¹⁰

⁶⁰⁶ BERRO, Carlos A., *La Hermana de la Caridad*, en *El Católico Argentino*, 42, año II, Buenos Aires, 15 de mayo de 1875, pp. 666-668

⁶⁰⁷ Cfr. PALACIOS, Horacio S., *Op. Cit.*, p. 84

⁶⁰⁸ *Ibid.*, p. 154

⁶⁰⁹ *Ibid.*, p. 152

⁶¹⁰ Cfr. SARTHOU, B., *Historia centenaria del Colegio San José*, Buenos Aires, 1960, p. 65

Precisamente, entre los sacerdotes y religiosos muertos víctimas de la epidemia se cuentan también los Padres bayoneses o del Sagrado Corazón de Jesús, Luis Larrouy y Domingo Irigaray, capellanes del monasterio de San Juan, y el Hermano Fabián Lhopital.⁶¹¹

La epidemia sorprendió a los bayoneses en plena construcción de las ampliaciones del Colegio San José: dos pabellones paralelos de 11 metros por 12, con dos pisos, destinados a salones de estudios y dormitorios; entre ellos se había proyectado un airoso mirador de forma gótica, que lo hacía semejante a una torre medieval y serviría de observatorio astronómico. La fiebre amarilla ahuyentó a los obreros por algún tiempo.

A la vez el colegio permaneció cerrado; los alumnos fueron licenciados y remitidos a sus familias. Los sacerdotes quedaron en sus puestos, sea los del Colegio, sea los de la Iglesia de San Juan, y se desvelaron por atender a los enfermos.⁶¹²

Un signo claro de cómo se vieron afectados los bayoneses durante la epidemia, es observar los gastos de la Congregación en 1871 que fueron muy reducidos en los meses más trágicos por estar todas las actividades absolutamente paralizadas y destinar todo el dinero a la atención de los contagiados y los moribundos:

“Colegio:	
Febrero	16.554 \$m/c
Marzo	6.456 \$m/c
Abril	6.591 \$m/c
Mayo	5.961 \$m/c
Junio	23.705 \$m/c
	(...)
Edificio:	
Febrero	11.668 \$ m/c
Marzo	7.710 \$ m/c
Abril	2.592 \$ m/c
Mayo	2.270 \$ m/c
Junio	2.513 \$ m/c
Julio	59.480 \$ m/c
Agosto	39.087 \$m/c
	(...) ” ⁶¹³

⁶¹¹ Ibid.

⁶¹² Cfr. *Historia del Colegio San José*, en *Revista F.V.D.*, año I, 12, Buenos Aires, febrero de 1922.

Comparando los números de gastos mensuales, se puede inferir que durante la fiebre amarilla todas las actividades de construcción y de educación de los bayoneses quedaron reducidos a su mínima expresión, dado que fue otro el destino que responsablemente se le dio al dinero.

El Padre Luis Larrouy, una de las víctimas de la epidemia, había nacido el 20 de junio de 1806 en Guiché, Francia. Se ordenó de sacerdote el 17 de diciembre de 1831 y profesó el 10 de septiembre de 1841.⁶¹⁴

Desde los inicios de la Congregación colaboró activamente con el fundador, el Padre Miguel Garicoïts, quien lo designó Prefecto Espiritual. En 1856 se ofreció como voluntario para venir a América a misionar y formó parte de los primeros contingentes de religiosos del Sagrado Corazón que llegaron desde noviembre de ese año.

Durante la epidemia de cólera de 1857 en Uruguay que provocó miles de víctimas, Larrouy viajó a Montevideo y colaboró activamente en la atención de los enfermos.

Al poco tiempo llegó a Buenos Aires. El Padre Larrouy no compartía los pensamientos del Padre Garicoïts sobre la educación de la juventud; prefería dedicarse sólo a la evangelización de los vascos y berneses. Esta diferencia de criterios mereció una carta categórica de parte del fundador al misionero en Buenos Aires en abril de 1858:

“(…)La obra del colegio no es extraña a esta obra de las misiones, y está muy bien exponer sus dudas, pero ir más allá es violar la regla.”⁶¹⁵

Pese a estas profundas diferencias con el fundador respecto al establecimiento o no de un colegio en Buenos Aires, Larrouy fue fiel a sus superiores hasta sus últimos días.

En 1871 era capellán de la Iglesia de San Juan en la calle Alsina en Buenos Aires, compañero del R.P. Diego Barbé, superior del Colegio San José en ese momento. Murió atendiendo a los infectados por la fiebre el 6 de abril. Sus restos fueron sepultados en las fosas comunes del primitivo cementerio de la Chacarita.⁶¹⁶ En el libro de misas de aquél año, se

⁶¹³ Archivo Provincial de los Padres Bayonenses, en adelante A.P.P.B., *Mensuales 1858-1875, Cabrier de Comptes mensuales*.

⁶¹⁴ A.P.P.B., *Fichero biográfico de los Bayonenses en Argentina*.

⁶¹⁵ MIÉYAA, Pierre, *Correspóndanse de saint Michel Garicoïts*, Tomo I, Bayona, 1958, p. 293

⁶¹⁶ Cfr. *Efemérides del mes de abril*, en *Revista F.V.D.*, año I, 12, febrero 1922.

registran dos celebradas por su alma, en las que se pagaron estipendios por 30 \$m/c; ellas fueron los días 13 y 17 de abril.⁶¹⁷

Otro sacerdote bayones fallecido víctima de la epidemia de fiebre amarilla fue el Padre Domingo Irigaray. Había nacido en Camon Cihique, Francia, el 3 de julio de 1828. Ingresó en el noviciado el 23 de mayo de 1856, y fue ordenado sacerdote el 22 de octubre de 1860. Llegó a América en 1862, primero a Montevideo con el P. Harbustan, y luego a Buenos Aires, donde fue capellán de la Iglesia de San Juan. Murió el 16 de abril de 1871.⁶¹⁸

El Hermano Fabián Lhopital había nacido en 1821. Cuando llegó a Buenos Aires fue compañero del Padre Diego Barbé en la fundación del Colegio San José. Murió víctima de la peste el 8 de abril de 1871. Junto con los nombres de Larrouy y de Irigaray, el suyo figura en el monumento recordatorio erigido por el municipio en el Parque Ameghino, anteriormente llamada plaza Almafuerde.⁶¹⁹

También fallecieron contagiados de fiebre amarilla los ex alumnos del Colegio San José, José Bibolián, Benigno Carrión, Carlos Tarragona, Belisario López, Julián de Puch, y Alberto y Rodolfo Carranza.⁶²⁰

En los registros de misas de ese tiempo, varias fueron rezadas por el eterno descanso de las víctimas bayoneses de la fiebre amarilla, y a San Roque para pedir por la finalización de la epidemia. Eran rezadas por los Padres Magendie, Miller, Augusto Dulong, Carlos Sampay y Víctor Seres.⁶²¹

Cuando finalizó la epidemia llegaron desde Francia nuevos profesores: Román Descomp, Juan B. Tounédou, y Juan Commérudére, y los coadjutores Gerardo Domenjean y Auger Lafont.⁶²²

En los últimos meses de 1871 se desplegó nuevamente la actividad del Colegio San José, cuya construcción quedó terminada en diciembre. Se cuenta que los padres, para apresurar la tarea, empleaban parte de la noche en acarrear ladrillos hasta los últimos andamios, como para recuperar todo el tiempo que debieron suspender la obra para atender a los enfermos de la peste.⁶²³

⁶¹⁷ Cfr. A.P.P.B., *Messes 1869-1883*.

⁶¹⁸ Cfr. MIÉYAA, Pierre, Op. Cit., tomo II, p. 204. Existen diferencias de fechas con la ficha correspondiente al P. Irigaray en el *Fichero biográfico de los bayoneses en la Argentina*.

⁶¹⁹ Cfr. *Efemérides del mes de abril*, en Op. Cit.

⁶²⁰ Cfr. SARTHOU, B., Op. Cit., p. 65

⁶²¹ Cfr. A.P.P.B., *Messes 1869-1883*

⁶²² Ibid., p. 66

⁶²³ Cfr. *Historia del Colegio San José*, en Op. Cit.

Los Padres jesuitas habían fundado el Colegio del Salvador en 1868, construyéndolo sobre un terreno que les ofreció el Padre Antonio Fahy sobre la calle Callao, en las afueras de la entonces ciudad de Buenos Aires. En 1871, a consecuencia de la epidemia de fiebre amarilla, debieron suspender las clases; los alumnos regresaron a sus casas o a las de sus tutores. Todos los jesuitas se consagraron a socorrer a las víctimas del flagelo.⁶²⁴

El Padre José Sató, quizás el jesuita más emprendedor en la fundación del Colegio del Salvador y la construcción de la iglesia adjunta al mismo, se encargó de acompañar y asistir a la colectividad inglesa e irlandesa, ya que con la desaparición del padre Fahy, víctima él mismo de la fiebre amarilla, fue Sató el capellán de los británicos hasta su muerte. Del mismo modo el Padre Zeitlmayer, recién llegado de Chile, fue el capellán de los alemanes, los cuales mandaban a sus hijos a escuelas protestantes confundiendo sus ideas religiosas; con sus ardorosas prédicas consiguió numerosas e importantes conversiones.⁶²⁵

Los Padres Jordán, Del Val, Saderra, Sanfuentes, Ramón Riera y otros sacerdotes y hermanos jesuitas desafiaron los peligros del contagio y atendieron a los enfermos como las demás congregaciones religiosas y miembros del clero secular.

“A fines de febrero de 1871 se ensañó con los habitantes de esta capital la fiebre amarilla comenzando ya desde sus principios a causar tantas víctimas que toda la caridad de nuestros Padres que en cuerpo y alma se dedicaron a auxiliar a los moribundos resultaba insuficiente.(...)”

Grande por consiguiente hubo de ser el heroísmo que desplegaron los Padres en todo el tiempo que la ciudad se vio maltratada por tan tremendo azote y grande el desinterés y actividad con que acudían a donde eran llamados hasta el punto de entregar a alguno su propia vida atacado de tan devastadora enfermedad.”⁶²⁶

Los Padres llevaban el sacramento eucarístico y los demás auxilios sacramentales a los moribundos, sin miedo a contagiarse del mal.⁶²⁷

El 12 de abril de 1871 murió el Padre Raimundo Riera víctima de la fiebre. Era natural de Santa María de Manlleu, Barcelona, en 1834; ingresado en la Compañía de Jesús en 1862,

⁶²⁴ Cfr. FURLONG, Guillermo, *Historia del Colegio del Salvador*, Tomo II, primera parte, Buenos Aires, 1944, p. 45

⁶²⁵ Cfr. Archivo de la Provincia Jesuítica de Argentina, en adelante A.P.J.A, *Historia del Colegio del Salvador desde 1864 a 1910*, p. 20

⁶²⁶ Ibid.

⁶²⁷ Cfr. A.P.J.A, ZEITLMAYER, José, *Historia Collegii Salvatoris S.I. in urbe Bonaërensi, 1864-1872*,

siendo ya doctor en leyes.⁶²⁸ Su compañero, el Padre Jordán compuso un epitafio para su tumba que decía:

“Suplicámoste benignísimo Salvador de los hombres que concedas la paz eterna al Rvo. Padre Ramón Riera, sacerdote de la Compañía de Jesús, el cual administrando los auxilios de la Religión a los enfermos, mientras una fiebre pestífera dominaba en la ciudad, fue arrebatado por el mismo contagio el 12 de abril del año de nuestra salvación 1871.”⁶²⁹

El 19 de abril falleció el Hermano Escolar Gregorio Biosca. Era español, natural de Lérida, en 1840. Ingresó en la Compañía en 1861. Había llegado hacía poco tiempo a Buenos Aires para continuar sus estudios en el Colegio del Salvador.⁶³⁰ Ninguna de las dos víctimas jesuitas pudieron permanecer en la casa de los sacerdotes más que algunas horas por el peligro del contagio; ambos fueron trasladados al hospital donde murieron.⁶³¹

“Si Dios Nuestro Señor no fue servido de aceptar más víctimas, no fue porque los nuestros no se ofrecieran espontáneamente, como lo hicieron en las preces públicas que celebraron los Superiores para que Dios apartara su azote de esta afligida ciudad.

Seríamos importunos y traspasaríamos los límites de esta sencilla narración, si contásemos en particular los hechos admirables, y los prodigios obrados por Dios con los cuales premió los sacrificios de sus fieles operarios. A no pocos que estaban ya en los brazos de la muerte hizo volver en sí la sola visita del confesor, quien después de confortarlos con todos los auxilios de nuestra sacrosanta religión pudo acompañarlos en su terrible paso a la eternidad.”⁶³²

En los primeros días de junio volvió a abrir sus puertas el Colegio del Salvador. Sólo quince alumnos asistieron a clase al principio, pero en el curso del mes ingresaron los que faltaban, excepto dos que habían fallecido víctimas de la epidemia. Los tres meses de clases suspendidas se recuperaron con un gran esfuerzo por parte de profesores y alumnos, quienes voluntariamente cambiaron sus clases de música y artes por más horas de estudio.

⁶²⁸ Cfr. Ibid.

⁶²⁹ Cfr. FURLONG, Guillermo, Op. Cit., p. 46

⁶³⁰ Cfr. Ibid.

⁶³¹ Cfr. A.P.J.A, *Historia del Colegio del Salvador, desde 1864 a 1910*, p.18

⁶³² Ibid. pp. 18-19

La obra del templo, cuya primera piedra se había colocado el 3 de diciembre de 1870, y que con la fiebre amarilla había sufrido un retraso, se continuó con entusiasmo, a tal punto que a fines de 1871 se encontraba bastante adelantada.⁶³³

Las Hermanas de la Misericordia Irlandesas sufrieron en los primeros días de la epidemia un muy duro golpe: la muerte de su capellán, el Padre Antonio Domingo Fahy, quien contagiado de la fiebre amarilla falleció el 21 de febrero de 1871.⁶³⁴ Ya en 1858, las Hermanas atendieron sin descanso a los enfermos de la peste que atacó a la población en ese año, y ese fue el motivo por el cual no abandonaron definitivamente el país.

“Las Hermanas de la Misericordia me han costado muchos sufrimientos y persecución por parte de las autoridades masónicas. Tanto que estuvieron por abandonar el país, cuando intervino la Divina Providencia enviándonos la fiebre amarilla. Ni una sola enfermera se pudo encontrar para atender a las víctimas. Una comisión nos suplicó que por amor de Dios nos hiciéramos cargo del hospital de los contagiados. Así lo hicimos, y desde entonces son admiradas por la población.”⁶³⁵

Durante la epidemia de 1871 las Hermanas atendían el Hospital Irlandés. Allí recibían a los contagiados de fiebre amarilla a quienes dedicaban toda su atención y servicios. El hospital contaba con una deuda de \$ 173.489 que al morir el Padre Fahy se pensó que no podría pagarse. Sin embargo, dado el esfuerzo de las religiosas al lado de los moribundos, la ciudadanía respondió con rapidez y colaboró para saldar la deuda en poco tiempo.⁶³⁶

Entre las religiosas fallecidas víctimas de la fiebre amarilla se registra una de la congregación de las Irlandesas, la Hermana María Inés Murray, quien había profesado el 9 de junio de 1870. Murió el 22 de mayo de 1871.⁶³⁷

Los franciscanos habían tenido ya una destacada actuación durante la epidemia de fiebre amarilla que había assolado a la ciudad de Corrientes en diciembre de 1870 y el primer semestre de 1871; murieron alrededor de dos mil de los once mil habitantes que tenía la ciudad.⁶³⁸ Los frailes de los conventos de la Merced, al oeste de la ciudad donde la epidemia

⁶³³ Cfr. *Ibid.*, pp. 19-20

⁶³⁴ *Ut Supra*, pp. 151-152

⁶³⁵ *Carta del Padre Fahy, 14 de agosto de 1861*, en USSHER, Santiago M., *Las Hermanas de la Misericordia*, Buenos Aires, 1955, p. 57

⁶³⁶ Cfr. USSHER, Santiago M., *Padre Fahy, (1805-1871)*, Buenos Aires, 1952, pp. 169 y ss

⁶³⁷ Cfr. USSHER, Santiago M., *Op. Cit.*, p. 108.

⁶³⁸ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, *Op. Cit.*, p. 22

hizo gran cantidad de víctimas, y de San Francisco, trabajaron incansablemente atendiendo enfermos y moribundos.

El 1 de febrero de 1871 falleció de fiebre amarilla el Hermano sacerdote Joaquín Francesconi en el Colegio apostólico de la Merced. Contaba sólo 26 años y hacía 13 meses que había llegado como misionero proveniente de la Provincia Observante de Bolonia. El 11 de febrero a los 50 años en el convento de la Merced murió también de fiebre amarilla, el Hermano Rafael Antonucci, religioso profeso de la Provincia Seráfica de la Marca de Ancona. Hacía 10 años que se había incorporado al Colegio Apostólico.⁶³⁹

En la epidemia en Buenos Aires, los franciscanos atendieron incansablemente a los infectados por la enfermedad, sin miedo al contagio. Es por ello que fallecieron varios frailes: el 16 de abril, Fray Severino Isasmendi, sacerdote, guardián del convento de San Francisco, muerto en plena tarea apostólica sirviendo a los hermanos afectados por la peste; su nombre está inscripto en el monumento que recuerda la memoria de los caídos en la epidemia de 1871. El 29 de abril falleció Fray Lorenzo Sista, hermano no clérigo. El 5 de mayo, Fray Antonio Cianzzis, sacerdote, maestro de novicios; falleció en el convento de San Francisco, asistiendo a los apestados de fiebre amarilla.⁶⁴⁰ En el monumento de Parque Ameghino figura con otro nombre, Fray José Chaurris, aunque por los datos biográficos se refiere a la misma persona. Del mismo modo murió víctima del flagelo, el misionero Fray Félix Heredia, cuyo nombre también figura inscripto en el monumento a los caídos.⁶⁴¹

Merece especial atención el sacerdote franciscano Fortunato Marchi o Marqui. Nació en Italia en 1833. Trabajó pastoralmente en las provincias de Entre Ríos y Corrientes. Fue capellán del ejército durante el gobierno del General Justo José de Urquiza. Participó de la guerra del Paraguay acompañando los ejércitos del General Paunero. En 1870 se lo nombró sacerdote encargado de la Iglesia de la Boca, San Juan Evangelista, donde tuvo destacada actuación durante la epidemia del 71.⁶⁴²

“Pocos sacerdotes más dignos de elogio tenemos a nuestra vista como el Sr. Fortunato Marqui, cura de la Boca, atendiendo al digno proceder que observa en el cumplimiento de su

⁶³⁹ Cfr. ERNST, Hno. Rolando, *Necrologio de la Vicaría San Miguel Arcángel*, Rosario, 1984

⁶⁴⁰ Cfr. URENDA, Fray Ernesto Ángel, *Libro de Necrología de la Provincia de la Asunción de la Sma. Virgen María del Río de la Plata*, 1987

⁶⁴¹ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 281

⁶⁴² Cfr. Ibid., p. 282

sagrado ministerio en el medio de los estragos que ocasiona el flagelo en ese punto, sin esquivar por esto un solo instante sus auxilios a los que están en momentos de muerte.

El cura Marqui, es uno de los pocos sacerdotes que su abnegación lo lleva hasta el sacrificio, permaneciendo en la brecha del peligro y prestando con amable solicitud los auxilios divinos a todos aquellos feligreses que golpean su puerta sea cual fuere, la hora en que se apele a él.(...)

Hace algún tiempo que este respetable sacerdote está sin ayudante que comparta con él las azarasas tareas originadas por las tristes circunstancias que atravesamos y es triste cosa, que habiendo un número considerable de sacerdotes sin colocación alguna, mire impasible el Sr. Obispo esta necesidad que reclama urgentemente una reparación pronta y eficaz.”⁶⁴³

En 1877 Marqui fue designado inspector general de las misiones. Murió en Lucca, Italia, en 1902.

Otra congregación de destacada actuación durante la epidemia fue la de las Hijas de María del Huerto o Hermanas de Caridad. La Sociedad de Beneficencia aprobó una moción de la señora Luisa Muñoz de Cantilo, por la que se ordenaba la instalación de un lazareto para mujeres atacadas por la fiebre. El 20 de marzo de 1871 se estableció dicho lazareto en la quinta del Dr. Leslie, bajo la dirección técnica del doctor Adolfo Señorans y del practicante Pedro Roberts. La administración interna fue confiada a las Hermanas de Caridad, que por entonces atendían el hospital de Mujeres de Buenos Aires. El pedido de esta nueva misión les fue transmitido a las religiosas a través de las señoras de Cantilo y Benita G. de Eguren.⁶⁴⁴

El 28 de marzo el lazareto ya tenía veinticinco camas y diecisiete enfermeras. Hasta el 7 de julio, día en que fue clausurado, se asistieron allí trescientas treinta y ocho enfermas, de las que se salvaron ciento setenta y una.⁶⁴⁵

El lazareto se encontraba instalado entre las calles Córdoba, Paraguay, Azcuénaga y Centroamérica (hoy Pueyrredón). Por miedo al contagio, los vecinos lo intentaron incendiar. Las autoridades tuvieron conocimiento del nefasto plan e instalaron una guardia policial permanente, poniendo así a salvo a las Hermanas y a las enfermas.⁶⁴⁶

⁶⁴³ LN, 4 de abril de 1871.

⁶⁴⁴ Cfr. MARTYNIUK, Emiliana Alberta, *Floreció en la Argentina*, Buenos Aires, 2001, pp. 53-54

⁶⁴⁵ Cfr. *Origen y desenvolvimiento de la Sociedad de Beneficencia de la Capital, 1823-1912*, Buenos Aires, 1913, p. 108

⁶⁴⁶ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 96

Después de un tiempo de la apertura del lazareto, el edificio resultó pequeño por la cantidad de enfermas, por lo cual se dispuso su traslado a otra casa distante de la primera unos ciento cincuenta metros. Los presos se encargarían de la mudanza, pero como el día establecido para el traslado murió el encargado de conducirlos, fueron las mismas Hermanas junto a otros voluntarios quienes transportaron a las enfermas, los muebles y demás utensilios a la nueva morada.⁶⁴⁷

Las Hermanas del Huerto también se ocuparon de los muertos: junto a alguna enfermera tomaban el cadáver, lo colocaban en el ataúd, y lo cerraban asegurando la tapa con clavos. Este trabajo, entrado el mes de abril, ya no lo hacían los sepultureros porque muchos de ellos se habían contagiado de la peste.

Ningún documento registra el fallecimiento de alguna de las Hermanas de Caridad o del Huerto contagiadas de fiebre amarilla. Al contrario, algunos interpretan que Dios las preservó de la enfermedad por la intensa labor caritativa que desarrollaron en esos meses de 1871.⁶⁴⁸

Guido Spano escribió sobre el trabajo de estas religiosas durante la epidemia, contraponiéndolo a las conductas mezquinas de otros ciudadanos:

“(…) Cuando los hombres proceden de este modo, débese calcular qué desbordamiento de amor y de ternura no habría en el corazón de las mujeres. Las Hermanas de Caridad pudieron entonces agregar más de una rosa mística a la guirnalda que sus manos puras renuevan incesantemente al pie de la cruz del Salvador. Recordando esas consagraciones nobilísimas, quiero pasar por alto el proceder menguado de ciertos magistrados, puestos en la picota de la opinión por la desgracia pública a que tan inferiores se mostraron, prefiriendo el amor de sí mismos al de sus semejantes, envidiosos del sacrificio ajeno sin ser capaces de imitarle. Sus nombres empañarían la aureola de aquellas nobles figuras de mujer, por cuyo rosario deberían haber cambiado compungidos las insignias de su alta investidura.”⁶⁴⁹

Entre las congregaciones religiosas de clausura, sólo las Monjas Catalinas registran algunos datos referidos a la epidemia de fiebre amarilla. En 1869, en el capítulo electivo prioral se eligió por segunda vez para regir los destinos del monasterio de Santa Catalina a la Madre Sor Celestina de las Mercedes Cevallos y Castrelo, quien en marzo de 1871 fue

⁶⁴⁷ Cfr. Archivo Casa Provincial, Hijas de María Santísima del Huerto, *Documentos Escritos*.

⁶⁴⁸ Cfr. MARTYNIUK, Emiliana Alberta, Op. Cit., p. 55

⁶⁴⁹ SPANO, Carlos Guido, Op. Cit., p. 73-74

atacada por la peste y su muerte era segura. Ante este peligro, una de las torneras, Sor Mercedes del Corazón de Jesús Salas, pidió a Dios aceptara su vida en lugar de la de la prelada que era más necesaria que la suya. Así fue como esta hermana enfermó de fiebre amarilla y falleció el 19 de abril de 1871, mientras que la superiora recobró la salud. Una pequeña lápida colocada el 7 de junio de 1944 en la celda en que falleció Sor Mercedes, recuerda este acto heroico.⁶⁵⁰

Es importante también destacar la figura de la Madre Camila Rolón, fundadora de las Hermanas Pobres Bonaerenses de San José, quien descubrió su vocación religiosa durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871 mientras atendía abnegadamente a los contagiados.⁶⁵¹

Camila había nacido el 18 de julio de 1842 en San Isidro. A los pocos años su familia se trasladó a Buenos Aires. Allí trabajó en la atención de los enfermos de cólera en la terrible epidemia de 1867 y 1868. Cuando comenzó la peste amarilla en enero del 71, su hermano Andrés fue de las primeras víctimas del mal. Su madre también enfermó, pero se alivió a los días. Camila se dedicó a visitar a los seminaristas enfermos y al Padre Francisco Villar, confesor de la joven, que murió afectado por la fiebre el 9 de abril. El dolor por muertes tan cercanas no la vencieron; recorría diariamente las calles de Buenos Aires confortando a los agonizantes, acercándoles una palabra de fe y la presencia de algún sacerdote, llegando incluso a buscar personas que se ofreciesen para enterrar los cadáveres.⁶⁵²

Toda esta experiencia de servicio a los enfermos y los sufrientes fortificó su vocación religiosa. El 21 de abril de 1875 ingresó en el convento de carmelitas de San José, recientemente fundado.

“Monja Teresa: El miércoles 21 a las 4 de la tarde tuvo lugar en el Monasterio de las Teresas de esta ciudad, la toma de hábito de la señorita Camila Rolón, siendo Madrina la señora Felipa Segismundo de Laprida.

Es la primera vez que este acto se verifica solemnemente en este monasterio. El Exmo. Sr. Arzobispo dio el hábito a la nueva religiosa, cambiando este el nombre de Camila en el de Sor Dolores del Corazón de Jesús. El señor arcediano de Toledo, Dr. Jacinto Cervera, pronunció un discurso análogo a la ceremonia, poniendo en hermoso contraste el mundo y el claustro. La concurrencia que le escuchaba era numerosísima.

⁶⁵⁰ Cfr. UDAONDO, Enrique, *Reseña histórica del Monasterio de Santa Catalina de Sena de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1945, p. 87

⁶⁵¹ Cfr. LORIT, Sergio C., *Camilla Rolón, l'Argentina approda a Roma*, Roma, 1964, pp. 32-34

⁶⁵² Cfr. DOXENDABARAT, R., *Pobre de San José*, Paris, 1991, pp. 7 y 8

Nosotros que no vemos en un convento el albergue de seres inútiles para la sociedad, como muchos espíritus ilusos, sino la morada de modelos de cristianas virtudes y de ángeles tutelares de los pueblos no podemos menos de alegrarnos en gran manera por el acontecimiento que referimos, y enviamos a la nueva discípula de la insigne Doctora Teresa de Jesús, nuestras más cordiales felicitaciones. Deseamos tenga un noviciado feliz, terminado el cual pueda contarse por completo entre las hijas del Carmelo.”⁶⁵³

Camila sólo permaneció 29 días en el convento. Debió abandonarlo gravemente enferma el 19 de mayo.⁶⁵⁴

Sin embargo, inquieta por fundar una congregación, se presentó ante Monseñor Aneiros, que el 23 de diciembre de 1880 aprobó interinamente el proyecto de la regla de las futuras Hermanas Pobres Bonaerenses de San José.⁶⁵⁵

3.4 Labor de asociaciones laicales contra la fiebre amarilla

“(…) el movimiento convulsivo de un gran pueblo, agitándose en las angustias de la muerte, entre las garras de una calamidad voraz, contra la cual lidiaba, de la cual se salvaba o por la acción combinada de la caridad heroica y de la ciencia o por la fuga despavorida en alas del vapor; (...)”⁶⁵⁶

Así como muchos optaron por huir por miedo al contagio, otros permanecieron en la ciudad enfrentando la epidemia e intentando hacer algo por los demás, especialmente por los enfermos. A pesar de tener distintos objetivos y espíritus de trabajo, la Sociedad de Beneficencia, las Conferencias Vicentinas y la Tercera Orden Franciscana, se destacaron activamente en su labor caritativa, incluso poniendo en riesgo sus propias vidas.

⁶⁵³ Diario EL CATÓLICO ARGENTINO, 1 de mayo de 1875.

⁶⁵⁴ Cfr. LORIT, Sergio C., Op. Cit., p. 35

⁶⁵⁵ Ibid., p. 52

⁶⁵⁶ DMN.

3.4.1 La Sociedad de Beneficencia

La Sociedad de Beneficencia había sido creada por decreto el 2 de enero de 1823 e inaugurado su funcionamiento el 12 de abril del mismo año por el entonces ministro Bernardino Rivadavia. Desde aquel momento su objetivo fue la creación de escuelas, de colegios para huérfanas, la atención de los enfermos en los hospitales, etc. Toda su labor estaba imbuida de un fuerte espíritu filantrópico, no directamente religioso; sin embargo, durante la epidemia de fiebre amarilla, las mujeres que presidían dicha institución se caracterizaron por dedicarse sin descanso a los desposeídos y víctimas de la peste desde sus ideales cristianos.

La señora María Josefa del Pino, activa colaboradora de la Sociedad, llevaba a su casa, frente a la plaza de Mayo, a los niños que al perder sus padres víctimas de la fiebre, quedaban abandonados. Permanecían en su casa hasta que lograba reubicarlos con alguna familia sustituta. Esta labor, la señora del Pino la realizaba junto a su hermana por parte de madre, Mercedes Necochea.⁶⁵⁷

Cuando se extendió la epidemia, estas señoras se dedicaron por completo a combatir sus estragos junto con las demás mujeres de la Sociedad de Beneficencia, Luisa M. de Cantilo, María de las Carreras y Jacinta Castro, encabezadas por su presidenta doña María Antonia Beláustegui de Cazón, haciendo un ofrecimiento formal al Gobierno Provincial para cooperar al socorro de las víctimas:

“Al Señor Ministro de Gobierno de la Provincia doctor don Antonio E. Malaver:

La que suscribe tiene el honor de dirigirse al señor Ministro, manifestándole que tiene el más vehemente deseo de contribuir al alivio de los necesitados en los momentos de angustia que atravesamos. En cuanto la acción de la mujer puede ser útil para proveer a las necesidades de ropas u otros objetos análogos, la que suscribe cuenta con la cooperación de muchas señoras, que le han ofrecido sus servicios. Cree la infrascripta, que debiendo hacerse la traslación de tantos pobres a las habitaciones que el Superior Gobierno ha resuelto proporcionarles, serán útiles los ofrecimientos que me han hecho y que tengo la honra de ponerlos en su conocimiento. Saluda atentamente al Señor Ministro.

Marzo 14 de 1871.

María A. B. Cazón.”⁶⁵⁸

⁶⁵⁷ Cfr. MEYER ARANA, Alberto, Op. Cit., pp. 364-365

⁶⁵⁸ *Carta de ofrecimiento de la Sociedad de Beneficencia al gobernador Emilio Castro*, en *Origen y desenvolvimiento de la Sociedad de Beneficencia de la Capital*, 1823-1912, Buenos Aires, 1913, p. 108

En los primeros días de marzo de 1871, la Sociedad de Beneficencia fundó un lazareto para mujeres en la quinta del doctor Leslie, confiando la administración interna a las Hermanas de Caridad del Hospital de Mujeres.⁶⁵⁹ A la vez, trasladó el Colegio de Huérfanas de la Merced a Lomas de Zamora, para proteger a las pupilas del contagio.⁶⁶⁰

La señora de Cazón vivía en San Isidro; todas las mañanas se acercaba a la ciudad de Buenos Aires en tren para cumplir con su misión. Mientras otros huían despavoridos por miedo al contagio, ella arriesgaba su vida diariamente:

“Abandonando sus comodidades, los goces del hogar y de la familia, el lujo y confort de sus salones de campo, ella viene a exponer su vida, a desempeñar el papel de madre de cientos de huerfanitos, de pobres criaturas cuyas lágrimas ella es la primera en enjugar; cuyas carnes ella es la primera en abrigar y cuya hambre es ella quien mitiga.”⁶⁶¹

Precisamente fue la presidenta de la Sociedad de Beneficencia quien reflató un proyecto de fundación de un Asilo de Huérfanos, ideado por la señora de Cantilo en 1867. La ciudad sólo contaba con la Casa de Niños Expósitos y el Asilo de Mendigos, siendo necesaria otra institución que recibiera a los niños que perdían a sus padres a consecuencia del flagelo que azotaba a los porteños. Por ello el Gobierno tomó algunas disposiciones:

“Día 20 de marzo: Decreto de amparo a los huérfanos. (...)”⁶⁶²

“La epidemia que desgraciadamente aflige a esta Ciudad, deja en la orfandad multitud de niños y menores de edad que, con la pérdida de sus padres, quedan privados también de todo recurso para su subsistencia, y de las únicas personas que velaban por su seguridad y educación. (...)”

La Sociedad de Beneficencia, compuesta de señoras que se consagran con toda abnegación al servicio de la desgracia, que dirijen la educación de las niñas y de las huérfanas, que dirijen también y cuida de los hospitales y lazareto para mujeres, debe completar su obra de caridad reuniendo los huérfanos que deja la epidemia reinante, y procurándoles los alimentos, asistencia y educación de que tengan necesidad.

⁶⁵⁹ AGN, *Libro de Actas de la Sociedad de Beneficencia* 7, pp. 67-74, 1871. Ut supra, p. 196

⁶⁶⁰ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, *Op. Cit.*, p. 222

⁶⁶¹ LP, 2 de abril de 1871.

⁶⁶² DMN.

Los Defensores de Menores deben a su vez, asociados a otras personas, para facilitar y hacer más provechosa su acción, encargarse de prestar los mismos servicios a los menores de edad, varones que hayan quedado o quedaren huérfanos, procurando su más ventajosa colocación; y, en el ínterin, que no sufran abandono por la pérdida de sus padres o tutores.”⁶⁶³

Así fue que las damas de la Sociedad de Beneficencia instalaron el 10 de abril de 1871, un Asilo de Huérfanas en una de sus escuelas en la calle Piedad esquina Ombú, luego trasladado a la quinta de Bollini, en la calle Las Heras. Recogieron ciento sesenta y siete huérfanas.

De los huérfanos varones se encargó una comisión de caballeros integrada por los defensores de menores, Dr. Elías Saravia y José María Gonzalez Garaño, los ciudadanos Cayetano María Cazón, Luis Frías y el canónigo doctor Eduardo O’Gorman.⁶⁶⁴ Esta comisión alquiló una quinta en las calles Alsina y Cevallos, e improvisó un segundo asilo, mientras el gobierno daba comienzo a la construcción de un edificio especial, en la calle Méjico, en un terreno más amplio.⁶⁶⁵

El 17 de mayo de 1871 el gobernador Castro y su ministro de gobierno Antonio Malaver, firmaron un decreto que contenía todas las reglamentaciones internas de ambos asilos de huérfanos, en especial todo lo referente a los datos de los niños que ingresaban, los bienes que heredaban por la muerte de sus padres y su posible colocación con alguna familia que quisiese recibirlos.⁶⁶⁶

“Día 18 de mayo: (...) Decreto reglamentario de los asilos de huérfanos.”⁶⁶⁷

Los dos asilos prestaron servicios independientemente uno del otro hasta que dos años después el gobernador Emilio Castro propuso a la Sociedad de Beneficencia costear con los dineros públicos las dos casas, y finalizar el edificio ya empezado con el dinero que había sobrado de las donaciones recibidas durante la epidemia de fiebre amarilla. Cuando éste se terminó de construir, los huérfanos de ambos sexos fueron trasladados a él y la comisión de

⁶⁶³ *Huérfanos de la epidemia que el Gobierno toma bajo su protección*, en *Leyes y decretos promulgados en la Provincia de Buenos Aires desde 1810 a 1876*, Tomo VIII (1871), Buenos Aires, 1878, pp. 23-24

⁶⁶⁴ Ut supra, pp. 182-183

⁶⁶⁵ Cfr. MEYER ARANA, Alberto, Op. Cit., pp. 370-372

⁶⁶⁶ Cfr. *Reglamento para los Asilos de Huérfanos de la epidemia establecidos por el decreto del 20 de marzo*, en Op. Cit., pp. 26-29

⁶⁶⁷ DMN.

caballeros del asilo de huérfanos varones fue disuelta. Desde ese momento, la Sociedad de Beneficencia tuvo a su cargo la nueva casa de la calle Méjico.⁶⁶⁸

3.4.2 La Sociedad de San Vicente de Paul

El comandante Julio Amadeo André-Fouët, llegó al Río de la Plata en 1858. En Montevideo fundó la primera Conferencia Vicentina en Uruguay, la que resultó ser, a la vez, la primera Conferencia que se creó en Sudamérica.

El 24 de abril de 1859, luego de llegar a Buenos Aires, fundó en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, la primera Conferencia Argentina. La integraron, entre otros, Félix Frías, Felipe Lavallol, y los doctores Pedro Rojas y Teodoro Álvarez. En total fueron once los primeros vicentinos de nuestro país. Dieron su apoyo a la obra Mariano Balcarce (yerno del General José de San Martín), Juan Thompson (hijo de Mariquita Sánchez de Thompson), y otras personalidades de renombre de la época.⁶⁶⁹

Pocos meses después se fundó la segunda Conferencia en la iglesia de San Ignacio. Allí se incorporó, como miembro activo, José Manuel Estrada. Con estas dos primeras Conferencias se crea, también en 1859, el primer Consejo Particular que tiene como presidentes a Julio Amadeo André-Fouët y a Felipe Lavallol, honorario y efectivo respectivamente. En 1860 se funda una Conferencia más, la de Monserrat, y en 1861 otra en San José de Flores. En ese año, estos grupos de laicos comprometidos con la caridad cristiana, ofrecieron una importante ayuda a las víctimas del terremoto que asoló a la ciudad de Mendoza.

El 21 de abril de 1865 se instaló el primer Consejo Superior. La presidencia recayó en Felipe Lavallol, y lo integraron también Félix Frías y Juan Thompson. En esa época, entre las tareas a favor de los desprotegidos de los vicentinos, merece destacarse, su acción durante la epidemia de cólera de 1868 en Buenos Aires.⁶⁷⁰

Al comenzar la epidemia de fiebre amarilla de 1871, las Conferencias Vicentinas se organizaron por parroquias, atendiendo las necesidades concretas de las familias atacadas por

⁶⁶⁸ Cfr. MEYER ARANA, Alberto, p. 372

⁶⁶⁹ Cfr. GELLY Y OBES, Carlos María, *Los orígenes de la Sociedad de San Vicente de Paul en el Río de la Plata*, Buenos Aires, 1951, pp. 57 y ss

⁶⁷⁰ Ibid.

la peste, tal cual se narra en los libros de Actas de las distintas Conferencias. A modo de ejemplo:

“En Buenos Aires, a 1º de Marzo 1871.

Reunida la Conferencia en asistencia de los Sres. Vicepresidente (hay una tachadura), Murias y Nevares, se leyó el acta de la sesión anterior que se aprobó. Se pidieron los informes de las familias visitadas. El visitador de Da. Cristina Basilari, dijo que el niño enfermo de esta Sa. Seguía mejor, y que los otros no iban a la escuela, a causa de haberse cerrado estas por orden del Gobierno con motivo de epidemia. En las otras familias no había novedad particular ninguna. Por inasistencia del Tesorero no hubo cuenta de caja. Se hizo la colecta que ascendió a 50\$ y resada la última oración se levantó la sesión.

Caja de la Ropería		
Existente del día 22	25	
Colecta	<u>5</u>	
	\$ 30	Torres.” ⁶⁷¹

Sin embargo, y pese al trabajo desinteresado de las Conferencias Vicentinas, los periódicos no dejaron de criticarlas irónicamente, comparándolas con las logias masónicas:

“Logias Masónicas y Sociedad San Vicente de Paul: Desearíamos saber que actitud guardan estas asociaciones filantrópicas en presencia de la epidemia reinante. Ahora es la oportunidad de demostrar lo que valen y de lo que son capaces.

Desde luego creemos, que los masones no se habrán dormido. Con todo, bueno será hacer públicos los trabajos que hayan emprendido.”⁶⁷²

Entre los miembros de las primeras Conferencias hubo dos médicos eminentes que actuaron denodadamente contra la epidemia; eran los doctores Pedro Rojas y Teodoro Álvarez.

El doctor Rojas comenzó su labor médica en la época de la Revolución de Mayo. En 1822, cuando se creó la Academia de Medicina, fue miembro de su profesorado, hallándose a su cargo el Hospital de Mujeres. En la época de Rosas, por diferencias políticas, suspendió su

⁶⁷¹ Archivo de las Conferencias Vicentinas, en adelante A.C.V., *Libro de Actas de la Conferencia de Monserrat*, 1868-1871, p. 240

⁶⁷² LR, 9 de marzo de 1871.

actuación universitaria, para retomarla después de Caseros. Durante la epidemia de 1871, siendo ya muy mayor, atendió numerosos enfermos hasta que falleció ese mismo año.⁶⁷³

El doctor Teodoro Álvarez, era un prestigioso cirujano. Doctor en Teología y Derecho Canónico desde 1839, años más tarde se recibió de médico, profesión que ejerció con esmero llegando a ser el decano de los cirujanos argentinos. Intervino quirúrgicamente a Juan Manuel de Rosas de una afección vesicular; al general Emilio Mitre, a Félix Castellanos y a otros personajes porteños de la época. El Dr. Álvarez pertenecía a la Hermandad del Santísimo Sacramento y del Carmen y era miembro de la Tercera Orden de San Francisco y Santo Domingo. Una de sus principales iniciativas fue la de promover la introducción al país de religiosas para el servicio en los hospitales.⁶⁷⁴

Otro hombre de importancia entre los fundadores de las Conferencias Vicentinas y de destacada actuación durante la epidemia de fiebre amarilla, fue Alejo de Nevares Trespacios. En 1871 era el presidente de la Conferencia de Monserrat, la cual debió ser disuelta el 15 de marzo porque estaban enfermos o habían muerto casi todos sus miembros, excepto el mencionado.

“Nota. El 15 de marzo de 1871 fue la última reunión que tubo la Conferencia de Ntra. Sa. De Monserrat, pues de los tres socios a que había quedado reducida esta Conferencia, dos, los Sres. Muruseta y Dn. Juan Clímaco de la Torre, se enfermaron de la fiebre amarilla reinante entonces y murieron a los pocos días, no quedando mas que el que suscribe. Después de pasada la epidemia el Consejo Superior declaró disuelta esta Conferencia y que los pocos socios que habían sobrevivido, y que la mayor parte habían pasado la Peste en el campo se agregaran a las Conferencias existentes y así se hizo.

Quedó de existente el 22 de marzo según la cta. del Tesorero doce mil cuatrocientos noventa y dos pesos (12492 \$). De esa suma se gastaron en socorrer a las familias adoptadas, pago de bonos en circulares y de medicinas al Boticario Bonnel siete mil seiscientos cincuenta y cinco pesos (7655 \$) y quedó una existencia que ingresó en la Caja del Consejo Superior de Cuatro mil ochocientos treinta y siete pesos (4.837 \$ m/c). Buenos Aires, Noviembre 30, 1871. Alejo de Nevares Trespacios.”⁶⁷⁵

⁶⁷³ Cfr. GELLY Y OBES, Carlos María, Op. Cit., p. 35

⁶⁷⁴ Ibid., p. 36

⁶⁷⁵ A.C.V, *Libro de Actas Conferencia de Monserrat, 1868-1871*, p. 241. Las resoluciones del Consejo Superior a las que se refiere de Nevares Trespacios se encuentran en el *Libro de Actas del Consejo Particular, 1864-1875*, p. 112

En julio de 1871, al finalizar la epidemia, se reunió el Consejo Superior de la Sociedad de San Vicente de Paul y se tomaron diversas resoluciones respecto a cómo seguir trabajando en las diversas parroquias, teniendo en cuenta que la fiebre amarilla había afectado mucho su organización interna; entre las medidas que se tomaron merecen destacarse las siguientes: que las Conferencias de la Merced y de Monserrat trabajasen en conjunto teniendo en cuenta que la segunda había sido disuelta en marzo; que los diez y ocho mil pesos recibidos como donación de parte de las Conferencias de Montevideo para las familias afectadas por la peste fuesen repartidos a razón de tres mil pesos para cada Conferencia de la ciudad, cuidando de darle el destino según la intención de los donantes; que se paguen cien pesos al cura de la Merced y cincuenta al sacristán por la misa de Réquiem a celebrarse por cinco socios fallecidos de fiebre amarilla, los señores Latorre, Muruzeta, Pintos, Briñatelli y Bibolian; que en la primera junta que se celebre se realice un homenaje al tesorero del Arzobispado y Canónigo Honorario, Dr. José María Velazco, por los servicios prestados a la Sociedad.⁶⁷⁶

3.4.3 La Tercera Orden de San Francisco

Como resultado de las leyes de reforma del clero en la época de Rivadavia, la primera orden franciscana vio quebrantados sus vínculos y su dirección; la tercera orden sufrió sus consecuencias, hasta que resurge en 1869 con Germán Robles como ministro y fray Severiano Isasmendi como capellán rector, quienes con su inteligencia y laboriosidad le dieron nueva vida a esta asociación laical.⁶⁷⁷

El 16 de marzo de 1871, Germán Robles envió una comunicación al presidente de la Comisión Popular, el Dr. Roque Pérez, ofreciéndole una donación de parte del dinero de la orden y el dinero de la alcancía de la imagen de San Roque, en la capilla del mismo nombre junto a la iglesia de San Francisco. Lo hacía en nombre de toda la asociación, pero aclarando que la junta generalísima no había podido reunirse para tratar el tema en razón del desorden y perturbación general provocados por la epidemia.

⁶⁷⁶ Cfr. A.C.V., *Libro de Actas del Consejo Particular*, 17 de junio de 1864 a 10 de setiembre de 1875, pp. 110-112

⁶⁷⁷ Cfr. UDAONDO, Enrique, *Crónica histórica de la Venerable Orden Tercera de San Francisco en la República Argentina*, Buenos Aires, 1920, p. 105

“(…) Constituido en tal premura, persuadido como pocos de que es el pueblo el que sostiene a la tercera orden y al grandioso culto de su patrono San Roque y resuelto que la misma tercera orden contribuya de algún modo al restablecimiento de la vida y la salud del pueblo, como no dudo lo quiere y lo haría la junta ordinaria, es bajo mi responsabilidad que remito al Sr. Presidente la suma de cinco mil pesos moneda corriente del pequeño fondo de dicha corporación. Ofrezco igualmente lo poco o lo mucho que produjere la alcancía de San Roque durante la epidemia esperando que al efecto Vd. quiera tomar a su cargo y desde ya, la llave de la alcancía.

Interpretando que la tercera orden de San Francisco no consiente verse excluida de este gran torneo de la caridad, es que a nombre de ella pongo en manos de usted el contingente predicho.

Que Dios guarde al Sr. Presidente. Germán Robles.”⁶⁷⁸

Varios miembros de la tercera orden tuvieron destacada actuación durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871, entre ellos el canónigo Antonio Domingo Fahy, doña María Antonia Beláustegui de Cazón, presidenta de la Sociedad de Beneficencia, y fray Severiano o Severino Isasmendi, guardián del convento de San Francisco y fallecido, víctima de la peste el 16 de abril.⁶⁷⁹

Fallecido fray Isasmendi, asumió la rectoría fray Gregorio Viñales, quien junto al ministro Germán Robles reorganizaron la tercera orden y dispusieron la restauración de la capilla de San Roque, que necesitaba reparaciones por valor de cincuenta mil pesos moneda corriente. Contaron con el apoyo del obispo Aneiros, de Cayetano Cazón, de los doctores Tomás de Anchorena y Luis Sáenz Peña y del general Manuel de Escalada, entre otros. Parte de lo recolectado sirvió para aliviar la angustiada situación por la que atravesaban muchas familias afectadas por la epidemia; incluso para costear los servicios fúnebres de las víctimas.⁶⁸⁰

⁶⁷⁸ *Comunicación del Ministro de la Tercera Orden Franciscana al presidente de la Comisión Popular, Dr. José Roque Pérez*, en Op. Cit., pp. 103-104. Ver Apéndice, [p. 234](#)

⁶⁷⁹ Cfr. UDAONDO, Enrique, Op. Cit., p. 101

⁶⁸⁰ Cfr. *Ibid.*, p. 105

4. La Iglesia después de la epidemia: junio-julio de 1871

Cuando comenzó el mes de junio el número de muertos por fiebre amarilla había descendido enormemente. El día 2 se registró una sola víctima, y durante todo el mes no se superaron las cuatro víctimas diarias.⁶⁸¹

A partir de estos datos puede comprenderse que la población comenzó a experimentar que la epidemia había concluido. La Iglesia no estuvo ajena a este sentimiento y apoyó todas las medidas tendientes a la normalización de la vida cotidiana de la población porteña.

Los sacerdotes volvieron a tener un ritmo de vida más normal, ya que no debieron asistir enfermos en todo momento; las casas parroquiales ya no estuvieron ocupadas por médicos según lo establecía el decreto de urgencia del 31 de marzo; se volvieron a autorizar las celebraciones públicas ya que no había riesgo de contagio, etc. Lo que caracterizó este mes de junio y los siguientes hasta fines de 1871 y primeros meses de 1872 fueron la cantidad de misas y funerales que se rezaron por las víctimas de la peste.⁶⁸² Algunas de ellas tuvieron especial trascendencia porque fueron celebraciones públicas y masivas.

4.1 El Te Deum y el funeral municipal

“Día 11 de junio: Enfermos 25, casos nuevos 2. **Te Deum cantado por el obispo.**
(...)”⁶⁸³

Mardoqueo Navarro registró el Te Deum que se rezó el domingo 11 de junio en la plaza de la Victoria bajo el arco de la Vieja Recova;⁶⁸⁴ incluso lo destacó en negrita por la importancia que tuvo la celebración para la ciudad de Buenos Aires.

Sin embargo, hay que ver lo que sucedía unos días antes, ya que la primera idea era la de realizarlo, como tradicionalmente se hacía, el 25 de mayo.

“Día 24 de mayo: Te Deum: suspéndese el oficial, por razones de salud pública.”⁶⁸⁵

⁶⁸¹ Cfr. DMN, (pirámide de estadística).

⁶⁸² Sorprende observar la cantidad de avisos fúnebres invitando a misas y funerales que pueden encontrarse desde junio de 1871 en adelante en distintos periódicos, debiendo, en algunos casos, agregar páginas al diario para tener espacio de publicación.

⁶⁸³ Cfr. DMN.

⁶⁸⁴ Cfr. BUCICH ESCOBAR, Ismael, Op. Cit., p. 151

Precisamente, por prevención, dado que todavía no parecían convenientes las reuniones públicas, el Te Deum del 25 de mayo no se realizó, y se pasó para una fecha incierta, ya que se iba a esperar el desenlace de la epidemia.

Fue la Comisión Popular la que propuso a Monseñor Aneiros la realización del Te Deum para dar gracias a Dios por la ya pronta finalización de la peste de fiebre amarilla sobre la ciudad. Mardoqueo Navarro criticó a los ex-miembros de la Comisión por esta proposición:

“Día 19 de mayo: *La República* combate la idea de la Popular: de un TE DEUM a espensas suyas.”⁶⁸⁶

Existe una carta del obispo en la que se demuestra que ya estaba todo preparado para el 25 y que se suspendió a último momento:

“Buenos Aires, 23 de mayo de 1871. El Obispo de Aulón y Vicario Capitular
Al Sr. Presidente de la Comisión Popular D. Héctor F. Varela

El infrascrito tiene el honor de dirigirse a Ud. para decirle que habiendo estado pendiente su respuesta de la resolución que tomase el Exmo. Gobierno Nacional relativa al Te Deum, acaba de recibir una nota del Exmo. Sr. Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública en la que se comunica que el día 25 del corriente, aniversario de nuestra emancipación política se celebre en la Iglesia Catedral Metropolitana un te Deum al que asistirá al Sr. Presidente de la República.

Dios guarde a Ud. muchos años. Federico Aneiros.”⁶⁸⁷

Finalmente el Te Deum se realizó el domingo 11 de junio a la 1 de la tarde en la Plaza de la Victoria. La invitación se había hecho a través de los diarios.

“AL PUEBLO: Te Deum: Hoy a la una de la tarde tiene lugar el Te Deum dispuesto por la Comisión Popular, en acción de gracia al Todo Poderoso por la desaparición de la epidemia, en la Plaza de la Victoria.

La Comisión invita al pueblo para esta ceremonia religiosa.

Héctor F. Varela. Presidente.”⁶⁸⁸

⁶⁸⁵ Cfr. DMN.

⁶⁸⁶ Ibid.

⁶⁸⁷ LT, 24 de mayo de 1871.

Bajo el arco central de la Recova Vieja se alzó el altar, desde el cual Aneiros ofició la celebración para dar gracias a Dios por la terminación del mal. El día se había presentado nublado y frío, pero esto no imposibilitó que al finalizar la oración se hiciese una procesión por las calles de la ciudad.⁶⁸⁹

Las críticas desde los distintos periódicos no se hicieron esperar: se habló de escasa concurrencia, de que estuvo muy mal cantado, de que si la epidemia hubiese durado cinco años también iban a querer agradecer al terminar, etc.⁶⁹⁰

A la vez, también se criticó a la Comisión Popular por pagar los estipendios de las misas por los difuntos víctimas de la epidemia: el diario *La República* sostenía que no creía que la población hubiese donado dinero para ese fin, sino para socorrer a los enfermos; y se dirigía a los gobiernos provinciales reclamándoles que no enviaran más dinero a la Comisión Popular, que si iba ser utilizado para rezar misas, estas se hiciesen en los templos de sus provincias, ya que la distancia al cielo era igual que desde Buenos Aires.⁶⁹¹

Los protestantes también rezaron un Te Deum en la Iglesia de San Juan el mismo 11 de junio. En esta celebración se hizo una colecta destinada a los pobres, cosa que motivó otra crítica al realizado por los católicos donde no hubo colecta.⁶⁹²

Mientras tanto, eran muchas las familias que pedían misas en sufragio de los difuntos. Esto preocupó a la Municipalidad que todavía quería evitar las aglomeraciones por miedo al rebrote de la epidemia. Entonces convocó a un funeral colectivo por las almas de todos los caídos víctimas de la fiebre amarilla.

“Municipalidad de la Ciudad. El martes 18 del corriente a las diez y media de la mañana tendrá lugar en la Santa Iglesia Metropolitana solemnes exequias por el descanso eterno de los vecinos del Municipio que sucumbieron víctimas de la epidemia.

La Municipalidad invita por medio de la presente a sus deudos y al pueblo a concurrir a este acto piadoso.

Buenos Aires, junio 10 de 1871. Benjamín Llorente, secretario.”⁶⁹³

⁶⁸⁸ LN, 11 de junio de 1871.

⁶⁸⁹ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., p. 432

⁶⁹⁰ Cfr. LN, 12 de junio de 1871; LR, 17 y 20 de junio de 1871; EN, 17 de junio de 1871.

⁶⁹¹ Cfr. LR, 19 y 21 de mayo de 1871.

⁶⁹² Cfr. Ibid, 17 de junio de 1871.

⁶⁹³ LP, 12 de junio de 1871.

Y como la normalización del ritmo de vida de la ciudad permitía volver a la política, todos los opositores atacaron duramente al gobierno municipal por esta invitación, por considerarlo el máximo responsable de la enorme mortandad epidémica, ya sea por su despreocupación al comienzo, ya sea por su ineficacia después.⁶⁹⁴

Estanislao del Campo, bajo el seudónimo de Anastasio el Pollo, escribió:

“El cuerpo municipal
ordena que se celebre
por los que frustró la fiebre
un solemne funeral.
Yo no he de faltar, por cierto,
Pues ha de ser peregrino
Ver rezar al asesino
Porque Dios perdone al muerto.”⁶⁹⁵

Al mes siguiente la Municipalidad volvió a convocar a la ciudadanía porteña a otro funeral colectivo que se realizó en la Catedral Metropolitana el 18 de julio a las 10 de la mañana.⁶⁹⁶ Nuevamente se hicieron escuchar las críticas:

“¡Qué Municipalidad tan religiosa! Ella tiene por lema: primero está la devoción que la obligación.”⁶⁹⁷

En el interior también se realizaron celebraciones para agradecer por el fin de la epidemia en la ciudad de Buenos Aires. A modo de ejemplo y a fin de conocer el modo en que se realizaban estos eventos religiosos:

“Gran función religiosa, Solemne culto: Que en honor del Glorioso San Roque, celebrarán en su iglesia parroquial los vecinos de la ciudad de Dolores: Novena, Triduo, 40 horas, procesión.

⁶⁹⁴ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 327

⁶⁹⁵ LT, 16 de junio de 1871

⁶⁹⁶ Cfr. EN, 14 de julio de 1871.

⁶⁹⁷ Ibid, 21 de julio de 1871.

Novena: el sábado 5 del corriente al toque de oraciones se dará principio a la novena del santo, a la que precederá el Santo Rosario, terminando con el canto de la Salve, letanías de la Virgen y gozos del esclarecido San Roque.

Las mismas devociones se practicarán en los siguientes días del novenario:

TRIDUO Y PROCESIÓN: Los días 14 y 15 a las 10 habrá misa cantada con exposición de Su Divina Majestad. Por la tarde, a las 4, en ambos días se cantarán solemnes vísperas, con el Santísimo manifiesto, siguiéndose la bendición sacramental y reserva.

El 16 a las 10 y media, se cantará misa solemne, en la que pronunciará el panegírico del santo, el presbítero Sr. D. Raymundo García Tison.

A las 3 de la tarde habrá completas, bendición sacramental y reserva, finalizando con la procesión del santo, a cuyos efectos estarán adornadas convenientemente las calles.

Dolores, junio 18 de 1871.”⁶⁹⁸

4.2 Una controversia religiosa

“Habiendo la autoridad eclesiástica mandado suspender los funerales anunciados para mis finados esposo e hijos, me hallo en la necesidad de avisar que no podrán tener lugar el día de hoy.

La causa de esta suspensión es la de haber encontrado inconvenientes el fiscal eclesiástico a que se celebren exequias fúnebres por mi hijo Francisco López Torres.

Simeona López de Torres.”⁶⁹⁹

Junto con la convocatoria de la Municipalidad para el funeral por las víctimas de la epidemia, doña Simeona Torres de López hizo publicar en los diarios la invitación a los funerales que se rezarían por el eterno descanso de sus familiares muertos de fiebre amarilla.⁷⁰⁰

Precisamente fue la suya una de las familias más afectadas por la peste; en pocos días habían fallecido su esposo, Francisco López Rubio, y sus tres hijos, Francisco, Zelmira y Máximo López Torres.

Francisco había sido legislador porteño, soldado en la guerra del Paraguay, secretario del general Paunero en su expedición contra los caudillos en 1867, ministro de gobierno de

⁶⁹⁸ LR, 2 de julio de 1871.

⁶⁹⁹ LT, 14 de julio de 1871.

⁷⁰⁰ Cfr. EN, 10 al 13 de julio de 1871.

Mendoza, autor de una de las primeras novelas argentinas *La huérfana de Pago Largo*, director del diario *La Discusión* y miembro de la Comisión Popular. Es decir, era un genuino representante de la clase dirigente de la época, un joven liberal y masón entusiasta y apasionado.⁷⁰¹ Lo sorprendió la muerte a los 32 años, y como en otros casos, su deceso fue un duro golpe para los porteños, por lo cual muchos estaban dispuestos a participar de sus funerales para rendirle homenaje.

Sin embargo, cuando la señora de López fue a retirar, como se acostumbraba en la época, las licencias para los oficios religiosos, éstas le fueron negadas por el fiscal eclesiástico. El argumento esgrimido era que Francisco había sido un activo masón y un adversario implacable de la Iglesia. Esto provocó profunda indignación en la población y en los diarios que aprovecharon el caso para criticar fuertemente al clero afirmando que se había vuelto a los tiempos del oscurantismo.⁷⁰²

“No importa si la Iglesia no quiere rezar por López Torres; si sus sacerdotes no quieren cumplir su misión espiritual y se vengan como hombres, llevando sus odios mas allá de la tumba; el pueblo de Buenos Aires, que no tiene más religión que la del amor, orará por él.”⁷⁰³

La situación se complicó aún más cuando el diario *La Prensa* denunció una negociación del arzobispado según la cual estaría dispuesto a celebrar el discutido funeral si la señora de López declaraba que su hijo Francisco había muerto en estado de demencia.⁷⁰⁴

Finalmente Simeona Torres de López decidió retirar el pedido de funerales para su esposo y sus tres hijos y participó del funeral colectivo celebrado a pedido de la Municipalidad el 18 de julio.⁷⁰⁵

Este episodio recrudeció el enfrentamiento entre la masonería y la Iglesia, dado que todos los medios periodísticos lo aprovecharon para criticar a la jerarquía eclesiástica y empañar la noble labor del clero durante los meses terribles de la fiebre amarilla. El

⁷⁰¹ Cfr. RUIZ MORENO, Leandro, Op. Cit., p. 197

⁷⁰² Cfr. EN, 15 de julio de 1871.

⁷⁰³ LT, 15 de julio de 1871.

⁷⁰⁴ Cfr. LP, 16 de julio de 1871.

⁷⁰⁵ Cfr. BUCICH ESCOBAR, Ismael, Op. Cit., p. 155

sacerdocio, que fue el grupo social más castigado por la epidemia, quedó en una posición despreciada, hábilmente explotada por sus adversarios.⁷⁰⁶

4.3 Un reconocimiento oficial

El 24 de junio se estableció una *Junta para la Cruz de Hierro a la Comisión Popular*, que resolvió entregar una cruz, un diploma y el título de caballero a quienes habían integrado dicha comisión. Así se conformó la única orden de caballería de la historia argentina, compuesta por 48 miembros y limitada definitivamente a ellos.

Los sacerdotes José Domingo César y Patricio José Dillon, que habían formado parte de la Comisión Popular de Salubridad, fueron dos de los beneficiados con esta condecoración.

La Municipalidad también otorgó medallas a quienes habían prestado servicios asistenciales durante la epidemia, y la ex Comisión Popular entregó a los auxiliares y a quienes colaboraron con ella diplomas donde constaba su agradecimiento. En ninguno de estos casos se tuvo en cuenta a miembros del clero o religiosas.⁷⁰⁷

El 2 de agosto de 1871, la llamada Comisión del Fondo de la epidemia resolvió hacer una distribución equitativa de dinero entre los que habían atendido a los enfermos y a sus familias durante la fiebre. Aquí sí se tuvo en cuenta a las congregaciones religiosas, a las que se les pedía un detalle del trabajo realizado y el número de asistidos.⁷⁰⁸ No existen datos de cuánto dinero recibieron, excepto de las Hijas de la Caridad o Vicentinas.

“(…)Tiene el gusto de remitirles a ustedes una libranza por la cantidad de treinta mil pesos moneda corriente, siendo por ahora lo que es posible ofrecerles; esperando al mismo tiempo que ello bastará para aliviar en parte la miseria que existe en esta ciudad, y les ayude a ustedes en el cumplimiento de su misión caritativa y consoladora.”⁷⁰⁹

A la vez, al año siguiente de la epidemia, más precisamente el 16 de septiembre de 1872, la Municipalidad aprobó la aplicación de un decreto de junio de 1860 por el cual debía

⁷⁰⁶ Como ejemplo, Félix Chaparro se aferra a este episodio aislado para criticar duramente el accionar eclesial durante la peste. Cfr. CHAPARRO; Félix, *José Roque Pérez*, Buenos Aires, 1951, pp. 203-204

⁷⁰⁷ Cfr. SCENNA, Miguel Ángel, Op. Cit., pp. 435 y ss

⁷⁰⁸ Cfr. PALACIOS, Horacio, Op. Cit., p. 151

⁷⁰⁹ A.P.H.C., legajo *Los comienzos*, 1871.

premiarse con una medalla a las personas que se destacaron en su entrega desinteresada a favor de los afectados por epidemias.⁷¹⁰

El 18 de marzo de 1873, la Superiora de las Hijas de la Caridad Sor Louis, recibió, como los superiores de las demás congregaciones, un pedido de parte de la Municipalidad de todos los nombres de las religiosas que habían trabajado y entregado su vida durante las epidemias de cólera de 1868 y de fiebre amarilla de 1871. La respuesta no se hizo esperar:

“(…) Siento deber manifestar al Señor Presidente la absoluta imposibilidad de proceder en armonía con su deseo.

Las Hijas de San Vicente dedicándose al ejercicio de la caridad en cualquiera de sus manifestaciones, cumplen simplemente con los deberes que su Instituto les impone.

Las que están bajo mi obediencia se consagran en las épocas mencionadas a la asistencia de los que caían atacados por el mal sin existir entre ellas ninguna diferencia en el desempeño de sus obligaciones. No pueden tampoco obtener demostración honorífica individual ni colectiva por ser ajenas al espíritu de su vocación. Su “punto objetivo” está fuera de nuestro alcance: Su única aspiración es obtener el galardón que nuestro buen Dios reserva para los que le sirven y le aman.

Confiado en su Misericordia infinita, creo, habrá concedido el premio a que aspiraban las 14 Hermanas que sucumbieron en el ejercicio de su misión.”⁷¹¹

Públicamente se realizaron dos reconocimientos más: las palabras del Dr. Guillermo Rawson en la Cámara de Diputados de Buenos Aires reconociendo la labor del clero⁷¹² y la lista de sacerdotes y religiosas, aunque incompleta, en el monumento a los caídos durante la epidemia que se encuentra en el parque Ameghino.⁷¹³

⁷¹⁰ Cfr. PALACIOS, Horacio, Op. Cit., p. 151

⁷¹¹ A.P.H.C., *Legajo Los comienzos, 1871-1874, Carta al Presidente de la Municipalidad, D. Miguel N. De Uribelarrea.*

⁷¹² Ut supra p. 150

⁷¹³ Ut supra p. 114

Conclusión

El silencio histórico sobre el accionar eclesial durante la epidemia de 1871 resulta por lo menos sorprendente.

El acceso a las fuentes y a diversos documentos de la época demuestra claramente que la labor de la Iglesia en contra de la fiebre amarilla y su atención a los enfermos fue muy importante. El trabajo heurístico y de investigación permite llegar a esta conclusión.

Hay varios indicadores para afirmar esto: El primero de ellos está referido al número de muertos. Comparando las cifras de mortalidad por profesiones resulta evidente que el grupo social que más víctimas tuvo fue el clero de Buenos Aires, incluso para diarios anticlericales como *La República* que afirmó que superaron los cincuenta muertos. Los médicos muertos fueron doce, los farmacéuticos, cinco, la Comisión Popular tuvo sólo cuatro bajas.

La proporción de sacerdotes fallecidos durante el ataque del flagelo demuestra en forma concluyente que estos estuvieron acompañando a los enfermos en sus últimos momentos, sin abandonarlos como sí hacían muchos familiares por miedo al contagio. Cabe recordar que los lugares cerrados en los que estaban los infectados eran el ámbito propicio para la vida del mosquito trasmisor de la fiebre. Mientras muchos huían despavoridos de sus casas e incluso de la ciudad, los miembros del clero se acercaban a los lechos de muerte, incluso con el riesgo de contagiarse y morir.

Otro indicador importante para afirmar la relevancia de la tarea eclesial contra la peste de 1871 es cómo la Iglesia participó y trabajó en conjunto con otras organizaciones, incluso no religiosas. Ya desde el comienzo de la epidemia, las casas parroquiales quedaron a disposición del Consejo de Higiene Pública, que designó para cada una de ellas un médico que debía vivir allí con un asistente, a fin de ser localizado fácilmente por la población.

En la Comisión Popular se destacaron dos sacerdotes, Domingo José César y Patricio Dillon, quienes, a pesar de trabajar con activos masones, no abandonaron su lugar de lucha, dedicándose a acompañar a los inmigrantes que estaban errantes por la ciudad como consecuencia de la quema de los conventillos.

En distintos medios periodísticos se señalaba diariamente las cifras de donaciones recibidas por la Comisión Popular; es sorprendente que las mayores cifras correspondían a asociaciones laicales, que generosamente entregaban todas sus colectas.

Monseñor Aneiros estuvo a la altura de las circunstancias, cuando en una actitud dialogal con el gobierno, suspendió todas las celebraciones de Semana Santa y recomendó a los fieles permanecer en sus casas, en sintonía con las medidas preventivas que tomaban el Consejo de Higiene y la Comisión Popular.

A la vez, las diversas congregaciones religiosas trabajaron incansablemente en los hospitales o visitando enfermos en sus hogares, suspendiendo toda otra actividad pastoral que no tuviese relación directa con la lucha contra el flagelo de la fiebre. Algunas de ellas trabajaron en conjunto con las damas de la Sociedad de Beneficencia, cuya presidenta María Beláustegui de Cazón, se caracterizó por un fuerte compromiso con los desposeídos desde sus creencias religiosas.

Un tercer indicador que demuestra el extraordinario trabajo eclesial durante la epidemia, es curiosamente la gran cantidad de críticas que se le hicieron en ese tiempo, que dejan ver las diversas tareas que la Iglesia llevaba a cabo. Los diarios dedicaban mucho espacio a atacar a los sacerdotes por la realización de novenas, procesiones y misas para pedir el cese de la peste. También se condenaba la visita que hacían a los enfermos para administrarles el sacramento de la unción, o la atención que prestaban a los inmigrantes italianos que eran considerados los culpables del mal.

Cabe consignar que en el *Diario de la epidemia* de Mardoqueo Navarro existen también referencias a la Iglesia donde se la critica o simplemente se menciona alguna de las actividades que realizaba. Si se tiene en cuenta la brevedad de la obra de Navarro, indudablemente la Iglesia fue protagonista de la lucha contra la fiebre ya que entre tantas cosas para consignar el autor optó varias veces por temas eclesiales.

La controversia religiosa por el funeral del periodista masón Francisco López Torres fue el desencadenante de las mayores críticas contra la Iglesia y del silencio posterior.

La historia, también influenciada por un fuerte liberalismo anticlerical, cada vez que se dedicó a tratar el tema de la epidemia de fiebre amarilla, destacó sólo la labor de la Comisión Popular en detrimento del clero y las congregaciones religiosas.

Indudablemente el trabajo heurístico realizado permitió sacar a la luz muchos datos que no eran tenidos en cuenta al hacer un estudio sobre la epidemia de 1871; la investigación en los archivos médicos y las diversas publicaciones especializadas, los archivos religiosos, los diarios de la época, los documentos oficiales, etc. ha sido fundamental para desentrañar una parte de la historia de la gran epidemia que no se conocía.

Este trabajo quiso ser, precisamente a partir de esas fuentes, un aporte a la objetividad histórica, sacando a la luz la gran tarea que realizó la Iglesia de Buenos Aires durante el flagelo de 1871.

APÉNDICE

FIEBRE AMARILLA

10 DE ABRIL DE 1871

Hoy que tan amenazados nos vemos por la fiebre amarilla creemos oportuno publicar como un recuerdo que puede ser eficazmente utilizado, un documento curioso del que se conservan aún muy pocos ejemplares relativo á la epidemia de 1871 y en el cual se puede decir, palpita la situación porque en ese momento pasaba la ciudad de Buenos Aires víctima de ella entonces, principalmente á causa de sus malas condiciones y falta de administracion sanitaria.

Su autor es el Sr. M. Navarro, habiéndose publicado en la imprenta de *La República* y la leyenda que publicamos por separado rodeaba á la pirámide de 0.53 de altura cuya reproducción fiel en fototipía ofrecemos á nuestros lectores.

23 años hacen hoy que la epidemia llegó á su más alto grado, á producir 546 defunciones en una población que había sido reducida á menos de 60.000 habitantes, á causa de la muerte y la fuga.

Qué gran lección la de esta epidemia, que no hemos aprovechado aún suficientemente!

Si como dicen los alemanes el diablo ayuda á edificar iglesias, proverbio aplicado por Fraenckel para demostrar el valor análogo de las epidemias con arreglo á la higiene, que la de fiebre amarilla del 71 cuyo aniversario es hoy, ejerza aún su influencia para higienizar nuestra población y ponernos en condiciones de evitarla siempre.

T. S.

10 de Abril de 1894.

Enero 27 Según las listas primitivas de la Municipalidad, 4 de otras fiebres, *ninguna de la amarilla*.

28—«LA REPUBLICA» denuncia la existencia de la fiebre, que anunció el 6, reclamando medidas.

29—Se hace la autopsia de un cadáver y resulta ser caso de fiebre.

30—En las primeras listas un caso de icterode.

31—La fiebre no es asunto aun—Los Municipales, ni palabra á su respecto en su sesión de hoy, que es de clausura.

Febrero 1º—Según las listas mueren dos de tífus icterode.

2—Ni un caso de fiebre en las primeras listas municipales.

I. NAVARRO, Mardoqueo, Diario de la epidemia, 1871 en los Anales del Departamento de Higiene, 15, abril de 1894. Páginas 447-459.

- 3—La municipalidad, por boca de ganso dice: son casos de fiebre icteroi-
de—Primeras circulares de medidas precaucionales.
- 4—La Municipalidad y el Consejo tienen sesión *ad hoc*.—Se aconseja
la expulsión de los apestados—**Muere el Dr. Luis J. de la Peña.**
- 5—Noticia de la fiebre en Corrientes—Cuarentena en Montevideo—**Fie-
bre amarilla: Primer caso según las listas primitivas.**
- 6—Primer acto de comisiones parroquiales en la de Monserrat—**Mue-
re el Dr. Bosch.**
- 7—Entierro á las 6 horas de fallecidos—*La República* clama contra el
riego de las calles—El pánico principia.
- 8—La prensa diaria aumenta sus denuncias—Propaganda contra los
conventillos, los cuarteles y el Riachuelo.
- 9—Mueren 4 de fiebres, llamadas después «amarillas»—Los diarios di-
cen «ya declinan».
- 10—Mueren 2 de fiebres, después amarillas—La Rev. Méd. da causas
especiales á los casos ocurridos—Aparece *Mirlo Blanco*.
- 11—«No hay tal fiebre» (Garvino)—Las aguas del Riachuelo enferman
á Revy, que las examina.
- 12—Wilde pide lazareto para San Telmo—Toda la prensa contra el Ria-
chuelo—Palabras de Almeida, Cuenca, Portela.
- 13—Las listas dan 9 casos de otras fiebres, de las sinónimas—Anatema
contra los Saladeros—Ataque general de los *diarios*.
- 14—Decreto paliativo contra los Saladeros—*La República* dice:«*debe-
mos resignarnos á soportar cuanto venga.*»
- 15—«Aereación y agua pura» (Alvarellos)—«Aguas pútridas son salu-
bres» (*Mirlo Blanco*.)
- 16—De las sinónimas 4 casos—Los enfermos de San Telmo condena-
dos al lazareto—¿*Qué medidas se toman?* dice *La República*.
- 17—*La República* pide creación de comisiones activas y enérgicas, cla-
ma la inercia de la autoridad.
- 18—«La cosa no merece tanta bulla» (Golfarini)—Se levanta la incomu-
nicación con el foco de infección—*Las miasmáticas de Cervetto*.
- 19—Un caso de las sinónimas—Desenfreno carnavalesco—«*Salubri-
ficación, etc.*»: folleto del Sr. Arrufó.
- 20—Las fiestas arrecian y la fiebre se olvida—Los excesos rendirán
su fruto.
- 21—El consejo declara *fiebre amarilla* á todas las fiebres—Proyecto para
limpiar el Riachuelo—**Muere el R.ºdo. Fahy.**
- 22—«La fiebre parece declinar en San Telmo» dice un diario.
- 23—La epidemia es fiebre amarilla (Wilde)—El Dr. Luque estudia y
dice: **NO ES fiebre amarilla.**
- 24—La fiebre salta de San Telmo al Socorro—Pasada la locura carna-
valesca, viene la calma y á esta sucede el pánico.
- 25—*La República* acusa de *inercia* á la autoridad—Ante la ineficacia
de las medidas dice: «¿*Qué esperar?* ¡nada!»
- 26—El consejo dicta medidas que no se observan—*La República* previo
exámen, denuncia á Riachuelo, los Corrales, etc.

27 **Chacarita** —El Gobierno gestiona la apertura de este cementerio— Las cifras hablan y el pánico se pronuncia.

28—ACTUALDIAD: La Municipalidad pide á Europa 2 Monitores contra las letrinas.

Marzo 1º—Proyecto Irigoyen—Multiplícanse las denuncias de los focos— El obispo dispensa el ayuno al que dé plata—*La fiebre en La Boca*.

2—Guerra á la inmundicia (*La República*)—Prohíbense los bailes después que han pasado—«ACUMULACIONES HUMANAS»: art. de *La Nacion*.

3—Prohíbense las fogatas por nocivas á la salud—Saladeros: la Cámara de Diputados ofrece un proyecto en vez de otro proyecto ... ¡¡Nada!!

4—Focos—Ataque de la prensa á los Mercados—La población huye—La inmigración se embarca—«NOS PODRIMOS»: art. de *Cumbarry*.

5—«LA MORTALIDAD Y SUS CAUSAS»—Gran artículo de *La Nacion*—*La República* pide al Gobierno cree un poder ad hoc y dice: ¿Sere-mos oídos?

6—La prensa sube de tono y da duro á la autoridad—«TODO ES IN-MUNDICIA»: art. de *Cumbarry*—Ciérranse los Establecimientos de Educa-ción.

7—Todo es contra los focos y todo es ahora un foco—La población huye—El F. C. O. rebaja su tarifa—Alquileres fabulosos *afuera*.

8—No hay hospitales—No hay sepultureros—Focos hay mil—Despobla-ción—Los empleados son notificados de destitución y quedan.

9—Los Gobiernos: sin senado el uno, sin autoridad el otro, no respon-den á la situación—Huyen Jueces y Curiales y aún Médicos.

10—*La República* propone un poder popular y consulta sobre celebrar un meeting—*El Senado ni ve, ni siente*.

11—*La República* pide meeting—*La Nacion* grita: *Revolución*—El Dr. French murió el 10—El Clero hace *rogativas* y la *peste víctimas*.

12—Diaristas, reúnen el 11 en la Redacción de *La República* y *acuerdan el meeting*—Alimentos y alojamientos: decreto del 10.

13—¡¡GRAN MEETING DEL PUEBLO!!—El Gobierno proclama el orden—Todos huyen, menos los *foco vivientes*.

14—El Gobierno forma su E. M. médico—La comisión popular charla—En *Córdoba* se hacen *rogativas* por nuestra cuenta.

15—*La Nacion* aconseja las comisiones de manzana—La Comision inicia bien sus trabajos—Las autoridades tienen celos—Pasaje gratis.

16—La palabra de la comisión al pueblo—Suscripciones—Acción popu-lar—Acción gubernativa—Un vivo, tomado por muerto, se sale del cajón.

17—La comisión propone—Las autoridades argullen su título como el Papa—Los legisladores discuten—La comisión procede—Aliento del pueblo.

18—Los abogados piden huelga—La Comision hace el bien y obliga á todos á hacerlo, por emulación—*La envidia gruñe*—*El pueblo respira*.

19—Médicos que recetan desde el estudio—EL PRESIDENTE huye—Legisladores, jueces, municipales, etc., todos huyen cada día gratis.

20—Decreto de amparo á los huérfanos—La Comisión trabaja—*Antes*:

40 coches para un muerto; *ahora*: un solo carro para muchos muertos.

21—Vengan médicos de afuera—Pasaje y alojamiento gratis—Un foco de nuevo género: la estupidez de los enfermos—**Muere Lopez Torres.**

22—La muerte—El espanto—La soledad—Los salteadores—300 toneladas de basura diarias.

23—Limosnas á domicilio—Suscripción aumenta—Policía de Seguridad—Ilusiones sobre declinación de la fiebre.

24—Los robos aumentan—Las Comisiones Municipal y Popular en inteligencia—Comisiones de parroquia: sus auxilios son eficaces.

25—La mostaza á 60 pesos libra—Los conventillos de Esnaola.....—**Cuánto cristiano muerto sin confesion!... Pero así murieron los SS. Padres!!**

26—**Muere Roque Perez**—Cólera un caso—Ciéranse los puertos para buques del Paraguay—El pavor crece y vence al deber—Despoblación.

27—Nace el *Boletín de la Epidemia*—Conjuros eclesiásticos contra la fiebre—Dispenserías de la Popular.

28—Escasez de médicos—Organización de comisiones de parroquia—La Municipalidad da rentas á la Popular.

29—**Muere el Dr. Gascon**—Se entierran vivos—Mueren un 70 por ciento de enfermos sin asistencia—La C. de San Nicolás *clama*, la municipalidad *no oye*.

30—Alojamientos listos—La caridad explotada por los ladrones disfrazados de pobres—Un millonario vende su boleto de abono y pide otro gratis.

31—Prohibense funciones de iglesia—*La República* pide fogatas—Surge la idea de suspender términos comerciales.

Abril 1º—Nuevas ilusiones sobre declinación—Alarmas en la campaña—Los conventillos y el derecho de propiedad.

2—La comisión pide el incendio de los conventillos—72 muertos en uno—La epidemia desocupa los conventillos, que respeta la autoridad.

3—350 sepultureros respetados por la fiebre—Surge la idea de desocupar la ciudad—**Muere el Dr. Lucena**—Hermanas de la Caridad—**Santas Mujeres!**

4—La comisión aumenta sus médicos—**Muere Pietranera**—En los conventillos mueren los vivos, esperando heredar ó robar á los muertos.

5—Ciéranse las oficinas Nacionales—La comisión organiza su cuerpo médico—Los conventillos son la epidemia—El Gobierno dice: son propiedad.

6—La epidemia avanza al S. O.—La Comisión se multiplica—La Municipalidad á remolque—Explicación de socorros—Nota de la Popular sobre conventillos.

7—El cementerio del sud reboza—Entierros por abreviatura—Suscripciones de la Campaña—**Todos amarillos: de fiebre los muertos, de miedo los vivos.**

8—La Comisión aconseja dejar la ciudad—La prensa en Montevideo alza como aquí la bandera de la caridad.

9—Negocios cerrados—Calles desiertas—Faltan médicos—Muertos sin asistencia—Huye el que puede—Heroísmo de la Comisión Popular.

10—563 defunciones—Terror—Feria—Fuga.

11—Reina el espanto—Se desnuda á los vivos por quemar las ropas de los muertos—Montevideo, campaña: arbitrios de la caridad á Flores.

12—El consejo aconseja el 8 á (á los 75 días) un tratamiento y la fuga—Asesinatos—Salteos.

13—Cortejo de la epidemia: crímenes, vicios, negocios, conexiones *sui generis* denuncia la prensa—La oficina del telégrafo huye á Flores.

14—Gobierno Provincial en su puesto—El Dr. Riva murió el 10—La Suprema Corte, en receso—Robos—Población flotante en las islas—La policía se refuerza.

15—A LA CHACARITA desde el 14—Muere el Dr. Señoranz—Ladrones con carros—Numerosos huérfanos—La aduana dió el 11, fuertes 40.

16—Ya declina—La explotación de la caridad—Robos—Mueren sin asistencia por falta de carruages—Regresan algunas familias.

17—Cesan las funciones diarias de la Comisión Popular—Llegan 4 hermanas de la caridad—Socorros de Montevideo—Una escapada del féretro.

18—El 17 murió el Dr. Argerich—Alojamientos en San Vicente—Weiss: proyecto de desinfección—Seis clérigos huyendo de la fiebre.

19—La prensa de Salta pide novenas y rogativas en auxilio de Buenos Aires—Medidas municipales en favor de los huérfanos.

20—Llegan los ecos de la simpatía de los pueblos por los que sufren y por la Comisión Popular. La Bolsa siguió desierta.

21—Abate: sus teorías sobre la fiebre—Basuras: dictámen sobre ellas—Arreglo del servicio médico—Socorros del Rosario.

22—Boticarios á puerta cerrada—Resoluciones de la Comisión Popular: Despenserías, construcciones, ropas—70 enfermos por especulación.

23—Villa de obreros—Comisión Popular: sesión importante—Montevideo su *espléndida* caridad—Muere el Dr. Amoedo.

24—Muere el Dr. Caupolicán Molina—Comisión Popular: su manifiesto—Brasil: noticias tocantes de su actitud generosa.

25—Montevideo: resolución de la Comisión Popular á su respecto—Chacarita: su habilitación cuesta 3.000.000—Las erogaciones crecen.

26—Gastos del Gobierno en la epidemia hasta el 24: 5,965,831 pesos—Abate: estudios sobre la fiebre—Las familias regresan—La fiebre aumenta.

27—Sacerdotes: 49 muertos hasta la fecha—*Gratitud* á Montevideo—Conventillos: se reocupan clandestinamente.

28—Comisión Popular, su acción es normal, estensa, eficaz: aconseja al pueblo no volver á la ciudad aún—El Consejo apoya.

29—El *Paraguay* manda socorros—El Banco de la Provincia acuerda una próroga—La Comisión Popular pide auxilios á los gobiernos.

30—Nueva feria acordada el 29—Conventillos: 70 en Monserrat—*El Standard* mata de un soplo 26,200 personas.

Mayo 1º—La Comisión pide auxilios á los ricos del país; reforma el servicio de los enfermos—Conventillos son más de 700, desalojo lento.

2—Feria Nacional: prórógase hasta el 15—El desalojo cometido á las Comisiones Parroquiales—Muere el Dr. Zapiola—Regresan las familias.

3—La Comisión Popular pide socorros al pueblo—La prensa deplora que las fuentes de la fiebre queden en pié—Limosnas del panaderos Mandet.

4—Muere el Dr. Ruiz Moreno—*Regreso sensible de los médicos brasileros*—Declinación rápida de la fiebre—Cuestión alquileres.

5—Conventillos desalojados en San Miguel hasta el 4: 45—Fallecidos 27 empleados de Aduana hasta hoy—Reunion del Comercio.

6—La Comisión Popular reduce sus gastos—Anchorena eroga quinientos \$ m/c.—Objetos donados por el Brasil—Desalojo ineficaz.

7—8300 personas reciben alojamiento gratis del Gobierno—Mas socorros de Montevideo—La población crece por horas.

8—La Comisión reparte por 500 \$ pan diarios á los huérfanos—Erogación total de los ricos: *tres mil novecientos pesos m/c.*

9—Consejo de higiene: Su informe sobre desinfección—*La República* pide al pueblo se ocupe de elegir hombres útiles.

10—Llegan socorros de Tucuman—Se reduce á 6 el número de médicos de la Comisión—El comercio entra en actividad.

11—Los enfermos de fiebre al cargo de la Popular suben hoy á 193. Prohíbese ocupar casas sin inspección previa.

12—Proyecto del Sr. Bilbao suspendiendo las sesiones de la Popular—La Aduana entra en servicio pleno.

13—Muere el Dr. Weiss—Distribúyense los objetos donados por el Brasil, y además el Gobierno Provincial recibe £ 4125 del mismo origen.

14—Comisión Popular publica la lista de sus donantes—Renuncia el Dr. Bilbao—El pueblo vuelve á la vida.

15—La Comisión Popular resuelve disolverse el 20, sigue distribuyendo socorros diarios—*La República* llama al espíritu público hácia las obras necesarias.

16—Los enfermos de fiebre son por hoy 222—Destínanse á los huérfanos los fondos erogados por la caridad del Brasil.

17—*La República* aconseja una vez más la formación de una estadística completa de la epidemia.

18—Abierto el puerto del Rosario á los buques de Buenos Aires—Decreto reglamentario de los asilos de huérfanos.

19—*La República* combate la idea de la Popular: de un TE DEUM á expensas suyas.

20—Cesa la Comisión Popular—Tuvo entradas por 3.774.343 \$, y salidas por 3.657.304 \$—Proyecto de reformas materiales.

- 21—*La República* consigna los nombres de los médicos que han fallecidos y de los que han sobrevivido, sirviendo—Fiebre se vá, Gainza llega.
- 22—La junta sucesora de la Popular continúa sus servicios—Conventillos de la Parroquia de San Nicolás son 70, con 1078 habitaciones.
- 23—Publícase un proyecto (C. Ravelli) para solidificar las materias fecales—Casos nuevos: el 24 son dos de personas llegadas de afuera.
- 24—*Te Deum*: suspéndese el oficial, por razones de salud pública—Suscripción de Córdoba, pesos bolivianos 3460.
- 25—Publícase la carta de despedida del Dr. Gomez—El cuerpo médico oficial se reduce á 9 facultativos—**Muere Dr. M. Argerich.**
- 26—*La República* y demás diarios reclaman medidas de salubricación.
- 27—El 26 quedaban solo 94 enfermos de la fiebre, habiendo 17 casos nuevos, de ellos 3 llegados de afuera.
- 28—*Llegan socorros de Chile y noticias de otros mas*—**Muere el diario La Marcha de la Epidemia.**
- 29—El 28 quedaban 61 enfermos, siendo de ellos 11 casos nuevos—Siguen las donaciones á la Comisión Popular.
- 30—El 29 quedaban 84 enfermos, con 7 casos nuevos—Dilucidanse por la prensa cuestiones sobre la epidemia.
- 31—Suspéndense los boletos de pasaje gratis—El 30 había enfermos 66—Casos nuevos 8—San Nicolás: Abrese el puerto—Frias Garrido: reformas higiénicas—Calumnia ruin contra la caridad bien probada del pueblo chileno.
- Junio 1º—Enfermos 51, casos nuevos 4—Gran aumento de población—Reaparece el Ministro del Interior—Fallecidos sin herederos: 177 propietarios de casas, depósitos etc.—Decrétase nueva inversión de fondos, á más de los 10 millones.
- 2—Enfermos 66; casos nuevos 7—MUNICIPALIDAD: sus gastos en la epidemia 5.645,665 \$—*Junta Popular*, resuelve cerrar su época—*La República* pide el cese de las cuarentenas—*La Nacion* sobre plazos de Junio y Julio—*Rosario*: ábrese el puerto.
- 3—Enfermos 59, casos nuevos 2—Comisión Popular de la Boca: disuélvese—El gobierno local visita el Riachuelo—Establecimientos de educación: decrétase su reapertura—*Correo de las niñas*: signo de que ellas han regresado.
- 4—Enfermos 65, casos nuevos 4—*Paraná*, ábrese el puerto—Comisión del Pilar presenta su memoria—*Jujuy*: anunciáse \$ m/c 3000, que remite—Brasil, se distribuyen sus socorros—*Alojamientos*, la comisión recibe 300,000 pesos.
- 5—Enfermos 58, casos nuevos 2—Consejo de Higiene analiza las aguas del Riachuelo y guarda el secreto—Calles, plazas, etc., todo en actividad—*Monsalvo* envia 2180 \$ para huérfanos.
- 6—Enfermos 58, casos nuevos 2—Chile y Rio Grande: llegan sus socorros—*Dr. Larrosa*, es encargado de la memoria del Consejo de Higiene sobre la epidemia.
- 7—Enfermos 47, casos nuevos 0—Médicos, límtase el número de los

- que sirven oficialmente—Calomelano es discutido—Muere Dr. P. Rojas.
- 8—Enfermos 37, casos nuevos 4—(2 de los nuevos de la campaña)—*Rosario*: primeros pasajeros para este puerto—Dr. Robertson de Londres dona á los huérfanos pesos fuertes 514—*J. J. Pinto, L. Melendez, M. Echegaray*, practicantes en San Telmo.
- 9—Enfermos 30, casos nuevos 4—*San Luis*: concierto de Señoritas á beneficio de los huérfanos de Buenos Aires—*R. Cabezas*, proyecto de ley de salubridad civil, publicada en *La República*.
- 10—Enfermos 27, casos nuevos 2—Montevideo: nuevos socorros de su inagotable caridad—*La Boca*: mortalidad total por la epidemia 319, entre ellos 278 italianos—Salubridad pública, artículo de *La Nación*.
- 11—Enfermos 25, casos nuevos 2—Te-Deum cantado por el obispo—EL INDIFERENTISMO: Los saladeros: artículos de *La República*—Cuestión Calomelano.
- 12—Enfermos 33, casos nuevos 0—Abrese el Colegio Nacional—Temporal—*Mendoza*: más socorros de esta ciudad—Consejo de Higiene pide la limpieza de las calles—*Verano*: socorros de este distrito 6.876 \$.
- 13—C. MOLINA: acuérdate á su viuda pensión nacional (Mayo 16)—Médicos quedan dos al servicio oficial de los enfermos—Viruela aumenta—Tandil: su erogación 2.000 pesos.
- 14—Enfermos 21, casos nuevos 1—P. de la *Concepcion*: estadística mortuoria, útilísimo trabajo del Sr. R. Cabeza—Ningun caso de fiebre—*La Revista Médica* da la noticia de que ¡¡¡ la fiebre tiende á desaparecer !!!
- 15—Montevideo: abrióse el puerto á nuestros buques desde el 13, con seis días de cuarentena—Consejo de H. P. encarece la urgencia de asear las calles—*La República* pide medidas higiénicas para el porvenir.
- 16—*Riachuelo*: «por ahora, nada útil puede hacerse en él» (Nota de J. J. Revy, Junio 12)—*Conventillos*: sanciónase su reglamentación—Montevideo: límitase á 3 días la cuarentena.
- 17—Huérfanos, el Rosario les destina su última remesa fuertes 3119—Huérfanas, asiladas en las Lomas durante la epidemia, vuelven salvas á su colegio—Junta Popular, cierra sus cuentas, destina á los pobres sus últimos fondos, su circular á sus médicos.
- 18—Dr. Almonte, gestiona la creación de un CLUB DE CARIDAD—La Junta Popular recibe \$ ftes 2256, última remesa del Rosario—Nombra 33 señoras que distribuyen 200,000 pesos m/c á los pobres—Muere el Dr. Noveira.
- 19—Puiggari, empresario de desinfección, aboga por los saladeros que darian materia y lucro á su empresa—Rosario: monto de sus socorros pesos bolivianos 13297—San Juan: se anuncian los suyos, y un *Album*.
- 20—Saladeros: *La Nación* recapitula sus estudios, rebatiendo á Puiggari—La epidemia no es ya sinó un recuerdo ¡¡¡ Væ tibe !!! —Buenos Aires á vuelta á su centro y á sus hábitos—Los Saladeros comienzan por matar corderos.
- 21—Comision Popular: 66 personas proponen presentar á los miembros en símbolo de su gratitud—Cuerpo Médico Oficial: queda disuelto—

Cementerios de VIVOS: La Municipalidad llama así á los conventillos.
 ✧ 22—La epidemia: olvidada—El campo de los muertos de ayer, es el escenario de los cuervos hoy: Testamentos y concursos, edictos y remates son el asunto—¡ ¡ ¡ Ay de tí Jeruzalem !!!

La accion del pueblo

«Quien es el que pueda romper esa nube de muerte que pesa sobre nosotros y que amenaza nuestra existencia?»

M. Argerich meeting del 13 de Marzo.

LA COMISIÓN POPULAR

José Roque Perez (Presidente)—Héctor Varela (Vice-Presidente)—Mariano Billinghamurst—Juan Carlos Gomez—Manuel Bilbao—*Manuel Argerich*—José Maria Cantilo—Manuel Quintana—Leon Walls—Cárlos Guido Spano—Cárlos Paz—*Francisco Lopez Torres*—E. Ebelot—Aristóbulo del Valle—Evaristo Carriego—Adolfo Corn—J. C. Paz—Cosme Mariño—Lúcio V. Mansilla—B. Mitre y Vedia—Emilio Onrubia—Matias Behety—Francisco Uşal—T. Armstrómg (hijo)—Domingo César (sacerdote)—José M. Lagos—Basilio Cittadini—Dr. Almonte—Gustavo Nessler—Pablo Ramella—Antonio Gigli—Juan Agenti—Daniel Agenti—Alberto Larroque—Pascual Barbati—*Florencio Ballesteros*—J. E. P. Dillon (sacerdote)—E. Gowland—P. Gowland—Ramon Viñas—F. S. Meyans—F. Dupont.

La prensa diaria

«Ella es el sexto sentido de los pueblos.
 (*Sieyes*).

«Ella es el guardian vigilante de la moral pública; de los derechos y garantías individuales y sociales.»

«Ella disipa todas las preocupaciones del espíritu y no permite que á su luz se oculte la verdad, ni que en el terreno que ella cultiva para la libertad, asomen las plantas del error, de la necesidad ó del engaño.»

(*Solimene*).

«Lo que hubiera sido de la ciudad (Buenos Aires) sin los soldados de la prensa, todo el mundo lo sabe, y cada uno lo dice: un Cementerio.»

«La historia de la epidemia ha de enseñar que no hay aviso, idea, medida, acción y sacrificio que no haya partido del gremio de la prensa.»

(*Cumbary*, Rep. 18 de Abril).

DIARIOS DE LA EPOCA

La Nación—La República—La Tribuna—La Verdad—El Nacional—Le Courier—La Prensa—La Discusión—El Fénix—The Standard—El Eco del Plata—Le Republicain—Nazione Italiana—La España—Freie Presse.

La epidemia de 1871

Tanto las cifras consignadas como los hechos que he indicado en esta página son en conjunto el resultado de apuntes que principié con la aparición de la epidemia, y que he continuado durante ella, día á día hasta el de la presente publicación.

Tuve por objeto, al emprender este trabajo, no difícil pero prolijo y minucioso, conocer por estudio propio «en lo posible» la extensión y faces de una gran calamidad, á cuyo desarrollo asistí por elección.

No podía llenar mi propósito en lo relativo á la mortalidad diaria sin datos diariamente producidos, y adopté las listas de origen municipal que *La República* recibía y registraba puntualmente.

Estas listas que apenas determinan el nombre, la edad, el origen de cada inhumado, y la enfermedad de que murió, no son ciertamente muy completas bajo el punto de vista estadístico; pero es así mismo cierto que en esa época de muerte, de pavor y de descomunales exageraciones; época en que la imaginación exaltada por el miedo no se satisfacía sino se le daban 700 ó 1000 cadáveres por día, tales listas son la única fuente que ofreciese visos de verdad y títulos de autoridad.

Municipal es la administración de los cementerios: ella espide y espende los boletos, llena por mano de sus empleados los blancos de sus excelentes cuadros estadísticos con las particularidades distintivas de cada mudo aspirante á una fosa, y con las llaves de la Chacarita al cinto, nadie sino la Municipalidad es el Petrus de ese cielo; siendo por consiguiente su palabra de una autoridad incontestable en la materia.

Ante tales títulos habría sido poco serio posponer estas anotaciones oficiales á las aseveraciones bachillerescas de las comadres, al dicho inconsciente de un sepulturero, cuyos cálculos no podían ser sino la expresión de su cansancio en el oficio, y aún al de cualquier Reverendo, que, con serlo no llevó sobre sí la misión oficial diaria, instantánea, que cumplía á los empleados públicos, y solo asistió al cementerio allá por la muerte de un inglés.

Reconociendo esta competencia de la Municipalidad, no estoy por eso dispuesto á tomar sus listas por letras sagradas. Vista la desusada acumulación de cadáveres en los cementerios, pesando sobre un número de empleados inadecuados, nadie duda que omisiones habrán tenido lugar, sobre todo en el primer tercio del mes de Abril, en esos días de tremenda memoria.

Mas estas diferencias habrán sido ya calculadas prudencialmente, sin que fuera preciso lanzarse en lo ancho de las hiperbólicas exageraciones, en cuyo extremo hemos visto aficionados que doblaron con la cifra de las supuestas omisiones, la de los realmente fallecidos, según los datos oficiales.

Así es como la epidemia aún avanzando hasta el 22 de Junio (53 días

después del 30 de abril) solo cuenta 13.614 víctimas en todo; mientras que el *Standard* con su acreditado desparpajo le imputó en esta temprana fecha, no sin previo cuidadoso estudio, unas 26.200.

Las cifras de esta página representan la marcha de la fiebre amarilla y el número de sus víctimas, en cuanto son la copia de las cifras oficiales que he mencionado.

Las diferencias que hay entre unas y otras, y que no son considerables, se esplican por errores de adición de que las oficiales adolecían y que he corregido, y también por algunas alteraciones que sobre las listas primitivas ya publicadas, hizo la municipalidad en las comunicadas con mucha posterioridad á *La Nación*.

Adoptando de estas últimas algunos números que me faltaban, por no publicados antes, y que he marcado con este signo (°), he mantenido las demás, porque desconozco la razón posterior de aquellas alteraciones oficiales.

Según las listas primitivas el primer caso de fiebre amarilla tuvo lugar en 5 de Febrero, habiendo pasado por de otras fiebres, todos los que ocurrieron desde el 27 de Enero, día en que las nuevas listas dan por aparecida la epidemia.

Estas alteraciones proceden talvez de resoluciones adoptadas posteriormente por el Consejo de Higiene, que llamó sinónimas de la amarilla á varias enfermedades antes diagnosticadas diversamente. Atenta la declaración facultativa, el punto de partida de la epidemia debió fijarse, no en 27 de Enero, sino en 2 del mismo mes, ya que desde esta fecha se presentaron casos de tales fiebres, como demostré en un artículo de 23 de Mayo último. He respetado sin embargo la modificación oficial, signando las agregaciones con un (*).

Aunque he practicado cálculos sobre la mortalidad relativa por nacionalidades y en otros respectos, omito consignarlos en esta página; porque, no procediendo de datos completos serían siempre deficientes ante los trabajos estadísticos que se están ejecutando oficialmente, en posesión de antecedentes que solicité sin obtener.

No siendo pues esta cosa que he hecho, un trabajo estadístico, propiamente hablando, tómelo los curiosos por lo que es en sí—una especie de índice efemeridográfico-epidémico-bonaerense—nombre algo largo de talle, pero que no ha de ser de pronunciación difícil al menos para los médicos que han discutido sobre la entero-meningi-hepato-conjunti-periflitis—ni tampoco para los lectores de la efemeridografía-argireparquiótica del Señor Zinny.

En efecto, en tanto cuanto los hechos de la época llegaron á mi conocimiento, he procurado consignarlos en su día correspondiente; si bien he debido circunscribirme á los estrechísimos límites de una sola línea para la enunciación de no pocos sucesos acaecidos simultáneamente.

Espacio de proporciones tan microscópicas no podía reflejar ni con mucho el movimiento convulsivo de un gran pueblo, agitándose en las angustias de la muerte, entre las garras de una calamidad voraz, contra la

cual lidiaba, de la cual se salvaba ó por la acción combinada de la caridad heroica y de la ciencia ó por la fuga despavorida en alas del vapor; ó bien de la cual caía víctima por la ineficacia de los medios, por la impotencia de los esfuerzos, contrapuestos á la acumulación espantosa de los elementos generadores de su muerte.

Investigué cuanto me vino á la mano, preferí lo que estimé más digno de recuerdo, consigné aquello que cupo apurando el laconismo, hice en fin lo que pude en cosa que emprendí así porque así lo quise.

Sea como fuere, esta página que no será ciertamente una fotografía de la muy horrorosa epidemia que ha pasado, recordará á aquellos que presenciaron su marcha pavorosa á través de la ciudad, muchos de las más prominentes líneas de su fisonomía horripilante.

Recorriendo con exámen los flancos del obelisco en cuyas formas pensé representar la marcha progresiva y decadente de la epidemia; y procediendo de lo inferior á lo superior, de izquierda á derecha, se verá en las líneas exteriores marcados los días, desde Enero 27 y en las interiores las cifras de la mortalidad separadamente la causada por enfermedades varias, de la por fiebre amarilla. En la cúspide figura con el número de víctimas correspondiente al 10 de Abril, el día jefe entre los más fecundos en desgracias de la época funesta. El 11 de Abril señala el primer paso de la declinación que tocó en 0 en los días 13 y 14 de Junio, que despertó con vida difícil en los 3 días siguientes, pareció morir en los días 19 y 20, agonizó el 21 y murió para este trabajo el 22.

Después del 22 de Junio han ocurrido tres casos de fiebre amarilla, en los días 24, 27 y 29, siendo estos al parecer los que cierran el período epidémico. Y para que el hecho concuerde con el derecho, y el fondo revista la forma, el Consejo de Higiene Pública le ha puesto su sello, declarando terminada la epidemia. Ojalá que sea más acertada en esta vez que lo fué al declarar la sinonimia de las fiebres.

Cierran estos flancos las anotaciones que en la forma más lacónica de la efeméride, recuerdan los hechos cumplidos en cada fecha.

Allí se ve al pueblo en los primeros días, incauto, ignorante de su próxima suerte, reposando tranquilamente sobre el lecho de inmundicias acumuladas para su muerte por la incuria de siglos.

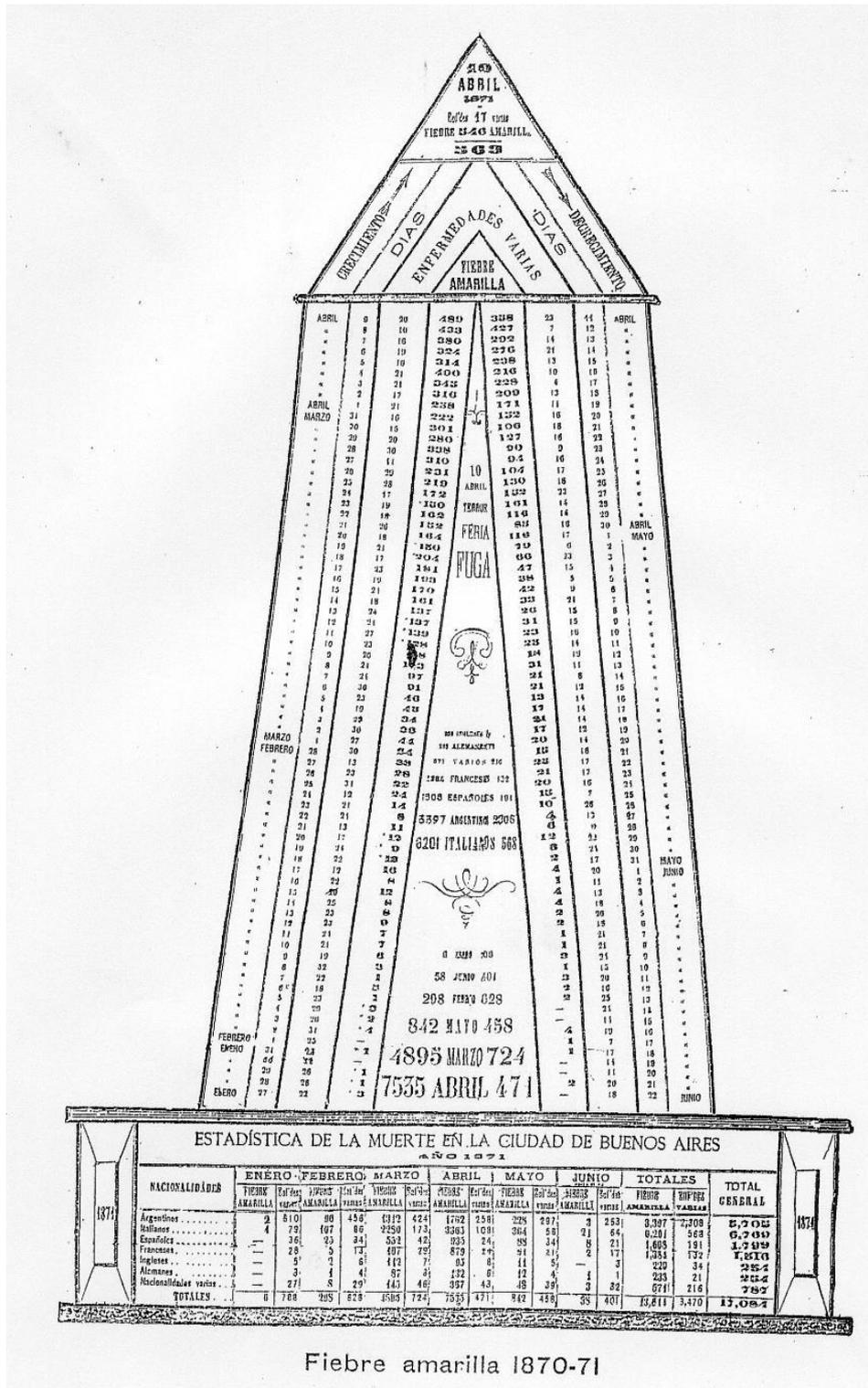
Allí se luce la ciencia ignorante, soñolienta al principio, aturdida en seguida, descuidando las medidas preventivas, y atropellando después á las víctimas, que ya condena á los lazaretos sin excepción; ya las atrae y esparce desavisada en todos los ámbitos de la ciudad, esparciendo con ellas el contagio y la muerte; y jugando, cual con los dados, con los diagnósticos; haciendo alternativamente de la fiebre amarilla, fiebres simplemente de estacion, y de las tifus y Ca, fiebres amarillas, aconsejando y condenando riegos y fogatas, y riñendo consigo misma en las alturas de esa Babel sobre el qué, el porqué y el cómo de esta cosa que nos dieztaba sin ser cosa, y que nos visitaba con y sin el maldito ananá.

Allí se ve á la autoridad, á las autoridades todas seriamente ocupadas de medidas preventivas, salvadoras, reparadoras: á partir del 6 de Enero todo

es agitacion, hasta que, llegando á mayor extremo la cosa; la municipalidad pide á Europa dos monitores, (Febrero 28) y el Gobierno da su proclama, aconsejando (13 de Marzo) el mejor de los antídotos con estas palabras: tranquilidad y orden es lo que sobre todo requieren las circunstancias.

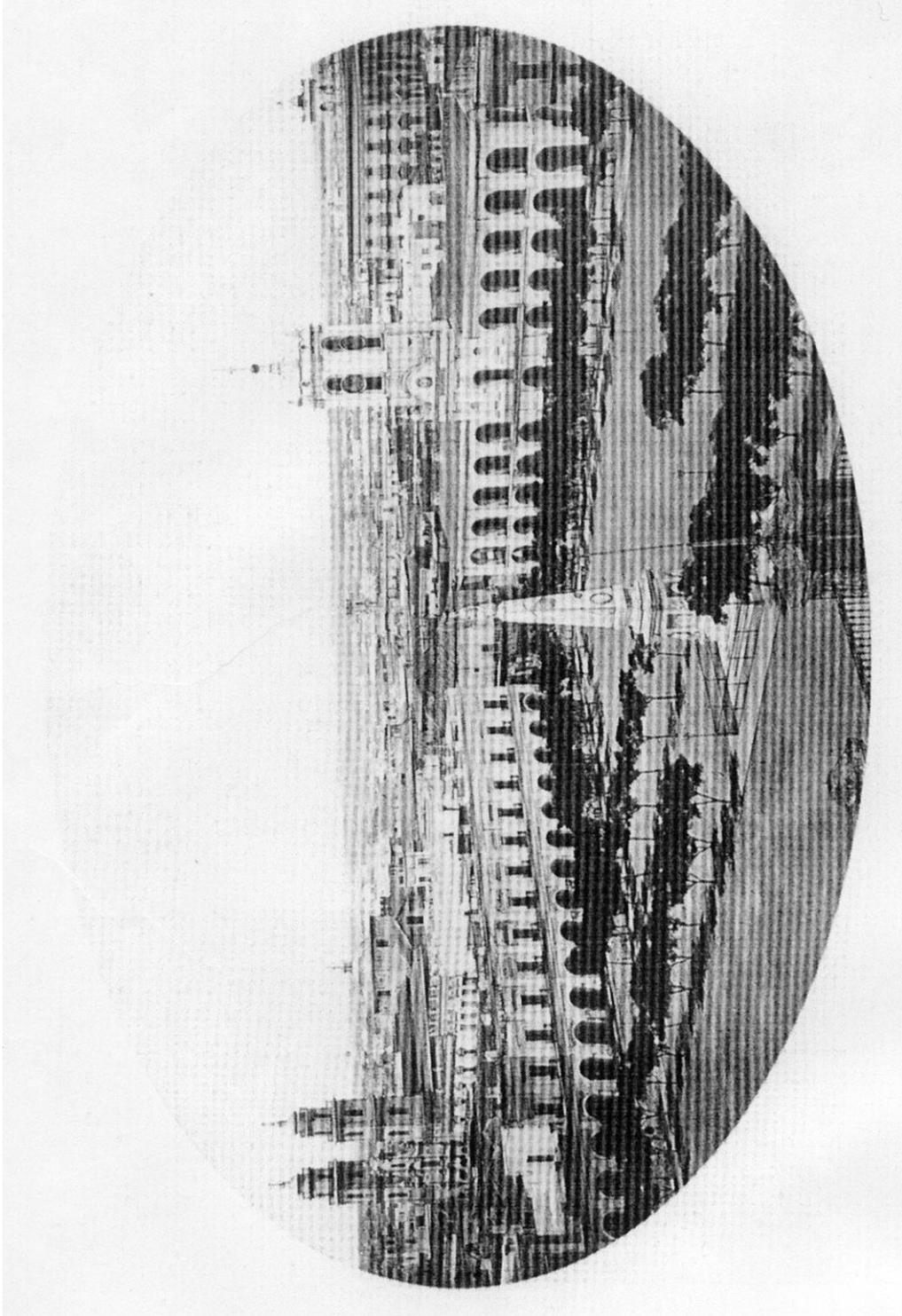
Allí se vé. . . . Allí se vé lo que se vé . . . Leed, que hay allí más de lo que la exigüidad del espacio me permite apuntar en esta reseña.

MARDOQUEO NAVARRO.



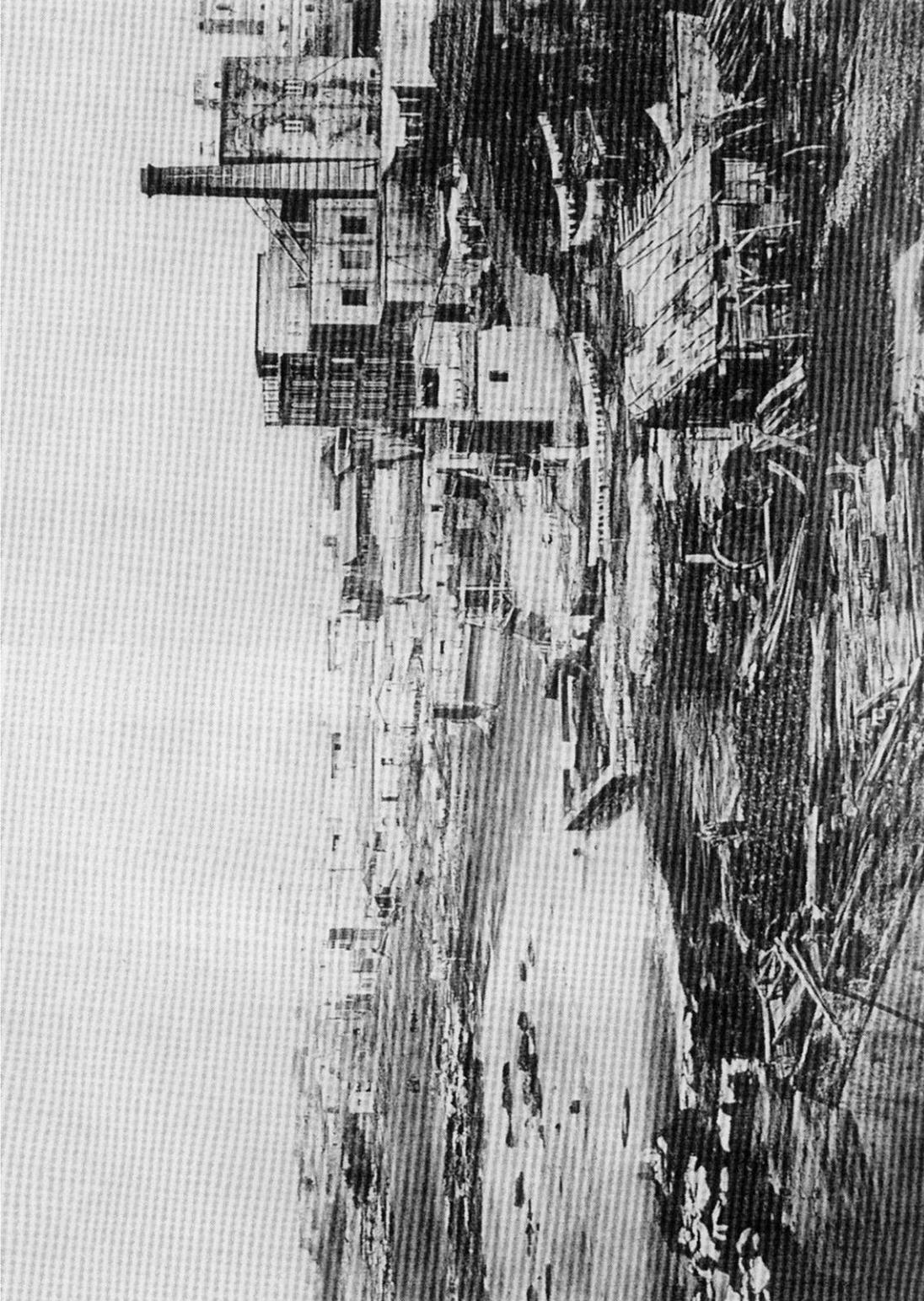
Fiebre amarilla 1870-71

II. NAVARRO, Mardoqueo, Pirámide de Estadística de Fallecimientos.



III. Plaza de la Victoria hacia 1870. Imagen tomada desde la terraza del antiguo Teatro Colón.

Foto de Benito Panunzi, en **PRIAMO, Luis y ALEXANDER, Abel**, *Buenos Aires ciudad y campaña*, Buenos Aires, 2000.



IV. Vista de la ribera sur y del Riachuelo hacia 1870.

Foto de Benito Panunzi, en **PRIAMO**, Luis y **ALEXANDER**, Abel, *Buenos Aires, ciudad y campaña*, Buenos Aires 2000.

Nótese el estado general de esta zona de la ciudad, uno de los focos principales de la fiebre amarilla.

ESTADÍSTICA
DE LA
MORTALIDAD OCASIONADA POR LA EPIDEMIA
DE
FIEBRE AMARILLA
DURANTE LOS MESES DE
Enero, Febrero, Marzo, Abril, Mayo y Junio
DE 1871

FECHA	Nombres y apellidos	EDAD	Nacionalid. y estado	Domicilio	Parroquia y seccion
Enero	27 Teresa Navone.....	30	italiana	c. C'chabamba 118 San	Amo. 14.
	Mannel Migoni.....	9	argentino	Perú 458.....	
	Domingo Balcaldi.....	36	italiano	c. C'chabamba 220	
	29 Juan Ravel.....	40	frances	c. Bolívar 347.....	
	30 Ana M. de Alizia.....	32	italiana	c. " 353.....	
31 Segunda Rudeli.....	30	"	c. Perú 427.....		
Febrero	2 Clara Olivary.....	70	italiana, viuda	C'chabamba 184	San Telmo, 14.
	Gregoria Cordero.....	70	argentina v.	" 119	" "
	José Viso.....	40	italiano	c. Perú 497.....	" "
	Félix Espósito.....	28	"	c. C'chabamba 112	" "
	3 Vicente Muffiz.....	26	esp'ñol soltero	Bolívar 347....	" "
	Gerónimo Croveto.....	16	italiano	s. Balcarce 300...	" "
	4 Juan Lafuente.....	26	español	s. Bolívar 482....	" "
	Mignel Truco.....	34	italiano	c. C'chabamba 84	" "
	5 Gerónima Terrano.....	10	oriental	s. " 123	" "
	6 Juan A. García.....	70	argentino	c. Bolívar 339....	" "
	Mannela García.....	50	"	s. " 339....	" "
	Simon Bernardelli.....	43	italiano	c. Chacabuco 445	" "
	Adolfo Maciel.....	38	argentino	s. Lazareto.....	" "
	7 Polonia Segovia.....	24	paraguaya	s. San Juan 55...	" "
8 Juan Moris.....	26	argentino	s. Cochabamba 95	" "	
Antonia Dondero.....	4	"	s. Brasil 59.....	" "	



V. Primera página del trabajo de estadística de muertos durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871.

Nótese como todas las primeras víctimas residían en la parroquia (barrio) de San Telmo.

Nº 425

BUENOS-AYRES, DOMINGO 12 DE MARZO 1871

AÑO VIII

EL MOSQUITO

PERIÓDICO SATÍRICO-BURLESCO

OFICINAS:
Calle Suipacha, 30
„ Moreno, 54.

↑ Número suelto 5 \$
↓ Precio de la suscripción
20 \$^{m/c} mensuales.

↑ Los avisos se reciben en casa de
ENR. STEIN
↓ Piedad 225.



VI. Portada del Periódico Satírico-Burlesco *El Mosquito* del 12 de marzo de 1871. Este periódico representó a la fiebre amarilla como un demonio o una gárgola.

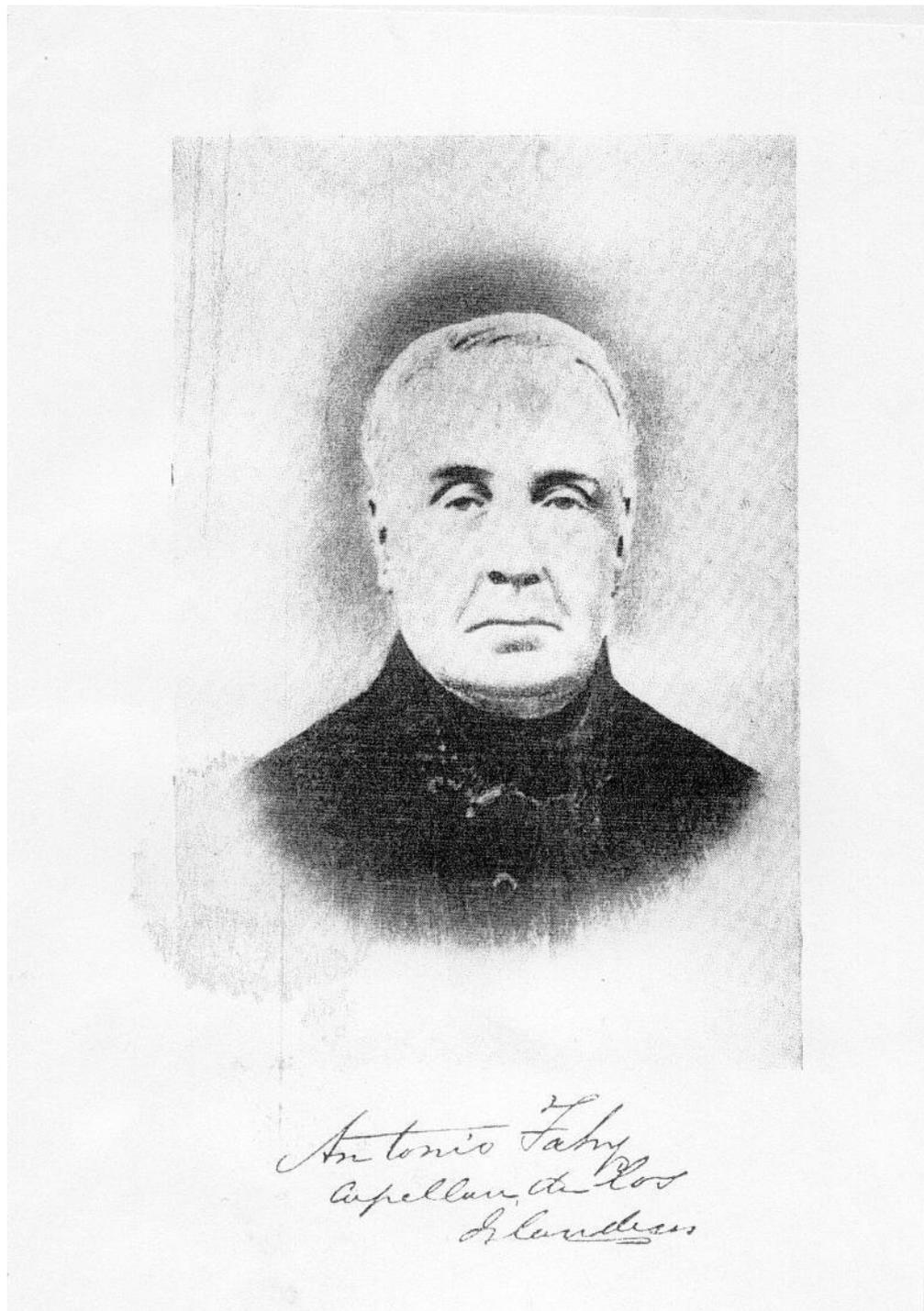


VII. Gráfico del Dr. Eduardo Wilde golpeando a la fiebre amarilla.
El Mosquito, 16 de marzo de 1871.



VIII. *Episodio de la fiebre amarilla*, óleo de Juan Manuel Blanes.

La obra se encuentra en el Museo de la ciudad de Montevideo, Uruguay.



IX. Retrato del Padre Antonio Domingo Fahy, religioso dominico y capellán de los irlandeses, unas de las primeras víctimas de la fiebre amarilla.

Cfr. USSHER, Santiago, *Biografía de Antonio Domingo Fahy*, Buenos Aires, 1952, p.3



X. Retratos de los Padres José Domingo César y Patricio José Dillón, sacerdotes integrantes de la Comisión Popular de Salubridad Pública.

Cfr. SCENNA, Miguel Angel, *Diario de la Gran Epidemia*, en *Todo es Historia*, 8, Buenos Aires, 1967, p. 5

TESORERIA

DE LA

COMISION POPULAR

Donaciones recibidas por Mariano Billinghamurst.

1871

Marzo 16	Víctor Belaustegui.....	\$	500
" "	J. Ocquely.....	"	100
" "	Diego Rueda Fria.....	"	400
" "	Rosario Grande, valor de un timbre.....	"	200
" 17	Presidente de la órden 3ª de San San Francisco.....	"	5,000
" "	El Superior Gobierno de la Provincia.....	"	100,000
" "	Pedro Diana.....	"	100
" "	Eduardo Gomez por mano de J. C. Gomez.....	"	2,000
	Suma á la vuelta.....	\$	108,300

XI. Registro de donaciones recibidas por la Tesorería de la Comisión Popular.

Nótese la cifra de dinero donada por el Presidente de la Tercera Orden de San Francisco y compárese con las demás donaciones particulares recibidas.

ORACIONES



PARA

PEDIR Á DIOS NOS PRESERVE DE LA PESTE

APROBADAS POR LA

AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Virgen inmaculada, Refugio de los pecadores, Consuelo de los afligidos, Esperanza de los atribulados, os suplicamos con todo el afecto de nuestro corazón contrito y humillado, interpongais vuestra intercesión para con el Dios de las misericordias, que no desea la muerte, sino la conversión de nosotros miserables pecadores, para que se digne mirar con ojos de compasión y de clemencia la aflicción de su pueblo. Haced, os pedimos, que ordene al Ángel ministro de su justa indignación, que hemos nosotros provocado con nuestras muchas culpas, que vuelva á la vaina la espada fulminante que tiene desenvainada para nuestro esterminio, y que aleje de ESTA CIUDAD, devota vuestra, el azote terrible de la pestilencia, que tan de cerca le está amenazando.

Ea, mostrad, oh Virgen poderosísima á vuestro divino Hijo Jesus, aquel inmaculado seno virginal, en que se dignó para nuestra salvación tomar nuestra carne; aquellos purísimos pechos que lo alimentaron. Hacedle presente aquella reverencial obediencia que os tuvo; y con aquella autoridad materna, que por la divina voluntad sobre él conservais, haced que se digne escuchar vuestras humildes súplicas, y alcanzándonos la gracia singular que por vuestra intercesión tenemos la confianza consoladora de conseguir.

Vos, Virgen Santísima, todo lo podeis para con el Omnipotente y misericordioso Dios; interceded en favor del pueblo de Buenos Aires, y esta ciudad será preservada del flajelo de la peste. Nuestra gratitud hácia á Vos andaré siempre en aumento; y nosotros despues de haberos honrado en esta vida, confiamos por vuestro favor, lograr despues del curso de nuestra vida mortal, ser introducidos y admitidos en la Patria Celestial, para allí dar gracias, adorar y alabar la indivisible Augustísima Trinidad, á quien juntamente con Vos sea gloria, alabanza y honra por los siglos eternos.

JACULATORIA.—Sea bendita la Santa é Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María.

¡Oh signo
sagrado
cercado
de luz!

En la sangre de un Dios salpicado,
Hoy mi pecho contrito, angustiado
Busca ansioso un amparo en la Cruz.

Suplicio
propicio
del alma
cordial ;
consuelo
del Cielo
al débil
mortal.

Tesoro
do adoro
al dulce
JESUS.

Mi culpa
declaro

y pido tu amparo
Santísima Cruz.

G L O S A



*Aplaca, mi Dios tu enojo,
Tu justicia y tu rigor;
Dulce Jesus de mi vida,
Misericordia Señor.*

Señor, ante tu presencia
Nuestras culpas confesamos,
Con el alma las lloramos,
Conmuévase tu clemencia;
Cese la mortal dolencia,
Que arrastra tanto despojo;
Hoy á tu piedad acojo
Tantos ruegos repetidos,
Duélante nuestros jemitos,
Aplaca, mi Dios, tu enojo.

Mira de tu Hijo amoroso
Las Imágenes Sagradas
En las calles exaltadas
Por el pueblo fervoroso;
Oyélo clamar lloroso
Implorando tu favor;
Templa ya la ira, Señor,
Pues confesamos unidos,
Que tenemos merecidos
Tu justicia y tu rigor.

Y tú, Redentor amable,
Tú, Médico Soberano,
¿No estenderás esa mano
Con impulso favorable?
Vuelva el aire saludable
A animar tanta caída
Gente del mal aflijida,
Cesen ya tan tristes suertes,
No mas males, no mas muertes.
Dulce Jesus de mi vida.

El sano en tu amor confía,
El convaleciente llora,
El moribundo te implora,
Todos claman á porfía;
La dulcísima MARIA
Nos ayuda por su amor
¿Y os negareis con rigor
A su ruego y nuestro llanto,
Oyendo entre clamar tanto
Misericordia Señor?

El Ilustrísimo Sr. Obispo de esta Diócesis, Dr. D. Mariano José de Escalada, concede cuarenta dias de Indulgencias por las oraciones de la Cruz. Cuarenta por cada estrofa de la glosa. Cuarenta por la oracion á la Santísima Virgen, y las confirma el Vicario Capítular en Buenos Aires á 15 de Marzo de 1871.

FEDERICO ANEIROS.

S.^o Isidro y Mar^o 20 de 1871.

Al Sr. Cura Vicario de este partido D.^o
Diego Palma.

Señor: En vista del aumento
progresivo de familias, que llegan dia-
riamente a esta localidad; y de necesidad
científicamente el que firma procurantes las
mayores garantías posibles de salubridad.

En reunión de la f^{ra} tra Com-
venido la Com^{on} que tengo el honor de pre-
sidir, de acuerdo con el S.^o Jura de Paz:
pedir a V. se sirva mandar abrir todas
las fuentes y ^{ventanas} de la Iglesia a su
Cargo, en los días festivos durante ambas
misas, incluso en otras funciones que a su
juicio considere oportuna esta medida, con-
sultando la temperatura exterior, pues á mes
de ser reclamada por la Hig.^{ne} pública, no
carece de precedente en análogas circuns-
tancias.

Que Dios Gu.^e al Sr. Cura Vic.^o m. a. m.

XIII. AMSI, Carpeta 44, 7359, Fiebre Amarilla 1871.

Carta del Presidente de la Comisión de Higiene local, Felipe Otárola al Presbítero Diego Palma, Párroco de la Iglesia de San Isidro, instándolo a tomar algunas medidas preventivas en el templo contra la fiebre. La carta no tiene firma pero comparándola con otras se deriva que por la letra pertenece al mencionado Otárola.

Para la fiebre

Si después de comer se sienta dolor de cabeza, dolor de cintura y cierto amargor en la boca, o sea un caso de vómito de almuerzo en agua fría; si no se vomita, repítase a la media hora hasta que se produzca el vómito. Si produce el movimiento de vientre, no se den sino subsidios de té C. A. Si no hay movimiento de vientre, se vea el calor el parado una hora o más según el paciente hasta que el vientre se mueva. Procuren de todo modo la transpiración; si la cabeza está muy cargada después del purgante aplíquese sinapismos a las extremidades inferiores de los brazos y cuello o agua salada a la cabeza. Si la fiebre se presenta con los intermíos de la comida con propensión al vómito se le administre los mismos medicamentos pero sino existe este sistema baje el pie con mostaza sinapismos a las extremidades delo, — cuando C. A. cabele con gotas de espíritu de miridenez, todo para promover abundante transpiración que debe mantenerse cuando menos por 48 horas, dicha rigurosa sobre suma debilidad en cuyo caso se calde de pollo C. A. — Si después de todo tiene postoración dése tonicos, sino se oportu o semejantes; si la ansiedad del estomago se presenta acompañada de vómito: se dé hiel y emplasto de triaca — magua aplicada al estomago. Si no baste un sangüico y al mismo tiempo el arte-mético de Siberia, para satisfacer la sed agua con limón. —
Si bien vomite negro Confesion

XIV. AMSI, Carpeta 44, 7360, Fiebre Amarilla 1871.

Receta contra la fiebre amarilla.

Nótese al final del texto el llamado a recurrir al sacramento de la Penitencia si se presentasen signos de vómito negro.

1852.

LIBRO DE MUERTOS DE LA PARROQUIA

de San Pedro Telmo

AÑO DE 1871.



En once de Abril del año del Señor de mil ochocientos setenta y uno, al infrascripto Cura de esta Parroquia de San Pedro Telmo

dió licencia para sepultar el cadáver del Presbítero Don Saturnino Bavío de las ordenes y órdenes

de edad, natural de esta Ciudad domiciliado en la calle de la Defensa número trescientos sesenta y cinco

que murió el día de la fecha según el testimonio de Don Vicente Lopez de treinta

años de edad, domiciliado en la calle de San Juan número

cuarenta y de Don José Ponce de cincuenta años de edad, domiciliado en la calle de Uruguay número ocho

Recibidos los Santos Sacramentos

hizo testamento

por señal de verdad lo firmaron

El Cura de la Parroquia

Mano B. Garcia

Testigo

Testigo

XV. Libro de defunciones de la Parroquia de San Pedro Telmo, 1871, 14, 3, partida 1852. Certificado de defunción del Presbítero Saturnino Bavío.



XVI. Monumento a los caídos durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871 en el Parque Ameghino de la ciudad de Buenos Aires, donde se encontraba el Cementerio del Sud, clausurado en abril de 1871.



BIBLIOGRAFÍA

1. ARCHIVOS

Archivo de la Biblioteca Nacional. (Buenos Aires).

Archivo de la Casa Provincial de las Hijas de María Santísima del Huerto. (Buenos Aires).

Archivo de la Provincia Franciscana de la Asunción de la Santísima Virgen María del Río de la Plata. (Buenos Aires).

Archivo de la Provincia Jesuítica de Argentina. (Buenos Aires).

Archivo de las Conferencias Vicentinas. (Buenos Aires).

Archivo del Museo Histórico Sarmiento. (Buenos Aires).

Archivo General de la Nación. (Buenos Aires).

Archivo Histórico de la Academia Nacional de Medicina. (Buenos Aires).

Archivo Histórico de la ciudad de Buenos Aires.

Archivo Histórico de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.

Archivo Histórico Estanislao Cevallos del Complejo Museográfico Enrique Udaondo. (Luján, Buenos Aires).

Archivo Histórico Municipal de San Isidro. (Prov. de Buenos Aires).

Archivo Provincial de las Hijas de la Caridad. (Buenos Aires).

Archivo Provincial de los Padres Bayoneses. (Buenos Aires).

Archivo de la parroquia Nuestra Señora de la Merced.

Archivo de la parroquia Nuestra Señora del Pilar.

Archivo de la parroquia Nuestra Señora de Monserrat.

Archivo de la parroquia de San Telmo.

Archivo de la parroquia Inmaculada Concepción. (todas las anteriores en Buenos Aires).

Archivo de la parroquia de la catedral de San Isidro.

Archivos de los cementerios de Chacarita y de la Recoleta (Buenos Aires), y de San Isidro.

2. FUENTES

A propósito de las epidemias y la fiebre amarilla, una voz de la Pampa a los habitantes de la ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1871.

ALMERYRA, José Juan, *Breve Memoria sobre la epidemia de la Fiebre amarilla que ha visitado a la ciudad de Buenos Aires el año 1871*, Buenos Aires, 1871.

BILLINGHURST, Mariano, *Tesorería de la Comisión Popular desde el 16 de marzo al 15 de abril*, Buenos Aires, 1871.

DONCEL, Salvador, *La fiebre amarilla de 1871 observada en el Lazareto Municipal de San Roque*, Tesis, Buenos Aires, 1873.

ECHEGARAY, Miguel S., *Fiebre amarilla del año 1871*, Tesis, Buenos Aires, 1871.

El Indicador Argentino, Guía general de servicios de Buenos Aires (1870-1871), Buenos Aires, 1871.

Estadística de la mortalidad ocasionada por la epidemia de fiebre amarilla durante los meses de Enero, Febrero, Marzo, Abril, Mayo y Junio de 1871, Buenos Aires, 1871.

LAMAS, Andrés, *Escena de la peste de 1871 en Buenos Aires. Cuadro original del artista oriental Don Juan Manuel Blanes*, Buenos Aires, 1871.

Leyes y decretos promulgados en la Provincia de Buenos Aires desde 1810 a 1876, Tomo VIII, (1871), Buenos Aires, 1878.

Libro de Actas de la Conferencia Vicentina de Monserrat, 1868-1871.

Libro de Actas del Consejo Particular de las Conferencia Vicentinas, 1864-1875.

Libro de Defunciones (1871), Parroquia Nuestra Señora del Pilar, Buenos Aires.

Libro de Defunciones (1871), Parroquia de San Telmo, Buenos Aires.

Libro de Bautismos y Defunciones (1871), Parroquia de la Catedral de San Isidro, San Isidro, Prov. de Buenos Aires.

MARTÍN, Ernesto, *Fiebre amarilla, curación, síntomas de supresión de orina, contagio, vómito negro, etc. Modo sencillo para curarse uno mismo*, Buenos Aires, 1871.

NAVARRO, Mardoqueo, *Diario de la epidemia*, Buenos Aires, 1871.

-*El general Don Justo José de Urquiza y el ciudadano Mardoqueo Navarro; Protector y Protegido o sea Explotador y Explotado*, Buenos Aires, 1872

-*El Territorio Nacional de Misiones*, Buenos Aires, 1881

NAVARRO VIOLA, Miguel, *El cementerio del Sud*, en *La Revista de Buenos Aires*, 24, Buenos Aires, 1871, pp. 626-633

Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires, 1871.

SARMIENTO, Domingo F., *Mensaje al Congreso en el Período Legislativo de 1871*, Buenos Aires, 1871.

SCHERRER, Jacobo, *Estudio sobre la fiebre amarilla del año 1871*, Tesis, Buenos Aires, 1872.

SCRIVENER, Juan, *Apuntes sobre la fiebre amarilla desde el descubrimiento de la América del Sud hasta la época presente*, Buenos Aires, 1872.

WILDE, Eduardo, *Arrendamiento de las obras de salubridad de la Capital*, Buenos Aires, 1887.

- *Tiempo Perdido*, Buenos Aires, 1878.

3. BIBLIOGRAFÍA PRINCIPAL

ACTIS, Francisco C., *Un plano eclesiástico*, en *Archivum I*, Buenos Aires, 1943, pp. 226-227

AUZA, Néstor Tomás, *El fallecimiento de monseñor Mariano José de Escalada*, en *Archivum VII*, Buenos Aires, 1965, pp. 121-133

AVELLÁ CHAFER, Francisco, *Diccionario Biográfico del clero secular de Buenos Aires, 1580-1900*, Tomo I, Buenos Aires, 1983

BARELA, Liliana y VILLAGRÁN PADILLA, Julio, *Notas sobre la epidemia de fiebre amarilla*, Buenos Aires, 1980

BESIO MORENO, Nicolás, *Historia de las epidemias en Buenos Aires. Estudio demográfico estadístico*, en *Publicaciones de la cátedra de Historia de la Medicina*, Tomo III, Buenos Aires, 1940

BERRUTI, Rafael, *La epidemia de fiebre amarilla de 1871*, en *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, volumen 49, Buenos Aires, 1971

BUCICH ESCOBAR, Ismael, *Bajo el horror de la epidemia*, Buenos Aires, 1932

BRUNO, Cayetano, *Historia de la Iglesia en la Argentina*, Tomos X y XI, Buenos Aires, 1975

CANTÓN, Eliseo, *Historia de la medicina en el Río de la Plata*, Tomos I, II y III, Madrid, 1928

CARBIA, Rómulo D., *Monseñor Aneiros, segundo arzobispo de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1905

CORREA LUNA, Carlos, *Historia de la Sociedad de Beneficencia (1852-1923)*, Tomo II, Buenos Aires, 1925

- CHAPARRO, Félix, *José Roque Pérez*, Rosario, 1951
- DOXENDABARAT, R., *Pobre de San José*, Paris, 1991
- ERNST, Rolando, *Necrología de la Vicaría San Miguel Arcángel*, Rosario, 1984
- ESTRADA, José Manuel, *El arzobispo Escalada*, en *Revista Argentina*, IX, Buenos Aires, 1870, p. 39-43
- FARINI, Juan Ángel, *La Comisión Popular*, en *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, volumen 49, Buenos Aires, 1971
- FONSO GANDOLFO, Carlos, *La epidemia de fiebre amarilla de 1871*, en *Publicaciones de la cátedra de Historia de la Medicina*, Tomo III, Buenos Aires, 1940
- FURLONG, Guillermo, *El catolicismo argentino entre 1860 y 1930*, en ANH, AAVV, *Historia Argentina contemporánea*, Buenos Aires, 1964
- *Historia del Colegio del Salvador*, Buenos Aires, 1944
- GAYNOR, Juan Santos, *Antonio Domingo Fahy, 1804-1871*, Buenos Aires, 1943
- GELLY Y OBES, Carlos María, *Los orígenes de la Sociedad de San Vicente de Paul en el Río de la Plata*, Buenos Aires, 1951
- GONZALEZ, Ruben, *El Padre Antonio Domingo Fahy o.p.*, en *Archivum* XII, 1975, Buenos Aires, pp. 217-239
- GUERRINO, Antonio Alberto, *Bibliografía Histórica de la Medicina*, Buenos Aires, 2002
- 1871, *Muerte y resurrección en la Gran Aldea*, en *Medical Mag*, 15, Buenos Aires, 1981, pp. 22-24 y 36-37
- GUIDO SPANO, Carlos, *Autobiografía y selección de poesías*, Buenos Aires, 1954
- GROUSSAC, Paul, *Los que pasaban*, Buenos Aires, 1939
- KOHN LONCARICA, Alfredo G., *Denominaciones adoptadas en la historia por la fiebre amarilla*, en *La Semana Médica*, 4550, Buenos Aires, 1971, pp. 397-403
- KRÖPFL, Pedro Francisco, *La metamorfosis de San Isidro*, San Isidro, 1994
- LA FEMINA ALTIERI, Alfonso A., *1871: Fiebre amarilla en la Argentina*, en *La Prensa Médica Argentina*, 69, Buenos Aires, 1982, pp. 37-42
- LAPPAS, Alcibiades, *A cien años de la epidemia de fiebre amarilla*, en *Símbolo*, 75-76, Buenos Aires, 1971, pp. 326-340
- *La masonería argentina a través de sus hombres*, Buenos Aires, 1958
- LARUMBE Y LANDER, Tomás, *Vida de San Roque de Montpellier*, Buenos Aires, 1926
- LORIT, Sergio C., *Camilla Rolón, L'Argentina approda a Roma*, Roma, 1964

- MARTINEZ, Alberto B., *Escritos y discursos del Doctor Guillermo Rawson*, Tomo I, Buenos Aires, 1891
- MARTYNIUK, Emiliana Alberta, *Floreció en la Argentina*, Buenos Aires, 2001
- MEYER ARANA, Alberto, *La caridad en Buenos Aires*, Tomo I, Buenos Aires, 1911
- MIEYAA, Pierre, *Correspóndanse de saint Michel Garicoits*, Bayona, 1958
- MULHALL, Miguel, *El Padre Fahy*, en *Revista Argentina*, X, Buenos Aires, 1871
- ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD, *Informe del Comité de expertos en fiebre amarilla*, Ginebra, 1971
- Origen y desenvolvimiento de la Sociedad de Beneficencia de la Capital*, 1823-1912, Buenos Aires, 1913
- PALACIOS, Horacio, *La Congregación de la Misión de San Vicente de Paul, 1859-1880, y primeros años de las Hijas de la Caridad en el Plata, 1859-1870*, Buenos Aires, 1983
- PENNA, José, *Estudio sobre las epidemias de fiebre amarilla en el Río de la Plata*, en *Anales del Departamento Nacional de Higiene*, 1, Buenos Aires, 1895
- RAMALLO, Jorge María, *La acción de la Iglesia y la masonería durante la epidemia de fiebre amarilla en Buenos Aires*, en *Nuestra Historia*, 18, Buenos Aires, 1976, pp. 363-374
- RIVERO, Pedro E., *Historia de la medicina en el San Isidro del siglo XIX*, Buenos Aires, 1999
- ROTTJER, Aníbal A., *La masonería en la Argentina y en el mundo*, Buenos Aires, 1983
- RUIZ MORENO, Leandro, *La peste histórica de 1871*, Paraná, 1949
- SANGUINETTI, Manuel Juan, *Buenos Aires católico*, La Plata, 1927
- *San Telmo y su pasado histórico*, Buenos Aires, 1975
- SARTHOU, Bernardo, *Historia centenaria del Colegio San José de Buenos Aires, 1858-1958*, Buenos Aires, 1959
- SEVERINO, Domingo y SEVERINO, Rodolfo, *La fiebre amarilla de 1871. Acción del sacerdocio en un discurso de Rawson*, en *La Prensa Médica Argentina*, 12, Buenos Aires, 1983, pp. 519-522
- SCENNA, Miguel Ángel, *Cuando murió Buenos Aires, 1871*, Buenos Aires, 1974
- *Diario de la gran epidemia*, en *Todo es Historia*, 8, Buenos Aires, 1967, pp. 6-27
- SOCIEDAD DE BENEFICENCIA DE LA CAPITAL, *Álbum histórico, 1823-1910*, Buenos Aires, 1910

UDAONDO, Enrique, *Crónica histórica de la Venerable Orden Tercera de San Francisco en la República Argentina*, Buenos Aires, 1920

- *Reseña histórica del Monasterio de Santa Catalina de Sena de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1945

URENDA, Ernesto Ángel, *Libro de Necrología de la Provincia de Asunción de la Santísima Virgen María del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1987

USSHER, Santiago M., *Biografía de Antonio Domingo Fahy o.p.*, Buenos Aires, 1952

- *Las Hermanas de la Misericordia*, Buenos Aires, 1955

- *Los capellanes irlandeses en la colectividad hiberno argentina durante el siglo XIX*, Buenos Aires, 1954

VACAREZZA, Oscar, *Recordación de los médicos y practicantes caídos durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871*, en *Boletín de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires*, volumen 49, Buenos Aires, 1971

ZURETTI, Juan Carlos, *Nueva Historia Eclesiástica Argentina*, Buenos Aires, 1972

4. BIBLIOGRAFÍA GENERAL

AAVV, *Recoleta, cofre de historias*, en *Buenos Aires nos cuenta*, 5, Buenos Aires, 1983, p. 9-16

ANH, *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, 1947

ANH, *Historia Argentina contemporánea*, Buenos Aires, 1966

ANH, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, Tomos 4 y 5, Buenos Aires, 2000

ABAD DE SANTILLÁN, Diego, *Historia Argentina*, Tomo III, Buenos Aires, 1981

ARMAIGNAC, Horacio, *Viaje por las Pampas de la República Argentina*, Paris, 1883

BARBA, Enrique y HERAS, Carlos, *Relaciones entre la Confederación y el Estado de Buenos Aires*, en ANH, *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, 1947

BELLORA, Antonio, *La salud pública*, Buenos Aires, 1972

BESIO MORENO, Nicolás, *Buenos Aires,, puerto del Río de la Plata, capital de la Argentina, estudio crítico de su población, 1536-1936*, Buenos Aires, 1939

BEVERINA, Juan, *La guerra del Paraguay (1865-1870), resumen histórico*, Buenos Aires, 1943

- BILBAO, Manuel, *Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1934
- BUCICH ESCOBAR, Ismael, *Buenos Aires ciudad*, Buenos Aires, 1931
 - *Visiones de la Gran Aldea. Buenos Aires hace 60 años*, Buenos Aires, 1932
- BUNKLEY, Allison Williams, *Vida De Sarmiento*, Buenos Aires, 1966
- CASTRO, Antonio, *Urquiza y la Masonería*, en *Historia 2*, Buenos Aires, 1955
- CAMPOBASSI, José Salvador, *Sarmiento y su época*, Buenos Aires, 1975
- CONI, Emilio, *La provincia de Corrientes, Descripción general, higienización, saneamiento, profilaxis práctica, climatología médica, epidemiología, demografía y estadísticas sanitarias, asistencia pública y beneficencia*, Buenos Aires, 1898
- CUTOLO, Vicente Osvaldo, *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*, Buenos Aires, 1969
- DENZINGER, Heinrich y HÜNERMANN, Peter, *El Magisterio de la Iglesia*, Barcelona, 1999
- DIFRIERI, Horacio, *Geohistoria de una metrópoli*, Buenos Aires, 1981
- Enciclopedia *Clarín*, Tomo XIII, Buenos Aires, 1999
- FURLONG, Guillermo, *El periodismo entre los años 1860 y 1930*, en ANH, *Historia Argentina contemporánea*, Tomo II, Buenos Aires, 1966
- GARCÍA DE LOYDI, Ludovico, *El obispo Lué y Riega, Estudio crítico de su actuación*, Buenos Aires, 1969
- GONZALEZ ARRILI, Bernardo, *Historia Argentina*, Buenos Aires, 1966
- GOROSTIEGUI DE TORRES, Haydée, *La organización nacional*, en *Historia Argentina*, Tomo II, Buenos Aires, 1998
- GOROSTIEGUI DE TORRES, Haydée, y HALPERIN DONGHI, Tulio, *Historia 2*, Buenos Aires, 1998
- HADFIELD, Walter, *El Brasil, el Río de la Plata y el Paraguay*, Buenos Aires, 1943
- LAHITOU, Luis Alberto, *El plan pastoral de monseñor Mariano Antonio Espinoza*, Buenos Aires, 1996
- LÓPEZ, Luis, *Reseña histórica de la policía de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1911
- MARMIER, Xavier, *Buenos Aires y Montevideo en 1850*, Buenos Aires, 1948
- MARONI, José Juan, *El alto de San Pedro, Parroquias de la Concepción y de San Telmo*, en *Cuadernos de Buenos Aires*, XXXIX, Buenos Aires, 1971
- MOLINARI, Ricardo Luis, *Buenos Aires, 4 siglos*, sin fecha

- MUZZIO, Julio, *Diccionario Histórico y Biográfico de la República Argentina*, Buenos Aires, 1920
- NÚÑEZ, Luis, *Los cementerios*, Buenos Aires, 1962
- PALCOS, Alberto, *Presidencia de Sarmiento*, en ANH, *Historia Argentina Contemporánea*, Buenos Aires, 1966
- *Sarmiento, la vida, la obra, las ideas, el genio*, Buenos Aires, 1929
- PENNA, José y MADERO, Horacio, *La administración sanitaria y asistencia pública de la ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1910
- PICCIRILLI, Ricardo, ROMAY, Francisco, GIANELLO, Leoncio, *Diccionario Histórico Argentino*, Buenos Aires, 1954
- REBOLLO PAZ, León, *Sarmiento Presidente*, Buenos Aires, 1968
- ROSA, José María, *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*, Buenos Aires, 1985
- SAGARNA, Antonio, La organización nacional. La Constitución de 1853, en ANH, *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, 1947
- SALVADORES, Antonio, *Buenos Aires, 1829-1862*, en ANH, *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, 1947
- SARMIENTO, Domingo Faustino, *Obras completas*, Buenos Aires, 1899-1902
- SCOBIE, James R., *Buenos Aires del centro a los barrios, 1870-1910*, Buenos Aires, 1977
- UDAONDO, Enrique, *Diccionario Biográfico Argentino*, Buenos Aires, 1938
- VILLAFAÑE BOMBAL, Elba, *Itinerario histórico de la Recoleta*, en *Cuadernos de Buenos Aires*, 52, Buenos Aires, 1978

5. PERIÓDICOS Y REVISTAS

- Anales del Departamento Nacional de Higiene, 1894 y 1895
- Boletín de la epidemia, Buenos Aires, 1871.
- Diario El Nacional, Buenos Aires, 1871.
- Diario La Discusión, Buenos Aires, 1871.
- Diario La Nación, Buenos Aires, 1871.
- Diario La Prensa, Buenos Aires, 1871.
- Diario La República, Buenos Aires, 1871.

Diario La Tribuna, Buenos Aires, 1871.

Diario The Standard, Buenos Aires, 1871.

El Católico Argentino, Buenos Aires, 1875.

El Mosquito, Periódico Satírico y Burlesco, Buenos Aires, 1871.

El Plata Ilustrado, Semanario de Literatura, Artes, Modas y Ciencias, Buenos Aires, 1872.

La Gaceta Mercantil, Buenos Aires, noviembre de 1849.

La Prensa Médica, 1982 y 1983.

La Semana Médica, 1899, 1900 y 1904.

Revista Argentina, Buenos Aires, 1870 y 1871.

Revista Médico Quirúrgica, Buenos Aires, 1871.